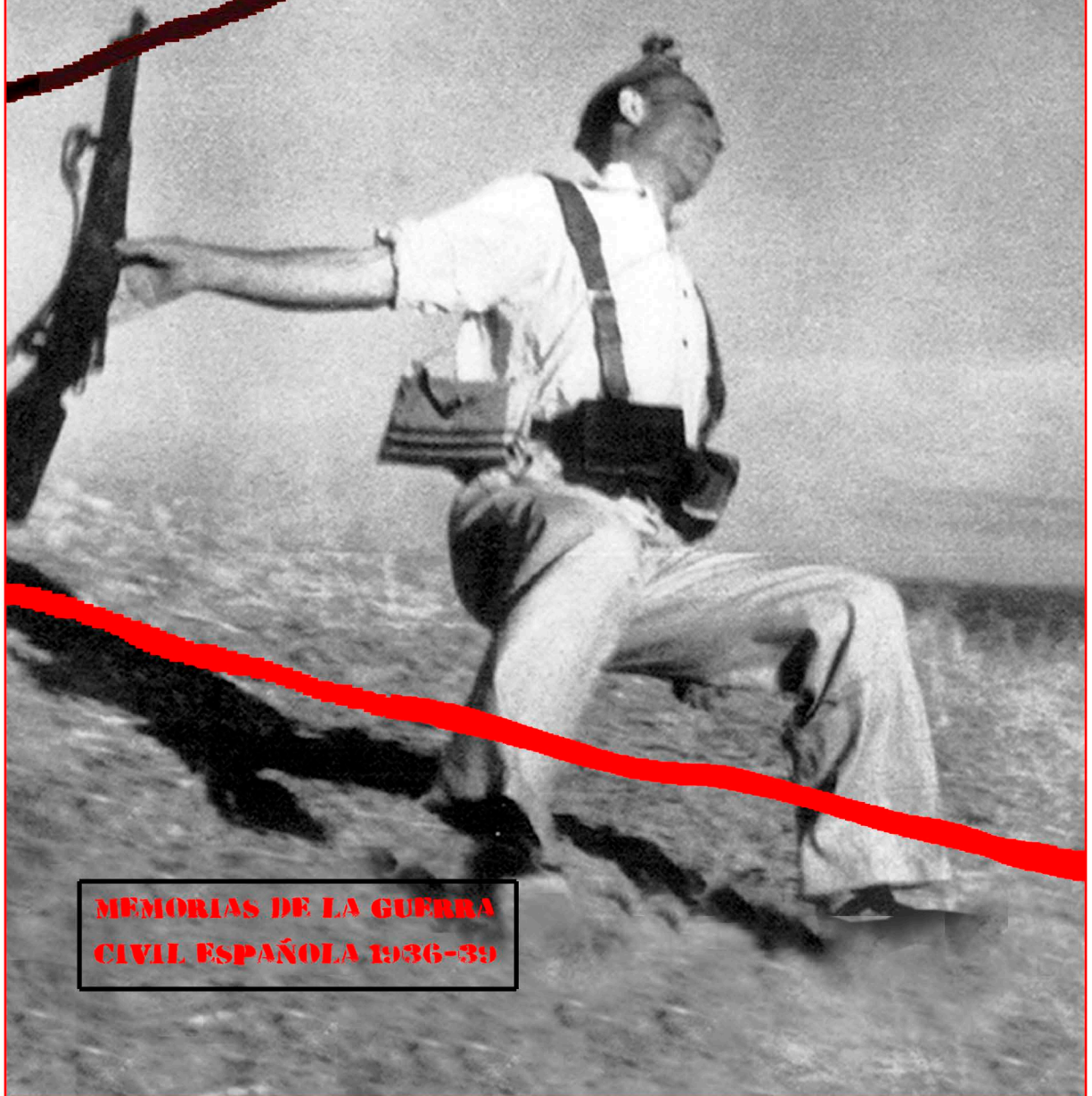


LA MUERTE DE LA ESPERANZA

Eduardo de Guzmán



MEMORIAS DE LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA 1936-39

La muerte de la esperanza recoge las memorias personales del autor en los primeros y los últimos días de la guerra de España. Dividida en dos partes, la primera —*Nuestro día más largo*— es un relato vivido y dramático de la cambiante situación de Madrid durante las jornadas febriles y azarosas del 17 al 20 de julio de 1936; una narración de los comienzos de la trágica contienda en los centros oficiales, las redacciones de los periódicos, las sedes de los sindicatos obreros y especialmente en la calle donde millares de luchadores anónimos se aprestaban a combatir, a morir de ser preciso, en defensa de sus respectivos ideales. *El Puerto de Alicante*, segunda parte de *La muerte de la esperanza*, se inicia el 28 de marzo de 1939, cuando la suerte de la guerra está ya decidida, con la difícil y accidentada salida de Madrid, el éxodo republicano hacia las costas mediterráneas, la vida en Valencia durante las horas postreras del Consejo Nacional de Defensa y la concentración en Alicante de cuantos intentan expatriarse. Finaliza con las angustiosas jornadas del puerto donde millares de personas se debaten setenta y dos horas entre la ilusión y la desesperanza, arrinconadas contra el mar por el avance de las fuerzas vencedoras, esperando unos barcos que no llegan y sin otras salidas que la rendición o la muerte. Concluyen las memorias en la mañana del 1 de abril con la entrega de los que aún se encuentran en los muelles y el suicidio de quienes no pueden, o no quieren, sobreponerse al dolor de la gran derrota.



Eduardo de Guzmán

La muerte de la esperanza

ePub r1.1

Titivillus 19.02.15

Título original: *La muerte de la esperanza*
Eduardo de Guzmán, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



«La salida está en vencer, en el luchar la esperanza»

(Romancero español)

BREVE ACLARACIÓN PRELIMINAR

Aunque no publicado hasta ahora, el relato que sigue fue escrito hace muchos años. Tantos, que el autor no había cumplido todavía la mitad de los que ahora tiene y no necesitó forzar su memoria para reconstruir hechos y sucesos que estaban grabados en su mente con la frescura de haberlos vivido pocas horas antes.

Esta crónica de unos días excepcionales fue redactada sin propósito firme de publicarla; apuntes tomados para sí mismo de unos acontecimientos decisivos en la vida del país, no tenían otra finalidad que servir de base y apoyo a unos trabajos futuros de mayor amplitud. Las circunstancias hicieron que las cuartillas quedasen arrinconadas, olvidadas en la vorágine de la guerra primero y, después, en las dolorosos incertidumbres que la posguerra representó para cuantos no lograron triunfar en la sangrienta contienda.

Al releer ahora lo que escribió un día ya remoto, el autor lo ha encontrado —no sin cierta sorpresa por su parte— sugestivo e interesante, juzgando que su divulgación puede ser más oportuna que nunca. No para satisfacer vanidades literarias o personales, que el tiempo le curó de ellas si alguna vez llegó a padecerlas, sino por entender que el relato evoca —cree que con fiel exactitud— el clima tenso de Madrid en un momento crucial de su historia; el ambiente enrarecido y violento que se respiraba y el generoso desinterés con que jóvenes de todos los matices ideológicos asumían voluntaria

y gozosamente su papel de protagonistas y mártires de una guerra fratricida, prólogo indudable y directo de una conflagración de mayores dimensiones que habría de decidir los destinos de la Humanidad durante varias generaciones.

Se trata en resumen, como comprobará quien siga leyendo, de un amplio reportaje directo y veraz de cuanto aconteció en la capital de España durante las febriles jornadas de julio de 1936. El autor cuenta con sencillez, sin adornos retóricos, lo que vio, oyó y vivió en los centros oficiales, las redacciones de los periódicos, las barriadas obreras, la sede de las organizaciones sindicales y la calle. Sobre todo la calle, escenario incomparable en estos días de explosiones de júbilo o desesperanza, manifestaciones tumultuosas, combates encarnizados, gestas heroicas y sacrificios anónimos. Lejos de ella, en despachos ministeriales o puestos de mando, había hombres que trataban de dirigir y encauzar, con mayor o menor acierto, los trascendentales acontecimientos. Pero el factor decisivo —aquí como en el resto de España— estaba en las calles y en los campos, en millares y millares de luchadores que se disponían a combatir —a morir si era preciso— en defensa de causas que consideraban justas, merecedoras de afrontar todos los riesgos imaginables por conseguir hacerlas triunfar.

Por encima de los acontecimientos históricos que se desarrollan y aun siendo hechos de capital repercusión en la vida de millones de españoles —incluso en la de muchos que todavía no habían nacido—, está el interés fascinante del retablo grandioso y bárbaro a un tiempo de una gran ciudad aprestándose para intervenir en la contienda que se inicia o participando de lleno en ella. El cuadro alucinante en que luchan, triunfan, fracasan o mueren muchos millares de personas, cuyos nombres, hazañas, heroísmos o cobardías no recogerá nadie, tiene mayor importancia que los sucesos que son consecuencia lógica de su manera de pensar y sentir

en una hora crítica. La narración de un episodio o suceso resulta relativamente fácil, aunque haya transcurrido mucho tiempo desde que se produjo. Mucho más arduo y trabajoso, pero también más trascendente, resulta pintar el clima de general exaltación que hizo que lo excepcional llegase a parecernos enteramente natural.

Sin habérselo propuesto de antemano, el autor cree haber conseguido resucitar en su reportaje —memorias personales de hechos que adquieren mayor volumen histórico con el transcurso del tiempo— el ambiente y el pulso de Madrid en aquellas dramáticas jornadas. Lo hace con toda la imparcialidad posible en quien se siente implicado en las consecuencias de la lucha entablada. Fácilmente se descubre que el autor no niega sus sentimientos porque sería pueril y absurdo, escribiendo para sí mismo, pretender engañarse. Ha dejado hoy el relato en la forma en que fue escrito —sin más modificación que algunas precisiones acerca de la suerte corrida por varios de los personajes que cruzan por la escena — porque nada más lejos de su ánimo que pretender confundir o equivocar a nadie respecto a la forma en que hace treinta y siete años interpretaba los acontecimientos que se desarrollaban ante sus ojos.

PRIMERA PARTE

**NUESTRO DÍA MÁS
LARGO**

**(Así comenzó la
guerra de España)**

I

VIERNES, 17 DE JULIO

Son las cuatro de la tarde y el sol implacable de julio deja caer sobre la ciudad una lluvia de plomo derretido. En las calles desiertas, el asfalto reblandecido se pega a las suelas de los zapatos y una ligera neblina hace oscilar los edificios ante los ojos somnolientos. Cansado, sudoroso, desabrochado el cuello de la camisa, camino despacio, buscando la protección de la escasa sombra. Igual hacen las pocas personas con quienes me cruzo. Tras las puertas entornadas, los balcones medio cerrados y las persianas corridas, millares y millares de madrileños duermen la siesta. Otros, menores en número pero superiores en fortuna, disfrutan ya en las playas cantábricas de un veraneo reparador.

Pienso en ellos con envidia. Por desgracia, ni este año habrá veraneo ni esta tarde siesta. Tengo sueño atrasado como consecuencia obligada del ajetreo de estos días en que he de permanecer levantado hasta bien entrada la mañana y volver a incorporarme antes del mediodía, por si durante las

pocas horas de sueño agitado y nervioso ha sucedido lo que todos esperamos y tememos a un tiempo. Llevo así no sé ya cuántas noches; igual le sucede, como mínimo, a otro medio millón de españoles de todas las creencias e ideologías. Supongo que todos sentirán en este instante lo mismo que yo: un deseo vehemente de tumbarse a dormir y permanecer un par de días sin moverse de la cama.

Envuelto en el bochorno de la tarde estival, encamino mis pasos al Congreso. Lo hago maquinalmente, por una especie de inercia, obediente a la costumbre de ir allí cada tarde en busca de noticias, aunque de sobra sé que hoy no las encontraré. El Parlamento ha aplazado sus sesiones y anteayer, luego de la borrascosa y dramática reunión de la Diputación Permanente, casi todos los diputados salieron a toda prisa con rumbo a sus respectivas provincias. Sin embargo, y por si surgieran de pronto graves sucesos, conviene darse una vuelta por el viejo caserón. Igual harán otros compañeros; probablemente los mismos que unas horas antes, alrededor de la una, visitaron —también como todos los días— al ministro de la Gobernación para oír de sus labios la tranquilizadora noticia de que en toda España reina una paz octaviana.

Experimento una clara sensación de alivio al entrar. En contraste con el calor asfixiante de la calle, la temperatura del interior resulta agradable. Portereros, ujieres y ordenanzas aparecen en sus puestos, pese a que apenas hay vida esta tarde en el Congreso. El salón de sesiones permanece sumido en profundas tinieblas; las tribunas están vacías y en los anchos pasillos y las amplias salas decoradas aparatosamente al gusto isabelino, reina un completo silencio, extraño y un poco deprimente, recordando la animación y el bullicio de sólo una semana atrás.

En el bar del Congreso, envuelto en una suave penumbra, encuentro a un grupo de compañeros. Son informadores

políticos de diversos periódicos madrileños, para ninguno de los cuales constituye una sorpresa el abandono y la calma que impera en el viejo palacio esta tarde estival. Todos sabemos que España vive un instante crítico en este 17 de julio de 1936; una hora tensa, angustiada, víspera de algo trascendental y decisivo, aunque nadie acierte a profetizar exactamente de qué. Sucesos de extrema gravedad pueden producirse —tienen que producirse, mejor— en cualquier momento. De eso, que es lo único que importa y cuenta en este día, hablamos inevitablemente los periodistas reunidos en el bar, tratando cada uno de defender sus puntos de vista, que casi siempre coinciden con los del periódico a que pertenece y en todos los casos con los del partido político o la organización sindical en que milita.

Pero, en contra del lógico y natural apasionamiento, hablamos en un tono apagado y mortecino. El calor sofocante invita a la siesta; el monótono ronroneo de los ventiladores que agitan el aire, sin conseguir refrescarlo, acentúa el sopor, y todos llevamos varias noches en vela. Desde que al atardecer del domingo fue asesinado el teniente Castillo y en la madrugada del lunes corrió Calvo Sotelo la misma trágica suerte, ninguno de nosotros ha logrado descansar un solo día lo suficiente.

Cada tarde se anuncia, con mayor insistencia que la víspera, una sublevación militar inminente y es preciso pasarse la noche pendiente de los teléfonos, atento a los más diversos rumores, corriendo de un lado para otro, a fin de confirmarlos o desmentirlos con la máxima rapidez. Aun cuando no pase nada en la noche que termina, todo puede ocurrir en el día que alborea, y quien se tumba despreocupado a dormir ocho o nueve horas, puede encontrarse al despertar con un cambio completo en el panorama nacional.

Cinco jornadas así, en una constante guerra de nervios y

amenazas, están a punto de terminar con nuestra resistencia física. Interesados, más interesados que nadie —por sumar a los motivos de índole profesional otros políticos y personales —, las noches sin dormir acumulan grandes cantidades de sueño en nuestros párpados e impregnan las palabras de un suave escepticismo.

—Convenceos, muchachos —dice uno—, de que las revoluciones no se anuncian a hora fija, como las corridas de toros. Ya veréis cómo al final no pasa nada.

—¡Hum! —replica otro, con aire somnoliento. Esta vez va en serio. Lo que anteayer dijeron Gil Robles, Vallellano e incluso Ventosa...

—¡Palabras, palabras y palabras...! Tendrían que estar locos de remate para echarse a la calle, haciendo inevitable la revolución que temen.

—La revolución está ya en la calle —sostiene un tercero, con momentáneo acaloramiento—. Si los militares no la atajan pronto...

—¿Otra «sanjurjada»? —le interrumpe alguien, burlón— ¡bah! Cuatro guardias de asalto bastan para terminar con ella.

—¡Estáis listos...! Lo del 10 de agosto no volverá a repetirse. Ahora no será un general aislado el que se levante, mientras los demás esperan cruzados de brazos a que les saque las castañas del fuego.

—¡Peor para ellos! Los trabajadores están alerta y la lección de Asturias...

—Lo único que hace falta —sentencia otro, silencioso hasta este momento— es que Casares se líe la manta a la cabeza y meta en cintura a todo Cristo.

La charla se anima unos minutos, pero no tarda en languidecer. Son muchos días de hablar de lo mismo, hacer idénticas conjeturas y emplear iguales razonamientos. Aunque en el grupo hay periodistas de las más diversas

tendencias, cada uno sabe lo que van a decir los demás y puede anticipar sus palabras. Los argumentos carecen de novedad y la discusión de interés. Vuelve a hacerse el silencio y los ojos de varios se cierran maquinalmente, añorando el placer de una buena siesta.

Pero no habrá descanso para ninguno. Mientras subsista la gravedad de la situación tendremos que permanecer en plena actividad. En el mejor de los casos, cuando la tormenta se disipe y vuelvan la política y la vida nacional a sus cauces normales, estaremos ya en el otoño. En el peor, nadie sabe lo que puede ocurrir.

—Bueno —masculla uno, encogiéndose de hombros—, ya dijo Larra que en España nunca pasa nada.

—Sí —respondo—. Es ella siempre la que pasa por todo.

(Somos diez los periodistas que esta tarde estival nos encontramos en el Congreso. Ninguno se muestra optimista al enjuiciar la situación, pero ni el más pesimista del grupo puede imaginar siquiera la trágica suerte que nos espera. De los diez, la mitad morirán violentamente antes de concluir el año; uno de ellos será mi hermano Ángel —redactor de *La Libertad* lo mismo que yo—, que pierde la vida en el Alberche el 15 de octubre de 1936. Suerte igual correrá el 1 de mayo de 1940, una vez terminada la contienda, Manuel Navarro Ballesteros, de *Mundo Obrero*. De los cuatro restantes, tres —Gutiérrez de Miguel de *El Sol*, Pérez Merino de *Claridad* y yo— seremos condenados a muerte en consejos de guerra sumarísimos y pasaremos en presidio los años de nuestra juventud. Sólo uno de los presentes escapará relativamente bien: Roncero, de *Ahora*, que cruzará la frontera para iniciar en Francia un prolongado exilio).

Un hombre de mediana estatura, cuya rapidez de movimientos contrasta con su corpulencia, asoma un momento la cabeza buscando a alguien con la mirada. Al no encontrarlo en el bar, da media vuelta y se aleja sin

pronunciar palabra. Pero uno de los periodistas le ha visto de refilón y reconocido en el acto. Toda su somnolencia desaparece de golpe y se pone en pie dispuesto a darle alcance, mientras exclama, sorprendido:

—¡Qué raro...! ¡Prieto aquí a estas horas...!

Todos salimos tras él. Segundos después rodeamos a Prieto en uno de los pasillos. Don Indalecio —cara redonda, párpados carnosos, ojos de miope— tiene un gesto de honda preocupación en el semblante. Nos conoce a todos y se anticipa a las preguntas que tenemos en la punta de la lengua.

—Vengo —dice— a reunirme con la Ejecutiva del Partido Socialista.

Hace una pausa, como si necesitara tomar aliento; luego, dejando caer con lentitud las palabras, añade:

—La guarnición de Melilla se ha sublevado esta tarde. Los trabajadores están siendo pasados a cuchillo.

Mientras habla llegan, jadeantes por el calor y las prisas, diversos miembros de la Ejecutiva. A Prieto le urge reunirse con sus compañeros para decidir rápidos las medidas a tomar en vista de la grave situación planteada. No se molesta en darnos detalles de lo sucedido en la población marroquí. Es posible que los ignore aún; también que prefiera reservárselos por el momento. Ninguno de nosotros le apremia. Los detalles son cuestión secundaria y vendrán más tarde; lo fundamental ahora es la noticia en sí.

Corremos hacia las cabinas telefónicas. Cada uno habla con su periódico para comunicar lo que sucede, que no por esperado resulta menos sensacional. Luego, sin salir del Congreso, tratar de conseguir confirmación y, a ser posible, ampliación, de lo dicho por don «Inda». Varios pedimos a un tiempo conferencia telefónica con Melilla. Hemos de aguardar impacientes unos minutos que se nos antojan siglos; al final...

—Lo siento, señor; la línea está averiada.

Tampoco resulta posible hablar con Ceuta, Tetuán o Larache, porque todos los cables se han estropeado de repente. Como es lógico, todos sabemos que la presunta avería no pasa de ser una excusa. Confirma en cierto modo lo anunciado por Prieto. Sin embargo, una duda se abre paso en nuestro ánimo: ¿se ha extendido la rebelión a toda la zona española de Marruecos o ha cortado las comunicaciones el propio gobierno?

—Quizá si hablásemos con Málaga y Algeciras...

Lo hacemos sin conseguir aclarar nada. En Algeciras y Málaga saben todavía menos que nosotros. Circulan los mismos rumores que en Madrid y los ánimos están muy excitados. Sin embargo, carecen de noticias concretas del otro lado del Estrecho. Los barcos de Ceuta, Tánger y Melilla llegaron sin novedad a la hora acostumbrada.

—Cuando salieron había tranquilidad. Claro que después...

Lo sucedido después, lo que esté ocurriendo en este mismo instante, es lo único que verdaderamente interesa e importa. Pero de eso, de todo eso, no pueden decirnos una sola palabra las personas con quienes hablamos por teléfono en las ciudades más meridionales de España.

—Bueno, alguien tiene que estar enterado en Madrid.

Todos tenemos amigos y conocidos en los lugares donde pueden informarnos —ministerios de Guerra y Gobernación y Dirección General de Seguridad— y cada uno procura localizar por teléfono a quienes en situaciones normales y en un terreno confidencial le desmienten o confirman los rumores circulantes. En esta ocasión, sin embargo, fallamos estrepitosamente en los primeros intentos. Por una extraña y sospechosa coincidencia, una mayoría de nuestros posibles informantes no están en sus despachos ni nadie acierta a decirnos dónde encontrarles. Logramos, no obstante, localizar a un par de ellos; ninguno aclara nuestras dudas o

disipan nuestros temores.

—No hagáis casos de bulos —es la respuesta unánime—. Si ocurriese realmente algo importante, el gobierno se lo comunicaría al país. Mientras no diga nada, es que no sucede nada.

—Pero la incomunicación telefónica con Marruecos...

—Una simple avería que estará arreglada dentro de media hora. Entonces podréis hablar con Melilla y convenceros de que todo son fantasías.

Pese a las rotundas negativas de nuestros interlocutores telefónicos, es fácil advertir un tono de ansiedad y nerviosismo en sus voces. Si alguno de nosotros hubiera puesto en cuarentena el sensacional anuncio de Prieto, la pretendida avería telefónica y las denegaciones oficiales habrían sido suficientes para convencerle. A la media hora nadie abriga la más remota duda. La rebelión militar podrá tener mayor o menor alcance, pero es indudable que ha comenzado.

El bar, los pasillos y las salas del Congreso empiezan a llenarse. Llegan apresuradamente políticos, periodistas y curiosos. Todos los que tienen acceso al edificio del Parlamento y que por un lado u otro han oído rumores de lo que sucede, acuden ansiosos por enterarse de algo más. Se forman corrillos en los que se habla y discute a voces. Todo el mundo está plenamente convencido de que la lucha — tantas veces anunciada y desmentida durante la última semana— es ya una trágica realidad, aunque nadie conozca todavía las exactas proporciones del movimiento.

—Triunfará sin dificultad en todo Marruecos —afirma, convencido, el comandante Ristori, un marino republicano que morirá tres meses después peleando en Torrejón—, porque están comprometidos los jefes de Regulares y el Tercio. Hace quince días se lo dije al ministro, que no me hizo el menor caso. Ahora...

—Casares sabe perfectamente lo que hace —salta en defensa del ministro un diputado de Izquierda Republicana—. Me consta que el gobierno ha tomado las medidas precisas y puedo asegurarles que la subversión quedará aplastada en menos de cuarenta y ocho horas.

Carentes todos de información exacta y directa, cada uno tiene una opinión diferente acerca de la importancia del alzamiento. No faltan los optimistas que, dando por descontado que el gobierno tiene en sus manos todos los resortes, confían en una repetición de lo sucedido el 10 de agosto. En general, los elementos gubernamentales temen, más que a los militares sublevados, a las organizaciones obreras.

—¡Habrá que tener mucho cuidado —advierten seriamente — con la CNT y los comunistas, que pretenderán aprovecharse del río revuelto!

Para muchos de los seguidores entusiastas de Azaña, Martínez Barrio, Casares, Sánchez Román o Maura, el verdadero peligro para el régimen está a la izquierda. La República puede defenderse de los generales levantiscos sin grandes dificultades; con los guardias de Asalto y la Guardia civil —en cuya tradicional fidelidad y disciplina tienen una fe ciega— habrá más que suficiente para ahogar cualquier intentona descabellada.

—En la península no se moverá nadie y lo de Marruecos quedará liquidado en tres o cuatro días.

Es la opinión predominante entre los elementos republicanos. Sin embargo, algunos que no pertenecen a las minorías gubernamentales no son tan optimistas; tampoco lo son, en general, los socialistas. Unos y otros saben que la energía verbal de Casares no tiene traducción exacta en los hechos; que lleva tres meses amenazando a diestro y siniestro, pero dejando que fascistas y antifascistas diriman sus diferencias en mitad de la calle a balazo limpio.

¿Habilidad maquiavélica para que sus enemigos se destrocen mutuamente?

—¡Claro que sí! El Gobierno tiene sus fuerzas intactas mientras se debilitan los enemigos de la República.

—Pero lo de Melilla...

—¡Fuego de virutas! Casares controla la situación. ¿O le cree tan insensato como para estar todo este tiempo cruzado de brazos? ¡Ni pensarlo! Conoce la conspiración hasta en sus menores detalles y la aplastará sin tardanza ni contemplaciones.

Los ugetistas tienen dudas más que fundadas; los comunistas creen que el gobierno debe apelar al pueblo y apoyarse en el Frente Popular; los hombres de la CNT desconfían de Casares y dan por descontado que habrán de ser los trabajadores armados quienes en última instancia derroten a la subversión militar. Pero la CNT no tiene representación parlamentaria, los comunistas son muy escasos y los socialistas se hallan profundamente divididos. Si los caballeristas exigen una rápida distribución de armas, los seguidores de Prieto y Besteiro se oponen en redondo.

—Nuestra obligación —afirman— es secundar al gobierno y mantener a todo trance la legalidad republicana.

No es preciso en su opinión recurrir a medidas extremas para vencer la rebelión. Armar a las masas obreras podría resultar contraproducente. Por atajar un peligro relativo, se crearía otro cien veces mayor. Al poder público le sobra con sus recursos normales para hacer morder el polvo a todos sus enemigos.

—No perdamos la cabeza, amigo —aconsejan algunos con ademán tranquilo y gesto sonriente—. Los cuartelazos nada tienen que hacer en pleno siglo xx.

Los socialistas moderados y los republicanos históricos distan mucho de ser mayoría en el país; no obstante, lo son en las redacciones de los periódicos madrileños y en los

llamados círculos políticos de la capital de España. En cualquier caso, tienen una indudable mayoría entre las personas que al atardecer del 17 de julio hablan y discuten en los salones y pasillos del Congreso. Si no logran contagiar a los demás su panglosiano optimismo, consiguen cuando menos llevar la voz cantante, profetizando unánimes e incansables el inmediato fracaso de la sublevación.

—Tengo el coche a la puerta —dice Sánchez Monreal, director de la Agencia Febus, a un grupo de compañeros—. Si salimos después de cenar, de madrugada estaremos en Córdoba y a mediodía en Málaga o Algeciras.

Quiere cruzar el Estrecho y llegar a Marruecos tan pronto como se restablezcan las comunicaciones. Díaz Carreño, redactor de *La Voz*, va con él. Yo pretendo acompañarles, pero el director del periódico en que trabajo, que acaba de llegar al Congreso, considera mucho más conveniente para *La Libertad* mi presencia en Madrid.

—Nadie sabe lo que puede pasar aquí esta noche o mañana —argumenta—. Por grave que sea lo de Marruecos, la batalla decisiva habrá de librarse en Madrid.

Antonio Hermosilla es un hombre alto, delgado, con el pelo casi blanco y un ligero tic nervioso. No es un escritor brillante, pero tiene un magnífico sentido periodístico y sabe rodearse de los hombres que necesita. En sólo tres años ha cuadruplicado la tirada de *La Libertad*, ahora uno de los diarios de mayor circulación de todo el país. Políticamente es, como su periódico, republicano de izquierda; con un izquierdismo moderado que no sobrepasa los límites de un socialismo reformista y gubernamental. Colaboradores asiduos de *La Libertad* son, entre otros muchos, Albornoz, Prieto, Barcia y Martínez Barrio, y de manera más excepcional Sánchez Román y el propio Azaña. No obstante, Hermosilla no comparte en modo alguno el optimismo de otros republicanos, acaso porque desconfía de la decisión y

acierto de Casares Quiroga.

—¡Ojalá todo quede reducido a lo de Melilla! —exclama, nada convencido de que así pueda ser.

Teme mucho que el pronunciamiento melillense sea el comienzo de una sublevación que se extienda en pocas horas a todas las guarniciones peninsulares, desencadenando una auténtica catástrofe nacional. De cualquier forma entiende que es un poco pueril marchar ahora a Marruecos. Habrá tiempo de hacerlo si la lucha se limita y circunscribe a las plazas de soberanía o a la zona del Protectorado; de no ser así, lo que suceda en otros lugares, esencialmente en Madrid, habrá de ser más importante y trascendental.

Termina entre tanto la reunión de la Ejecutiva socialista. Prieto se escabulle habilidoso sin que los periodistas podamos abordarle de nuevo. Sobran, no obstante, personas que nos informen de lo acordado. El Partido, que no forma parte del Gobierno, apoyará a éste, urgiéndole al propio tiempo para tomar las medidas necesarias a fin de aplastar el levantamiento. En cuanto a los sindicatos socialistas...

—La Unión General de Trabajadores responderá a cualquier tentativa fascista con la huelga general revolucionaria.

No será, claro está, una huelga que estorbe o paralice la acción del Gobierno y se limitará a las poblaciones en que los militares sublevados pretendan declarar el estado de guerra. ¿Qué hará la CNT? Para la mayoría la respuesta no ofrece duda posible. Aunque la Confederación no firmo el pacto del Frente Popular, contribuyó decisivamente a su triunfo; está enfrentada con el gobierno de Casares que apoya a la patronal en la huelga de la construcción, que ya dura muchas semanas, pero luchará con todas sus fuerzas contra el movimiento derechista.

—De todas formas —insiste Herмосilla—, convendría conocer su reacción frente a lo sucedido en Melilla.

Se la anticipo yo, seguro de no equivocarme. Pero la mía es una opinión personal y al periódico le interesa conocer y divulgar la postura oficial de la organización confederal en este momento crítico y decisivo. Bien. Buscaré a los militantes más conocidos y responsables, a los miembros de los Comités que dirigen la CNT y dentro de una hora, de dos como máximo, *La Libertad* estará en condiciones de hacer públicas las decisiones tomadas por los sindicatos revolucionarios.

Abandono el Congreso, donde la animación empieza a disminuir, convencidos todos de que la información y las noticias están ahora en otros sitios. Salgo del edificio al mismo tiempo que Hermosilla, Gómez Hidalgo y Lezama. Los dos últimos forman parte también de la redacción de *La Libertad*. Hidalgo, diputado de Unión Republicana, va en busca de su jefe político —Martínez Barrio—, que es al mismo tiempo presidente de las Cortes y vicepresidente de la República; Lezama encamina sus pasos hacia el ministerio de la Guerra para ver a Casares.

—Yo buscaré a Riquelme —dice Hermosilla—. Es probable que sea quien más noticias tenga.

Riquelme y Hermosilla son amigos hace muchos años y viven en dos hotelitos contiguos de la colonia del Viso. Riquelme, famoso por sus campañas africanas, es uno de los pocos generales abiertamente republicano.

En la calle de Fernanflor, Monreal y Carreño se disponen a subir al coche del primero y enfilear la carretera de Andalucía. Sonrientes, se despiden de algunos compañeros.

—Mañana estaremos en Málaga, tal vez en Melilla, y sentiréis no habernos acompañado.

(No llegan tan lejos, por desgracia. Su viaje se interrumpe en Córdoba. Es gobernador de Córdoba un redactor de *El Sol* —Antonio Rodríguez de León—, que les recibe con los brazos abiertos. Cuando se presentan en la mañana del 18 de julio,

la situación en la ciudad de los califas es muy tirante. Las tropas están acuarteladas y los trabajadores piden armas. Cumpliendo instrucciones de Madrid, el gobernador se las niega; se las sigue negando cuando los militares sublevados penetran en el Gobierno civil y le detienen. También son detenidos los otros dos periodistas madrileños. Tras unas semanas de encierro, Monreal y Carreño son puestos en libertad. No pueden volver a Madrid, pero sí reunirse con sus familias, que veraneaban en San Rafael y han sido trasladadas a Valladolid. Superando enormes dificultades, logran llegar a su punto de destino).

Cerca de la Puerta del Sol, en el primer tramo de la Carrera de San Jerónimo, está el Café Rex. En él suelen reunirse por las tardes algunos militares republicanos, esencialmente aviadores. Junto a Ramón Franco, frecuentan la tertulia el teniente coronel Ortiz, los comandantes Camacho y Romero, los capitanes Bayo y Rexach y el antiguo mecánico Pablo Rada. El piloto del *Plus Ultra* no está en Madrid porque el gobierno le ha nombrado agregado militar a la embajada de España en Washington, pero sí muchos de sus compañeros.

—No te molestes en entrar porque no encontrarás a nadie. Cada uno está ya en el puesto que le corresponde.

Habla el capitán Rexach, con quien me cruzo en la entrada. Rexach —uno de los sublevados de Cuatro Vientos, en unión de Queipo de Llano, Franco, Collar e Hidalgo de Cisneros— es un hombre alto, de complexión atlética y gesto decidido. Acaba de enterarse de lo sucedido en Melilla, que no le ha cogido de sorpresa.

—Llevábamos muchos días esperando algo por el estilo. Ni en Getafe ni en Cuatro Vientos nos pillarán dormidos. Seremos nosotros, probablemente esta misma noche, quienes despertemos a más de cuatro.

Mientras habla, sube al coche que le espera junto a la

acera y pisa a fondo el acelerador. Le sigo con la vista mientras atraviesa como un loco la Puerta del Sol. (Dentro de unas horas, Rexach estará en Sevilla dispuesto a bombardear Tetuán; el próximo lunes él y un grupo de aviadores amigos influirán decisivamente en el desenlace de la lucha en Madrid).

Como todos los anocheceres, grupos nutridos llenan por completo las amplias aceras de la Puerta del Sol. Aquí y allá se forman corrillos en los que se discute con apasionada vehemencia y que se disgregan al acercarse alguna pareja de guardias. Abundan, desde luego, los transeúntes más o menos apresurados y los simples curiosos, pero los elementos políticos están en aplastante mayoría. Los huelguistas de la construcción cambian impresiones o reciben consignas delante mismo del ministerio de la Gobernación, que ha declarado ilegal el paro. Algunos agitadores comunistas alzan de vez en cuando su voz en un grupo de obreros en un improvisado mitin-relámpago. En los múltiples cafés se propalan y comentan las últimas noticias, que casi siempre tienen más de fantásticas que reales. En las bocacalles, retenes de asalto montan guardia para impedir alborotos y manifestaciones.

—¿Dónde puedo encontrar a Val?

Conozco a los individuos a quienes me dirijo y ellos me conocen a mí. Eduardo Val es el secretario del Comité de Defensa de la CNT madrileña. Dirige la lucha de los obreros de la construcción y encabeza los grupos confederales de acción. Hombre dinámico, largo en hechos y corto en palabras, va de un lado para otro silencioso como una sombra, escabullándose una y otra vez de la policía que hace meses sigue sus pasos. Se mueve en la clandestinidad como pez en el agua y es difícil saber dónde encontrarle en un momento determinado, aunque quienes le conocen saben que estará siempre en el sitio conveniente y preciso.

—Habla con Isabelo; él te podrá decir lo que quieras saber.

Isabelo Romero, un metalúrgico de veinticinco años, inteligente y decidido, forma parte también del Comité de Defensa. Es al mismo tiempo secretario del Comité Regional del Centro. Como el Comité Nacional está detenido y la policía clausuró hace varias semanas los locales de los sindicatos, lleva prácticamente todo el peso de la organización. Ninguno más autorizado para exponer en estos momentos la postura de la Confederación Nacional del Trabajo.

—Ya sabemos lo de Melilla —dice en cuanto nos vemos, antes de que tenga tiempo de hacer la menor pregunta—. También sabemos que esta noche o mañana empezará el bollo en toda España. La lucha será dura, sangrienta, desesperada, pero los trabajadores vencerán.

Hijo de campesinos andaluces, nacido en la cuenca de Riotinto, Isabelo se ha forjado en la lucha y la clandestinidad. Conoce las cárceles por dentro y sabe de sindicalismo, de huelgas, de combates callejeros en defensa de las reivindicaciones obreras. Valiente, infatigable y austero, quedándose muchos días sin comer y no pocas noches sin dormir, cuenta con la confianza incondicional de sus compañeros. Aunque su nombre sea casi desconocido fuera de los medios confederales, millares de metalúrgicos y todos los militantes de las barriadas extremas de Madrid, secundan sin la menor vacilación sus indicaciones.

—Con un poco de decisión y buena voluntad por parte de Casares —afirma—, no habría peligro de golpe militar. Le han sobrado tiempo y oportunidades para aplastar un complot que todos conocemos; pero ese tipo no ha hecho ni hará nada mientras continúe en el poder.

Tiene ideas claras y concretas sobre la situación planteada —ideas que reflejan y sintetizan las de toda la organización

confederal—, y las expone sin eufemismo ni veladuras. Desde hace meses —sostiene—, Casares realiza un juego tan peligroso que casi equivale a un suicidio.

—Es un doble chantaje en que utiliza el fantasma de la revolución social para amedrentar a las derechas y la amenaza de un golpe fascista apoyado por los militares para asustar a los trabajadores.

En el fondo, Casares no cree en ninguno de los dos peligros, pero los utiliza como contrapesos de un balancín que le permite seguir en el gobierno y hasta considerarse la única persona capaz de evitar una catástrofe nacional. Y no es lo malo que se lo haya creído hasta ayer, sino que lo siga creyendo en este momento.

—Casares espera que se repita lo del 10 de agosto y le baste con una compañía de guardias de asalto. Cuando quiera darse cuenta de la realidad —si llega a dársela en algún momento—, ya resultará demasiado tarde.

La CNT está convencida de que las derechas lucharán estrechamente unidas y que la pelea será a muerte. También que sólo los trabajadores combatiendo heroicamente en las calles podrán impedir su triunfo. La lucha podría decidirse en pocas horas si el gobierno entregase armas al pueblo.

—Pero eso no lo hará Casares ni con el agua al cuello.

Es posible que otro jefe de gobierno —nombrado apresuradamente cuando ya está todo a punto de perderse— acceda a proporcionar armas a republicanos y socialistas.

—A la CNT no se las dará nadie. Tendremos que tomarlas nosotros donde estén. Bueno —añade con una sonrisa—, ya hemos empezado a cogerlas.

Es cierto. Desde el lunes los militantes confederales están movilizados, en cualquier lugar de España los grupos de choque —armados con pistolas unas veces, con cartuchos de dinamita otras, con simples escopetas de caza en la mayoría de los pueblos— pasan las noches en vela, vigilando las

carreteras, los puntos estratégicos de las ciudades y las proximidades de los cuarteles. Tienen, además, instrucciones concretas: huelga general revolucionaria como réplica inmediata a un levantamiento militar y lucha calle por calle y casa por casa con todos los medios a su alcance.

—Esperamos que la UGT haga lo mismo y en muchos puntos está funcionando de hecho la Alianza Obrera Revolucionaria. Como en Asturias hace dos años, todos los trabajadores peharemos ahora codo con codo.

—Lo malo —arguyo— es si la sublevación os pilla desprevenidos.

Mi interlocutor sonrío, mientras niega con repetidos movimientos de cabeza. La Confederación ha pensado en esa posibilidad y tomado las medidas oportunas para salvarla. Isabelo responde con energía, aunque, como es lógico, sin dar nombres ni entrar en detalles minuciosos. La organización tiene enlaces dentro de los cuarteles, porque los trabajadores movilizados continúan fieles a sus respectivos sindicatos y en estos momentos pueden serles más útiles que nunca. En algunos sitios son tantos que, puestos de acuerdo entre sí, resultan suficientes para ahogar la subversión antes de que trascienda a la calle; en otros tienen previstos medios eficaces para avisar a sus compañeros de la intentona; en algunos escapando del cuartel a tiro limpio para dar la voz de alerta a quienes aguardan fuera.

—Estamos mejor informados de lo que nadie supone —concluye—, y no somos tan confiados ni tan estúpidos como Casares.

Asiento convencido. Me consta de una manera positiva que los elementos confederales ejercen una vigilancia permanente y discreta en determinados lugares durante las veinticuatro horas del día. También algo que pocos sospechan y tiene tanta o mayor importancia: que sus servicios de información funcionan con increíble rapidez y

eficacia. Sus muchos afiliados en los servicios de comunicaciones —teléfonos, telégrafos, ferrocarriles, etc— explican que las noticias o los objetos —libros, manifiestos, pasquines de propaganda o pequeños paquetes de armas y explosivos— lleguen con prontitud y sin tardanza a sus puntos de destino. Respecto a las fuentes informativas, resultan mucho más extensas, variadas y sorprendentes de lo que pueden imaginar quienes no integran los cuadros defensivos confederales. Al millón largo de cenetistas hay que sumar otro millón como mínimo de simpatizantes, amigos y familiares de cualquiera de ellos, distribuidos por toda la nación.

—Será muy difícil que nadie de un solo paso perjudicial o amenazante para la organización sin que nos enteremos a tiempo.

Hablo largo rato con Isabelo y con otros compañeros que interrumpen nuestra charla para traerle noticias o recibir instrucciones. Como consecuencia, son ya más de las diez de la noche cuando llego al periódico. *La Libertad* ocupa un edificio de tres plantas en la calle de la Madera, muy cerca de la Gran Vía. En la planta superior está la redacción; en la intermedia la administración; abajo los talleres.

Las linotipias han empezado a funcionar, y tanto en la redacción como en los despachos del director y subdirector del periódico hay más animación que nunca. Están todos los que habitualmente participamos en la confección del diario e incluso muchos redactores y colaboradores que la mayoría de las noches no hacen acto de presencia, limitándose a mandar sus cuartillas o comunicar por teléfono las noticias; también abundan los amigos, casi todos políticos, ansiosos por conocer las últimas noticias.

Pero, si hay mucha gente, no parece que nadie tenga la menor prisa en escribir nada. Todo el mundo prefiere comentar y discutir los acontecimientos de la jornada y sus

inevitables consecuencias. En realidad, es lo único que se puede hacer; nada de lo que se publique mañana tendrá la menor importancia, puesto que no podrá rozarse siquiera el problema fundamental del momento.

—Orden tajante de la censura: ini la más pequeña alusión a Marruecos!

—¡La táctica del avestruz! ¡Cómo si a estas alturas el silencio sirviera de nada...!

La indignación es general entre los redactores. Casares cree, por lo visto, que con no hablar del peligro, el peligro desaparece. La radio ha seguido toda la tarde con sus programas habituales; en sus noticiarios no se ha mencionado siquiera el nombre de Melilla. Algún periódico que pretendió lanzar una edición extraordinaria tuvo que desistir ante la invasión policíaca de sus talleres. Ya que son incapaces de evitar la sublevación, los ministros están decididos a hacer cumplir a rajatabla su consigna de silenciar los hechos.

—El gobierno hace bien —sostiene Somoza Silva—. Divulgar la noticia del pronunciamiento antes de haberlo aplastado, sembraría una alarma innecesaria y peligrosa para el país.

Lázaro Somoza Silva es diputado provincial en representación de Unión Republicana y se considera obligado a aplaudir todas las medidas gubernamentales. Son varios los redactores del periódico que comparten su opinión, que no en balde la inmensa mayoría pertenece a uno u otro de los partidos que integran la coalición ahora en el poder.

—Habrá tiempo sobrado de hablar mañana o pasado cuando la intentona muera por consunción al ver sus promotores que no tiene repercusión alguna en la península.

Como por la tarde en el Congreso, una mayoría de republicanos cifra su esperanza en que lo sucedido en Melilla sea un chispazo aislado que pueda apagarse con la misma

facilidad y rapidez que el de Sevilla hace cuatro años. Gómez Hidalgo, que viene de hablar con Martínez Barrio y parece enterado de muchas cosas que una elemental discreción le impide revelar, afirma:

—No hay que echar leña al fuego ni excitar los ánimos. Con calma y sensatez, aún puede solucionarse el problema sin dolorosos derramamientos de sangre.

Fernández Evangelista, que hace información en la Dirección General de Seguridad y aparece un momento por el periódico, comparte el optimismo de muchos. Piensa volver por el caserón de la calle de las Infantas y permanecer allí toda la noche, igual que Alejandro de la Villa; sin embargo sostiene, convencido:

—No haremos más que perder el tiempo. Desde Alonso Mallol para abajo, todo el mundo tiene la plena seguridad de que no pasará nada. Por lo menos esta noche.

En el centro policíaco no existe inquietud ni nerviosismo de ninguna clase. Están tomadas, como es lógico, las necesarias medidas de precaución; pero son las mismas de la víspera y de todos los días desde que los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo elevaron la tensión política a su grado máximo.

—Quisiera compartir vuestro optimismo, pero no puedo —disiente rotundo uno de sus oyentes—. Debió hacerse mucho en estos días y no se hizo nada para evitar que las cosas llegaran a este extremo. Temo lo peor y creo que si el pueblo se duerme estamos perdidos.

Luis de Tapia tiene ya sesenta y cinco años, no anda sobrado de salud y no suele trasnochar. Escribe sus coplas por la tarde en cualquier café o en el mismo Congreso, y las lleva o las manda al periódico. Por excepción, esta noche hace acto de presencia en la redacción con gesto preocupado. Le asustan, mucho más que los posibles riesgos personales, advertir que la falta de resolución y energía de

sus gobernantes pone a la República en el más grave de todos los trances. Durante muchos lustros —desde que publicó sus primeros versos en *El Imparcial* antes de terminar el siglo XIX— ha puesto su gracia e inteligencia al servicio de un ideal que ahora —esta noche, mañana o pasado— corre grave peligro de perecer.

—Si Casares no es capaz de defender la República, debe dejar que la defiendan los trabajadores.

Republicano de toda la vida, sin ser ni pretender en ningún momento ser otra cosa, Luis de Tapia coincide en este punto con Largo Caballero y con quienes, libertarios o comunistas, están a la izquierda del líder de la UGT. Hace semanas que Caballero aboga por el armamento de las milicias socialistas y esta tarde lo ha hecho con redoblado vigor en la reunión de la Ejecutiva de su partido. Pero el posible reparto de armas a los trabajadores constituye por el momento la manzana de la discordia entre republicanos y socialistas moderados de una parte y el proletariado revolucionario de la otra.

—Armar al pueblo —arguye, asustado, Gómez Hidalgo— significaría el caos. La revolución sería la muerte de la República.

—¿Prefieres que la entierren sin lucha los militares monárquicos?

Se discute con pasión y vehemencia. Hay todavía quienes se niegan a creer que el régimen se halle en peligro de muerte. Aducen que no todos los generales son monárquicos y que incluso quienes lo son pondrán el cumplimiento de su deber y el mantenimiento de la legalidad y la disciplina por encima de sus ideales políticos. Que se haya sublevado en Melilla un tabor de Regulares o una bandera del Tercio no implica que el Ejército entero se ha de sumar a la rebelión.

—Batet y López Ochoa son republicanos —añade—, y ni el primero en Cataluña ni el segundo en Asturias dudaron un

solo segundo en cumplir al pie de la letra las órdenes del gobierno de Lerroux y Gil Robles.

Igual se comportarán ahora todos los jefes militares; aunque tengan que retorcerse el corazón, harán honor a sus promesas de lealtad hacia el régimen, como hubieron de hacerlo quienes el año treinta y dos marcharon con sus tropas sobre Sevilla o se negaron a secundar a Sanjurjo.

—¡Y para qué hablar de otros, como Queipo de Llano y Cabanellas...! —concluyen con aire triunfal.

(Todo el mundo sabe que Queipo de Llano, sublevado en favor de la República el 15 de diciembre de 1930, ha sido jefe militar de la Presidencia durante todo el mandato de Alcalá Zamora. Respecto a Cabanellas, cuyos entusiasmos republicanos y antecedentes masónicos no constituyen un secreto para nadie, se recuerda una frase dirigida a Largo Caballero en los pasillos del Congreso, delante de numerosos diputados y periodistas: «Si hace falta lanzarse al campo para defender la República, cuente conmigo»).

Eduardo Haro, subdirector de *La Libertad*, no se muestra muy convencido. Antiguo marino ganado por el periodismo, conoce la mentalidad de sus viejos compañeros de armas y no se forja excesivas ilusiones. Entre la oficialidad de la Armada predominan los elementos aristocráticos y monarquizantes. Para los pocos de ideología republicana, el ambiente es tan hostil que una mayoría ha tenido que pedir el retiro.

—Las guarniciones marroquíes —indica— no se habrían sublevado sin contar de antemano con la escuadra; de no tener el apoyo incondicional de la Marina su intentona estaría condenada a un fracaso irremediable y son los primeros en saberlo.

Contra el desaforado optimismo de algunos, es de temer que la conspiración tenga las extensas ramificaciones que se han denunciado cien veces durante las semanas precedentes

sin conseguir que Casares la tomase una sola vez en serio. Para Haro será decisiva la actitud que adopten los marinos de guerra en las próximas horas.

—La Escuadra está disciplinadamente al lado del gobierno —asegura Gómez Hidalgo—, y me consta de una manera positiva. Los marinos fueron siempre ejemplo de caballeridad y no faltarán ahora a la palabra empeñada.

Ante el marcado escepticismo de quienes le escuchan, Gómez Hidalgo, tras mirar receloso en torno suyo como si temiera que algún enemigo de la República pudiera oír sus palabras para divulgarlas luego, decide comunicarnos una noticia sensacional, no sin exigir antes la máxima discreción y reserva.

—A primera hora de la noche —asegura— ha salido de Cartagena una flotilla de destructores con rumbo a Melilla. Llegará de madrugada, y si los rebeldes no se entregan en el acto, les hará entrar en razón a cañonazos.

—¿Crees, de verdad, que los marinos bombardearán a los militares sublevados en Melilla? —pregunta Haro, dubitativo.

—¡Naturalmente! La mejor prueba es que los barcos se han hecho a la mar en cumplimiento de las órdenes dadas por el ministro.

El argumento parece definitivo. Lo es para aquellos de sus oyentes que están convencidos de antemano de que lo sucedido en la ciudad africana es una locura de un grupo de exaltados, sin posibles repercusiones en otros puntos del país. Pero no para los demás; sobre todo para quienes recordamos los brindis pronunciados en fecha reciente al final de un banquete celebrado en Ceuta y al que asistieron numerosos marinos.

—Eso no fue más que la fantasía de una mente calenturienta —contesta Hidalgo con gesto malhumorado—. El Gobierno hizo las correspondientes averiguaciones y comprobó que no había nada de cierto en lo que se

rumoreaba.

Somos varios los que seguimos sin convencernos. Entre los escépticos está el propio director del periódico. Hermosilla no ha visto, como proponía al dejar el Congreso, al general Riquelme, aunque ha logrado hablar por teléfono con él. Como es natural dadas las circunstancias, el general se mostró reservado; no obstante...

—Estaba en el Ministerio y de tener plena confianza en la escuadra me habría hablado con un poco más de optimismo.

Le conoce lo suficiente para poder interpretar sus medias palabras en un sentido que nada tiene de halagüeño para la causa republicana. Por el contrario, Antonio de Lezama, que llega en este momento a la redacción y viene del Ministerio de la Guerra, opina de manera opuesta. Admite que, en efecto, Riquelme se muestra francamente pesimista; en cambio, en las demás personas con quienes ha hablado predomina la euforia.

—La rebelión de Marruecos —afirma— está siendo ya eficazmente combatida. No sólo en tierra, donde únicamente se ha sublevado una minoría, sino desde el mar y el aire.

Ha estado con muchos amigos desde que abandonó a última hora de la tarde el palacio de las Cortes; la mayoría pertenecen a su mismo partido —Izquierda Republicana— y desempeñan carteras ministeriales o cargos de fundamental importancia en estos momentos críticos. Todos le han hablado con absoluta sinceridad y puede confirmar no sólo la salida de Cartagena con rumbo a Melilla de una parte de la escuadra, sino que la aviación leal al Gobierno no tardará muchas horas en entrar en acción, caso de que no haya entrado ya.

—A Casares no le ha sorprendido ni alarmado lo de Melilla. Cuando se lo dijeron se echó a reír y contestó en tono burlón: «¿Dicen ustedes que se han levantado los militares? ¡Pues yo me voy a acostar tranquilamente!».

La frase, claro está, constituye una broma del jefe del Gobierno; pero, también, el mejor indicio de su tranquilidad y de la confianza absoluta en que no pasará nada que ponga en verdadero peligro al régimen. Esto, que es lo fundamental, se lo han ratificado entre otros amigos Augusto Barcia y Marcelino Domingo, con quienes acaba de charlar en plan confidencial.

—Es desagradable y triste lo sucedido en Melilla —concluye—, pero es lo menos que podía pasar dada la tensión reinante. Porque, aunque otra cosa piensen algunos, lo ocurrido no es el comienzo de una sublevación general, sino el aborto de una conjura y el paladino reconocimiento de su fracaso.

—Pero las repercusiones...

—No habrá repercusión alguna en la península. El Gobierno tiene en este punto concreto una seguridad absoluta. Las severas medidas de precaución tomadas han hecho desistir a los comprometidos. Los de Marruecos tendrán que darse por vencidos cuando comprueben que se han quedado solos.

Algunos de sus oyentes asienten complacidos y satisfechos; otros, en cambio, persistimos en nuestra desconfianza. Hermosilla quisiera creer lo que dice Lezama, pero no puede, escarmentado por la completa ineficacia de Casares durante las semanas precedentes; igual exactamente le sucede a Luis de Tapia. Haro, por su parte, duda mucho de que la marina de guerra se enfrente con los sublevados. Por mi parte, yo estoy convencido de que la lucha iniciada será larga y sangrienta.

—Bueno —masculla Lezama, disgustado y molesto—. Por lo menos no podréis negarme que son las doce de la noche y todavía no ha repercutido en ningún lugar de la península el alzamiento de Melilla.

Tiene razón en este punto concreto. Marruecos sigue

incomunicado y debe seguirse luchando en diversos lugares con mayor o menor encarnizamiento, pero es el único sitio en que hasta ahora se lucha. Muchas horas después de haber comenzado la sublevación melillense, la normalidad no se ha alterado en todo el territorio peninsular. Cada poco rato los informadores destacados en la Dirección General de Seguridad aseguran que no pasa nada. Al mismo tiempo van celebrándose en la forma acostumbrada las habituales conferencias con los diversos corresponsales en provincias y ninguno denuncia —¡todavía!— la menor perturbación del orden público.

En Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Bilbao circulan los mismos rumores que en Madrid y existe parecido nerviosismo. Sin embargo, ni los soldados han salido a la calle ni en parte alguna se ha intentado siquiera declarar el estado de guerra. Las autoridades gubernativas desempeñan sus funciones exactamente igual que la víspera y los numerosos bulos que se lanzan a cada momento no tardan en ser desmentidos rotundamente.

—Está bien. Reconozcamos que en este diecisiete de julio no se han sublevado más que algunas guarniciones marroquíes. Pero ¿qué ocurrirá en el día dieciocho, que comienza en estos momentos?

—Que los sublevados tendrán que rendirse —afirma Gómez Hidalgo, convencido y seguro.

II

SÁBADO, 18 DE JULIO

A medida que avanza la noche, va disminuyendo la animación en el periódico. Los amigos que han acudido en busca de noticias se van un poco decepcionados. También aquellos redactores o colaboradores que otros días no aparecen por la redacción, y que hoy han hecho una excepción, trasnochando más que de costumbre. A las dos de la madrugada sólo quedamos los mismos que cualquier otra noche. De cuando en cuando, llamamos a uno u otro lado o nos llaman los compañeros destacados en la Dirección General de Seguridad. La impresión continúa siendo la misma. A las tres, el propio director decide irse a dormir.

—Me parece una tontería seguir esperando —dice—. Avisadme si ocurre algo esta noche, cosa que ya no creo.

Lezama, que se marcha con él, ha conseguido disipar de momento su pesimismo respecto al porvenir inmediato. Acerca de lo que haya de publicar el periódico unas horas después, no existen dudas ni problemas: cumpliendo las enérgicas órdenes de Casares, la censura no autoriza la más ligera alusión a lo que está sucediendo en Marruecos.

—Quienes nos lean hoy —comenta Haro al cerrar la

edición—, creerán que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Pero por absoluto que sea el mutismo obligado de los periódicos, únicamente los deficientes mentales pueden compartir en España tan desaforado optimismo. A la falta de noticias del Gobierno, responde la gente lanzando rumores, siempre más graves y alarmantes que la realidad misma por grave que ésta sea.

Aunque el periódico se cierra a las cuatro de la madrugada, todavía aguardamos un rato por si a última hora llegase alguna de las noticias que esperamos o Casares cambiara de opinión acerca del silencio impuesto a los diarios. Al final, cuando ya la rotativa está en marcha, nos vamos defraudados y aburridos.

En pleno estío, la Puerta del Sol no pierde animación en las últimas horas de la madrugada. A las cuatro y media continúan abiertos casi todos los cafés; algunos entornan sus puertas o bajan los cierres de una manera simbólica durante quince o veinte minutos, pero sin que los clientes abandonen sus mesas y divanes. En las aceras, grupos de trasnocadores forman corrillos o pasean despacio. La concurrencia es, desde luego, inferior a la del anochecer y de muy diferente composición. Los huelguistas de la construcción, los agitadores políticos y los simples curiosos han sido sustituidos por bohemios, cómicos, músicos y artistas —que se califican a sí mismas de frívolas con un amable eufemismo para su verdadera profesión—, que se concentran en la gran plaza a medida que van cerrándose los centros de diversión nocturna. Por aquí pasan —o pasean— también la mayoría de los redactores de los periódicos de la mañana, que, una vez cerrada la edición de sus respectivos diarios, aún tienen ganas de acudir a tomar café y charlar un rato en cualquiera de las infinitas tertulias.

La gravedad de la situación política, la lucha armada que

ya se ha iniciado en Marruecos, todavía no altera la fisonomía peculiar de la Puerta del Sol en las altas horas de la madrugada. Haro y yo, que desde la redacción de *La Libertad* bajamos como todas las noches por la calle de Preciados, luego de atravesar la Gran Vía y la plaza de Callao —que por contraste con la Puerta del Sol parecen totalmente desiertas—, lo comprobamos con una simple ojeada. Quizá sean más numerosos los guardias que vigilan en torno a Gobernación; acaso algunos de los automóviles que circulan rápidos no vayan ocupados como otras noches por juguistas alborozados o parejitas amorosas; es probable, incluso, que en muchos de los grupitos se hable de armas y acciones revolucionarias en lugar de discutir sobre contratos y rivalidades artísticas. Pero, en apariencia al menos, la Puerta del Sol ofrece el mismo cuadro que las demás amanecidas. Incluso las camionetas que esperan pacientemente a que el sueño vaya ganando a los trasnochadores de Chamberí, Goya, Cuatro Caminos o Ventas.

Entre los cafés Universal y Colonial —rebosantes de público igual que cualquier noche— se encuentra Teléfonos. Es un viejo y destartado edificio de dos plantas, construido a comienzos de siglo para albergar una de las primeras centrales telefónicas de Madrid. Tiene en la planta superior una amplia sala destinada a los corresponsales de los periódicos provincianos con diez o doce cabinas, grandes mesas y muchas sillas. La sala se encuentra concurrida a cualquier hora. Como hay diarios de la mañana y de la tarde en casi todas las ciudades de la península, así como en Canarias, Baleares y Marruecos, y cada uno tiene una hora diferente para que su representante en la capital le transmita las informaciones más importantes, Teléfonos es prácticamente la única redacción madrileña que no interrumpe su actividad un solo segundo en el transcurso de la jornada.

Esta madrugada es mayor la afluencia de periodistas que otras veces, pero no el trabajo. Lo único que importa es lo que sucede en Melilla, Ceuta, Tetuán o Larache, y las comunicaciones con África están interrumpidas y nadie tiene noticias exactas y concretas de lo que esté ocurriendo. En los demás sitios hay tranquilidad relativa en un clima de general nerviosismo e inquietud. Todos los reporteros han pasado la noche esperando acontecimientos que no llegaron a producirse. Algunos, vencidos por el cansancio y el aburrimiento, descabezan un sueñecito, retrepados en los sillones o echados de bruces sobre las mesas. El resto entretiene la espera enfrascado en amistosas partidas de poker o monte.

—Creíamos que sería una noche de mucho jaleo y ya veis: inada de nada! De haberlo sabido, llevaría ya cinco o seis horas en la cama.

Eduardo Castro, redactor del *Heraldo* y corresponsal de numerosos periódicos de provincias, apenas puede mantener abiertos los ojos. Hombre pequeño, simpático, bonachón y cordial, sin ninguna significación política, no tiene un sólo enemigo ni antes ni después de la guerra. Tras muchos días de no descansar lo suficiente, ha aguantado hoy hasta las cinco, pero ya no puede más.

—Tengo tanto sueño —afirma—, que no me enteraría aunque empezasen ahora a cañonear la Puerta del Sol.

Se marcha con paso cansino, convencido de que nada hay que hacer de momento en Teléfonos. Yo le imito y Haro se viene conmigo. Entramos un rato en el café Colonial, que acaba de abrir de nuevo sus puertas, luego del cuarto de hora de cierre simbólico con todos los clientes dentro. Ofrece el mismo espectáculo que todas las amanecidas: peripatéticas de Peligros, Aduana y Jardines, que intentan sus últimas conquistas sin conseguir que nadie les haga caso; taurinos que discuten a voces las consecuencias del

pleito con los toreros mejicanos; artistas y músicos de «cabarets», que no tienen prisa por irse a dormir; un grupo de «letristas», que se pelean por enésima vez discutiendo la reorganización de la Sociedad de Autores y los derechos de los fabricantes del género frívolo; algunas tertulias —las menos—, que hablan de política, propalando los bulos más tremebundos.

—¡La escuadra está bombardeando Barcelona...!

—¡Ni hablar! Es la aviación la que arrasa Melilla. Me lo acaba de decir...

En el cielo van apagándose las últimas estrellas y la claridad lechosa de la amanecida envuelve la ciudad, dando a los edificios un cierto aire fantasmal. Tras tomar un último café y hablar con algunos amigos —que saben todavía menos que nosotros—, volvemos a la plaza y nos despedimos. Haro toma un taxi para dirigirse a su casa; yo vivo más cerca y prefiero ir andando, disfrutando del relativo frescor de la hora. Los barrenderos están regando las calles casi desiertas, donde la tranquilidad es completa.

En Antón Martín me adelanta un coche que baja rápido hacia el Pacífico. Aunque no se detiene, alguien saluda al pasar, agitando una mano por la ventanilla. Al fijarme, veo que el chófer es un viejo militante de la CNT y que a su lado, en el baquet, va Isabelo Romero; detrás, tres hombres. Tras el primer automóvil pasan dos más. Pese a que no aflojan la marcha al llegar a mi altura, reconozco a varios de sus ocupantes como elementos de los grupos confederales de defensa. ¿Dónde van a las cinco y cuarto de la madrugada? Dada la dirección que llevan, a la Estación del Mediodía o a los cuarteles de María Cristina y el Pacífico. ¿Habrá llegado algún tren con elementos sublevados de Alcalá, Getafe o cualquiera de los cantones próximos? ¿Ha estallado tal vez la rebelión entre las tropas de guarnición en el propio Madrid?

Trato de comprobarlo, pese a los lógicos y apremiantes

deseos de tumbarme a dormir unas horas. Por fortuna, la estación se halla tan cerca que puedo llegar andando cuesta abajo en seis o siete minutos; tampoco me llevará más de veinte o veinticinco ver lo que sucede en las cercanías de los cuarteles. Sin pensarlo dos veces, desciendo a buen paso por la calle de Atocha. En la enorme y destartalada glorieta que se abre al final y en la que si por un lado desemboca el Paseo del Prado, por el contrario tienen su arranque las Rondas y los paseos de Santa María de la Cabeza y Delicias —que conducen a los barrios obreros de las márgenes del Manzanares y a la zona industrial de Villaverde—, reina una absoluta calma. Los carros de los traperos que se encaminan hacia el centro de la ciudad se cruzan con los camiones cargados de frutas y verduras procedentes de Valencia, Murcia y Alicante, que, tras pasar toda la noche en la carretera, van a descargar al mercado central de Legazpi.

Frente al ministerio de Fomento, una camioneta de guardias de asalto; un par de ellos pasean con aire aburrido y miran displicentes en todas las direcciones; la mayoría, recostados en sus asientos, duermen o sueñan. Lo mismo hace un grupo numeroso de segadores tirados en la acera de uno de los accesos a la estación del Mediodía. Con las hoces envueltas en haces de paja y la cabeza recostada en el menguado equipaje, descansan unas horas en espera del tren que ha de llevarles a algún pueblo próximo para participar en la recolección.

En las bocas del «metro», grupos de obreros que de pie o sentados hablan y comentan en espera de que abra sus puertas el ferrocarril subterráneo y les conduzca a sus puesto de trabajo, seguramente en el otro extremo de la ciudad. De la estación sale de cuando en cuando algún obrero; en ocasiones lo hacen juntos en pequeños grupos. Ha amanecido ya y pasa chirriante el primer tranvía. Miro en dirección a los cuarteles del Pacífico y María Cristina, que

apenas si distan medio kilómetro de aquí. No descubro el menor síntoma de anormalidad. Las calles empiezan a poblarse a medida que pasan los minutos, pero con las mismas gentes y en actitud idéntica a cualquier otra mañana de no importa que día.

—¡Eh, Guzmán! Espera un momento...

Me vuelvo y reconozco a quien me llama. Es Valentín, un destacado militante del sindicato ferroviario que antes de ocho días morirá destrozado por una granada en el puerto de Somosierra. Me ha visto de lejos y me llama. Busca lo mismo que yo espero de él al acercarme: noticias. Ninguno de los dos las tenemos. Mi interlocutor ha pasado toda la noche de vigilancia en la estación de Atocha. De acuerdo con los elementos de la UGT tienen establecidos un sistema de comunicación rápida con todas las líneas de la Compañía MZA, que extiende sus redes ferroviarias por más de la mitad de la nación. Si algo sucede en cualquier punto de Andalucía, Levante, Aragón o Cataluña, lo sabrán un minuto después los telegrafistas de la estación madrileña.

—Contra lo que temíamos, no ha pasado nada esta noche. Sin embargo, habrá que continuar vigilantes porque tiene que suceder algo, y muy gordo, sin tardar mucho.

Pienso lo mismo. Sería un milagro que la rebelión iniciada ayer en Marruecos no tuviera hoy mismo repercusiones en distintos puntos de la península, y jamás confié en milagros de ninguna clase. No obstante, son ya las seis y media de la mañana y me caigo de sueño. Aunque me gustaría permanecer en la calle atento a cuanto sucede, es forzoso descansar por lo menos un rato. Llego a mi casa cuando ya está abierto el portal. Vivo en un piso alto y antes de tumbarme me asomo un momento al balcón, desde el que se domina toda la calle de Atocha, Antón Martín, el comienzo de Santa Isabel y el final de Magdalena. Funcionan ya el «metro», los tranvías y los autobuses con entera normalidad;

han salido los periódicos de la mañana, que nada dicen de la sublevación marroquí; grupos de obreros con la tartera debajo del brazo caminan presurosos hacia fábricas, talleres y obras. En las primeras horas de la mañana del 18 de julio, Madrid no registra la menor alteración de su ritmo habitual.

¿Será cierto lo de Melilla o habré soñado despierto? Estoy tan adormilado que no acierto a responderme a mí mismo.

Apenas me tiro encima de la cama, caigo en un sueño profundo. Alguien me sacude de un brazo cuando tengo la impresión de que no llevo acostado ni cinco minutos. Al abrir los ojos malhumorado y refunfuñante, descubro la cara seria y alarmada de mi madre. Tiene que ser algo importante para lo que me despierta tan temprano. Lo es, en efecto.

—La radio acaba de decir —anuncia con gesto preocupado— que ha estallado una rebelión militar en Marruecos.

No me sorprende la noticia, que conozco desde la víspera, aunque sí mirar el reloj colocado sobre la mesilla y comprobar que son más de las once. Abandono la cama y corro al teléfono. Llamo a Unión Radio, donde tengo algunos amigos. Confirman lo anticipado por mi madre e incluso me leen el texto de la breve nota que, rompiendo su obstinado silencio de la noche anterior, ha hecho pública Casares Quiroga. En ella, tras admitir que una parte del Ejército se ha sublevado en África, el Gobierno asegura: «El movimiento está limitado a ciertas zonas del Protectorado y nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la península a tan absurda empresa».

—¿Qué te parece? —pregunta Medina, el locutor de Unión Radio, que es precisamente quien me habla.

—Que la nota llega con mucho retraso —contesto sincero— y que con toda seguridad no refleja más que una parte mínima de la verdad.

Me reafirmo en esta impresión en tanto me lavo y afeito precipitadamente. Anoche, cuando efectivamente se

combatía en Marruecos, Casares prohibió que se dijese una sola palabra de lo que ocurría; al cambiar hoy de opinión y no atreverse a decir que el movimiento insurreccional ha sido aplastado, resulta lógico pensar que ha triunfado no sólo en Melilla, sino también en Tetuán y Ceuta. En cuanto a que nadie secunda a los sublevados en el territorio peninsular, era verdad hace seis horas, pero probablemente habrá dejado de serlo en estos momentos.

Mi pesimismo tiene confirmación tan pronto como vuelvo a Teléfonos. Aparte de Marruecos, se sabe ya de una manera positiva que la rebelión se ha propagado como mínimo a Canarias, cuyas comunicaciones han quedado interrumpidas a primera hora de la mañana. De Marruecos se habla de un manifiesto divulgado por Radio Ceuta y firmado por el general Franco, cuyo texto íntegro se desconoce aún, pero que no ofrece dudas respecto al enfrentamiento del firmante con el Gobierno de la República. Unos telegramas transmitidos por Reuter y Havas hablan en términos bastantes confusos de la situación en la zona española del Protectorado. Parece, no obstante, que los rebeldes son dueños de Melilla, Tetuán y Ceuta y que se lucha con encarnizamiento en Larache.

—Según Havas —dice Barrado, que forma parte de la redacción de la agencia francesa en Madrid—, uno o dos aviones bombardearon Tetuán esta madrugada.

No hay, en cambio, la menor noticia de la flotilla que salió de Cartagena la tarde anterior con rumbo a Melilla. Como los destructores tuvieron tiempo sobrado de llegar a su punto de destino, se impone la conclusión de que los buques de guerra en vez de cumplir las instrucciones recibidas de Madrid, han debido hacer causa común con los militares sublevados.

—De todas formas —arguye Ayensa, redactor de *El Liberal*, aferrándose a una última esperanza—, lo decisivo es lo que ocurra en la península. Y aquí, como afirma Casares,

continúa sin pasar absolutamente nada.

Pero contra el empecinado optimismo de algunos parece que también pasan cosas desagradables en la España metropolitana. Ayer mismo, en Burgos, Batet tuvo que ordenar el arresto de un general y de varios oficiales de la guarnición que preparaban un alzamiento. La situación en varias provincias no está muy clara y son cada vez más difíciles las comunicaciones telefónicas.

—El capitán general del Departamento Marítimo de San Fernando —anuncia uno, saliendo de la cabina donde acaban de darle la noticia— ha proclamado hace media hora la ley marcial.

—¿En apoyo del Gobierno?

—En contra.

Jesús Izcaray, redactor de *Claridad*, que conversó hace un rato con el general Pozas, habla de su honda preocupación. Pozas, militar de absoluta confianza del régimen, ocupa en estas horas críticas la Inspección General de la Guardia Civil y se ha pasado toda la noche sin dormir, colgado materialmente del teléfono.

Trata de averiguar quién ha ordenado la concentración de los guardias de algunas provincias en la capital, como ocurre en Albacete, Toledo y Guadalajara, y no parece haber conseguido aclarar nada.

En Teléfonos, donde esta mañana hay mayor número de periodistas que nunca, circulan toda clase de noticias y rumores. Unos pueden ser desmentidos con rapidez y seguridad; respecto a otros, cabe temer que sean rigurosamente ciertos. Se habla de Baleares, de Málaga, de Barcelona, de Cartagena y Zaragoza. Un corresponsal, que habla con un periódico de Pamplona, ve interrumpida bruscamente la conferencia que celebra y son inútiles todos sus esfuerzos por reanudarla. No cuesta trabajo imaginarse por qué y casi todos coincidimos en los motivos de la

repentina interrupción.

—¡Seguro que se ha sublevado Mola!

El general Mola, antiguo director general de Seguridad con la monarquía, jefe de las fuerzas militares en Marruecos durante el segundo bienio republicano, fue trasladado a Pamplona apenas triunfante el Frente Popular. Se ha rumoreado muchas veces no sólo que está de acuerdo con los requetés navarros para sublevarse contra el régimen, sino que encabeza la conspiración militar que extiende sus redes por todo el país. Militares republicanos le han acusado en diversas ocasiones de dirigir la preparación del alzamiento, pero Casares Quiroga ha rechazado con airada indignación la especie.

—Bueno, ¿a qué esperamos para hablar con el ministro?

Es ya cerca de la una de la tarde, hora en que el ministro de la Gobernación recibe todos los días a los periodistas. Generalmente no suelen ir a verle más que cinco o seis informadores, que se encargan luego de comunicar a los demás las noticias o los comentarios del titular del departamento. Pero hoy es un día excepcional y vamos muchos más, acuciados todos por idéntica impaciencia por conocer la referencia oficial de lo que sucede.

En la planta principal del edificio se abre el llamado Salón Canalejas; es la estancia más amplia y lujosa del viejo caserón con tres balcones que dominan la Puerta del Sol, desde los cuales se han anunciado al pueblo los cambios de régimen durante los últimos ciento cincuenta años. Es aquí precisamente donde los informadores aguardan todos los días hasta que un ordenanza les avisa que el ministro puede recibirles, abriendo seguidamente las puertas de su despacho.

Sin embargo, en este mediodía del 18 de julio, don Juan Moles está demasiado atareado —o demasiado desconcertado— para recibir a los periodistas. Lo hace en su lugar el

subsecretario, que sale a nuestro encuentro en el Salón Canalejas, cerrando a su espalda la puerta que comunica con el despacho del ministro. Ossorio Tafall es un hombre joven aún, de mediana estatura, palabra fácil y aire socarrón; amigo y correligionario de Casares, gallego y diputado de Izquierda Republicana, por Pontevedra, lleva una brillante carrera y muchos le aseguran un magnífico futuro político.

Ni siquiera lo dramático de las circunstancias borra de sus labios la sonrisa ligeramente irónica que, como de costumbre, entreabre sus labios. Como de costumbre también, habla mucho y dice poco. Se limita en fin de cuentas a repetir el contenido de la nota gubernamental hecha pública dos horas antes: la subversión ha quedado circunscrita a Marruecos y no tardará muchas horas en ser definitivamente aplastada.

—Se trata de una intentona descabellada —asegura—, que no ha tenido ni tendrá repercusión en ningún punto de la península.

—¿Ni siquiera en Navarra? —pregunta intencionado uno de los reporteros.

—¿Por qué en Navarra precisamente? —se sorprende Ossorio Tafall.

—Porque en Madrid circula con insistencia el rumor de que no sólo se ha sublevado Mola, sino que es quien dirige la conspiración en toda España.

La untuosa sonrisa del subsecretario desaparece de golpe; un relámpago de ira cruza por sus pupilas, mientras niega indignado, con una repentina cólera que contrasta con su anterior medida:

—¡Mentira! —vocifera descompuesto—. ¡Nieguen rotundamente esa monstruosa falacia! El general Mola es absolutamente leal a la República. ¿Lo duda alguien? Pues sepa ese alguien que hace sólo una hora, hablando por teléfono con el señor ministro...

Nos miramos boquiabiertos y confusos. El incomprensible optimismo de Ossorio Tafall, su plena confianza en el republicanismo del general Mola, supera con mucho nuestra capacidad de comprensión. Pero ¿podemos convencerle de que está equivocado? ¿Vale la pena perder el tiempo discutiendo con un caballero que trata de engañarnos deliberadamente o que vive en la más rosada de las nubes?

—El Gobierno es dueño absoluto de la situación, asegura con envidiable desparpajo al dar por terminada la entrevista; pero antes de regresar al despacho del ministro, aún se permite hacer una advertencia amenazadora: ¡Y cuidado con los bulos, señores! Si los rebeldes serán castigados, quienes les hacen el juego propalando infundios alarmistas, tampoco gozarán de una impunidad inadmisibile en estos instantes.

Con sólo cruzar de nuevo la Puerta del Sol y volver a Teléfonos tenemos el mejor mentís de todo lo dicho por Ossorio Tafall. Durante la media hora que duró nuestra ausencia, han llovido las noticias, ninguna de las cuales tiene nada de tranquilizadora. Se lucha en las calles de Cádiz, donde ha estallado la huelga general como réplica a la declaración del estado de guerra; algo parecido ocurre en Málaga y Córdoba; en Jerez parece que ha triunfado el movimiento. Contra todos los anuncios oficiales, la rebelión comienza a extenderse como una mancha de aceite por toda la geografía peninsular.

¡Una nueva nota del Gobierno!

Acaba de ser facilitada en la Presidencia y será leída dentro de cinco minutos por los micrófonos de Unión Radio y Radio España de Madrid. ¿Confesará Casares su fracaso y apelará al pueblo para que se lance en defensa de la República? ¡En absoluto! Una vez más se presenta a sí mismo como el salvador del régimen, afirmando con impresionante cinismo: «Gracias a las medidas preventivas tomadas por el Gobierno, un vasto movimiento

antirepublicano ha sido aplastado. No ha encontrado ayuda alguna en la península y solamente consiguió reclutar algunos partidarios en una fracción del Ejército».

—¡Qué cara! —vocifera indignado uno de los reporteros—. ¡Decir eso cuando están sublevadas la mitad de las guarniciones...!

Pero la nota añade algo más que entraña todavía mayor gravedad. Tras saludar «a las fuerzas que en Marruecos luchan por dominar la subversión», afirma: «El Gobierno toma nota de los ofrecimientos de ayuda recibidos y, agradeciéndolos, declara que el mejor medio de ayudarle es garantizar la normalidad de la vida ciudadana dando un alto ejemplo de serenidad y de plena confianza en la fuerza militar del Estado. La acción del Gobierno será suficiente para restablecer el orden».

—¿Qué te parece?

—Que si Casares no fuera un megalómano insensato, tendríamos que considerarle un traidor.

—¿Por qué se niega a armar a los trabajadores para que hagan su revolución?

—Porque con sus desplantes verbales unidos a su falta de energía real hace inevitable un choque sangriento, en el que si no triunfan los obreros se impondrá la reacción.

—Y en cualquiera de los dos casos, la primera víctima será la República.

(En Teléfonos hay, en esta primera hora de la tarde del 18 de julio, medio centenar de periodistas. Los hay de todas las tendencias y matices: republicanos y monárquicos, de izquierdas y derecha, católicos, socialistas, requetés, sindicalistas y comunistas. Unos esperan que el movimiento militar sea aplastado con rapidez; otros anhelan y desean su triunfo. Pero salvo raras y afortunadas excepciones, todos ellos sufrirán en su carne las consecuencias de la lucha que ahora comienza. Perecen muchos durante la guerra; mueren

otros tantos cuando ya las hostilidades han cesado oficialmente. Antes o después, casi ninguno se libra de persecuciones, torturas y presidios. En realidad, aun siendo grande en todas el número de bajas, no existe profesión alguna que sufra un tanto por ciento de víctimas más elevado que la periodística en la dramática peripecia que vive España).

Es la hora de comer, pero no hay tiempo para desplazarse a casa ni aun para sentarse un rato en cualquier restaurante próximo. Tenemos que contentarnos como otros muchos con bajar al Colonial e ingerir a toda prisa un bocadillo. Apenas si tardo diez minutos en hacerlo, pero cuando de nuevo penetro en la sala de prensa de Teléfonos encuentro a todos los compañeros agitados y revueltos. El nombre de Sevilla está ahora en todos los labios. Parece que grupos armados están atacando en este momento mismo la central telefónica de la gran ciudad andaluza defendida por una sección de guardias de asalto. ¿Quiénes son los atacantes? Nadie lo sabe, y su verdadera identidad provoca entre los periodistas madrileños las más encendidas polémicas.

—La telefonista estaba asustada y no sabía o no quería decir quiénes trataban de asaltar la Telefónica —informa el que acaba de hablar con Sevilla—. Únicamente dijo que allí estaba Queipo de Llano dispuesto a defender la República.

La comunicación se interrumpió —probablemente porque los atacantes entraron en el edificio— antes de que la telefonista aclarase sus últimas palabras. Entre los reporteros madrileños surgen, como es inevitable, las más diversas interpretaciones. Para unos —los derechistas— es indudable que los obreros sevillanos —CNT y comunistas— se han lanzado a la lucha abierta, iniciando la revolución social. Para otros —los izquierdistas— tienen que ser monárquicos y falangistas los que tratan de adueñarse por la fuerza de Sevilla. No obstante, hay algo que desorienta a todos por

igual: la intervención de Queipo de Llano. Nadie duda de su republicanismo; pero no ejerce mando alguno desde la destitución de Alcalá Zamora y resulta sorprendente su presencia en la ciudad de la Giralda.

—Seguramente le ha mandado el Gobierno —sostienen algunos republicanos— para impedir que pueda repetirse lo de Sanjurjo.

La hipótesis resulta verosímil; doblemente cuando alguno señala que en estos momentos se dirige a Zaragoza —si no ha llegado ya a su punto de destino— el general Núñez de Prado para sostener y respaldar a Cabanellas, impidiendo que sea rebasado por ciertos elementos monárquicos de la guarnición. A los pocos minutos, la suposición recibe una confirmación semioficial. Eduardo Castro, que ahora está en funciones en la Dirección General de Seguridad, llama a Teléfonos para informar a sus compañeros de la noticia que circula en el centro policíaco: Queipo de Llano acaba de terminar con la rebelión iniciada en Sevilla, tomando por asalto los cuarteles donde se habían atrincherado algunos militares alzados en armas.

Dados los antecedentes políticos del general, nada tiene de extraño que haya salido en defensa del régimen. La noticia llega a divulgarse minutos después por los micrófonos de Unión Radio, luego de que se consigue del ministerio de la Guerra autorización para su difusión a los cuatro vientos. Pero apenas ha terminado de radiarse cuando alguien penetra en Teléfonos chillando indignado:

—¡No hagáis caso, porque es precisamente todo lo contrario! Lejos de sofocar la rebelión en Sevilla, Queipo de Llano la encabeza y dirige.

Jesús Izcaray, redactor de sucesos de *Claridad*, está en la Dirección General de Seguridad cuando empiezan a circular rumores de lo sucedido en Sevilla. Para saber lo que haya de cierto en la especie, no se le ocurre acudir a ninguna

autoridad o Ministerio, convencido de que no le dirán la verdad. Marcha a la Casa del Pueblo y habla precisamente con el redactor jefe de su propio periódico. Carlos de Baraibar, además de periodista, es figura destacada en la Unión General de Trabajadores y partidario resuelto de Largo Caballero. En vista del cariz de los acontecimientos, hace un par de días que los socialistas establecieron una especie de gabinete de información que dirige Baraibar, que está en comunicación constante con las estaciones ferroviarias y los centros telegráficos de toda España. Conoce, pues, cien veces mejor que el Gobierno lo que sucede en cada sitio y en cada momento.

En plena discusión sobre los acontecimientos de Sevilla, llega a Teléfonos el manifiesto conjunto que socialistas y comunistas acaban de lanzar. Su lectura produce en unos profunda decepción, mientras otros sonrían burlones y satisfechos. La Ejecutiva socialista —controlada por Prieto y los moderados— y el Comité Central del Partido Comunista no anuncian las tajantes determinaciones precisas en esta hora crítica. Su postura sería lógica hace cuatro días, pero no en la tarde del 18 de julio. Los dos partidos marxistas declaran que han ofrecido toda su ayuda al Gobierno de Casares Quiroga, que cumplirán disciplinadamente sus órdenes y que tienen plena confianza en que sea capaz de restablecer en plazo breve la normalidad.

—¡Aviados estamos...! Si las centrales sindicales les imitan...

En el Congreso acaban de reunirse las directivas de los diversos partidos republicanos. ¿Una crisis? Es muy probable, aunque siempre llegará con varias semanas —meses, mejor— de retraso. En cualquier caso, no cabe duda de que en este momento las noticias políticas hay que buscarlas en los pasillos del Parlamento.

Teléfonos queda casi vacío en contados minutos. Al

abandonarlo, los periodistas se dividen en grupos que toman distintas direcciones. Unos corren hacia el Palacio de Oriente, donde, caso de producirse la crisis, habrán de acudir los consultados por Azaña como presidente de la República; otros se dirigen al Ministerio de la Guerra, en el que alguien afirma que está reunido el Gobierno en sesión permanente; algunos marchan a la Dirección General de Seguridad, y los restantes, encaminamos nuestros pasos hacia el Congreso.

Pese a la gravedad extrema de la situación, el centro de Madrid da la impresión de que todo el mundo duerme apaciblemente la siesta. La Puerta del Sol, convertida en un horno a las cuatro de la tarde de un día canicular, aparece casi desierta. Los tranvías circulan vacíos y apenas si algún viajero de aire cansino entra o sale por las bocas del «metro». El mismo espectáculo en la Carrera de San Jerónimo: el calor aprieta de firme, muchas tiendas continúan cerradas y escasean los transeúntes. Ni siquiera se ven guardias en las cercanías del Parlamento ¿Están concentrados como medida de precaución o no se teme que en Madrid pueda suceder nada?

En el interior del Congreso, si el salón de sesiones permanece desierto y a oscuras, los pasillos, las salas, las secciones y el bar rebosan de animación y bullicio. En violento contraste con la soledad de veinticuatro horas antes, el vetusto caserón conoce hoy la agitación y el nerviosismo de las grandes solemnidades políticas, pese al convencimiento de todos de que el problema planteado en esta hora no se resolverá dentro, sino fuera del edificio. Periodistas de todos los diarios y matices, diputados que aún se encuentran en Madrid; exdiputados que no han perdido la esperanza de volver a serlo, figuras, figurillas y figurones o simples aspirantes a serlo, forman corros, discuten a voces, lanzan y desmienten noticias o se apartan hacia este o aquel rincón para celebrar rápidos y misteriosos conciliábulos.

Al entrar procedente de Teléfonos, encuentro a la mitad de los redactores de *La Libertad*; lo mismo ocurre con los demás periodistas de los diarios de la mañana. En ninguna redacción se empieza a trabajar normalmente hasta las nueve o las diez de la noche e informadores y comentaristas necesitan pulsar antes el ambiente político o enterarse de los acontecimientos más recientes para tener una orientación al comenzar a escribir. Pero acaso sea más difícil aquí que en ningún sitio formarse hoy una idea exacta y clara de lo que sucede. Por cada noticia cierta, hay veinte bulos fantásticos en circulación.

Van desde un extremo a otro de las posibilidades nacionales; desde el fracaso completo de la sublevación a su triunfo total, según los deseos o temores de sus propaladores.

—¿Qué sabe de la CNT? —pregunta Hermosilla, interesado, apenas me ve.

—Que luchará donde sea y como sea —respondo—. Igual hará la UGT. La única duda es si tendrán armas o habrán de combatir con los puños.

—Largo Caballero sigue pidiéndolas con insistencia y apremio; pero ni Casares ni Azaña están dispuestos a proporcionárselas.

Es el principal tema de discusión y enfrentamiento entre republicanos y socialistas moderados de un lado y el resto de las izquierdas del otro. Los primeros temen que armar al pueblo sea desencadenar una revolución, mucho más difícil de sofocar que el pronunciamiento militar en pleno estallido; los otros consideran que los trabajadores encuadrados en las dos grandes centrales sindicales son los únicos que pueden salvar ya a la República.

—La República la salvará don Diego —afirma Gómez Hidalgo, que acaba de celebrar una reunión con los demás diputados de Unión Republicana—. ¡Y lo conseguirá sin

derramamientos de sangre!

Su confianza no la comparte más que un número escaso de correligionarios. Martínez Barrio forma el ala más conservadora del Frente Popular, en oposición nada disimulada a todos los proyectos socialistas y socializantes. Resulta muy dudoso, sin embargo, que los militares sublevados le acepten como solución, aunque sea con carácter transitorio y provisional.

—Sólo servirá para perder tiempo, dividir a los defensores del régimen y envalentonar a sus enemigos.

Varios prohombres de Izquierda Republicana abogan —todavía— por la continuación de Casares Quiroga. Lezama está a su lado, convencido de que aún puede dominar la sublevación. Pero si la tarde anterior eran mayoría quienes le apoyaban, ahora van quedándose solos. La opinión predominante, incluso entre los miembros de su partido, es francamente hostil.

—Lleva veinticuatro horas sin hacer nada y estropeándolo todo. Cuanto antes desaparezca, mejor.

El fracaso de Casares como presidente del Consejo y ministro de la Guerra, corre parejas con el de Moles, ministro de la Gobernación, y Alonso Mallol, director general de Seguridad. Ninguno de los tres ha dado muestras de previsión para impedir los graves acontecimientos ni de energía para aplastarlos una vez iniciados.

—El único que responde en Gobernación es el general Pozas. De no ser por él, toda la Guardia Civil estaría ya sublevada de acuerdo con los militares.

Desmoralizado anoche, hundido totalmente esta mañana, no es posible que Casares Quiroga continúe al frente del Gobierno. ¿Quién le sucederá? Nadie lo sabe, porque la decisión depende de Azaña, que hasta ahora no ha exteriorizado su pensamiento. Se sabe, sí, que ha consultado por teléfono con buen número de personalidades

republicanas durante las últimas horas, pero nada más. Sin embargo, gana terreno por momentos la idea de que Martínez Barrio será el designado por el presidente de la República.

—Acaba de reunirse en Gobernación todo el Gobierno.

La noticia no tarda muchos minutos en tener confirmación. Los ministros, reunidos durante buena parte de la jornada en el palacio de Buenavista, se han trasladado al edificio de la Puerta del Sol, acaso por considerarse más seguros en él. Es muy significativo que don Diego asista —tal vez presida— la reunión ministerial; equivale a reconocer y proclamar que ha recibido, en efecto, el encargo presidencial de encabezar al nuevo gabinete.

—Pudiera ser —discrepa un diputado socialista—. Pero también han acudido a Gobernación Prieto y Caballero. ¿Por qué no puede ser don Indalecio el designado por Azaña?

Resulta perfectamente viable. Ya hace unos meses, al ser elegido presidente de la República, Azaña pretende que Prieto ocupe la jefatura del Gobierno; lo impide entonces la hostilidad del sector caballerista de su propio partido, que entiende que deben gobernar los republicanos solos. Es muy probable que ahora, a la vista de los acontecimientos, hayan cambiado todos de parecer.

—En cualquier caso, lo efectivo es que Casares es ya, políticamente, un cadáver insepulto.

De pronto se extiende rápida por los pasillos del Congreso una noticia inesperada y sorprendente. La transmiten desde Palacio los informadores que allí montan guardia durante toda la agitada jornada.

—Sánchez Román —anuncian— está conferenciando en estos momentos con el presidente. Al entrar dijo que acudía llamado urgentemente por Azaña.

Felipe Sánchez Román, jurista famoso, acaudilla el Partido Nacional Republicano, situado en la derecha del régimen. Aun

siendo moderado el programa del Frente Popular —redactado en su mayor parte por él mismo—, Sánchez Román se negó a suscribirlo por no admitir ninguna alianza con los comunistas, prefiriendo acudir solo a las urnas el 16 de febrero, pese a estar convencido de antemano de la derrota. ¿Qué puede significar la consulta presidencial en esta hora angustiosa?

—No creo que existan posibles dudas —se indigna Vicente Uribe, diputado comunista que será ministro dentro de unos meses—. Asustado por el movimiento militar, Azaña se inclina decidido hacia la derecha.

Confiar el poder a Sánchez Román puede ser, más que una inclinación, una claudicación. Significa doblegarse a las exigencias de quienes empuñan las armas contra el régimen. Tanta gravedad entraña que son muchos en el Congreso los que se resisten a creerlo y pretenden quitar importancia a la entrevista.

—Es lógico que Azaña quiera conocer la opinión de todos los elementos republicanos, y Sánchez Román es uno de ellos. Don Manuel ha hablado, por teléfono al menos, con otros políticos, sin que eso quiera indicar, naturalmente, que a todos vaya a encargarles de formar Gobierno.

Es un argumento de fuerza. No obstante, aunque se sabe que Azaña ha consultado por teléfono con distintas personalidades, las únicas a quienes parece haber visto en los dos últimos días son, aparte de Casares Quiroga, Martínez Barrio y Sánchez Román. La consulta de don Diego resulta enteramente lógica, por cuanto es presidente de las Cortes y vicepresidente de la República; la llamada de Sánchez Román, en cambio, sólo revestirá los mismos caracteres si va seguida de otras a los jefes de los diferentes partidos republicanos e incluso de socialistas y comunistas que apoyan con sus votos parlamentarios al Gobierno todavía en funciones.

—Seguro que Prieto y Largo Caballero van a Palacio en

cuanto termine la reunión de Gobernación.

Importa mucho comprobar este extremo; importa especialmente cuando la situación se agrava a cada instante. A estas horas parece que la rebelión militar no sólo ha triunfado en Marruecos y Canarias, sino que va imponiéndose con rapidez en Andalucía. Córdoba está ya en manos de los rebeldes, mientras continúa luchándose con redoblada violencia en Málaga, Sevilla y Cádiz; también parece que las tropas están acuarteladas —y no por orden del Gobierno— en la mayoría de las poblaciones castellanas, aragonesas y levantinas. De Pamplona sólo se sabe que el comandante Medel —jefe de la Guardia Civil de Navarra y hombre de probada lealtad al régimen— ha sido acribillado a balazos por sus propios subordinados.

En cierto modo y sentido las consultas presidenciales, la composición del futuro Gobierno y los hombres que lo integren, tiene tanta importancia en este momento crucial como el triunfo o fracaso del movimiento insurreccional en cualquier capital de provincia. Somos muchos los que pensamos así y varios los periodistas que abandonamos precipitadamente el Congreso para dirigirnos a la Puerta del Sol y a la Plaza de Oriente.

Cuando salimos del Parlamento, ya están en la calle los periódicos de la tarde. La mayoría se limitan a publicar las notas oficiales y algunas noticias más o menos vagas y confusas de la rebelión en algunas ciudades peninsulares. Derechistas o izquierdistas se atienen en su casi totalidad a las instrucciones de la censura, suprimiendo cuanto el lápiz rojo tacha. *Claridad* no, y *Claridad* es órgano oficial de la Unión General de Trabajadores y portavoz del sector caballerista del socialismo español.

«¡Libertad o muerte!», pregona en gruesos caracteres el titular que encabeza la primera página del periódico. *Claridad* anuncia que los trabajadores lucharán en defensa de la

República, exige que el pueblo sea armado inmediatamente y ordena a los obreros sindicados pelear contra el fascismo y la reacción con todos los medios a su alcance y sin esperar nuevas órdenes o consignas. La batalla que se libra en Sevilla y la sublevación de distintas guarniciones demuestra toda la gravedad del peligro; para conjurarlo, los mineros asturianos, que están en pie de guerra, se disponen a salir con rumbo a Madrid para combatir al lado de sus hermanos de la capital de España.

En sólo dos horas, las calles céntricas han experimentado un cambio tan radical como increíble. Hay racimos de gente en torno a cada vendedor de periódicos, arrebatándole materialmente los ejemplares. En las aceras y aun en medio de la calzada, grupos nutridos que comentan o discuten a voces. Muchas tiendas de la Carrera de San Jerónimo echan precipitadamente los cierres y sus dependientes forman corrillos en las aceras, devorando con avidez las informaciones periodísticas.

Impresiona el aspecto de la Puerta del Sol. Vacía, adormilada bajo el calor bochornoso a las cuatro de la tarde, se ha convertido a las seis en un hervidero humano. De Ventas, del Pacífico, de Chamberí, de los barrios de Extremadura y Toledo, llegan los tranvías abarrotados de trabajadores excitados y vociferantes; las bocas del «metro» arrojan una tras otra incesantes oleadas de obreros nerviosos y airados. La multitud no cabe ya en las amplias aceras y empieza a invadir las calzadas, dificultando la circulación. Millares y millares de personas acuden desde todas las barriadas a pedir armas en tono cada vez más imperioso y amenazante.

—¡Debíamos empezar —gritan algunos— por colgar a los traidores que nos las niegan!

La rotunda negativa de Casares a facilitar elementos de combate a los trabajadores mientras la rebelión militar salta

de una ciudad a otra, se les antoja una traición. Equivale a entregarles inermes a merced de sus enemigos tradicionales. Con la llegada de cada nueva bandada de gentes crecen los gritos y la indignación. Muchos oradores improvisados arengan aquí y allá a la muchedumbre. Todos miran hacia el Ministerio y levantan los puños crispados.

Gobernación ha cerrado sus puertas. Ante ellas, una doble fila de guardias de seguridad y asalto. Otros grupos, más numerosos aún, de hombres uniformados, vigilan en la calle de Carretas, en la de Correos y en la plaza de Pontejos, junto al antiguo edificio de Telégrafos que les sirve de cuartel. Pero, o han recibido órdenes de no enfrentarse con la multitud, o han decidido no hacerlo por iniciativa propia. En cualquier caso, ni carga contra la manifestación popular que tienen ante los ojos ni hacen el menor gesto de hostilidad. Por el contrario, muchos guardias dialogan con los manifestantes, cuyos sentimientos comparten evidentemente, y se limitan a impedir, sin violencias, que la gente derribe las puertas y penetre en el Ministerio por la fuerza.

—No pierdas el tiempo intentando entrar. Dentro no conseguirás nada.

El consejo procede de Ignacio Barrado —calvo, cincuentón, con una pronunciada cojera—, con quien me tropiezo a la entrada del café Levante. Barrado, redactor de la Agencia Havas, acaba de salir de Gobernación, donde ha estado desde las cuatro en misión informativa. Sabe lo poco que se puede saber y desconfía de que nadie logre averiguar nada más. El Consejo de Ministros, al que han asistido Martínez Barrio, Prieto y Largo Caballero, concluyó hace rato, aunque los periodistas no vieron salir ni pudieron hablar más que con uno de los asistentes: el secretario de la Unión General de Trabajadores.

—Largo Caballero salía echando chispas. Fue a pedir

armas para los obreros y recibió la más rotunda de las negativas.

A la pretensión caballerista se opone en términos enérgicos Martínez Barrio, al que apoyan sin vacilaciones todos los demás asistentes a la reunión, incluido Indalecio Prieto. La escena resulta violenta, borrascosa y dramática. El secretario de la UGT la pone término abandonando el Consejo.

—¿Para ir a Palacio llamado por Azaña?

—Es probable que alguien vaya a Palacio desde Gobernación, pero con toda seguridad no será Largo Caballero.

Resulta inútil tratar de ver en este momento a los ministros que puedan quedar en el Ministerio de la Puerta del Sol, caso de que no lo hayan abandonado todos ya. Por otro lado, la crisis está planteada, aunque se prescindiera de una comunicación oficial dadas las circunstancias. Es indudable que Casares está dimitido.

—El sucesor no tardará en ir a ver al presidente, caso de que todavía no haya ido.

En la Puerta del Sol sigue en aumento la afluencia de público y la indignación general. Sin embargo, las noticias fundamentales no están ahora en la vieja plaza —«rompeolas de todas las Españas»—, sino en el Palacio Nacional; aunque acaso sería más exacto decir que se hallan en los cuarteles prestos a sublevarse y en los centros obreros donde los trabajadores sindicados se preparan a toda prisa para la batalla inminente.

Las tiendas de la calle del Arenal han cerrado sus puertas. Grupos nutridos y amenazantes van y vienen entre la Puerta del Sol y la plaza de Oriente. En la plaza del Celenque, una veintena de obreros meten apresuradamente en dos taxis los rifles y escopetas sacados de una armería cercana, mientras otros cargan los revólveres y pistolas de que acaban de

apoderarse.

—Como Casares no quiere darnos armas —explica uno en medio de un corrillo de curiosos—, tenemos que cogerlas donde las haya.

La plaza de Oriente es más grande que la Puerta del Sol y hay menos gente. Tan sólo unos centenares de personas que forman grupos en los jardines o en torno a las estatuas y comentan con animación los sucesos de la jornada. Por otro lado, aquí se han tomado superiores medidas de precaución. Aparte de la guardia habitual de Palacio, soldados de la escolta presidencial ocupan posiciones de combate dentro y alrededor del edificio, dispuestos para rechazar a tiros cualquier ataque. Junto a los jardines de Caballerizas aparecen estacionados unos camiones de asalto; otros más numerosos aún, mantienen una tensa vigilancia en la plaza de España, formando una especie de barrera entre el cuartel de la Montaña y la residencia oficial del presidente de la República.

Un grupo de periodistas aguardan expectantes en la puerta de la calle de Bailén; otros tantos hacen lo mismo en la plaza de la Armería. Llevan muchas horas allí y es poco lo que han podido ver o averiguar. Rehuyendo la curiosidad de los informadores, las personalidades políticas llamadas por Azaña pueden entrar y salir de Palacio sin ser vistas utilizando la salida del Campo del Moro.

—Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo —gruñe uno malhumorado—. Cuando sepamos quién es el nuevo jefe de Gobierno, ya lo sabrá media España.

Apenas si en toda la tarde ha habido nada noticiable excepto la visita de Sánchez Román. ¿Para encabezar el futuro ministerio? Contra lo que una hora antes se da por seguro en el Congreso, a las puertas de Palacio y a las siete de la tarde, son pocos los periodistas que lo creen. Pese a todas las precauciones y reservas, hasta ellos se han filtrado

algunas noticias cuya absoluta certidumbre nadie puede garantizar, pero que parecen ciertas. Aunque los informadores no hayan llegado a verles, son varios los políticos republicanos de cierta importancia que han conferenciado o están conferenciando en este mismo instante con el presidente de la República. Entre ellos figuran, además de Sánchez Román, Ossorio y Gallardo, Albornoz y Lluhí Vallescà.

—Pero será Martínez Barrio con toda seguridad quien reciba el encargo presidencial. Los demás habrán de prestarle todo su apoyo personal y político.

De manera inevitable comenzamos a discutir las posibilidades de Martínez Barrio para formar Gobierno y las consecuencias que el hecho puede traer aparejadas. No llegamos a ningún acuerdo, naturalmente. Pertenecemos a las más diversas tendencias políticas y cada uno opina de acuerdo con sus ideas y deseo. Reproducimos casi con las mismas palabras una disputa cien veces repetida entre nosotros mismos durante los últimos ocho días:

—¿Qué sabéis de la Montaña? —pregunto, para cambiar de tema.

—Nada, excepto que los soldados están acuartelados.

—¿Por el Gobierno?

—Di que contra el Gobierno y no te equivocarás.

Se hace de noche y aumentan con rapidez los grupos concentrados en la inmensa plaza. Pero a diferencia de lo que sucede en la Puerta del Sol, aquí permanecen en actitud expectante, sin pretender siquiera acercarse a las puertas de Palacio. Entre los periodistas empieza a cundir el aburrimiento y el cansancio de una larga e infructuosa espera.

—Me voy al periódico —decido—. ¡Cualquiera sabe lo que estará pasando, mientras aquí seguimos en las nubes...!

Son las ocho de la noche. Subo hacia la Gran Vía por

Santo Domingo. En todas partes el mismo espectáculo. Ni un solo guardia o soldado a la vista; por doquier, grupos agitados y nerviosos que van y vienen o discuten a voces formando grandes corros. De cuando en cuando, cruzan veloces coches llenos de individuos silenciosos, de aire serio y gesto preocupado. Probablemente van armados, aunque sería difícil precisar a cuál de los bandos en pugna pertenecen.

Pasada la Gran Vía, la estrecha calle de Silva aparece totalmente ocupada por un inmenso gentío. No tardo en ver lo que sucede, que no me causa la menor sorpresa. En un enorme caserón de la calle de la Luna, con vueltas a las de Tudescos y Silva, está instalada hace más de un año la sede madrileña de la Confederación Nacional del Trabajo. A finales de junio, cuando Casares declaró ilegal la huelga de la construcción, los locales fueron clausurados, al tiempo que se procedía a la detención de varias decenas de militantes. Cerradas y selladas las puertas de los diversos sindicatos y comités confederales, varias parejas de seguridad y asalto vigilaron día y noche durante tres semanas para que no fuesen abiertas por la fuerza. Esta tarde la clausura ha terminado; puertas y balcones aparecen abiertos de par en par y varios millares de trabajadores se agolpan en el interior del edificio o en la calle pugnando por entrar.

Abriéndome paso a empujones y codazos, logro ganar el portal del caserón. Centenares de personas se apretujan hasta lo inverosímil en la señorial escalera de piedra y en todos los salones del piso alto. Una obsesión que nada hacen por ocultar, que muchos expresan constantemente a gritos, domina y agita a todos: ¡armas! No hay uno solo que no esté dispuesto a luchar en la calle contra el movimiento derechista, pero quieren pistolas o fusiles con que batirse. Los militantes más conocidos, los secretarios de los sindicatos, de los comités y de las juventudes se ven

asaltados por grupos que les aturden con sus voces en demanda de elementos de combate.

—¡No hay más armas, compañeros! Esperamos tenerlas pronto y las repartiremos en cuanto lleguen. ¡Esperad!

Las conseguidas hasta ahora están repartidas ya. Los que han logrado una simple escopeta de caza, suscitan la envidia de sus compañeros. Llueven sobre ellos peticiones y ofrecimientos; pero nadie quiere desprenderse del revólver o la pistola alcanzada y rechazan desdeñosos súplicas y demandas. Hay treinta hombres por cada arma, sin contar los millares que aguardan impacientes en las calles inmediatas o los centros de las barriadas. La mayoría de los trabajadores tendrán que afrontar con las manos vacías una pelea que todos consideramos inevitable e inminente.

—Hacemos lo que podemos y más —se disculpan los elementos responsables—. ¡Qué pena no disponer de un arsenal completo...!

En una habitación apartada, unos hombres llenan botellas de gasolina a fin de utilizarlas como bombas incendiarias; en otra, un grupo de metalúrgicos manipula con cartuchos de dinamita, fabricando rudimentarias granadas de mano. Es difícil en medio de la barahunda reinante localizar a una persona determinada y no consigo dar con Isabelo y Val, que son quienes de momento me interesan más. Ninguno de los dos se halla al parecer en la calle de la Luna. Andan por ahí, al frente de grupos de acción, buscando y requisando armas y organizando la vigilancia en las entrañas de Madrid y las cercanías de los cuarteles. En cambio, encuentro a otros miembros de los comités confederales que me informan de cuanto deseo saber.

—¡Claro que hemos abierto los locales por nuestra cuenta! —dice Inestal—. ¿El Gobierno? ¡Bah! Es un cadáver que apesta y cuanto antes le entierren mejor.

Los guardias, que esta tarde vigilaban el caserón cerrado,

pretendieron oponerse a su reapertura; arrollados por la multitud, optaron al final por marcharse. Nadie teme que puedan volver para intentar clausurar de nuevo los sindicatos. En cualquier caso, no lo conseguirán, porque la CNT está preparada para impedirlo, aunque sea a tiros.

Encuentro muchos amigos y conocidos febrilmente atareados. Nobruzán, Salgado, Padilla, Puertas, Amor Nuño, Sañudo, Ibars, Cáscales, Pradas, Ortega, Orobón y Villar son militantes destacados de la organización que ocupan cargos en los distintos comités y sindicatos. Otros muchos han salido precipitadamente con rumbo a diversas provincias o se encuentran en la cárcel. Pero en un sitio u otro todos se aprestan a luchar sin vacilaciones ni desmayos.

Antonio Moreno es un hombre alto, corpulento, de palabra fácil y gesto tranquilo. Ocupa de manera provisional la secretaría del Comité Nacional, porque el designado por la organización —David Antona— se halla preso como consecuencia de la huelga de la construcción, en la que ha participado de una manera activa y directa. Ponderado, sensato, sin exaltaciones ni extremismos, Moreno confirma la firme voluntad confederal de aceptar la lucha en el terreno que se plantea y llevarla hasta un final victorioso.

—Esta misma tarde han salido delegados del Comité Nacional con instrucciones concretas para las distintas regionales. Todos los militantes, afiliados o simpatizantes de la organización confederal, deben armarse como sea, contestando con la huelga general revolucionaria a la menor tentativa fascista y hacerse matar antes de consentir su triunfo.

De pronto se produce un terrible alboroto en el enorme edificio. Son muchos los que hablan y gritan a un tiempo y es difícil enterarse de lo que sucede, aunque juzgando por la actitud de los que se encuentran en la calle, y han sido los primeros en enterarse, debe ser alguna buena noticia. Lo es

en cierto modo y manera como compruebo cuando al final consigo averiguarlo. Se trata de la llegada de varios militantes del Ateneo Libertario de Barrios Bajos. Uno de ellos, llamado Barreiro, trae en la mano un fusil nuevo y bien engrasado que muestra con visible satisfacción y orgullo. Pero lo fundamental no es aquel arma, ni las que exhiben sus tres acompañantes, sino dónde y cómo las han conseguido.

—Hace media hora llegó un camión cargado de fusiles — explica— al Círculo Socialista de la calle de Valencia. Luego de mucho hablar y razonar, logramos que nos cedieran una docena para el Ateneo. Pero todavía quedan en Barrios Bajos más de doscientos compañeros con las manos vacías.

Lo mismo que en Lavapiés, sucede en todas las barriadas madrileñas. Hay millares de hombres buscando un arma para participar en una pelea que todos consideramos tan próxima como inevitable. Parece que los socialistas han encontrado en algún parque o cuartel quien les facilite fusiles, pese a la rotunda oposición de Casares Quiroga. La CNT tropieza, desde luego, con mucho mayores dificultades para armarse.

—Confiamos en que la UGT nos ceda algunos fusiles. En todo caso, lucharemos con armas o sin ellas.

—¿Solos?

—No. Confiamos en que los demás partidos y organizaciones hagan lo mismo que nosotros. De cualquier forma, aunque nos quedásemos solos, no vacilaríamos un solo segundo.

Junto a la obsesión de las armas, hay una grave preocupación en cuantos llenan en este momento los locales confederales: los presos. Como consecuencia de la huelga de la construcción, varios centenares de militantes se encuentran encerrados en la Cárcel Modelo madrileña. Entre ellos se encuentran algunos de los hombres más conocidos de la organización, como David Antona, secretario del Comité Nacional; Cipriano Mera y Teodoro Mora.

—Si por la mañana no han salido, iremos a sacarlos por la fuerza.

Muchos querrían ir ahora mismo. Les contiene la seguridad de que esta noche —dentro de una hora, de dos o de cinco— los militares se lanzarán a la calle en Madrid, igual que se están lanzando en todos los puntos de España, y es preciso concentrar un máximo de fuerzas en los precipitados preparativos para hacerles frente.

—Si Casares no estuviera en contra del pueblo, hace días que todos nuestros hombres estarían en libertad. Pero cuando llegue el momento de jugarse el todo por el todo en contra del fascismo, muchos de los que ahora se encuentran presos darán la cara con las armas en la mano mientras escapan por las alcantarillas quienes les metieron en la cárcel.

Alrededor de las diez de la noche llego a la redacción de *La Libertad*. No hace falta hablar con nadie —basta ver las caras de redactores, colaboradores y amigos— para descubrir que en todos impera la preocupación y el pesimismo. Son malas todas las noticias que se reciben. Como obedeciendo a un plan meticulosamente trazado, la rebelión salta de una ciudad a otra, de un extremo de la nación al opuesto. Esta mañana estaba circunscrita a Marruecos y Canarias; doce horas después arde ya en Navarra, Burgos, Aragón, Andalucía y puntos aislados del Norte, las dos Castillas y Extremadura.

—Otras doce horas y se habrá extendido al resto de la nación.

—Y lo peor de todo —sostiene Haro malhumorado— es la sensación de estupidez e impotencia del propio Gobierno.

Aun siendo extremadamente grave la situación, cabría confiar en una solución si en la hora decisiva Casares Quiroga estuviese a la altura de sus bravatas y desplantes. Por desgracia para la República, la beligerancia contra el

fascismo anunciada a bombo y platillo desde el banco azul no aparece por ninguna parte. Anoche todavía parece dueño de sus nervios y de los resortes del mando; ahora se encuentra hundido, incapaz de reaccionar con la necesaria energía ni de hacer nada práctico.

—Para lo único que sirve —comenta Carbonell, un redactor que llega en este momento de la Casa del Pueblo y se hace eco del ambiente reinante allí— es para impedir que los trabajadores se armen.

—Armarles —se asusta Somoza Silva— sería la revolución.

—Y no armarles, el fascismo.

Hay que elegir de prisa entre dos graves riesgos, y el Gobierno, superado por los acontecimientos, lleva treinta horas inhibiéndose. Perder día y medio en circunstancias tan dramáticas constituye un auténtico suicidio. Ni siquiera el repentino y completo hundimiento del presidente del Consejo y ministro de la Guerra puede servir de explicación y disculpa de la completa inactividad gubernamental.

—Hasta ayer —se queja dolorido Luis de Tapia—, Casares se burlaba de todos nosotros cuando le advertíamos una y otra vez del peligro; hoy, al estallar la sublevación que afirmaba haber abortado con sus enérgicas medidas, resulta un pobre diablo que no sabe qué hacer ni dónde meterse.

Pero mucho más que el propio Casares —que políticamente está ya definitivamente muerto—, importa el futuro inmediato del régimen. ¿A quién designará Azaña como nuevo jefe de Gobierno? Todos los informes recogidos por los redactores del periódico en las fuentes más diversas apuntan unánimes al presidente de las Cortes.

—Será un error más, acaso irreparable —sostiene Tapia—. Hace falta un hombre decidido y enérgico, no un vulgar pastelero con pretensiones de Maquiavelo andaluz.

—Sólo Martínez Barrio puede lograr que los militares desistan de su actitud —protesta, acalorado, Gómez Hidalgo

—. Les bastará saber que don Diego ha sustituido a Casares para que la mayoría de los sublevados depongan las armas.

—Ocurrirá todo lo contrario. Su nombramiento en estas circunstancias equivale a una confesión de impotencia del régimen que envalentonará a sus enemigos.

Aunque en la redacción de *La Libertad* están en abrumadora mayoría los elementos republicanos, sólo hay dos personas, ambas pertenecientes a Unión Republicana —Gómez Hidalgo y Somoza Silva—, que confíen en el éxito del presidente de las Cortes. Los demás, todos los demás, tememos que su intervención resulte contraproducente y catastrófica.

—Quizá la mayor equivocación fue elegir presidente a Azaña —dice Herмосilla—. Aunque sólo fuera porque su sucesor a la cabeza del banco azul y en el Ministerio de la Guerra hubo de ser Casares Quiroga.

(Son muchos los que en el periódico piensan lo mismo. No es una opinión nacida ahora, en vista de lo sucedido en los últimos días. Ya al ser destituido Alcalá Zamora, *La Libertad* lanza y sostiene la candidatura de Álvaro de Albornoz. Pequeño de estatura, pero de grandes arrestos y energías. Albornoz está a punto de triunfar, respaldado por buen número de republicanos y socialistas. Fracasa en el último momento merced a una maniobra dirigida por Prieto, que aspira a convertirse en jefe de Gobierno, y no lo consigue, en mayo de 1936 por la oposición resuelta del ala izquierda —caballerista— de su propio partido).

—Sí —le apoya Haro—. Albornoz no entregaría el poder en estos momentos a Martínez Barrio. Ni menos aún lo dejaría abandonado en mitad de la calle.

Herмосilla y Lezama han hablado esta tarde de nuevo con Riquelme. Aunque con una limpia historia militar y lealtad que nadie discute hacia el régimen, el general no ocupa ningún puesto de mando importante o resolutivo; ahora

mismo, cuando la República corre el máximo peligro, continúa en un cargo burocrático y honorífico.

—Casares le consultó esta mañana, pero le despidió de mala manera cuando se mostró partidario de armar al pueblo. Sin embargo, Riquelme sigue convencido de que sólo se puede vencer la insurrección con la ayuda popular y de que aún es tiempo de hacerlo.

Es posible que el general tenga razón en todo. En cualquier caso, las horas perdidas en cabildeos y vacilaciones hacen doblemente peligrosa la situación y el mismo Riquelme tiene que ser ahora mucho más pesimista que a las seis de la tarde.

—Porque son más de las once y Casares continúa sin hacer ni dejar hacer nada.

Confirmando todos los pesimismoes, Alejandro de la Villa llega procedente de la Dirección General de Seguridad. Piensa volver allá inmediatamente y viene al periódico tan sólo para comunicar a sus compañeros una impresión deprimente y desoladora.

—La Dirección es un caos —asegura—. Nadie está en su puesto ni nadie se fía de los demás. Se dan muchas órdenes, pero no se cumple ninguna. Alonso Mallol ha desaparecido prácticamente y reina el desbarajuste más espantoso. Si la salvación de la República depende de la Dirección de Seguridad, ¡estamos aviados...!

A cada momento son más alarmantes las noticias. Se sabe ya que en Algeciras han desembarcado fuerzas marroquíes; que se lucha en las calles de Almería; que en Huesca, el general Benito ha proclamado la ley marcial; que en Córdoba los militares dominan la situación, y que el gobernador civil está prisionero; que en Cáceres, Zamora y Salamanca existe la sublevación, y que en Zaragoza esperan —y temen— que las tropas salgan a la calle de un momento a otro.

—Pero ¡si Cabanellas es republicano...!

—¡Bah! ¡También lo era esta mañana Queipo de Llano!

Es lógica y obligada la desconfianza. Aparte del antecedente aleccionador de lo sucedido en Sevilla, están la edad avanzada y la falta de energías físicas de Cabanellas. Una de las pocas decisiones tomadas en las últimas horas por Casares ha sido enviar a Zaragoza al general Núñez de Prado, jefe de la aviación militar. Se sabe que el general llegó a media tarde a la ciudad aragonesa; desde entonces no se tiene la menor noticia de lo que haya hecho o de lo que sea de él personalmente. (Pasarán muchos días antes de conocerse con exactitud la suerte que corre Núñez de Prado; para entonces, el general lleva ya algún tiempo fusilado).

Antes de la medianoche la redacción del periódico se queda casi desierta. La mayoría de los redactores se reparten por donde pueden surgir noticias de interés en estas horas decisivas y dramáticas. Van a Gobernación, al Ministerio de la Guerra, al Palacio Nacional, a la Casa del Pueblo y a los locales de los diferentes partidos políticos. Las llamadas telefónicas se suceden con ritmo acelerado.

—Martínez Barrio tiene ultimadas las gestiones para formar Gobierno —informa Gómez Hidalgo desde Gobernación—. Cuenta con Sánchez Román, Izquierda Republicana, y la Esquerra. Prieto, por su parte, le ha prometido el apoyo socialista.

—¿Y Largo Caballero?

—Insiste en la locura de armar a la UGT, pretensión que don Diego rechaza de plano.

—Entonces no habrá Gobierno.

—Te equivocas. Lo habrá antes de dos horas.

En las calles aumenta el nerviosismo de las gentes y abundan los alborotos y manifestaciones que nadie obstaculiza, porque los guardias parecen haber desaparecido. En la Casa del Pueblo, con los alrededores invadidos por grandes masas trabajadoras, es general la indignación contra

la actitud de Casares y la que se atribuye a Martínez Barrio.

—Acaba de llegar un camión con fusiles. Nadie quiere decir de dónde los han sacado, pero esperan recibir muchos más esta misma noche.

En la calle Mayor, a un paso de la Puerta del Sol, tiene su centro social Izquierda Republicana. La gente discute a voces y protesta colérica armando una terrible algarabía que hace difícil entender lo que Antonio de Lezama telefona desde la sede del partido de Azaña y Casares.

—Circula la noticia —dice rabioso— de que Martínez Barrio trata de llegar a un acuerdo con los militares sublevados y ha hablado con Mola ofreciéndole la cartera de Guerra. Si se confirma esta traición...

Los gritos impiden oír el final. Lezama, optimista y confiado veinticuatro horas antes, se expresa ahora en tono de violenta indignación. Duda aún que sea cierta la gestión de don Diego; pero de serlo, no creo que su partido le ayude.

—¡Ni aunque lo mande, que no lo mandará, el propio Azaña...!

Una llamada de la Censura viene a confirmar, en cierto modo, lo que Lezama se niega a admitir. Aunque el Gobierno de Casares ha desaparecido prácticamente y no se sabe si podrá formarse otros, los censores continúan en sus puestos y tienen órdenes e instrucciones concretas. Queda rigurosamente prohibido lanzar ninguna edición especial ni anticipar una sola palabra sobre las gestiones de Martínez Barrio. Tampoco se debe retrasar el cierre del periódico en espera de noticias ni publicar ninguna que no haya sido previamente autorizada.

—¡Mandadles a la porra...! Si en estos momentos vamos a seguir amordazados...

Casi todos los que se hallan en la redacción son —somos— partidarios de imitar a *Claridad* y saltar por encima de la censura para publicar con todo detalle la verdad de lo que

sucede. Hermosilla y Haro sienten ciertos escrúpulos. *La Libertad* es un periódico republicano que debe defender al régimen en todo momento y ocasión, cumpliendo disciplinadamente las órdenes del Gobierno.

—¿Qué Gobierno? ¿El de Mola y Queipo de Llano?

Eduardo Haro apunta una solución: consultar con los otros periódicos de orientación política similar —concretamente *El Liberal*, *El Socialista* y *Política*— y proceder todos de acuerdo en la misma forma. Hermosilla acepta rápido la sugerencia y se dispone a telefonar.

En este momento se lee por los micrófonos de Unión Radio un manifiesto conciso y enérgico de la Confederación Nacional del Trabajo. Está en abierta contradicción con todas las instrucciones de la Censura. Aunque no nombra siquiera a Martínez Barrio, sale al paso de sus maniobras, ordenando la declaración en toda España de la huelga general revolucionaria y la movilización inmediata de los trabajadores para luchar con las armas en la mano contra la amenaza fascista.

—¿Cómo lo habrá autorizado la Censura? —pregunta, sorprendido, Hermosilla.

—De ninguna manera —respondo, seguro de no equivocarme—, porque la CNT no cuenta para nada con el Gobierno. ¡Cómo no cuenta la UGT para repartir fusiles entre sus hombres! Casares es un cadáver que no sirve ya más que para seguir fastidiándonos con la Censura...

III

DOMINGO, 19 DE JULIO

La calle de la Luna está a cuatro pasos de la redacción de *La Libertad*. Apenas leído el manifiesto de la CNT abandono el periódico para volver a los locales de la organización confederal en busca de noticias. Son ya las doce y media de la noche y acaba de comenzar un nuevo día —el 19 de julio— que puede y debe ser decisivo para el futuro de todos.

En los alrededores del viejo caserón hay más gente que a primera hora de la noche. Con una sensible y fundamental diferencia: muchos hombres armados que nada hacen por esconder o disimular sus armas. Grupos apostados en las bocacalles cercanas detienen y registran todos los coches que pasan. Tres o cuatro automóviles, con las luces encendidas y los motores en marcha, aguardan estacionados delante de la puerta.

Trabajosamente, abriéndome paso a empujones, logro llegar a la entrada del edificio. En el amplio portal tropiezo

con Isabelo Romero, que sale precipitadamente, seguido por un grupo de obreros.

—Si quieres algo, vente. Tengo mucha prisa, pero podemos hablar por el camino.

Habla anticipándose a mis preguntas y en tanto se dirige a uno de los coches parados ante la puerta. Sube al baquet, junto al conductor y yo me siento a su lado; en el asiento posterior van sentados tres hombres a los que conozco de vista. Los tres visten mono azul y dos de ellos llevan la pistola en la mano.

—¡Síguele de cerca y no le pierdas de vista un solo momento! —ordena Isabelo al chófer, señalándole otro de los automóviles que acaba de ponerse en marcha.

Los dos coches, casi emparejados, desembocan en la Gran Vía y descienden rápidos hacia Cibeles. Todos los cafés están abiertos y en las aceras se ven nutridos grupos que hablan y gesticulan nerviosos y agitados. En las calles de Alcalá, Negresco, Aquarium y La Granja aparecen desbordantes de público; también hay mucha gente agolpado en los alrededores del Ministerio de la Guerra.

—Vamos a Usera —explica Isabelo—, donde hace rato que nos esperan.

Recorremos a buena marcha el Paseo del Prado. Hago algunas preguntas y advierto que Isabelo está perfectamente enterado no sólo de la designación de Martínez Barrio, sino de las gestiones realizadas por el presidente de las Cortes cerca de algunos de los generales sublevados. Incluso cree conocer la respuesta de éstos: una negativa deferente, pero enérgica, a las sorprendentes proposiciones de don Diego.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero sorprendido.

—También nosotros tenemos un servicio de información que funciona rápido.

Isabelo espera que la negativa de Mola baste para hacer desistir a Martínez Barrio. En realidad, lo desea mucho más

que lo espera. Si el presidente de las Cortes abandona voluntariamente su intento de formar un extraño Gobierno, ahorrará a los obreros el tiempo y el trabajo de echarle en forma violenta.

¿Qué obreros? ¿Los confederales solos?

No; tan decididos en su oposición como los integrantes de la CNT están ahora ugetistas y comunistas; incluso los socialistas moderados pese a todos los esfuerzos de Prieto y hasta los mismos republicanos. ¿Qué muchos de ellos prometieron ayudar a don Diego y la mayoría de los partidos le ofrecían ministros?

—Fue antes de sospechar siquiera que pudiera soñar en llegar a una inteligencia con Mola. Después de saberlo, todos están indignados y furiosos.

Le doy la razón, naturalmente. Por Lezama conozco la violenta reacción de buena parte de los afiliados madrileños de Izquierda Republicana, a los que no basta a tranquilizar la posible presencia en el pretendido gobierno futuro de Marcelino Domingo, Augusto Barcia y Domingo Barnés. Pero aún seguro de que el golpe fallará —que ha fallado ya en este momento—, Isabelo se muestra indignado por la intentona.

—Es un golpe bajo, una maniobra sucia —dice colérico—. Por miedo y odio a los trabajadores, Azaña y Martínez Barrio quieren ponerse de acuerdo con las derechas, ofreciendo el poder a los militares sublevados. Tan ciegos están que no quieren darse cuenta de que si triunfa la rebelión les fusilarán a ellos antes que a nosotros.

Los coches cruzan la glorieta de Atocha, más animada en este momento que a las doce de la mañana de un día cualquiera, y siguen rápidos por el paseo de las Delicias. Ante la estación de las Delicias, igual que poco antes en la del Mediodía, advierto grupos de obreros que vigilan todos los accesos.

—Hace ya unas horas —explica mi acompañante— que los comités obreros se hicieron cargo de las estaciones. Las organizaciones ferroviarias controlan perfectamente el movimiento de trenes y viajeros.

Pasada la plaza de Legazpi, a la entrada misma del Puente de la Princesa, entre el Mercado Central y el Matadero, dos camiones atravesados forman una especie de barricada. Junto a ellos un grupo de paisanos detienen todos los coches y piden la documentación a sus ocupantes. El automóvil que marcha delante continúa tras una breve detención; a nosotros no se molestan en pararnos, limitándose a saludar nuestro paso con el puño en alto.

—¡Salud, camaradas!

Están armados con revólveres y pistolas; sólo dos de ellos llevan en las manos sendos rifles. A la derecha, por encima de las tapias del Matadero, asoman los cañones de varias escopetas. Hay otros parapetados detrás de los muros dispuestos a impedir a tiros el paso de quien pretenda burlar el control de los que se mueven en torno a los camiones.

Al otro lado del Manzanares comienza Usera, un barrio proletario que ha crecido desmesuradamente en los últimos años. Esta noche del sábado no debe haberse acostado nadie y todo el mundo se encuentra en la calle. Hay una verdadera multitud en la plazoleta que se abre al final del puente, donde concluye por un lado la calle de Antonio López y comienza por el otro la carretera de Andalucía.

La muchedumbre se espesa un centenar de pasos a la izquierda, en un punto al que se dirigen en línea recta los dos coches. Muchos hombres, no pocas mujeres y algunos chicos trabajan de prisa, levantando un serie de barricadas, sucesivas y escalonadas. Por delante de ellas, en actitud vigilante, mirando recelosos hacia Villaverde y Getafe, grupos de choque armados de cualquier manera y una mayoría con las manos vacías. Todos corren a rodear entre expectantes y

esperanzados los coches.

—¿Los traes por fin, Isabelo?

—Menos de los quisiera, pero los traigo. Tendréis que arreglaros de momento. Si luego conseguimos más...

Un grupo nutrido rodea a Isabelo, que se ha apeado del segundo coche y se acerca al que ha venido precediéndonos; lo mismo hacen varios de sus acompañantes y yo les sigo. Cuando abren las portezuelas del primer automóvil, una sola ojeada me basta para comprobar que transporta fusiles. No deben ser arriba de veinticinco o treinta con tres o cuatro cajas de municiones.

Los que aguardan las armas son diez veces más numerosos y todos discuten y se pelean por conseguir una. Secundado por algunos compañeros, Isabelo va distribuyendo los fusiles. Vive hace años en Usera y conoce a todo el mundo. Elige a los que considera capaces de manejar con mayor decisión y acierto los «mausers».

Finaliza el reparto cuando distinguimos a lo lejos las luces de unos coches que se acercan a lo largo de la carretera de Andalucía.

—Deben ser los compañeros de Villaverde y Getafe.

Lo son, en efecto. En cada automóvil vienen seis individuos armados con revólveres. Vigilan la carretera y sirven de enlace entre los trabajadores madrileños y sus compañeros de los pueblos inmediatos. Dan apresuradamente sus noticias. En Getafe los soldados continúan acuartelados, pero no se han movido; los obreros vigilan los alrededores del cuartel y las entradas y salidas del pueblo. Lo mismo hacen en Villaverde donde todo el mundo permanece alerta.

—Y no creas que sólo nosotros. También los socialistas, los comunistas, los republicanos. ¡Todos unidos como en Asturias!

—¿Qué pasa con los guardias?

—Nada. Saben que todos defendemos lo mismo y no van a ponernos pegas.

—Pero las órdenes de Casares...

Isabelo se encoge despectivo de hombros y sonrío. ¿Qué diablos pinta ya Casares Quiroga? Diga lo que diga, nadie le hará caso. Y lo mismo puede sucederle a Martínez Barrio si se empeña en seguir por el camino emprendido.

—Si no me crees, fíjate allí.

«Allí» es la plazoleta en que desemboca el Puente de la Princesa. Aunque hasta este momento no me haya fijado en él porque tiene las luces apagadas, ahora descubro que en un lado de la glorieta está parado un camión de asalto. Algunos de los guardias permanecen dentro del coche, descabezando un sueñecito en sus asientos; otros han echado pie a tierra y charlan cordial y amistosamente con los obreros que les rodean.

—¡Vámonos! Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Es un solo coche el que emprende el regreso; el otro, en el que quedan aún diez o doce fusiles, irá a llevárselos a los compañeros de Villaverde, donde escasean las armas y los esperan con impaciencia. Cuando el automóvil se pone en marcha, pregunto interesado a Isabelo.

—¿Dónde conseguisteis los «mausers»?

—En el Parque de Artillería. Los socialistas convencieron al jefe, que es republicano, para que les entregase esta noche dos o tres mil fusiles. Nosotros hemos tenido que conformarnos con unos doscientos.

Contra lo que supongo por anticipado, no cruzamos el río para volver al centro de la población, sino que seguimos a toda marcha por la calle de Antonio López hacia el Puente de Toledo.

—Tengo que hablar con los compañeros de Carabanchel y el paseo de Extremadura y ver cómo andan las cosas por allí.

Durante más de una hora recorreremos los barrios que se

extienden entre la Casa de Campo de un lado y la carretera de Toledo por otro y van desde la orilla derecha del Manzanares hasta las alturas de Campamento y Carabanchel. En todas partes se ofrece a nuestros ojos el mismo espectáculo: calles más concurridas en esta madrugada que en cualquier hora de un día corriente; grupos armados que vigilan en puntos estratégicos al amparo de barricadas improvisadas; centenares de obreros en los alrededores de todos los círculos socialistas.

Los ateneos libertarios o los radios comunistas esperando órdenes y reclamando armas; coches que van de un lado para otro transmitiendo las últimas noticias y dando instrucciones. En el alto de Extremadura, los dos Carabancheles, Mataderos y los puentes de Segovia y Toledo la preocupación fundamental son los cuarteles de Campamento. Hay en ellos dos o tres regimientos y se teme que en cualquier momento inicien la marcha sobre el centro de Madrid y el aeródromo militar de Cuatro Vientos.

—Contra lo que los fascistas suponen, no será un simple paseo. Lucharemos todos juntos con uñas y dientes y no les dejaremos pasar.

Es fácil advertir que en estas barriadas hay bastante más armas que en Usera y son muchos los trabajadores que empuñan orgullosos y satisfechos los fusiles recién conseguidos. Algunos llevan uniforme de las milicias socialistas; los más van en mangas de camisa o con un simple mono. ¿Y los guardias? Ni los civiles ni los de asalto muestran la menor hostilidad contra los obreros armados; los primeros, concentrados en sus cuarteles, parecen esperar órdenes del Gobierno, que cumplirán disciplinadamente; los segundos, aun manteniéndose un poco apartados, no ocultan y disimulan sus simpatías.

—Cuando empiecen los tiros —asegura Isabelo—, estarán con nosotros.

—¿Qué pasa en las otras barriadas?

—Lo mismo que en éstas. Vallecas, Ventas, Cuatro Caminos y Tetuán se encuentran en pie de guerra, controladas por las organizaciones obreras.

Son las dos de la madrugada cuando emprendemos el regreso al centro. Durante el camino recuerdo una frase reciente y certera de Prieto: «Si la reacción sueña con un golpe de estado sin sangre, se equivoca». Tiene razón. No será posible repetir la aventura de Primo de Rivera en 1923. En 1936, tanto en Madrid como en el resto de España y cualquiera que sea el que triunfe al final, la lucha costará millares de víctimas por ambos lados.

A las tres de la madrugada vuelve a llenarse la redacción de *La Libertad*. Regresan precipitadamente para redactar unas notas rápidas la mayoría de los redactores que, lo mismo que yo, han buscado por todas partes las últimas noticias e impresiones. Desgraciadamente no parece que nada de lo que escribamos tenga muchas posibilidades de ver la luz en el número del diario que está a punto de cerrarse.

—La Censura está imposible; todo la asusta y tacha sin dudarla galeradas íntegras.

Tras unas horas de dudas y vacilaciones, Hermosilla ha optado por respetar las normas impuestas por un Gobierno que habrá desaparecido cuando el periódico salga a la calle. Telefónicamente ha conferenciado con los directores de *Política*, *El Liberal* y *El Socialista*. Ninguno de ellos ve con buenos ojos las gestiones iniciadas por Martínez Barrio, pero todos consideran peligroso y contraproducente saltarse la censura a la torera, creando nuevos conflictos y dificultades al régimen tan gravemente amenazado en estos instantes.

—Entonces —protesto— es inútil escribir nada. No vale la pena si sólo van a leerlo los censores.

Hermosilla y Haro defienden una postura que no les

agrada en el fondo. Temen que la inactividad y la debilidad de los gobernantes durante los últimos días conduzcan al país a la catástrofe, pero les asusta un poco enfrentarse de manera abierta y resuelta con ellos; ni siquiera en estos momentos se deciden por una conducta que juzgan revolucionaria. Igual opina Lezama, pese a toda la indignación que siente por los intentos de don Diego de llegar a un acuerdo con los generales rebeldes.

—Zugazagoitia cree que, dadas las circunstancias, debemos estar incondicionalmente al lado de cualquier gobierno republicano. Si Martínez Barrio forma un nuevo ministerio, daremos la noticia sin el menor comentario.

(Julián Zugazagoitia es director de *El Socialista*, diputado y afecto a la tendencia moderada que encabeza Indalecio Prieto dentro de su partido. Refugiado en Francia al terminar la guerra, es entregado en 1940 por los alemanes).

Como *La Libertad* se someterá disciplinadamente a las instrucciones de la censura, no hay nada que hacer. Basta y sobra con publicar las escasas, contradictorias y confusas noticias que dejará pasar de lo que sucede en provincias y un editorial —que ya ha redactado Eduardo Haro— en el que se recomienda serenidad y un general agrupamiento de voluntades en torno al Gobierno —aunque nadie sabe cuál será cuando el periódico salga dentro de unas horas—, para defender la República y salvar al régimen en la hora más grave de su corta y azarosa historia.

Contra lo que muchos dan por descontado, en las últimas horas —conocida de un lado la negativa de los militares sublevados y del otro la actitud resueltamente hostil de las organizaciones obreras—, Martínez Barrio no desiste de su empeño. Según Gómez Hidalgo —que ha estado a su lado hasta hace unos minutos y volverá en cuanto abandone la redacción—, espera dar aún esta misma noche la lista del nuevo Gobierno.

—¿Con Mola en el Ministerio de la Guerra y Queipo en Gobernación?

Hidalgo niega con aire indignado. Aunque otra cosa hayan propalado socialistas y anarquistas, don Diego no piensa entregar el poder a los enemigos del régimen. Es cierto que ha hablado telefónicamente con algunos de los generales sublevados y con otros que pueden imitarles en las próximas horas; pero no para darles la razón ni menos aún invitarles a tomar posesión del Gobierno del país.

—Quiere hacerles comprender su error y que vean que la revolución que temen no pasa de ser una fantasía. Su presencia al frente del nuevo gabinete constituye una plena garantía de que no existe el complot comunista que propalan los elementos monárquicos para justificar el pronunciamiento.

Es totalmente falso que su intento de convencer a los militares haya constituido un completo fracaso. Martínez Barrio está convencido del éxito de su gestión y de que sus apelaciones al patriotismo y sensatez de los generales habrán de dar muy pronto los frutos apetecidos.

—Veréis cómo no tardan en desistir de su actitud levantisca y volver a los cuarteles las tropas que sacaron a la calle, ahorrando al país un baño de sangre.

Las rosadas esperanzas de Gómez Hidalgo no encuentran mucho eco en la redacción. Nadie que conozca la realidad española puede tomar en serio lo del complot comunista; los comunistas son una minoría insignificante entre los trabajadores organizados. Su pretendida amenaza no pasa de ser un pretexto para justificar el alzamiento de las fuerzas reaccionarias. Lejos de contribuir a disipar el peligro que amenaza a la República, las gestiones de Martínez Barrio lo centuplican.

—Es como dar a entender a los sublevados que tienen ganada la partida y que no tropezarán con ninguna

resistencia seria. En esas condiciones lo natural y lógico es que no acepten otro régimen que el suyo.

—¡Todo lo contrario! —sostiene con creciente acaloramiento Hidalgo—. Los militares depondrán las armas en cuanto se convencen de que no existe amenaza alguna de revolución marxista.

Llegan en este momento transmitidas por teléfono unas noticias alarmantes. La rebelión ha estallado pasada la medianoche en Valladolid y Zaragoza. En ambas ciudades se ha proclamado la ley marcial y las tropas ocupan el centro de la población.

—Ahí tiene Martínez Barrio la respuesta de los militares...

La discusión se agria y las voces suben de tono. Aparte de no convencer a las derechas, el presunto sucesor de Casares tampoco cuenta con la confianza de las izquierdas. ¿Qué apoyos tiene para poder gobernar?

—¿Os parecen pocos la confianza del presidente de la República y el respaldo de su partido, de Izquierda Republicana, del Nacional Republicano, de los catalanes y de los vascos que le han ofrecido ministros?

—Muy pocos —respondo—, cuando le faltan los socialistas y, sobre todo, la UGT y la CNT.

No hay manera de llegar a un acuerdo. Para Martínez Barrio parece suficiente contar con los sectores republicanos y la benévola condescendencia del ala moderada del socialismo. Pero ¿es humanamente posible hacer frente a la subversión militar sin el concurso activo, directo y entusiasta de las organizaciones obreras?

—Sin ellas —afirma Fernández Evangelista con desgarrado barriobajero—, el gobierno durará lo que un caramelo a la puerta de una escuela.

—Especialmente —ratifico— cuando los sindicatos están en pie de guerra y empiezan a disponer de las armas que les negó Casares y seguirá negándoles Martínez Barrio.

A las cuatro de la mañana hay que cerrar la edición. Se espera hasta el último minuto la noticia de la formación del nuevo gobierno o de la renuncia oficial del encargado por Azaña de formarlo. No llega ninguna de las dos.

—Es inútil aguardar más. Don Diego no dará la lista hasta que los periódicos de la mañana estén en la calle. Como esta tarde por ser domingo no se publica ninguno, tendrá veinticuatro horas de relativo silencio para sus maniobras.

Se cierra el periódico y empiezan a trabajar febrilmente estereotipia y rotativa. *La Libertad* estará en la calle apenas amanezca como todos los días; pero, amordazada por la censura de un gobierno inexistente, sus columnas no reflejarán con exactitud toda la gravedad desesperada de la situación.

Personalmente, nada tenemos que hacer ya en el periódico y nos lanzamos a la calle. Estoy cansado, tengo mucho sueño atrasado y nada me gustaría más que poderme tumbar unas horas. Lo mismo en mayor o menor proporción les ocurre a todos mis compañeros. Nadie se va a dormir, sin embargo. Es demasiado trascendental lo que se ventila en esta madrugada dramática para pensar siquiera en meterse en la cama. Nos separamos a la salida de la redacción y cada uno encamina sus pasos a donde espera encontrar mayores y más exactas noticias. Gobernación, Teléfonos, la Dirección de Seguridad, el ministerio de la Guerra y la entrada del Palacio Nacional, junto con las sedes de los partidos políticos y las organizaciones sindicales ejercen sobre todos nosotros una atracción irresistible.

No ha disminuido la afluencia de público en la Puerta del Sol y los primeros tramos de la calle de Alcalá; incluso puede afirmarse que aumentó considerablemente en las últimas horas de la madrugada. Todos los cafés continúan abiertos, las tertulias, más concurridas que nunca, hierven en comentarios, gritos y discusiones. No obstante, la multitud

que llena las calles céntricas parece menos nerviosa, agitada y vocinglera que a las doce o la una. No es, desde luego, que se deje ganar por el cansancio o haya perdido interés y apasionamiento por cuanto sucede. Da la clara sensación de estar esperando algo y reservando sus energías para cuando ese algo se produzca. De momento han cesado las manifestaciones pidiendo armas, probablemente porque los millares de fusiles sacados del Parque de Artillería —en contra de la voluntad, las órdenes y los deseos de Casares y Martínez Barrio— han tranquilizado un poco los ánimos. En cualquier caso, circulan de un lado para otro automóviles con obreros armados en misión de vigilancia y enlace, repartiendo instrucciones y consignas entre los diversos grupos políticos.

—Es la calma que precede a la tempestad; veremos lo que tarda en estallar la tormenta.

Pasadas las cinco de la madrugada, Martínez Barrio anuncia a los periodistas la formación del nuevo gobierno, cuya lista ha sido previamente remitida a la *Gaceta* para su publicación en el número de este 19 de julio. La constitución del gabinete no produce la menor extrañeza entre los informadores; excepto, claro está, la fundamental de que lo integren personas que prácticamente no representan a nadie, ausentes las dos grandes fuerzas políticas dispuestas a enfrentarse violentamente en las calles.

Martínez Barrio —que aparece cansado, deprimido y triste ante los periodistas, con un aire pesimista que denota la escasez de sus ilusiones— califica su gobierno de conciliatorio; alejado por igual de ambos extremos, su programa se limitará a restablecer el orden alterado y evitar una sangrienta catástrofe nacional. ¿Lo conseguirá? Si personalmente debe abrigar las mayores dudas, aún es más negativa la opinión unánime de los informadores que le escuchan.

—No durará ni siquiera lo suficiente para que los ministros sigan siéndolo cuando aparezcan sus nombres en la *Gaceta* —profetiza certero uno de los periodistas que abandonan precipitadamente Gobernación para divulgar la noticia.

Pero la noticia se ha divulgado —nadie sabe exactamente cómo ni por quién—, incluso antes de que los informadores abandonen el viejo palacio de la Puerta del Sol, donde acaban de oírla de labios del jefe del nuevo gobierno. A las cinco en punto de la mañana está ya en la multitud que invade las calles céntricas; en los cafés más abarrotados de público que nunca en este amanecer tormentoso; en los centros republicanos, en la Casa del Pueblo y en los locales de los sindicatos; ha llegado velozmente hasta los barrios extremos y en todas partes suscita las mismas reacciones de colérica indignación.

—¡Nos han vendido...! ¡Hay que colgar a todos los traidores...!

La furiosa protesta no se circunscribe a los elementos obreros. Alcanza también a los republicanos de todos los matices. Marcelino Domingo lo comprueba a su pesar al hacer acto de presencia en la sede de Izquierda Republicana. Es su propio partido, en el que hasta anoche mismo gozó de sólido prestigio y grandes simpatías. Quiere con su simple presencia disipar el clima general de hostilidad y trata de dirigir la palabra a sus correligionarios. Una tempestad de gritos, silbidos y denuestos impide oír sus palabras. Algunos exaltados rompen airados sus carnets y se los tiran a la cara del ministro.

—¡Fuera...! ¡Fuera...! ¡Qué se vayan...! ¡Cobardes...!

A duras penas, protegido y rodeado por un grupo reducido de amigos, Marcelino puede escapar de las iras populares. Abandona el local confuso y destrozado. Se da perfecta cuenta de que su carrera política, cualquiera que sea el curso futuro de los acontecimientos, ha terminado de una manera

definitiva.

En las calles se forman grandes manifestaciones. Afluye gente de todas partes. De las barriadas llegan coches y camiones cargados de trabajadores que esgrimen iracundos fusiles y pistolas. Los centros políticos y los cafés se vacían en un abrir y cerrar de ojos. Los gritos atruenan el espacio, repetidos incesantemente por millares de gargantas.

—¡Traidores...! ¡Traidores...! ¡A colgarles, a colgarles...!

Oradores improvisados arengan a las multitudes. Son discursos violentos, tajantes, incendiarios. Martínez Barrio quiere entregar el país a los enemigos del régimen; dejar a trabajadores y republicanos a merced de las iras de monárquicos y fascistas. No hay que darle tiempo a consumir sus siniestros designios. El pueblo tiene que imponerse sin más tardanza si quiere salvar la República.

—¡Vamos por ellos...! ¡Qué no quede ni uno...!

Entre gritos y amenazas, tremolar de puños cerrados y armas que se agitan por encima de las cabezas, las manifestaciones marchan sobre el ministerio de la Gobernación, sobre el de la Guerra, con rumbo al Palacio Nacional, donde debe estar Azaña.

Advertido de lo que sucede, Martínez Barrio trata de contener la marejada popular que amenaza llevárselo por delante. Empieza a dar órdenes y pronto comprueba que nadie las cumple. Los guardias de asalto se han retirado de las calles céntricas o no hacen nada por disolver a los manifestantes; algunos incluso se suman abiertamente a la manifestación y no son quienes menos gritan y amenazan. En un intento desesperado y postrero, don Diego recurre a los socialistas. Prieto le ofrece su apoyo y simpatías personales, pero nada más porque tiene una prohibición tajante de la Ejecutiva; Largo Caballero exige una vez más la entrega de todas las armas de que disponga el gobierno a los sindicatos obreros.

Paralelamente, la rebelión militar se extiende. De Barcelona llega la noticia más temida: las tropas del cuartel de Pedralbes se dirigen hacia el centro de la población. En la plaza de Cataluña comienza una lucha feroz con los trabajadores que las hacen frente. Algo parecido sucede en Zaragoza y Valladolid. Lo mismo ocurrirá con toda seguridad dentro de unas horas en Valencia y Madrid, donde las guarniciones continúan encerradas en sus cuarteles.

Desbordado por los acontecimientos, sin apoyos firmes en la derecha, la izquierda o el centro, Martínez Barrio no tiene nada que hacer. Su gobierno es una reunión de políticos totalmente aislados del país, que se mueven en el vacío y a los que nadie hace caso, empezando por las fuerzas armadas. Una hora después de anunciar la formación del nuevo gabinete y una hora antes de que los nombres de los ministros recién nombrados aparezcan en la *Gaceta*, Martínez Barrio presenta su dimisión al presidente de la República. La noticia trasciende inmediatamente a la calle y es acogida con grandes demostraciones de júbilo.

—Hemos ganado la primera batalla. ¡Viva la República!

La caída del gobierno de Martínez Barrio se extiende con mayor rapidez aún que la nueva de su constitución, pero con efectos diametralmente opuestos. Las multitudes exteriorizan su júbilo y gentes desconocidas se abrazan en mitad de la calle, cantando a voz en grito himnos revolucionarios. Un grupo de guardias de asalto es vitoreado con entusiasmo en la Puerta del Sol; responden a las aclamaciones de la multitud agitando los fusiles por encima de las cabezas.

—¿Qué le parece todo esto? —pregunta Hermosilla, con quien me encuentro a la puerta de Teléfonos.

—Que se han perdido estúpidamente doce horas preciosas en un intento descabellado, condenado desde el principio al más inevitable de los fracasos.

Es día claro ya cuando en Teléfonos coincidimos la mitad

de los redactores de *La Libertad*; también se concentran allí otros muchos informadores de los demás periódicos de la mañana y de la tarde, así como numerosos corresponsales de diarios de provincias y de las agencias internacionales. En la destartalada sala de prensa reina una espantosa barahúnda. Hablamos todos a un tiempo, comentando lo sucedido o haciendo pronósticos para un futuro inmediato; chillan para hacerse entender los que desde las cabinas dan o reciben informaciones; de vez en cuando, alguno que llega corriendo de la calle o que abre violentamente la puerta de una de las cabinas, anuncia alguna noticia sensacional:

—En el centro de Barcelona se está librando una batalla encarnizada.

—Un tabor de Regulares acaba de desembarcar en Cádiz.

—¡Media Málaga está ardiendo...!

—Los obreros atacan a las tropas que declaraban el estado de sitio en Zaragoza.

—En Valladolid, los militares dominan la situación.

Alguien recuerda entonces que de Oviedo partió anoche un tren lleno de mineros que acudían en defensa de Madrid. ¿Qué habrá sido de ellos?

—Pasaron antes de estallar la rebelión. Dicen que están en Ávila y dentro de dos horas...

La noticia sensacional de un minuto se olvida al siguiente, relegada a segundo plano por otra más alarmante o esperanzadora. Es posible que no todas sean ciertas, pero no hay tiempo ni ocasión de comprobar el origen y veracidad de ninguna. En cualquier caso, no ofrece la más remota duda que se lucha en media España en el amanecer de este decisivo domingo de julio. En Madrid todavía no han comenzado a dialogar fusiles y ametralladoras, pero no tardarán en hacerlo porque la mayor parte de la guarnición está ya sublevada.

—Dicen que en la Montaña están Fanjul y en Campamento

García de la Herranz al frente de los soldados.

Resulta perfectamente viable, aunque toda comprobación inmediata y directa resulta imposible. Fanjul ha sido diputado derechista por Cuenca en varias legislaturas y García de la Herranz es un antiguo ayudante de Sanjurjo, condenado por su participación en el movimiento del 10 de agosto.

La amplitud del movimiento insurreccional y el dominio por parte de los sublevados de buena parte del territorio nacional hace que cunda el pesimismo entre los periodistas republicanos que andan por Teléfonos. Hermosilla, Lezama y Haro no comparten el júbilo popular que acoge la dimisión de Martínez Barrio, porque ven muy amenazador y negro el porvenir inmediato del régimen. ¿Quién puede suceder con alguna posibilidad de éxito al presidente de las Cortes?

—Un gobierno decidido a defender la República por todos los medios a su alcance, respaldado por el pueblo y apoyado por las organizaciones obreras.

Acogen la idea con marcado escepticismo. La solución llegará demasiado tarde. Pudo ser eficaz en la tarde del 17 de julio, no en la mañana del 19. En dos días los políticos republicanos no han hecho nada a derechas, mientras la rebelión iba extendiéndose por toda la geografía nacional.

—Y a domina en Marruecos, Canarias, Navarra, Andalucía y Castilla la Vieja. Si triunfa en Zaragoza y Barcelona, todo estará perdido.

—En Barcelona fracasará —afirmo, convencido.

Gestos de escepticismo y sonrisas melancólicas acogen mis palabras. Todos tienen muy presente lo sucedido en 1934. Un batallón de infantería y tres piezas de artillería fueron suficientes para obligar a rendirse a la Generalidad, mientras tiraban las armas y huían sin combatir escamots y rabassaires. Ahora no será un solo batallón, sino varios regimientos completos, los que intervengan en la lucha mandados por jefes decididos y enérgicos.

—Inevitablemente, volverá a repetirse lo del 6 de octubre.

—¿Olvidáis que ahora la CNT participa en la contienda?

Ninguno de mis oyentes ignora que la Confederación agrupa a la inmensa mayoría del proletariado catalán; tampoco que, perseguida sañudamente por Dencás y Badía, se abstuvo de intervenir en la rebelión de 1934. Pero, aun admitiendo que los sindicalistas son gente decidida que se dejará matar antes de entregarse...

—No tienen nada que hacer frente a unas tropas disciplinarias y provistas de armamento moderno.

Discrepo, pero no consigo que nadie comparta mi parecer. Entre los periodistas que ahora llenan Teléfonos hay muchos republicanos, no pocos socialistas y algún comunista; ninguno de ellos admite que los anarcosindicalistas — individualistas, indisciplinados y un poco caóticos— puedan ser factor decisivo en la batalla empeñada. Ni siquiera en Barcelona.

—En dos horas, los militares serán dueños absolutos de la población.

Es día claro ya, pero nadie piensa marcharse a dormir. En la sala de prensa de Teléfonos no disminuye la animación, ni los gritos y las discusiones en torno a cada una de las noticias que van llegando como un alud ininterrumpido. Entre ellas se recibe la nueva de la constitución apresurada de un nuevo gobierno, el último de la República quizá.

—Lo preside Giral y cuenta con el apoyo y colaboración de todos los partidos del Frente Popular.

La noticia no produce la menor sorpresa, porque era lógico esperar algo por el estilo luego del rotundo fracaso de Martínez Barrio. El doctor Giral, catedrático y decano de la Facultad de Farmacia, es un prestigioso hombre de ciencia, pero un político grisáceo y borroso. Republicano histórico, nadie duda de su lealtad al régimen, de su honradez y de su decisión. Como contrapartida, carece de la popularidad e

incluso de la personalidad de Prieto, Largo Caballero, Azaña o Martínez Barrio, acaso porque no es orador de mitin ni polemista parlamentario. Ha sido ministro varias veces, sin sobresalir demasiado en ninguna.

—¿Giral? —preguntan muchos con un leve encogimiento de hombros—. ¿Y qué puede hacer el pobre Giral a estas alturas?

—Continuar la lucha resueltamente en defensa del régimen, apoyarse en las masas trabajadoras, armar al pueblo y licenciar a los soldados en filas.

Son medidas revolucionarias, las únicas adecuadas para hacer frente a una situación desesperada; las mismas que anoche reclamaban a voces los manifestantes de la Puerta del Sol y que Largo Caballero lleva meses enteros pidiendo inútilmente. No cabe duda de que serán acogidas con agrado por todos los que votaron el 16 de febrero al Frente Popular. Pero ¿llegarán a tiempo? ¿No es ya demasiado tarde para intentar nada eficaz?

—Todo depende de Barcelona; allí se juega en estos momentos el futuro de España.

Avanza lentamente la mañana. Vencidos por el sueño y el cansancio, algunos periodistas duermen echados de bruces sobre las mesas de Teléfonos, en medio de la algarabía, de los gritos y los comentarios con que sus compañeros reciben cada nueva noticia que les llega de los acontecimientos que con rapidez vertiginosa se están desarrollando en la mayor parte de España. Todos estamos destrozados físicamente, agotados por un día prácticamente interminable, que para nosotros empezó en la noche del anterior domingo y no sabemos cuándo ni cómo terminará. Pero si en las jornadas precedentes apenas hemos pegado los párpados, menos podemos hacerlo en la mañana de este 19 de julio, en que la lucha, esperada y temida a un tiempo, alcanza ya su máxima virulencia y se ventila a balazo limpio en mitad de las calles

el destino de cada uno y el porvenir de la nación.

Tomamos café una y otra vez; nos lavamos repetidamente la cara, como recurso para ahuyentar el sueño que nos invade y logramos permanecer despiertos y en pie. En un momento de calma, en que la recepción de noticias sufre una ligera interrupción, me asomo al amplio ventanal de Teléfonos, desde el que se domina la Puerta del Sol y el primer trozo de la calle Alcalá.

Aunque las bocas del «metro» siguen despidiendo repetidas oleadas de gentes que acuden procedentes de Vallecas, las Ventas y Cuatro Caminos, en la gran plaza va disminuyendo el inmenso gentío que la ha llenado por completo desde la tarde anterior. Siguiendo instrucciones que los delegados de las distintas organizaciones transmiten de grupo en grupo, millares de trabajadores armados de cualquier manera marchan a tomar posiciones en las entradas de Madrid o las cercanías de los cuarteles. De la cercana plaza de Pontejos salen con igual dirección varios camiones de asalto provistos de ametralladoras. Al pasar entre la multitud los guardias son aclamados con entusiasmo y contestan a los vítores agitando las armas que empuñan por encima de las cabezas.

—¿Y si hablásemos con Pozas?

El general Pozas, Inspector General de la Guardia Civil hasta esta madrugada, es ahora nuevo titular de Gobernación. Durante los dos últimos días, cuando todo el mundo parecía haber perdido la cabeza en el Ministerio de la Puerta del Sol, supo conservar la sangre fría y la calma, actuando en todo momento con dinamismo y eficacia. Tiene que ser por fuerza quien mejor enterado esté de cuanto sucede, que no en balde permanece en constante comunicación con las distintas comandancias de la Guardia civil, luchando desesperadamente por impedir que se propague una subversión que ya alcanza a las tres cuartas

partes de las provincias españolas. Prácticamente, Pozas es el único que ha sabido estar en su puesto en una hora trágica, mientras a su lado se hundían tanto el ministro don Juan Moles como todos sus colaboradores, empezando por Alonso Mallol, director general de Seguridad.

Falta bastante aún para la hora en que el ministro suele recibir a los informadores; además, ni esta tarde se publican periódicos, por ser domingo, ni antes del mediodía de mañana aparecerá otra publicación que la *Hoja Oficial del Lunes*. No obstante, lo excepcional de las circunstancias aconseja que intentemos entrevistarle cuanto antes y somos muchos los informadores políticos que, abandonando Teléfonos, cruzamos la Puerta del Sol para encaminar nuestros pasos al Ministerio.

Al penetrar en el edificio advertimos un cambio sustancial en la atmósfera que se respira. No es sólo que se hayan redoblado las precauciones y numerosos guardias estén apostados en las entradas del caserón, en la escalera y en los balcones que dan a la Puerta del Sol —en algunos de los cuales se han instalado ametralladoras que cubren la enorme plaza—, sino que ha desaparecido por completo el aire de vencimiento y pesimismo de cuantos se mueven y trabajan en las distintas dependencias. A diferencia de la tarde anterior, todo el mundo parece darse cuenta exacta de la gravedad extrema de la situación y de la necesidad de multiplicarse para lograr superarla.

La impresión se confirma plenamente cuando conseguimos hablar unos momentos con el nuevo ministro. Don Sebastián Pozas es un hombre de mediana estatura, corpulento, que ha superado la cincuentena y a quien el paso de los años llena de canas la cabeza y de arrugas la frente. Tiene los ojos enrojecidos por la falta de sueño y un gesto claro de cansancio en el semblante. Resulta lógico y comprensible, porque lleva varias noches sin dormir,

pendiente de teléfonos y teletipos a través de los cuales transmite constantes órdenes e instrucciones a los gobernadores civiles y a las fuerzas de seguridad, asalto, Guardia Civil y policía. Recién posesionado de la cartera, en horas trágicas en que se pelea con sangriento encarnizamiento en toda España, no puede dedicarnos mucho tiempo. Tampoco entrar en detalles minuciosos de lo que ocurre en cada ciudad donde ha comenzado la lucha. Pero sí darnos, y resulta suficiente por el momento, una visión de conjunto de la situación planteada. No peca del incomprensible optimismo de que Ossorio Tafall alardeaba veinticuatro horas antes en el mismo lugar; tiene conocimiento pleno y exacto de la gravedad del trance y se expresa sin eufemismos ni ilusiones engañosas.

—La situación es gravísima, desde luego —reconoce—. Sin embargo, y aunque se ha perdido un tiempo precioso en dos días de lamentables inhibiciones y desconciertos, todavía no está todo definitivamente perdido.

Aunque la contienda habrá de ser difícil y costosa, cabe la posibilidad de superar en un plazo relativamente corto los peligros que amenazan al régimen. No niega —acaso porque sería pueril intentarlo a estas alturas— que los sublevados son dueños de todo Marruecos, donde al parecer se encuentra desde primera hora de la mañana el general Franco, hasta ayer comandante general de Canarias; tampoco que en la zona del Protectorado disponen los militares alzados en armas de fuerzas de choque tan aguerridas y eficientes como la Legión y los Regulares, que el general conoce perfectamente por haberlos mandado durante las campañas del Rif y Yebela.

—Pero que dispongan de quince o veinte mil hombres perfectamente armados en Marruecos no quiere decir que puedan emplearlos de manera inmediata en combatirnos en la Península.

La distancia de Ceuta a Tarifa no sobrepasa los veinte kilómetros y entre anoche y esta mañana ha sido franqueada por dos tabores marroquíes que lograron desembarcar en Algeciras y Cádiz. Como contrapartida esperanzadora confirma algo que ya circula por Teléfonos como simple rumor: que los tres destructores mandados el viernes contra Melilla y que ayer se creía sumados al movimiento insurreccional se han puesto hace unas horas a las órdenes del Gobierno republicano, luego de imponerse la marinería a los oficiales sublevados.

—Y lo mismo sucede con el *Churruca*, que esta misma mañana condujo a Cádiz un grupo de Regulares y que en estos momentos está en el Estrecho al servicio de la República y dispuesto a impedir el paso de ningún transporte rebelde.

Es la noticia más sensacional, precisamente por no contar nadie con ella, y que modifica de manera sustancial la situación planteada. En efecto, salvo Casares y alguno de sus corifeos, ningún sector del Frente Popular —y mucho menos las organizaciones obreras— confiaban en que los sublevados de África tropezasen con dificultad alguna en el transporte de sus tropas a la Península. Todo el mundo pensaba, conforme proclamaba anteayer a gritos en los pasillos del Congreso el comandante Ristori —que como marino parecía estar perfectamente enterado—, que la escuadra secundaria unánime y entusiasta el movimiento. Ahora vemos que no es así; quizá no sea la única sorpresa que recibamos en estos días. Son tantos los factores que intervienen en la contienda que ahora se inicia, que nadie puede estar seguro de tomarlos todos en cuenta para predecir con posibilidades de acierto el desarrollo de la lucha durante las próximas horas.

—Probablemente —indico—, será decisivo lo que ocurra en Barcelona.

Pero de Barcelona, Pozas no habla una sola palabra. Es

posible que carezca de noticias directas o que no juzgue conveniente divulgar las que tiene. Pone fin al breve diálogo con los informadores alegando, probablemente con razón sobrada, que ya nos ha concedido más tiempo del que puede disponer en estos momentos. Tornamos, pues, a Teléfonos un poco contrariados por la carencia de informes sobre lo que está sucediendo en la ciudad condal. Los periodistas que continúan en Teléfonos están igual o peor que nosotros. No son muchas las noticias que tienen y aún cabe en lo posible que algunas de ellas no guarden el más remoto parecido con la verdad auténtica. Hay, no obstante, un hecho evidente: que, a diferencia de lo sucedido en 1934, los militares no triunfan en un abrir y cerrar de ojos y sin encontrar prácticamente resistencia.

Hoy llevan ya cinco o seis horas luchando encarnizadamente, deben haber sufrido centenares de bajas y no parecen tener la victoria al alcance de sus manos. Si las tropas salidas de los cuarteles consiguieron llegar al centro de la población —los combates más duros parecen librarse en la misma plaza de Cataluña—, distan mucho de haber aplastado la eficaz resistencia de republicanos y sindicalistas.

—Es muy importante que las emisoras de radio continúen en manos de la Generalidad. Cuando los militares no las utilizan ya, como hizo Queipo en Sevilla ayer, es porque las cosas no les van nada bien.

De la noche a la mañana la radio se ha convertido en el más eficaz y valioso instrumento de propaganda. Tiene sobre los periódicos la inmensa ventaja de una mayor rapidez y de poder llegar a todas partes, saltando, sin que haya modo de impedirlo, por encima de las líneas que delimitan las zonas en que empiezan a repartirse España los dos grandes bandos en pugna. Aun descontando que haya mucho de exagerado y parcial en las noticias contradictorias y las consabidas arengas que lanzan a los cuatro vientos las emisoras

barcelonesas, el simple hecho de que los sublevados no las controlen a las varias horas de haber declarado el estado de guerra constituye un síntoma en extremo alarmante para sus partidarios.

Paralelamente llegan a Teléfonos en estos momentos dos noticias del propio Madrid. La primera es que a la estación del Norte acaba de llegar un tren de mineros salido la tarde anterior de Oviedo y que ha pasado por León, Palencia y Valladolid —donde en estos momentos los militares son dueños de la situación— antes de producirse el levantamiento. (Aunque acaso sería más exacto decir que el movimiento no se inició en dichas capitales hasta que los mineros asturianos hubieran continuado su viaje con rumbo a la capital). La segunda es que se ha producido en las calles madrileñas el primer choque armado y caído las primeras víctimas.

—En Torrijos ha habido cuatro muertos y bastantes heridos. Un grupo socialista se dio de cara con otro falangista y unos y otros echaron mano a las pistolas.

La contienda sólo dura un par de minutos; cuando un camión de asalto acude con toda rapidez atraído por el estruendo de los disparos, sólo quedan tendidos en tierra los que han sido alcanzados por los balazos. Pero nadie se hace ilusiones de ningún género. A este primer choque no tardarán en seguir otros cien veces más encarnizados y sangrientos.

De la Puerta del Sol nos llega en este momento un clamoreo ensordecedor de gritos y aplausos. Al asomarnos al ventanal vemos que avanzan despacio por el centro, entre una masa humana que les vitorea con entusiasmo, unos cuantos camiones ocupados por hombres que empuñan fusiles y pistolas y saludan con el puño cerrado a la muchedumbre que les aclama. Son los mineros asturianos que acaban de llegar a Madrid y cuya presencia en el centro

de la capital constituye una inyección de fe y optimismo para los trabajadores.

—¡UHP...! —gritan a voz en cuello con un ritmo monótono y obsesionante—. ¡UHP...!

Millares de gargantas les hacen coro. Los mineros asturianos gozan de un prestigio casi mítico después de la revolución de octubre. Para los campesinos castellanos o los obreros industriales de Madrid, Barcelona, Valencia o Sevilla son los adelantados de la revolución, los luchadores esforzados, capaces de imponerse a todos sus enemigos a fuerza de explosiones de dinamita. Que estén ahora en la Puerta del Sol constituye la más sólida garantía de que el enemigo no pasará.

Salgo de Teléfonos cuando ya los camiones con los mineros se alejan por la calle de Alcalá en medio del *aleteo* de los aplausos. En la misma puerta encuentro a alguien que acude en mi busca. Es Pedro Orobón, miembro del Comité Regional de Defensa confederal, que quiere saber qué noticias tengo de Valladolid, donde reside su familia. No puedo decirle mucho más de lo que ya sabe: que el movimiento parece haber triunfado en la ciudad castellana, pese a que los obreros han declarado la huelga general y se defienden a tiros en la Casa del Pueblo y en los talleres de la estación. Orobón, por su parte, me informa de algo que aún desconozco. Varios de los militantes de la CNT detenidos con motivo de la huelga de la construcción han salido hace una hora de la Cárcel Modelo.

—David Antona está ahora en Gobernación hablando con Pozas para exigir la libertad inmediata de todos los compañeros que continúan encerrados.

Me interesa hablar con él y lo consigo diez minutos después cuando sale de su entrevista con el ministro. David Antona —albañil, treinta y dos años, hombre de fuerte complexión, aire decidido, mandíbula voluntariosa y palabra

fácil— es el secretario del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo, que ha de jugar —que está jugando ya especialmente en Barcelona— un papel decisivo en la lucha entablada en la mayor parte de España.

—He dicho a Pozas que si no salían esta misma mañana los compañeros que siguen presos, asaltábamos la cárcel. Delante de mí ha dado por teléfono orden de que los suelten. Espero que ya estén todos en la calle, empezando por Mera y Mora.

—¿Qué sabes de Barcelona?

—Que la CNT aplastará en pocas horas a los sublevados.

Aunque habla con aire convencido, expresa más un deseo que una realidad tangible. En efecto, aunque ha procurado ponerse en contacto con la regional catalana de la Confederación en las pocas horas que lleva en libertad, no ha conseguido una información detallada y concreta de lo que está sucediendo en las calles de la ciudad condal. No obstante, Antona argumenta con rapidez y acierto precisando las razones de su optimismo.

—Tanto los militares como el Gobierno han hecho todo lo posible por perder la partida empeñada. Ni unos ni otros pudieron hacerlo peor.

De sublevarse por sorpresa un mes antes —y no cuando tras los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo todo el mundo esperaba que lo hicieran de un momento a otro—, el triunfo del alzamiento hubiera resultado mucho más fácil; incluso si el día 17 los comprometidos se lanzan en todas partes a la ocupación de los puntos estratégicos del país, los defensores del régimen no habrían podido reaccionar con la necesaria rapidez y energía.

—Al escalonar su acción los sublevados, levantándose unas guarniciones mientras otras permanecen a la expectativa encerradas en los cuarteles, han dado tiempo sobrado para que el Gobierno, de proceder con decisión y

fuerza, hubiese podido aplastarles.

Por desgracia, la acción del Gobierno ha sido todavía más torpe y vacilante que la de sus enemigos. Pudo anticiparse a éstos, deteniendo a todos sus jefes —cuyos nombres eran del dominio público—, y desarticular el movimiento. Más tarde, al sublevarse la guarnición de Melilla, pudo armar al pueblo, licenciar a los soldados, conminar a la rendición a los dudosos y acometer sin mayores tardanzas el asalto de los cuarteles que se resistieran. No hizo nada de esto, sin embargo, perdiendo un tiempo precioso en titubeos, discusiones bizantinas y torpes maniobras condenadas de antemano a un rotundo fracaso.

—Casares Quiroga y Martínez Barrio —afirma Antona— pasarán a la historia como los enterradores de la República.

—Entonces —inquiero sorprendido—, ¿das por seguro el triunfo de los sublevados?

Mi interlocutor alza la voz para responder con una negativa indignada y rotunda. Además de los militares y del Gobierno republicano, hay un tercer factor —fundamental para él— en el sangriento drama que empieza a vivir España. Es, naturalmente, el proletariado revolucionario del que muchos han hablado de sobra en los meses precedentes, pero al que nadie ha tomado verdaderamente en serio. Casares lo ha estado utilizando como un fantasma para amedrentar a terratenientes y capitalistas; las derechas como pretexto en la preparación y justificación anticipada de la necesidad ineludible del movimiento.

—Pero ni unos ni otros creían de verdad en su fuerza ni contaban con que el pueblo auténtico tuviese nada que decir, y menos que decidir, en sus disputas.

Los tres días perdidos estúpidamente por los gobernantes republicanos y desperdiciados asimismo de manera incomprensible por los militares —que repiten tácticas y procedimientos de los cuartelazos clásicos del siglo XIX,

olvidando que estamos en el xx—, han permitido a los trabajadores movilizarse para la lucha y —contra la voluntad expresa y manifiesta de Azaña, Casares y Martínez Barrio— hacerse con las armas precisas para combatir eficazmente.

—Van a luchar, desde luego; lo están haciendo ya en Barcelona y otros cien lugares distintos. ¡Pero que no se llame nadie a engaño! Si los obreros están arriesgando sus vidas, si la perderán muchos en el transcurso de la contienda que ahora se inicia, no será, naturalmente, para defender intereses ajenos, sino sus propios ideales de trabajadores revolucionarios.

Fogoso orador de masas, Antona se exalta al hablar. No expresa una simple opinión personal, desde luego, sino que expone los puntos de vista de una organización que enrola a más de un millón de obreros y cuyo Comité Nacional preside en esta hora decisiva para el proletariado español.

—La lucha será empeñada y cruenta. Pero los trabajadores seguirán adelante sin contar sus muertos y no dejarán que nadie les arrebate el fruto de la victoria. Cuando la lucha acabe, todo habrá cambiado de manera radical en España, terminando para siempre con la explotación, el hambre y la injusticia.

Cruzamos la plaza del Callao, en cuyas esquinas vigilan grupos de obreros armados con fusiles y pistolas, que detienen y registran los automóviles que suben o bajan por la Gran Vía. Allá abajo, en la plaza de España, grupos mucho más nutridos levantan barricadas y miran con hostilidad y recelo en dirección al cuartel de la Montaña.

—¿Estarán sublevados ya?

—Oficialmente, todavía no. En realidad, lo están desde el viernes.

Resulta extraño y desconcertante que unos militares levantados contra el Gobierno permanezcan más de cuarenta y ocho horas encerrados en los cuarteles sin lanzarse a la

calle.

—Creo que cometen una grave equivocación —dice Antona—. Anteayer, incluso ayer mismo, pudieron apoderarse del centro de Madrid por sorpresa y casi sin lucha. Hoy domingo ya les resultaría mucho más difícil y mañana les será totalmente imposible.

Sólo con la mentalidad decimonónica de un conspirador clásico español se comprende esta actitud. Es la misma de los «espadones» progresistas o moderados del siglo pasado, que una vez pronunciados creían innecesario combatir porque estaban seguros de que todo el país compartía su manera de pensar y sentir. Como la nación entera estaba a su lado, el solo hecho de pronunciarse, de dar el grito, resultaba más que suficiente para que sus enemigos huyeran amedrentados sin atreverse a disputarles el botín del poder.

—Cabe otra explicación —arguyo—. La de que, convencidos de que el Gobierno ha concentrado en Madrid todas sus fuerzas, consideren precisa la llegada de refuerzos para dar la batalla en la capital de la nación con alguna posibilidad de victoria.

Que no sea cierto, conforme comprobamos todos ahora, no excluye naturalmente que los elementos militares puedan suponerlo por anticipado. Es una medida elemental de precaución y sólo la incomprensible ceguera de Casares Quiroga —desafiando a gritos a todos sus adversarios sin preocuparse de tener a su lado las fuerzas precisas para aplastarles en el caso de que recojan su guante— hace posible esta realidad tan increíble como desconcertante.

Un enorme gentío llena por completo la calle de la Luna. Abundan los individuos armados, pero son mucho más numerosos los que esperan con impaciencia una pistola o un fusil con que poder participar en la lucha inminente. Trabajosamente nos abrimos paso para llegar al portal del edificio donde tienen su sede los sindicatos madrileños. De

pronto un grito repetido por cientos de gargantas anuncia el acontecimiento esperado:

—¡Ahí vienen...!

Los que vienen son los presos confederales que acaban de ser puestos en libertad. Llegan en los coches que han ido a recogerles a la puerta de la Cárcel Modelo y de los que salen materialmente en volandas. Abrazados, estrujados más bien por sus compañeros, González Marín, Cipriano Mera, Julio, Verardini, Cecilio, Villanueva, López y medio centenar de militantes más detenidos por la huelga de la construcción.

—¡Uf! —gruñe Villanueva—. Ya temía que nos dejaran encerrados hasta que los fascistas fueran a liquidarnos.

—¿Qué sabes de Barcelona? —pregunta Mera apenas me ve, sin duda por creerme mejor informado.

Respondo con la verdad. Sé prácticamente lo mismo que todos. En Barcelona se está combatiendo con encarnizamiento porque, a diferencia de Madrid, los militares se han lanzado a la calle, llegando hasta el centro mismo de la población. Según las encendidas arengas que constantemente trasmite Radio Associació de Catalunya, la rebelión debe estar a punto de ser vencida. Sin embargo, es posible que los locutores catalanes exageren los éxitos propios y disimulen u oculten los adversarios. En cualquier forma, el hecho indudable de que a las seis o siete horas de haber comenzado la lucha emisoras de radio continúan en manos y al servicio de la Generalidad, ya constituye el mejor de los síntomas.

—Desde luego —añado— no se repite lo sucedido en octubre, porque ahora los trabajadores combaten en primera línea. Sin embargo, la pelota sigue en el tejado y nadie sabe de que lado caerá.

—Yo sí —me interrumpe Isabelo Romero, que llega presuroso, abriéndose paso por entre el grupo que nos rodea—. ¡Del nuestro! Antes del anochecer, la CNT será dueña de

Barcelona.

Precipitadamente explica el fundamento de sus afirmaciones. Merced a los compañeros de la Telefónica ha conseguido hablar hace unos minutos con el Comité Regional de Cataluña, con Marianet concretamente, que estaba exaltado, eufórico y radiante.

—Se está luchando en todas partes, pero la pelea se inclina ya del lado confederal. En la avenida de Icaria, cerca de la Barceloneta, los compañeros del puerto se lanzaron sobre un regimiento de artillería, y utilizando como parapetos móviles las bobinas de papel de periódico depositadas en uno de los muelles, lograron apoderarse de varios cañones.

Algo de esto ha dicho ya la radio barcelonesa, aunque en Teléfonos, donde se comentó la noticia, todo el mundo la ponía en cuarentena. Ahora la noticia parece confirmada. Ni el secretario de la regional catalana de la CNT es un fabulista ni mentiría hablando en estos momentos con el secretario confederal del Centro.

—Seguro que no ha exagerado —insiste Isabelo cuando se lo digo—. Estaba contento y alborozado porque las cosas van mucho mejor de lo que todos esperábamos.

Cuando regreso a Teléfonos, luego de comer a toda prisa en una taberna de la calle de la Luna, el optimismo de Isabelo Romero tiene plena confirmación. No se trata de que en cualquier otro punto de Barcelona los obreros hayan derrotado a sus enemigos alzados en armas, sino de algo que tiene mucho mayor alcance y trascendencia. Tanta, que en un primer instante me resisto a admitir su veracidad.

—¿No será un bulo más? —inquiero, desconfiado.

—¡Ni pensarlo! Tras anunciarlo desde Barcelona, acaba de ser confirmado por el propio Pozas.

Se trata, naturalmente, de la actitud de la Guardia Civil. Nadie hasta este momento ha confiado demasiado en su lealtad a la República. Por el contrario, son varias las

provincias en que no sólo ha secundado el levantamiento, sino que lo ha encabezado. Durante toda la mañana los civiles barceloneses —más de dos mil hombres en total— se han mantenido neutrales, encerrados en sus cuarteles. Ahora, de pronto, aparecen en las calles, peleando al lado de las autoridades republicanas.

—Eso basta y sobra para decidir la contienda —afirma un periodista.

—Discrepo —le contradice otro—. Acaso la Guardia Civil se haya decidido, precisamente, porque la lucha está ya decidida.

Sea como sea y por lo que sea, la resolución de la Guardia Civil aumenta considerablemente las posibilidades de triunfo izquierdista en Barcelona, aunque todavía se continúa peleando con dureza en cien puntos distintos de la ciudad condal y nadie puede predecir cuándo acabará el trágico diálogo de fusiles y ametralladoras. Mientras envueltos en el bochorno de la tarde estival aguardábamos impacientes noticias de lo que sucede en el resto de España, se impone una pregunta inquietante:

—¿Qué pasa con la Guardia Civil de Madrid?

Un poco por encima se puede calcular que en la capital de España hay en este momento entre tres mil y tres mil quinientos guardias civiles. Profesionales y veteranos en su totalidad, perfectamente armados, con una disciplina férrea, buenos jefes y un entrenamiento adecuado, constituyen una fuerza combatiente de primera magnitud. Lo malo es que ninguno de los que estamos en Teléfonos podemos asegurar nada concreto y firme acerca de su actitud.

—El ministro de la Gobernación —asegura Hermosilla, que acompañado de Lezama acaban de hablar con Riquelme— tiene plena confianza en su lealtad al régimen.

Lo dice sin demasiada convicción; probablemente con la misma íntima desconfianza con que hace unos minutos se lo

ha dicho Riquelme. Es comprensible y lógico que Pozas, que hasta esta madrugada fue Inspector General de la Guardia Civil, lo crea; aunque acaso, y luego de lo sucedido en diversas provincias durante las últimas horas, lo diga únicamente para evitar alarmas. Pero una cosa es lo que crea o diga el ministro, y otra muy distinta la realidad. Y la realidad es que en las cuarenta y ocho horas transcurridas desde que se inició la lucha en Marruecos, los civiles han desaparecido de las calles para concentrarse en sus cuarteles.

—¿Acuartelados por el Gobierno? ¡Ni pensarlo! Si Pozas confiase en la Guardia Civil como dice, la utilizaría en las calles o en vigilar los cuarteles, como hace con los de asalto.

Es cierto, no obstante, que los cuarteles madrileños de la Guardia Civil ni se han sumado abiertamente a la rebelión ni parecen inclinados a hacerlo; de una manera inmediata cuando menos. La impresión general de cuantos nos hallamos en Teléfonos en estos momentos es que, luchando entre sus simpatías ideológicas y la promesa empeñada de fidelidad al régimen, tratan de mantenerse un poco al margen de la lucha iniciada, guardando una aparente y difícil neutralidad que —como demuestra lo sucedido en Barcelona— puede romperse en un sentido o en otro en el momento más inesperado.

—Por si acaso, hay grupos armados y guardias de asalto vigilantes en las cercanías de sus cuarteles.

Hoy es domingo y mañana sólo saldrá por la mañana la *Hoja del Lunes*. Lógicamente en esta jornada estival debiéramos descansar tranquilamente la inmensa mayoría de los periodistas. Dudo mucho, sin embargo, que ninguno lo haga. Ahora mismo, Teléfonos está más concurrido que nunca con redactores de todos los diarios madrileños y corresponsales de los de provincias, con muchas de las cuales están totalmente interrumpidas las comunicaciones.

Es inútil pretender hablar con cualquier punto de España, aunque nunca se sabe si es el Gobierno o son los sublevados quienes han interceptado las líneas. Como consecuencia lógica, aunque se habla mucho y se discute con el lógico apasionamiento, son más los rumores de imposible confirmación que las noticias exactas, y las opiniones personales que los hechos concretos y confirmados. Todos estamos sudorosos, cansados, rotos por dos días de insoportable tensión y de escaso dormir en medio de un calor asfixiante.

—¡Ya empezó, muchachos! —grita uno que habla por teléfono en una de las cabinas—. ¡En el cuartel de la Montaña ha comenzado el «tomate»!

No ha terminado de hablar cuando muchos estamos en la calle, ansiosos por comprobar personal y directamente la veracidad de la noticia. Ignacio Barrado tiene un coche ante el bar Flor con el motor en marcha y un gran letrero que dice «Prensa» en el parabrisas. Un minuto después marchamos por la calle de Arenal. Al desembocar en la plaza de Oriente, unos guardias nos dejan pasar, pero nos detienen a los pocos pasos un grupo de obreros armados, en mangas de camisa y con un pañuelo rojo anudado en torno al brazo derecho.

—¡Salud, camaradas! —dicen apenas indicamos quiénes somos y adonde vamos—. ¡Pero cuidado, porque los tíos de la Montaña están zumbando de firme!

Señalan con un gesto expresivo en dirección al cuartel. Exageran o el combate ha concluido con la misma rapidez que debió iniciarse. Se oyen, sí, muy espaciados, algunos disparos; pero no el estrépito y fragor de la batalla que desencadenará la salida de los militares o el asalto de quienes los cercan. No ha ocurrido nada de esto, en efecto, como comprobamos dos minutos después en la plaza de España.

Numerosos guardias de asalto vigilan tercerola en mano

en las esquinas o descansan en sus camionetas o en los jardines que rodean el monumento a Cervantes y al Quijote. Muchos obreros trabajan afanosos levantando los adoquines de las calzadas para formar barricadas. Enfilando la calle de Ferraz, dando cara al cuartel de la Montaña, dos carros blindados de asalto con las ametralladoras enfiladas al reducto adversario. Centenares de trabajadores, armados con fusiles o pistolas, o con las manos vacías en espera de conquistar un arma, van de un lado para otro, toman posiciones tras las improvisadas barricadas o forman grandes corrillos. Desde el comienzo de la calle Ferraz, vemos algunos guardias y milicianos parapetados tras los árboles en torno a la estatua del general Casasola y ante la iglesia de los Carmelitas y al fondo la masa imponente de la Montaña, con las puertas cerradas y algunas ametralladoras emplazadas. Todo está preparado y dispuesto para iniciar la batalla; pero la batalla no ha comenzado aún.

El comandante Burillo —alto, delgado, con grandes bigotes un tanto pasados de moda, pero que constituyen el rasgo más característico de su fisonomía— charla con unos oficiales de asalto, rodeado por un nutrido grupo de curiosos junto al jardín de Caballerizas, en el arranque mismo de la cuesta de San Vicente. Le conocemos tanto como él nos conoce a nosotros, pues casi todos los días le vemos en Gobernación e incluso en el Congreso. Sus primeras palabras son para confirmar nuestra impresión al llegar a la plaza de España. El combate encarnizado que todos damos por descontado que habrá de librarse allí, no ha comenzado en contra de cuanto pudiera suponerse diez minutos antes en Teléfonos.

—Están dentro, sublevados evidentemente —afirma—, pero no dispararán de momento si no los atacamos.

El reciente tiroteo que ha sembrado la alarma en medio Madrid y que justifica tanto su presencia como la nuestra en las proximidades del cuartel, no ha sido un intento de salida

y menos aún un ataque a fondo de las fuerzas gubernamentales y obreras. Una camioneta, procedente de la Playa de Madrid y llena de trabajadores, fue atacada al pasar cerca del cuartel. Alguien disparó contra el vehículo una ráfaga de ametralladora y hubo dos muertos y diez o doce heridos. Como respuesta al ataque, los guardias apostados en el paseo de Rosales y las bocacalles próximas contestaron a tiros y se entabló una breve y sangrienta pelea en la que han debido resultar víctimas por las dos partes. Al final, y luego de recogidos los muertos y heridos, se ha restablecido, como comprobamos, la calma.

—No puede ser muy duradera, naturalmente —afirma Burillo—. Si antes del amanecer no se han rendido, tendremos que asaltar el cuartel con todas sus consecuencias.

Parece que los sublevados en la Montaña —regimientos de Infantería números 31 y de Zapadores número 1, además del Batallón de Alumbrado, aparte de varios centenares de oficiales retirados que se han presentado en el cuartel y doscientos o trescientos paisanos monárquicos y falangistas — no se consideran con fuerzas suficientes para iniciar por sí solos la salida y tratar de ocupar el centro de la ciudad. Esperan que vengan a reforzarles columnas militares procedentes de otras provincias y esencialmente de los cantones que rodean Madrid, con los que han estado en comunicación constante hasta hace pocas horas.

—Es inconcebible —añade Burillo—, pero hasta hace poco funcionaban con toda normalidad las líneas telefónicas entre los diversos cuarteles sublevados ya o a punto de sublevarse. Al final, con un retraso considerable, las hemos cortado, dejándoles incomunicados. Tampoco los enlaces que de cuando en cuando mandan a los cantones pueden alcanzar sus puntos de destino y los últimos salidos están en nuestras manos.

Por lo que algunos han dicho y más aún por fragmentos de conversaciones telefónicas oídas, se sabe que los encerrados en la Montaña reclaman ayuda urgente del resto de los cuarteles madrileños. De no recibirla —y será muy difícil que la reciban—, tienen el proyecto de continuar como hasta ahora, faltos de fuerzas para realizar con éxito una salida.

—Pero tendrán que salir muy pronto —concluye Burillo—, por las buenas o por las malas. Les dejaremos unas horas para que se convenzan de que nada tienen que hacer. Pero si por la mañana no se han entregado, les aplastaremos sin consideraciones de ningún género.

En vista de la calma reinante, Burillo se vuelve rápido al cuartel de Pontejos. Nosotros damos una vuelta en torno a la Montaña. No podemos ir, naturalmente, por la calle de Ferraz, porque desde el cuartel tirotean a quien se aventura por ella. Lo hacemos por la de Mendizábal, que corre paralela, separada de la primera treinta o cuarenta metros. En las esquinas de Ventura Rodríguez y Luisa Fernanda, grupos de milicianos, reforzados por guardias de asalto, vigilan tras las improvisadas barricadas. Mirando hacia arriba podemos ver en los balcones de los pisos altos y en algunas terrazas parapetos rudimentarios, por encima de los cuales asoman los cañones de varios fusiles que apuntan a la impresionante mole del cercano cuartel.

Por la calle de Quintana bajamos hasta el paseo de Rosales. Estamos a medio centenar de metros de la parte trasera de la Montaña. Se repite aquí el espectáculo de la plaza de España y el comienzo de la calle Ferraz. Aunque menos numerosos, también abundan los guardias parapetados, tercerola en mano, tras los troncos de los árboles y los milicianos que amontonan las sillas metálicas para protegerse de los posibles disparos. Una camioneta, acribillada a balazos, aparece abandonada muy cerca de la

entrada del batallón de Alumbrado, protegida por sacos terreros por sobre los cuáles asoman amenazadoras las bocas de los fusiles.

—Es la camioneta de la Playa —indica un guardia, que abandonando la protección de uno de los troncos avanza hacia el centro de la calzada—. Mataron a varios de sus ocupantes, pero no tardarán en pagarlo caro.

Formamos un grupo a medio centenar de metros de los muros del cuartel. Desde dentro, desde las ventanas — algunas de las cuales aparecen protegidas por gruesas pacas de paja—, pueden vernos perfectamente. Mientras charlamos en torno a la suerte corrida por los ocupantes de la furgoneta, aumenta el número de los que nos rodean. Un poco maquinalmente, sin darnos cuenta exacta del posible peligro, avanzamos unos pasos en dirección a la furgoneta; más de uno de los que nos rodean agitan rabiosos las armas que empuñan, fijos los ojos en los muros del cuartel.

De pronto, suenan varios disparos, a los que sigue inmediatamente una ráfaga de ametralladora. Es seguro que no tiran a dar; que pretenden únicamente advertirnos de su presencia e impedir que nos acerquemos. En cualquier caso, las balas pasan silbando por encima de nuestras cabezas. Bastan, sin embargo, para que el grupo se disuelva en un abrir y cerrar de ojos. Se tiran unos al suelo, corren otros a refugiarse en la barricada más próxima o buscar protección tras el tronco de cualquier árbol. Barrado, que por su cojera se ha quedado bastante atrás, me llama desde la esquina de Quintana. Yo vacilo un instante, mientras los guardias y los milicianos de las terrazas y balcones de Rosales disparan a su vez contra los defensores del cuartel.

En cuatro saltos estoy a cubierto junto a la barricada. Advierto entonces que los disparos de la Montaña han cesado; lo advierten también algunos de los que segundos antes se tiraron al suelo y se incorporan ahora. Un sargento

de asalto contiene a sus compañeros y a los milicianos que tiran contra el cuartel.

—¡Basta, basta! ¡Estáis malgastando estúpidamente las municiones!

Tiene razón, desde luego. Tras lanzar su primera ráfaga de advertencia al grupo que parecía aproximarse, los militares han dejado de disparar. Las voces enérgicas del sargento de asalto consiguen que quienes nos rodean en este momento hagan lo mismo, convencidos de la inutilidad de proseguir el fuego.

—Es una treta de esos... —masculla rabioso el sargento—. Como saben que andamos escasos de la munición que a ellos les sobra...

Es cierto, desde luego; si ayer y hoy se han repartido cinco o seis mil fusiles entre los trabajadores madrileños — quedan otros treinta o cuarenta mil más, cuyos cerrojos se guardan en la Montaña—, apenas si a cada miliciano han podido entregársele arriba de tres o cuatro peines. De caer en la trampa de sus enemigos y contestar con un fuego graneado a cualquier agresión o disparo suelto de los sitiados en la Montaña, se quedarán sin municiones antes de que llegue a iniciarse en serio el asalto.

—Mira con lo que tengo que luchar yo —dice García Pradas, a quien encuentro en la plaza de España, y que se ha apeado un momento de un automóvil con grandes letreros «CNT-FAI», pintados en blanco sobre el negro de la carrocería—. Creí que en el Comité de Defensa me proporcionarían algo mejor, y si me descuido, me quitan esto.

«Esto» es una escopeta de caza de dos cañones; es nueva, posiblemente sin estrenar aún, será magnífica para tirar a los conejos o a los pájaros, pero no es lo más apropiado para luchar contra los cuarteles. La escopeta es el botín que mi interlocutor logró en el asalto de una armería.

Lleva más de veinticuatro horas deseando cambiarla por otra arma más efectiva; se lo ha pedido a centenares de compañeros y no ha tenido el menor éxito.

—Ha habido fusiles para los socialistas, los comunistas e incluso los republicanos, que son cuatro gatos; en cambio, a la CNT se los niegan sistemáticamente.

De mediana estatura y fuerte complexión, José García Pradas, ha sido compañero mío durante años en la redacción de *La Tierra*. Más tarde, cuando el periódico desaparece víctima de la hostilidad de los gobernantes del segundo bienio, abandona la pluma para subir a un andamio y trabajar como obrero de la construcción. Vive en el puente de Segovia y forma parte de los grupos confederales de defensa.

—Todos los compañeros —añade—, están en la calle dispuestos a dejarse matar antes de que triunfen los fascistas. Somos más de dos mil; pero, entre todos, no tenemos ni cincuenta fusiles.

El barrio de que habla es el que al otro lado del Manzanares se extiende a lo largo de la carretera de Extremadura, bordeando las tapias de la Casa de Campo. Es el camino más corto y recto para alcanzar los cuarteles de Campamento y el aeródromo de Cuatro Vientos. Constituye, por ello, un punto de valor decisivo en la contienda que Madrid se apresta a librar; que, con toda seguridad, comenzará dentro de unas horas.

—Cipriano está allí, naturalmente —agrega al subir de nuevo al coche en unión de otros cuatro individuos para reanudar la marcha—. ¡Ah, también tu hermano Ángel!

No me sorprende en lo más mínimo. Cipriano Mera vive en el puente de Segovia, y es lógico que apenas recobrada su libertad, haya vuelto para luchar con sus vecinos. También mi hermano, criado en el mismo barrio, donde preside un club de atletismo, resulta natural que ande por allí. Máxime

cuando Mangada organiza unos batallones en la Casa de Campo y Ángel es muy amigo suyo, desde que recientemente hizo el servicio militar bajo su mando, precisamente en la época en que el teniente coronel, luego de un ruidoso incidente, fue desposeído del mando y recluido en prisiones militares.

Un momento pensamos Barrado y yo marchar al puente de Segovia —adonde se puede llegar en menos de cinco minutos—, para ver las medidas de precaución tomadas para impedir que las fuerzas acuarteladas —sublevadas— en Campamento puedan avanzar sobre Madrid. Lo impide una noticia que alborozadamente nos da un miliciano socialista, que asegura haberla oído momentos antes por la radio.

¡Los sublevados de Barcelona han sido aplastados! Hace una hora que se rindieron todos en la plaza de Cataluña.

Puede ser verdad, y varios que se acercan al grupo que formamos en la plaza de España la ratifican con una seguridad impresionante. Yo quisiera creerles, pero me cuesta trabajo admitir que sea verdad. Lo mismo le pasa a Barrado, y decidimos volver cuanto antes a Teléfonos para averiguar lo que haya de cierto.

Cuando minutos después estamos de nuevo en la destartalada sala de prensa de la antigua central telefónica, una sola mirada basta para advertir cambios sustanciales con el aspecto que mostraba una hora antes. Es posible que ahora haya más gente, más excitada y vociferante que nunca; pero son menos, evidentemente, los periodistas profesionales y, entre ellos, son muy escasos los pertenecientes a los diarios derechistas.

—A enemigo que huye —responde Barrado cuando se lo hago notar—, puente de oro más que de plata.

Entre los que continúan en Teléfonos —de izquierdas en su casi totalidad—, reina un desbordante optimismo. Tanto, que en un principio doy por descontado que la noticia dada

por el miliciano socialista sea cierta y la lucha haya concluido en Barcelona con un triunfo completo.

—Todavía no —dice Eduardo Castro en mangas de camisa, sudoroso, con cara de cansancio, que sentado ante un receptor de radio parece mirarle hipnotizado, bebiéndose las palabras de los distintos locutores—, pero tardará muy poco.

Los soldados sublevados que luchaban en el centro de Barcelona —plaza de Cataluña, Universidad y Paralelo—, se han rendido en las últimas horas y los antifascistas han hecho centenares de prisioneros. Sin embargo, aún resisten algunos núcleos, la capitanía general y el cuartel de Atarazanas, entre ellos.

—Capitanía, donde aseguran que se encuentra el general Goded, está siendo cañoneada, y milicianos y guardias se preparan para tomarla por asalto; posiblemente tardará poco en caer; pero todavía no ha caído.

Del resto de España, las noticias son mucho menos satisfactorias. Se lucha en la mitad, como mínimo, de las capitales de provincias, y la pelea se muestra desfavorable para las fuerzas republicanas. El Movimiento parece imponerse en todo León y la mayor parte de Castilla la Vieja, en Aragón, Cáceres y algunas ciudades andaluzas y gallegas, aparte, claro está, de toda la zona marroquí, Navarra, las Canarias y las Baleares, donde ha triunfado sin tropezar con ninguna resistencia seria. Nada de esto puede sorprendernos, porque lo damos por descontado, no sólo desde ayer, sino desde antes incluso que se produjera el primer alzamiento melillense. Hay, en cambio, algo nuevo que produce auténtico estupor: Oviedo. ¿Cómo es posible que el coronel Aranda, a quien muchos juzgaban republicano entusiasta y del que se llegó a hablar hace dos meses como futuro director general de Seguridad, se haya adueñado de la ciudad en un golpe de audacia? ¿Cómo se dejaron engañar los líderes mineros que ayer mismo enviaron un tren con

centenares de luchadores obreros en ayuda de Madrid, convencidos de que en Asturias nada intentarían los militares?

—Bueno —concede Herмосilla, que, como todos los periodistas madrileños y millones de españoles de todas las profesiones, va inquieto y afanoso de un lado para otro en busca de las últimas noticias—. No creo que después de lo ocurrido con Cabanellas y Queipo pueda sorprendernos nada.

Desde que nos vimos unas horas antes, el director de *La Libertad* ha hablado una vez más con el general Riquelme, a quien Casares tenía un poco apartado por razones difíciles de explicar y comprender. Desde por la mañana parece que Riquelme, con un grupo reducido de jefes y oficiales de toda confianza, está trabajando en Guerra con eficacia y dinamismo, organizando la resistencia contra el alzamiento reaccionario.

—¿Qué tal el nuevo ministro?

El nombramiento de Castelló —un general poco menos que desconocido, gobernador militar de Badajoz hasta hace unas horas—, constituyó de madrugada una sorpresa para todos. Su designación se atribuye, por unos, a su pretendida afiliación a la masonería; por otros, a su energía para hacer abortar el movimiento militar en la ciudad extremeña, y por algunos, a su parentesco con un diputado socialista, Vidarte. La verdad parece ser que Giral le designó luego de que ningún otro militar de su graduación —ni siquiera Miaja, Masquelet o Riquelme—, quisieron aceptar la cartera en momentos tan trágicos.

—Creo que es un hombre nervioso, exaltado, un poco desequilibrado; pero de cuya lealtad nadie tiene la más ligera duda.

Bajamos a la calle para ver si un café bien cargado nos despeja un poco. Todos llevamos cuarenta y ocho horas sin acostarnos y apenas podemos mantener los ojos abiertos. Es

ya noche cerrada y grupos armados, apostados en todas las esquinas, detienen los coches y exigen la documentación a sus ocupantes. Tanto los guardias como los improvisados milicianos dan claras muestras de excitación y nerviosismo. Muchos, tienen los fusiles o las pistolas en posición de disparar, y advierto que en los automóviles que circulan va un individuo de pie en el estribo, mirando receloso en todas las direcciones y con un arma en la mano derecha, mientras con la izquierda se sujeta a una ventanilla del vehículo.

—¡Nos tiran desde las terrazas y balcones altos! — explican los ocupantes de un coche con las iniciales de la UGT pintadas en blanco en la carrocería—. Así se han cargado ya a un puñado de los nuestros. ¡Pero como cojamos a uno de esos cabrones, no tendrá tiempo para arrepentirse!

Cruzando la Puerta del Sol entramos en el viejo café de Levante. En el fondo, como todas las tardes, tienen su habitual tertulia un grupo de veteranos periodistas. Pese a las circunstancias que vive España —acaso por ello mismo—, la tertulia está más concurrida que nunca. Aparte de los periodistas —Ezequiel Endériz, Víctor Gabilondo, Avecilla, Paredes, Tamayo, etc—, hay varios músicos, amigos o simples conocidos. Hablan y discuten con la acostumbrada vivacidad, aunque, como siempre, Endériz parece llevar la voz cantante. Sin embargo, todos callan y se hace un profundo silencio cuando el aparato de radio, que en el mostrador tienen puesto a todo volumen, anuncia la transmisión de alguna noticia.

No son muchas ni distintas a las que circulan por Teléfonos las que se comentan en la tertulia. Pese a que dos de sus integrantes forman parte de la redacción de la *Hoja del Lunes* —único periódico que se publicará mañana—, y uno de ellos se ha pasado la tarde en el ministerio de la Gobernación, hablando en varios momentos con Pozas, no pueden añadir nada sensacional, ni siquiera interesante, a lo

que ya sabemos. Maquinalmente, una vez que he tomado el café, reclinado en el cómodo aunque excesivamente caluroso diván, cierro un momento los ojos. Sin darme cuenta, me invade un profundo sopor, y por unos minutos pierdo incluso la noción de dónde me encuentro.

Un repentino clamoreo en que se mezclan vivas, aplausos y gritos ininteligibles, me arranca de la somnolencia y abro desconcertado los ojos. Asombrado, contemplo el cuadro inesperado y asombroso que ofrece ahora el café, tan distinto al de pocos minutos antes. Todo el mundo está en pie, gritando y alborotando; muchos se abrazan, mientras otros tiran al aire los sombreros o las chaquetas e incluso tres o cuatro bailan subidos encima de las mesas de mármol. Hasta las peripatéticas de Aduana, Paz o Jardines —más numerosas que nunca en el café, acaso porque en esta tarde dominical su trabajo ha sufrido una radical disminución—, exteriorizan en forma inequívoca su ruidoso júbilo. Un instante creo seguir dormido y soñando, tan difícil resulta admitir lo que creo estar viendo; pero al siguiente he de convencerme de que estoy completamente despierto.

—¿Qué diablos pasa? —pregunto una y otra vez sin conseguir de momento que nadie me responda, ni siquiera me oiga en medio de la jaula de locos en que se ha transformado el café. En vista de ello cojo de un brazo a Endériz y le grito casi en el oído—: ¿Qué ocurre?

Un momento me mira con aire estupefacto; luego, recordando sin duda que medio minuto antes me ha visto dormitar en el diván, sonrío y contesta:

—¡Casi nada, muchacho! ¡Qué Goded ha caído prisionero en Barcelona y hablando por radio acaba de reconocer su derrota y pedir a todos los facciosos que se entreguen...!

Me sorprende oírlo; no que Goded haya caído prisionero, cosa que cabía esperar ya que se encontraba en Capitanía y quienes cercaban el edificio se disponían a tomarlo por

asalto; sí que haya hablado por radio y sobre todas las cosas que haya pedido a los militares alzados en armas que abandonen la lucha. Voy a formular nuevas preguntas cuando los que se amontonan junto al mostrador, en torno al aparato de radio, reclaman imperativamente silencio:

—¡Callarse, callarse...! ¡Van a repetir la noticia...! En el enorme café se hace un completo silencio. Cesan en el acto los gritos, los vivas y las conversaciones. Todos aguzamos el oído y llegan con perfecta claridad a nuestros oídos las palabras del locutor anunciando que el general Goded, jefe del Movimiento militar en Barcelona, que acaba de ser hecho prisionero, va a dirigir la palabra a todos los españoles. Un segundo después una voz serena, impregnada de profunda tristeza, dice, dirigiéndose evidentemente a sus compañeros:

—La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar derramamientos de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo.

Sigue después una corta alocución del presidente de la Generalidad. La voz de Companys, jubilosa y emocionada a un tiempo, anuncia en catalán que la rebelión ha sido vencida en la ciudad condal y tras un cálido elogio a las fuerzas de orden público y a las masas populares que han aplastado la intentona concluye con un doble vitor:

—¡Visca Catalunya! ¡Visca la República...!

Centenares de voces responden entusiasmadas a los vivas del presidente de la Generalidad. Sin dejarme arrastrar por el júbilo de quienes me rodean, yo abrigo una importante duda. Conozco perfectamente a Companys, con quien he hablado personalmente en innumerables ocasiones, y no cabe la más remota duda de que la voz escuchada es la suya. Pero ¿es también auténtica la voz de Goded o se trata de una habilidad propagandística?

—Ni pensarlo... —niega rotundo Endériz—. ¡Conozco a Goded desde Marruecos y tengo la seguridad absoluta que no

se trata de ningún truco!

Quiero creerle, pero me queda un resto de duda pese a que varios de los que nos rodean apoyan rotundos las afirmaciones de Endériz. Todavía estamos discutiendo cuando Eduardo Castro, que corrió a Gobernación apenas se anunció la sensacional nueva, afirma que Pozas en persona la ha confirmado. Con un suspiro de satisfacción y cansancio, añade:

—¡Al fin, creo que esta noche podremos dormir unas horas...!

Pero las palabras de Castro expresan más una esperanza que una realidad. Aunque la lucha haya concluido triunfalmente en Barcelona, todavía se sigue combatiendo en media España y no es de creer que las frases de Goded basten para hacer desistir de su empeño a los militares sublevados. Ni siquiera en Madrid, donde los tiroteos callejeros parecen intensificarse a medida que avanza la noche.

Al volver a Teléfonos encuentro la escena que cabe esperar por anticipado. Todo el mundo está jubiloso y optimista y no pocos dan por totalmente aplastado el alzamiento, voluntariamente olvidado, que a estas horas ha triunfado en muchos puntos de España. Sólo una minoría reconoce y proclama que la contienda no ha hecho más que comenzar y que el resultado continúa siendo peligrosamente incierto.

Yo pienso como la minoría, pero no tengo fuerzas ni ánimos —el cansancio, el calor y el sueño me tienen destrozado— para enzarzarme ahora en pueriles discusiones. Me interesa mucho más el papel jugado por la CNT en los sucesos de Barcelona, donde los militantes anarcosindicalistas han sido factor decisivo en la victoria alcanzada y abandono la antigua central telefónica de la calle Alcalá para dirigirme una vez más hacia la calle de la Luna.

En la puerta encuentro a Isabelo Romero que acude en mi busca. Ha oído la noticia mientras volvía de Vicálvaro donde ha pasado unas horas agitadas y dramáticas y quiere que se la confirme. Lo hago, mientras en el automóvil que le ha traído hasta aquí —y en el que van otros tres compañeros armados— nos dirigimos a la sede madrileña de la organización confederal. Le alegra comprobar que la noticia es cierta y que la lucha está decidida en Barcelona; pero que lo esté en Barcelona, no quiere decir que esté resuelta en los demás sitios, especialmente en Madrid.

—Aquí tendremos que pelear duro dentro de unas horas y no sé si ni aun lanzándonos todos los trabajadores a una lucha a vida o muerte lograremos vencerlos.

Lleva cuarenta y ocho horas largas yendo de un lado para otro, repartiendo armas, organizando grupos de choque, comprobando la situación en las diversas barriadas y los alrededores de los cuarteles. Aunque no todos están sublevados y en muchos de los que lo están son escasos los efectivos, siempre serán doce o catorce mil hombres perfectamente armados y disciplinados, parapetados en sólidos edificios de fácil defensa, los que se opondrán a los trabajadores antifascistas, sin contar que la Guardia Civil — que sigue vacilante— puede sumarse en cualquier instante al movimiento.

—Vengo ahora de Vicálvaro. Allí trataban de sublevarse algunos oficiales del Regimiento de Artillería, pero entre los militares republicanos y los soldados, que son todos de la UGT y la CNT, han frustrado la intentona y mañana habrá cañones para las fuerzas antifascistas.

Espera que no sea el único cuartel que no haga armas contra el pueblo. Los compañeros de Leganés y Getafe, parece que con la colaboración y ayuda de republicanos, socialistas y comunistas lograrán que las tropas que guarnecen dichos cantones no participen en la rebelión.

Tampoco en los cuarteles del Pacífico cuenta con muchos simpatizantes la intentona derechista.

—El peligro está en la Montaña y Campamento, y la Guardia Civil que puede atacarnos en cualquier momento. Pero si nos adelantamos a todos y asaltamos los cuarteles antes de que salgan, ganaremos en unas horas la partida empeñada.

Las calles adyacentes a la plaza del Callao rebosan de gente. Una serie de camiones, apresuradamente semiblandados con unas simples chapas de hierro por el Sindicato Metalúrgico, esperan alineados en la Gran Vía el momento de partir hacia los lugares de lucha; en cada camión hay quince o veinte hombres armados de cualquier manera y algunos sin armas de ninguna clase. Deben llevar allí largo rato ya y mientras unos cuantos vigilan, muchos se han tumbado en su interior a descabezar un sueño intranquilo y nervioso. Numerosos coches, ocupados por grupos de todas las barriadas, van y vuelven de la calle de la Luna de recibir instrucciones del Comité de Defensa y en todas las esquinas a cuerpo limpio o protegidos por incipientes barricadas, centinelas piden la documentación y cachean a quienes no pueden mostrar un carnet sindical o de cualquier partido político de izquierdas.

En una de las habitaciones del primer piso, Val, embutido en un mono azul, con un pistólón al cinto, con ojos de no dormir en muchas horas, con aire de cansancio y la cara empapada en sudor, se inclina sobre un plano grande de Madrid y va señalando el lugar en que deben actuar a la mañana siguiente los compañeros de las distintas barriadas.

—Los del puente de Toledo deben subir hacia Carabanchel y Campamento; los de Usera y Villaverde, preparados para acudir a Getafe si la cosa no se arregla y si se soluciona sin lucha, subir a Campamento; los de Cuatro Caminos y Tetuán deben bajar al centro y los de Vallecas y el Sur...

En la secretaría del Comité Nacional encuentro a Antonio Moreno. David Antona está en estos momentos en el ministerio de la Guerra cambiando impresiones con los militares leales a la República acerca del asalto a los cuarteles rebeldes de Madrid y poniéndose de acuerdo con republicanos, socialistas y comunistas acerca de la colaboración entre todas las fuerzas izquierdistas y obreras. Quiero hablar con él y lo consigo tras una espera relativamente breve.

—Apenas amanezca —dice Antona en cuanto me ve—, atacaremos los reductos facciosos y en pocas horas quedará totalmente resuelta la situación en Madrid.

Aparte de las fuerzas de asalto y de algunos militares republicanos, los asaltantes contarán con la ayuda de la aviación. Los aeródromos militares de Getafe y Cuatro Vientos están en manos de elementos de absoluta confianza. De tanta como Díaz Sandino, que hoy, luego de asegurarse el dominio del Prat de Llobregat, ha contribuido al triunfo barcelonés. Satisfecho, David añade algunas noticias esperanzadoras.

El teniente coronel Ortiz domina la base de Los Alcázares y acaso esto contribuya a que parte de la escuadra, sublevada por los oficiales de marina ayer mismo, haya encerrado a los rebeldes, poniéndose de nuevo a disposición del Gobierno.

Por su voluntad, que es la de todos los militantes de Madrid, el ataque a los cuarteles comenzaría sin la menor demora. No obstante, los militares republicanos y socialistas prefieren aplazar unas horas el asalto, esperando que los rebeldes, en vista de que no acude nadie en su auxilio y del fracaso de Barcelona, depongan las armas.

—Es una pérdida lastimosa de tiempo —comenta Antona malhumorado—, porque saben la suerte que les espera y no se rendirá ninguno. De cualquier forma...

—¿Qué?

—Antes del mediodía de mañana lunes se habrá repetido en Madrid lo sucedido hoy en Barcelona.

IV

LUNES, 20 DE JULIO

Madrid despierta sobresaltado por el ronco estampido de los cañones, el zumbido monótono de los aviones que surcan el aire limpio de la amanecida y el trágico dialogar de fusiles y pistolas. Cruzan las calles camiones cargados de obreros que van o vuelven de los puntos de lucha; vigilan las esquinas hombres vistiendo monos de trabajo que disparan contra las terrazas donde creen descubrir agazapado algún «paco»; circulan a todo correr y haciendo sonar sus sirenas, las ambulancias que transportan heridos de la empeñada pelea y la ciudad entera respira un aire de aguda tensión mientras se escucha el fragor ininterrumpido del combate cercano y saltan cristales hechos añicos por efecto de la explosión de bombas de aviación o granadas de mano.

Cuando la esperada y temida batalla madrileña alcanza su culminar, llevo varias horas de pie y en la calle. Vuelvo a casa la noche anterior pasadas ya las dos de la madrugada, roto por tres jornadas de muchos nervios y ningún reposo, y pese al cansancio acumulado, sólo consigo dormir de mala

manera hasta las cinco. Llevo un rato totalmente despierto cuando un griterío confuso y lejano que llega de la calle me hace tirarme de la cama y asomarme medio desnudo al balcón. A la luz incierta del amanecer descubro un cuadro tan inesperado como significativo. Procedente del Pacífico sube por la empinada cuesta de Atocha un tranvía abarrotado de milicianos al que acompañan en su lento caminar centenares de personas que chillan y alborotan por motivos que de momento no alcanzo a comprender. Sólo cuando la extraña y ruidosa comitiva llega a Antón Martín y cruza por delante del Monumental descubro, con el consiguiente asombro, que el tranvía arrastra, enganchado a su tope trasero, nada menos que un cañón. (De manera inevitable la escena me recuerda algunas estampas populares de la Revolución Francesa. Pero ahora no estamos, claro está, en 1789, sino en 1936; en el Madrid proletario que se dispone a cerrar el paso al fascismo y no en el París dieciochesco que ponía en tela de juicio el origen divino de las monarquías absolutas).

—¡UHP...! ¡UHP...! —gritan incansables con ritmo monótono y acompasado los que van en el tranvía o a pie acompañando y protegiendo al cañón; luego, mirando a los curiosos que se asoman a los balcones, añaden en una llamada imperativa—: ¡A la Montaña...! ¡Todos a la Montaña...!

Grupos armados y sin armar que surgen por todas las bocacalles se les van sumando mientras continúan hacia la Plaza Mayor y la calle Bailén para descender a la plaza de España. Apresuradamente trato de telefonar a distintos sitios y no consigo hablar con nadie. Los teléfonos están comunicando o nadie se molesta en descolgarlos por mucho que suenen. En cualquier caso, no pierdo demasiado tiempo intentándolo. Cinco minutos después estoy vestido y me dispongo a salir.

En el pasillo, junto a la puerta de la escalera, me sale al

paso mi madre. Tiene los ojos irritados por la falta de sueño y la cara contraída en un gesto de honda preocupación. No necesito preguntarle nada para saber que ha debido pasar la noche en vela, preocupada por la lucha que ahora se inicia y más alarmada aún por la suerte posible de sus hijos. Si yo he vuelto de madrugada al cabo de dos días sin aparecer por casa, a mi hermano Ángel no le ha vuelto a ver desde el sábado.

—¡Ese hijo...! ¡Ese hijo...! —murmura angustiada mientras me da un rápido abrazo de despedida.

Ciudad de empleados, burgueses, dependientes y burócratas, Madrid no gusta de madrugar en ninguna época del año. Tanto en invierno como en verano, a las seis de la mañana no suelen estar levantados más que los traperos, barrenderos que riegan las calles, serenos medio dormidos que se retiran a descansar y algunos juerguistas retrasados que por efectos del alcohol ingerido no aciertan a encontrar el camino de regreso a sus hogares, a los que poco a poco, a medida que avanza la mañana, se van sumando un número reducido de obreros que, por trabajar en el extremo opuesto de la población, tardan mucho tiempo en llegar a sus tajos respectivos.

En esto, como en tantas otras cosas, este lunes no tiene el menor parecido con cualquier jornada de trabajo. Aunque en las calles céntricas hay ahora mil veces más personas que en una madrugada ordinaria y una mayoría ha permanecido toda la noche sin pegar los ojos, nadie podría confundirlos con los acostumbrados beodos a quienes sorprende el alba en mitad de sus prolongadas libaciones.

Pese a que los combates en serio no han comenzado todavía —se iniciarán dentro de un par de horas con el asalto a los primeros cuarteles—, ya se pelea esporádicamente en distintos puntos. Suenan lejanos o cercanos muchos tiroteos a un tiempo y al cruzar algunas calles hay que hacerlo a la

carrera, desafiando el riesgo de recibir un balazo antes de alcanzar el resguardo de la próxima esquina. Han caído ya las primeras víctimas y las ambulancias corren de un lado para otro, atendiendo llamadas urgentes y recogiendo heridos. Simultáneamente estallan los incendios y cada pocos minutos una nueva columna de humo negro y espeso viene a sumarse a las muchas que ya se elevan rectas hacia lo alto de un cielo sin nubes.

—Son las guaridas de los «pacos» —afirman a voces los ocupantes de un coche sobre cuya carrocería han extendido, como protección contra las balas, unos flamantes colchones—. ¡Ojalá ardieran lo mismo todos los «fachas»!

En la Puerta del Sol aumenta por momentos la animación y el bullicio. Un coche blindado de asalto, provisto de ametralladora, monta la guardia ante el ministerio de la Gobernación, en cuyos balcones y terrazas, protegidas por sacos terreros, están emplazadas algunas máquinas. Los cafés han abierto a medias, pero no hay quien sirva a los posibles clientes porque los camareros se han marchado respondiendo al llamamiento de sus sindicatos. Tampoco en Teléfonos hay nada que hacer. Por vez primera en muchas horas, en la destartada sala de prensa reina la inactividad y el silencio. Algunos periodistas, rendidos por el cansancio, duermen tirados de bruces sobre las mesas. Son muy pocos, en realidad; la mayoría de los que en otras ocasiones hablan y discuten están ya a la espera de acontecimientos en los posibles lugares de combate, en Gobernación, en Guerra o en la Dirección General de Seguridad.

Un avión vuela muy bajo, rozando casi los edificios altos. Es un aparato militar, cuyo piloto agita el brazo y cierra el puño en señal de saludo, al advertir que la multitud que empieza a llenar la Puerta del Sol alza la cabeza para mirarle.

—¡Es nuestro, nuestro...! —gritan alborozadas millares de personas; luego, viendo la dirección que toma al alejarse,

añaden convencidos—: ¡Va a bombardear la Montaña...!

Un momento cesan las conversaciones y los gritos y todos aguzamos el oído sin conseguir escuchar el esperado estallido de las bombas. No obstante, los ocupantes de un coche que baja por la calle Preciados, afirman que dos minutos antes han visto desde la Gran Vía como el aeroplano leal dejaba caer su mortífera carga sobre el cuartel rebelde y sitiado.

De Pontejos parten en este momento, en medio de las aclamaciones del público, tres camionetas de asalto que se dirigen a la Montaña. Muchos coches con obreros armados o sin armas toman la misma dirección. Los ocupantes de uno me invitan:

—¡Vente, quieres! Vamos a Rosales...

Acepto en el acto. Quien me habla es un viejo luchador revolucionario, militar profesional hace años separado del Ejército por sus ideas —Tomás Lallave—, que dentro de cuatro días morirá peleando en tierras de Guadalajara. Se ha pasado la noche en un ateneo de barriada instruyendo a centenares de obreros en el manejo de las armas y ahora acude para participar personalmente en el asalto de la Montaña, encabezando unos grupos de choque.

Mientras ascendemos por Preciados hacia la plaza de Santo Domingo, cambiamos algunas palabras. Me interesa conocer su opinión como militar acerca de la actitud de los sublevados madrileños y sus posibilidades en la lucha que está a punto de iniciarse en torno a los cuarteles. Lallave es concreto y categórico en su respuesta:

—Los rebeldes están perdidos, por lo menos en Madrid. Es difícil imaginar cómo unos militares, que deben conocer táctica y estrategia, se encierran en los cuarteles en lugar de lanzarse al asalto de los centros oficiales antes de que el Gobierno hubiese tenido tiempo de organizar su defensa.

Por el espesor de sus muros y la posición dominante que ocupa, la Montaña tiene fácil defensa. Unos miles de

hombres —que son los que ahora se hallan dentro— podrían resistir un asedio de semanas o meses, rechazando todos los ataques enemigos.

—Pero para ello sería preciso que todos estuvieran más que unidos, hermanados en un mismo ideal, y del primero al último dispuestos a jugárselo todo a una sola carta, muriendo antes de entregarse.

Es indudable ya que la hermandad de ideales no existe entre los recluidos en el cuartel. La mayoría de los soldados pertenecen a sindicatos o partidos de izquierda, secundan a la fuerza el alzamiento y escapan en cuanto tengan ocasión de hacerlo.

—¿Entonces, la Montaña...?

—Pase lo que pase estará en manos del pueblo antes del mediodía.

A la entrada de Leganitos tenemos que abandonar el coche y continuar a pie. Una enorme multitud, un verdadero río humano que desborda las aceras y llena por completo la calzada, encamina sus pasos hacia el cuartel en cuyas inmediaciones va a decidirse probablemente la suerte de Madrid. Algo parecido ocurre en la Gran Vía cercana, y en todas las calles que por un lado u otro conducen a la plaza de España y al paseo de Rosales. Llegadas en «metro», tranvías, camionetas, coches o a pie, cientos y cientos de personas se encaminan a los alrededores del cuartel de la Montaña. Son obreros de todos los oficios embutidos en sus monos de trabajo; también empleados y dependientes que ni siquiera en esta jornada revolucionaria y pese al intenso calor prescinden de la corbata y la americana; no faltan, tampoco, grupos de muchachas jóvenes que han abandonado fábricas y talleres para animar a los suyos en la lucha entablada y, si fuera preciso, intervenir personalmente en la pelea. Es el pueblo, todo el pueblo madrileño bullanguero, cordial y despreocupado, materia prima para saineteros

costumbristas y fabricantes de fáciles cuplés, que repentinamente se ha puesto serio y reclama, con energía y sin aspavientos, un papel de protagonista en la gran tragedia nacional.

Impresiona el aspecto de la plaza de España. Llenos los jardines que rodean la estatua de Cervantes, grupos nutridos se desparraman por las calles de la Princesa, Martín de los Heros y Mendizábal para rebasar por uno de sus lados el cuartel sitiado y descender hacia Rosales, a espaldas de sus fuertes muros, por Quintana y Buen Suceso. Cruzan a la carrera las bocacalles que descienden directamente al epicentro de la lucha por las que silban las balas. En las esquinas, los grupos armados que disparan contra el cuartel advierten a gritos del peligro a quienes pretenden cruzar. Son pocos, sin embargo, los que hacen caso de sus advertencias y retroceden. La mayoría sigue adelante, agachándose para ofrecer menor blanco y corriendo con toda la velocidad que sus piernas les permiten. De cuando en cuando alguno no consigue alcanzar la esquina opuesta y cae en mitad de la calle, rotas sus carnes por una bala certera.

—¡Atrás, atrás...! ¡Los que no tengan armas, que no estorben...!

Algunos guardias y militantes de distintos partidos y organizaciones tratan de impedir que la muchedumbre llegue, como pretende, al punto en que lógicamente la lucha adquiere su máxima virulencia: los jardines que se extienden ante las rampas de acceso a la Montaña desde la calle de Ferraz, delante de la iglesia de los carmelitas, y llegan hasta el comienzo de la Cuesta de San Vicente, frente por frente a Caballerizas y al Palacio Nacional. Algunos hacen caso y desisten; la mayoría se encrespa y sigue adelante, no sin gruñir en tono de airada protesta:

—Queremos armas y en el cuartel las hay. Si llegamos tarde cuando se entre...

Corren a parapetarse tras alguna de las improvisadas barricadas o del tronco de cualquier árbol. Los que han conseguido un fusil, una pistola o una simple escopeta de caza, disparan. Los que no tienen más que las manos vacías y el corazón inflamado en ansias de victoria, esperan anhelante la caída del compañero para recoger su pistola o fusil y seguir disparando. Cuando se presenta la menor oportunidad, avanzan a la carrera y en masa, llegando en dos o tres ocasiones a las mismas rampas que dan acceso a la Montaña. Caen muchos, pero no importa. Son muchos más los que se disputan el arma que empuñaba segundo antes: los que esperan con ansiedad ocupar el puesto que su caída dejó vacante.

Nadie tiene la menor duda de que el cuartel caerá muy pronto. Es posible que dentro de la Montaña haya tanta gente como fuera, con la enorme ventaja de la disciplina, el entrenamiento militar y el armamento. Disponen de ametralladoras, fusiles, bombas de mano y munición sobrada, mientras afuera escasea la munición y no sobran las armas. Dentro del cuartel están un regimiento de infantería, otro de zapadores y un batallón de alumbrado. Dentro están dos generales, varios coroneles, veinte comandantes y un centenar de capitanes y tenientes, amén de numerosos militares retirados, monárquicos y falangistas decididos a jugarse el todo por el todo. Ocupan una posición céntrica, dominante de los alrededores, resguardados por muros de metro y medio de espesor.

Lógicamente, más que soñar con entrar cabe temer una salida de los sitiados, mejor armados que los sitiadores, con mejores mandos, más armamento y planes más elaborados. Parece obligado pensar que quienes se han encerrado en la Montaña están de acuerdo con los sublevados de los cantones y todos juntos emprendan sin tardanza una marcha sobre el centro de la ciudad para adueñarse en pocas horas

de todos los puntos estratégicos. Pero aquí, en la plaza de España, en la calle de Ferraz y el paseo de Rosales, en esta mañana agitada y sangrienta del 20 de julio, nadie admite tal posibilidad. Si alguno llega a insinuarla, veinte voces distintas le contestan entre escépticas y burlonas:

—¡Ni soñarlo...! Al que asome la gaita se la rompemos...

—*¡Quita d'ahí, chalao!* Que más quisiéramos nosotros que salieran a la calle a dar la carita...

Todo el mundo tiene una confianza ciega, irrazonada y un poco absurda, pero terriblemente efectiva, de que la multitud inflamada en ardores revolucionarios, de que el pueblo en armas, es y tiene que ser invencible. Esta convicción puede parecer disparatada, analizada con frialdad y lógica. Pero aquí y ahora parece respirarse en el aire, todos lo expresan con palabras, gestos y actitudes y hasta los más recelosos acaban contagiándose; de igual modo que, incluso los menos decididos, los simples curiosos que han venido atraídos por un espectáculo desusado y gratuito, acaban pidiendo armas y se disponen a participar en el asalto inminente.

—Hoy sufrirán su último Annual los generales borbónicos. Y no serán los moros quienes les vengzan, sino el pueblo al que pretenden dominar y seguir explotando.

Es un viejo escritor y periodista quien perora exaltado y violento ante un grupo de jóvenes. Alto, delgado, con las barbas blancas que le caen sobre el pecho dándole cierto aire de apóstol o luchador de la Primera Internacional, Augusto Vivero habla a gritos, sobreponiéndose al estrépito de los disparos y al griterío de la gente. A veces abandona el resguardo del improvisado parapeto y se encara amenazador, los puños crispados por la ira, al cercano cuartel.

—La Montaña es el símbolo de la vieja España. Cuando la tomemos habrá caído la Bastilla del oscurantismo, de la reacción y del clericalismo.

Unas descargas interrumpen su arenga. Tiran desde el cuartel y le contestan desde las terrazas y balcones de las casas vecinas, las esquinas de todas las calles, las barricadas apresuradamente montadas o los troncos de los árboles que sirven de resguardo a los más decididos. Cuando el tiroteo afloja un momento, Vivero sigue arengando a quienes le rodean.

—¡Qué nadie se haga ilusiones, compañeros! ¡La lucha es definitiva y a muerte! ¡Ay de los vencidos...!

Me doy de cara con muchos conocidos. En torno a la Montaña se encuentran líderes famosos del movimiento obrero, mezclados y confundidos con los simples afiliados. Importa poco que hasta ayer mismo, enfrentados por sus discrepancias en la huelga de la construcción, discutieran a veces con áspera violencia. Hoy, ante el peligro común, la UGT y la CNT están más unidas que nunca; tan hermanadas como lo estuvieron hace dos años en el octubre rojo asturiano. También aquí, como un grito de combate y una expresión de fe, se vocea la vieja consigna:

—¡UHP! ¡UHP...!

Millares de gargantas hacen coro a quien lanza el grito. Los que gritan son representación auténtica del proletariado madrileño: albañiles, metalúrgicos, camioneros, taxistas, empleados, gráficos, dependientes. También están un centenar de los mineros asturianos llegados ayer mismo en ayuda de sus compañeros de la capital. Incluso no pocos que han llegado de los pueblos cercanos para participar en la lucha. Junto a ellos, encuadrándolos y en cierto modo dirigiéndoles en la pelea, unos centenares de guardias de asalto, muchos de ellos embutidos en monos proletarios.

—¡Cuidado, muchacho! ¡Ahí te van a freír a balazos...!

Aconsejan a voces y procuran frenar la excesiva audacia de muchos que se exponen más de la cuenta. No siempre consiguen que les hagan caso. La multitud tiene prisa por

entrar en el cuartel, por apoderarse de las armas que guarda, por resolver el problema planteado en el centro de la ciudad antes de que puedan acudir en socorro de los sublevados las guarniciones de los cantones, también alzadas en armas.

Aunque mucho menos numerosos, también hay algunos guardias civiles entre los sitiadores del cuartel. ¿Quiere decir esto que los tres o cuatro mil guardias civiles destacados en Madrid han hecho causa común con el pueblo? Sería, desde luego, una ayuda decisiva para los trabajadores y un golpe mortal para sus enemigos. Pero la ilusión, acariciada un momento al ver algunos tricornos entre los sitiadores del cuartel, no tarda en desvanecerse. Tomás Lallave, que ha estado en Gobernación esta misma mañana y hablado con antiguos compañeros de armas, explica de mala gana, sin levantar demasiado la voz, por si sus noticias pueden deprimir el ánimo de quienes luchan por aplastar la rebelión:

—La Guardia Civil de Madrid continúa sin decidirse. ¿Qué sería ideal qué luchara contra los sublevados como ayer en Barcelona? Seguro. Pero no es así, por desgracia, y es de temer que en cualquier momento nos juegue una mala pasada.

No es poco lo que el general Pozas —hasta ayer inspector general de la Guardia Civil y hoy ministro de la Gobernación — ha conseguido con habilidad y energía: impedir que los civiles salgan a la calle para disparar contra el pueblo. Hasta ahora, la Guardia Civil mantiene una actitud de aparente neutralidad y difícil equilibrio, encerrada en sus cuarteles de Guzmán el Bueno, Bellas Vistas y Batalla del Salado. No disparan contra los paisanos y las fuerzas de asalto que vigilan los alrededores; pero no cabe duda de que lo harán, tirando a matar, si alguien intenta penetrar en sus reductos.

—Entonces, ¿esos guardias? —pregunto, señalando con un gesto a los que aparecen a nuestra vista.

Se trata de una habilidad de Pozas, de una maniobra destinada a ejercer una fuerte influencia psicológica tanto entre los sitiadores como sobre los sitiados. Los civiles en torno a la Montaña son muy escasos; con toda seguridad no pasarán de una compañía, si es que llegan. En realidad, el ministro no dispone de otros miembros de la Benemérita que los habitualmente destacados en el ministerio de la Gobernación y en el contiguo edificio de Pontejos.

Solos, aislados, sin disponer más que de sus fusiles y alguna que otra ametralladora no pueden ser factor decisivo en la lucha empeñada, aun concentrándoles a todos en cualquiera de los puntos de refriega. Pero por pocos que sean, su presencia en lugares céntricos de Madrid donde todo el mundo puede verles y esencialmente aquí, en las proximidades de la Montaña, anima a unos tanto como desanima a otros. Aunque a los soldados sublevados por sus jefes se les haya dicho que la Guardia Civil está sublevada también, la vista de algunos tricornios entre los sitiadores bastará para convencerles de que sus jefes les engañan. Incluso los propios jefes sentirán vacilar sus convicciones y derrumbarse la confianza que pudieron sentir. En cambio, para el pueblo constituirá una inyección de optimismo creer ver y saber que los treinta mil guardias civiles de toda España están a su lado como un solo hombre, cumpliendo con la fidelidad acostumbrada —una fidelidad que a los trabajadores ha costado no pocos disgustos— las órdenes del poder constituido que acata siempre y cumple con disciplinada puntualidad.

—¡Quietos, quietos...! ¡Qué nadie dispare...!

La orden, que parece surgir de un grupo numeroso de militares y guardias de asalto que se encuentran en el arranque de la calle de Ferraz, sorprende y desconcierta a todos. Cuesta trabajo que la gente obedezca, aunque la repiten a voces centenares de personas, exigiendo a quienes

manejan fusiles y pistolas que hagan un alto. Los guardias dan el ejemplo y reiteran la orden a quienes les rodean. Aunque nadie sabe a qué se debe y muchos expresan a voces su desconcierto, poco a poco disminuye el fuego hasta que cesa por completo.

—¿Se ha rendido el cuartel?

Me acerco a la barricada levantada en la calle Ferraz. Quiero hablar con alguien que me explique lo que sucede. Veo a muchos militares conocidos. Unos están allí al mando de los guardias; otros, que no tienen mando o están retirados, han ido allí para luchar junto al pueblo. Distingo en un grupito a Burillo con sus grandes bigotes, al comandante Navarro, a Miguel Palacios. De pie sobre la barricada, dando desdeñoso la espalda al peligro que pueda representar que disparen sobre él desde el cuartel, el teniente Moreno explica a voces:

—Vamos a pedirles que se rindan, que se convenzan de que están solos y nada tienen que hacer contra el Gobierno y el pueblo...

Mirando hacia el cuartel puedo ver un grupo formado por tres individuos que avanzan despacio por el centro de la calle. Uno de ellos lleva un pañuelo blanco atado a un palo que agita por encima de su cabeza. Seguidos con ojos anhelantes por la multitud, ascienden despacio por las rampas del cuartel, llegan hasta una de las puertas y se detienen. A los pocos segundos, aparecen un sargento y algunos soldados que hacen pasar a uno de los integrantes del grupo, mientras los otros quedan esperándole a la entrada del cuartel.

—Es un compañero de Delicias. Hacía falta un voluntario y fue el primero en ofrecerse.

Quien me informa es Barreiro, secretario del Ateneo de Barrios Bajos. Empuña un fusil y parece ansioso por seguir disparándolo. A su lado, con fusiles unos pocos, con pistolas

o escopetas de caza otros, sin armas la mayoría, están numerosos militantes de la barriada. Incluso algunas mujeres que no son las menos ansiosas de que la lucha se reanude cuanto antes.

—No hacemos más que perder el tiempo —gruñe Barreiro malhumorado—. Los tipos ésos no querrán entregarse.

—¡Peor para ellos, porque los barreremos...!

El ruido de un avión nos fuerza a levantar la cabeza. Son dos por lo menos los aparatos que surcan el cielo madrileño en esta mañana tormentosa. Vuelan bajo, muy bajo, rozando casi los tejados. Parece que han pasado varias veces sobre la Montaña dejando caer, octavillas y manifiestos desdeñando el riesgo de ser alcanzados por algún balazo. En esta ocasión, los aviones no vuelan sobre la vertical del cuartel, sino sobre la Plaza de España y se alejan por encima de la Gran Vía. Uno de los pilotos inclina medio cuerpo fuera de la cabina y saluda con el puño cerrado. La multitud le contesta con gritos y aclamaciones.

—Lo que hace falta —afirma Villanueva, un militante de la Construcción que ayer estaba en la Modelo y que dentro de unos meses morirá peleando como comisario en Teruel—, es que se dejen de tirar papeles y arrojen bombas.

—Las tirarán, no te preocupes, si tardan media hora en entregarse.

—Aunque acaso con la artillería haya suficiente. Fíjate ahí...

Me fijo. Aunque hasta ahora no ha sonado un solo cañonazo, puedo ver tres cañones. Uno, del 15, acaban de emplazarlo en los jardines de Ferraz, a setenta u ochenta metros del cuartel. Quienes lo han llevado hasta allí se han jugado la vida para hacerlo porque el lugar está batido por los fuegos de la Montaña. En torno al cañón hay un teniente y algunos militares con la gorra puesta, pero en mangas de camisa. También un grupo numeroso de paisanos, armados

con fusiles y pistolas, parapetados tras una columna metálica que sostiene unos cables de alta tensión, los árboles del jardín, el quicio de la iglesia y el convento de los carmelitas o tirados en el suelo al amparo de los bancos.

Otros dos cañones del 7,5 aparecen colocados un poco más lejos, en lo alto de la calle de Bailén, delante de los jardines de Caballerizas. Junto a los cañones, colocados en posición de disparo, están los camiones que los arrastran. Aun siendo de reducido calibre, sus efectos pueden ser enormes tirando a escasa distancia. Y más que los daños materiales, los estragos que produzcan en el ánimo de los sitiados.

—¡Ahí vienen, ahí vienen...!

El que entró en el cuartel vuelve a salir, se reúne con sus dos acompañantes y, siempre tremolando el pañuelo blanco vuelven, con mayor prisa que al alejarse hacia la esquina de la calle Ferraz y la Plaza de España.

—Lo que yo suponía —murmura Barreiro, al ver los gestos de los parlamentarios—. No han conseguido nada.

—¡Preparados todos! ¡Ahora va a empezar en serio...!

Los parlamentarios llegan a la barricada. Sus palabras, dando cuenta de la negativa a rendirse de los sitiados, no sorprenden a nadie. Una mayoría había previsto la inutilidad de la gestión antes de emprenderla; el resto lo comprendió tan pronto como Carmona —el compañero que presentó el ultimátum de los sitiadores— salió del cuartel y las puertas se cerraron a piedra y lodo a su espalda.

—Tenemos que ser los primeros en entrar —dice Mora que, junto a la barricada, da instrucciones a medio centenar de militantes de la Construcción—. ¡Y no lo olvidéis: lo que nos importa por encima de todo son las armas!

Oigo repetir lo mismo cien veces durante la hora siguiente. Es la consigna dada por la CNT. Procede a un mismo tiempo del Comité Nacional, del Comité de Defensa,

de la FAI y de todos los centros de las barriadas. En el reparto de armas de la víspera, la organización ha sido dada un poco de lado por los que hicieron el reparto y sólo tiene las que pudieron conseguir sus muchos millares de afiliados en el asalto a las armerías o al apoderarse de algún camión que las transportaban. Tiene probablemente más hombres que nadie en la calle y con el ánimo preciso para luchar como sea y contra quien sea. Aquí mismo están en mayoría entre los paisanos, como demuestran sus gritos y los pañuelos rojinegros. Pero muchos tienen que esperar impacientes con las manos vacías.

—¡Todas las armas a la organización, compañeros...!

Es posible que para los demás partidos u organizaciones haya armas en abundancia si el Gobierno —que ahora no existe prácticamente—, consigue imponer su autoridad sobre los sublevados. Para la CNT, no. Si quiere armarse tendrá que hacer lo mismo que ayer y que siempre: buscar las armas donde se encuentren y apoderarse de ellas. Nada se le dará de regalo y lo sabe. Tendrá que conseguirlo todo — como lo ha conseguido siempre—, a costa de esfuerzos, de sacrificios y de sangre.

—¡Atención todos! ¡Empezamos de nuevo...!

Unos disparos sueltos, que nadie se molesta en averiguar de qué parte proceden, desencadenan de nuevo la lucha con cien veces mayor violencia. No es sólo que durante la media hora de pausa hayan llegado a la Plaza de España, a Rosales y a las calles inmediatas unos centenares más de hombres, algunos armados; es, fundamentalmente, que ahora se dispara con mayor rapidez, con mayores ansias de terminar, con el convencimiento en todos de que se trata de la pelea decisiva que debe llegar a su final mucho antes de que concluya esta dramática mañana.

Tiran desde el cuartel y replican desde la calle o viceversa. Disparan los sitiados desde balcones y ventanas, parapetados

tras los fuertes muros de la Montaña, manejando ametralladoras emplazadas en puntos bien elegidos para barrer las calles, alzando una barrera de plomo y muerte al paso de los sitiadores. Contestan los guardias y los paisanos, manejando las ametralladoras instaladas en las terrazas de los edificios cercanos, corriendo de árbol en árbol para acercarse más y más al cuartel, arrastrándose por el suelo para ofrecer menos blanco a las balas, asomando más de medio cuerpo en las esquinas o por encima de las barricadas para apuntar rápidos antes de apretar el gatillo.

—¡Ahora viene lo bueno...!

El ronroneo de un avión se sobrepone a los ruidos del combate. Todos levantamos la cabeza. Un viejo Breguet vuela a baja altura por encima de los edificios. Todos dan por descontado que va a tirar alguna bomba sobre el cuartel. Los sitiados lo temen, y un momento dejan de disparar contra los sitiadores para volver hacia el avión las armas que empuñan. Pero sea porque los disparos le impiden acercarse o porque el objetivo del piloto no sea en este momento el bombardeo de la Montaña, el aparato no vuela por encima del cuartel; lo deja a un lado y da media vuelta para perderse de vista volando sobre la Moncloa primero y la Casa de Campo después.

La desilusión de la gente no tiene tiempo para manifestarse. De un lado porque las ametralladoras de la Montaña tornan a tirar, y guardias y paisanos contestan con redoblada violencia. De otro, y fundamental, porque la artillería, silenciosa hasta este momento, entra en acción. Son primero las dos piezas del siete y medio. El estrépito del primer cañonazo provoca una tempestad de gritos y aclamaciones.

Todos esperan que la granada lanzada estalle en la fachada de la Montaña abriendo un amplio boquete por donde puedan penetrar los asaltantes. Pero el proyectil pasa

muy por encima del cuartel y va a perderse nadie sabe dónde. Lo mismo ocurre con el segundo cañonazo. Un profundo rumor de decepción se eleva de las filas sitiadoras. Algunos expresan su recelo y desconfianza a gritos.

—¡Tiran alto adrede...!

El teniente Moreno y varios de los oficiales que le rodean cortan a voces los recelos populares. Los dos primeros cañonazos han sido, aparte de un homenaje a Faraudo y Castillo, muertos recientemente, otros tantos avisos para los sitiados. Tendrán que rendirse si no quieren ser destruidos.

—Ahora ya saben que nuestros cañones disparan —grita Moreno—. ¡Qué no es posible fallar un blanco como la Montaña tirando a cero y desde ochenta metros!

Algunos no acaban de convencerse. A aumentar su inquietud viene entonces el eco lejano de unas explosiones. ¿Se está luchando a cañonazos en Campamento o algún otro de los cantones? Es probable, y la probabilidad nada tiene de agradable. Teodoro Mora, que ha estado hace unas horas con los hombres del puente de Segovia y las milicias que Mangada ha concentrado en la Casa de Campo, afirma que ni unos ni otras tenían cañones.

—Pero sí los tienen en Campamento. Si alguien los maneja, tienen que ser los sublevados.

Yo pienso en el cañón que al amanecer subían por Atocha remolcado por un tranvía y que no está en los alrededores de la Montaña. ¿No han podido llevarle hacia la carretera de Extremadura? Nadie de quienes me rodean puede contestar la pregunta. Ni siquiera les interesa hacerlo, concentrada por entero su atención en lo que tienen más próximo. Muchos ojos se clavan entre esperanzados y recelosos en el teniente que, secundado por algunos soldados y guardias, cambia de emplazamiento las piezas del siete y medio. Un metalúrgico de Barrios Bajos viene corriendo a juntarse con Barreiro en la barricada, pregonando a voces su optimismo. Conoce al

militar que maneja los cañones y tiene plena seguridad en su republicanismo.

—¡Ahora los va a cascar de buten...!

Pero antes que los cañones pequeños tornen a disparar, lo hace por vez primera el del quince colocado ante la iglesia de los Carmelitas en el arranque de la calle de Ferraz. La fuerte detonación se sobrepone a todos los ruidos y parece hacer temblar ligeramente los edificios cercanos. Antes de que se extinga su eco viene a unírsele otra mayor: la explosión de la granada. Da de lleno en la fachada del cuartel, que un momento desaparece de nuestra vista oculta por el humo y la polvareda.

Cuando se disipa la humareda, todos pueden comprobar que uno de los balcones ha sido arrancado, y una amplia brecha, que probablemente atraviesa los fuertes muros, se abre en la imponente fachada. Hay quien asegura que en ese balcón estaba emplazada momentos antes una ametralladora. Es fácil imaginarse lo que, de ser cierto, habrá sido de la máquina y sus servidores.

Un clamoreo ensordecedor acoge la puntería de quienes manejan el cañón del quince. Son muchos los que, inconscientes del peligro que corren, abandonan resguardos y barricadas para correr jubilosos hacia el punto en que está emplazada la pieza. Pero la lucha continúa, y desde el cuartel disparan contestando a los sitiadores, y algunos de los que abandonan esquinas y parapetos caen mucho antes de llegar donde se proponen.

Tardan bastante en volver a cargar el cañón del quince. De un lado porque, aparte del teniente que manda la pieza, faltan artilleros auténticos, suplidos por espontáneos con mejor voluntad que acierto; de otro, porque el fuego graneado que hacen desde el cuartel dificulta la maniobra. Antes de que esté en condiciones de hacerse oír de nuevo, los hacen dos cañoncitos del siete y medio colocados en sus

nuevos emplazamientos.

Dan ahora donde la multitud espera. Las granadas estallan en la fachada y en la parte alta del cuartel, destrozando parte del tejado, haciendo retirarse precipitadamente a varios grupos que manejan ametralladoras emplazadas en balcones y ventanas. Con todo, los efectos de estos cañonazos son mucho menores que los de la pieza que tira desde los jardincillos de Ferraz. Como compensación disparan mucho más rápidos. Tanto, que llegan a dar la clara impresión de que el teniente que los manda dispone de una batería completa.

En cualquier caso, cada cañonazo aumenta el júbilo y la confianza de los sitiadores, tanto como debe deprimir la moral de los sitiados. A completar el efecto moral y material de la artillería viene ahora la aviación. En esta ocasión son dos los aparatos los que se aproximan procedentes de Cuatro Caminos o Getafe. Vuelan bajo, aunque quizá un poco más alto que los aviones que pasaron anteriormente sobre la plaza de España. Estos de ahora lo hacen directamente sobre la Montaña. Pican cuando están a poca distancia y pasar casi rozando los tejados; dejan caer algo y se elevan rápidos, casi verticales, huyendo de los efectos de la explosión de las bombas que acaban de lanzar.

El violento estallido hace temblar la tierra. Mientras los aviones se alejan, perseguidos por los balazos de los sitiados, que no han conseguido alcanzarles, por encima del cuartel se eleva una nubécula de humo. En las calles cercanas la intervención efectiva y demoledora de la aviación es acogida con clamores de entusiasmo.

—Todos a la carrera cuando suene el cañonazo.

Son los compañeros del Ateneo del Sur que, armados de pistolas y escopetas, se ponen de acuerdo para aproximarse al cuartel lo más posible. Lo hacen, en efecto, cuando de nuevo deja oír su voz la pieza del quince y aprovechando el

momentáneo silencio que la explosión impone a los defensores y la protección que les ofrece la nube de humo y polvo levantada. Corren a toda velocidad por los jardines, sorteando las balas, resguardándose en los troncos de los árboles, hasta casi ganar el acceso de las rampas, donde se tiran al suelo para seguir disparando.

Entre los que corren, desdeñando las avispas de plomo que zumban junto a sus oídos, reconozco a varios militantes sindicales. Varios ocupan cargos destacados en la organización confederal, pertenecen a los comités regionales e incluso al comité nacional. Están aquí, naturalmente, no porque nadie les obliga o se lo mande, sino porque su conciencia les señala que deben ocupar los puestos de peligro y jugarse la vida sin la menor vacilación.

Igual sucede con socialistas y comunistas. Los primeros, mucho más numerosos, desmienten con el ejemplo de sus dirigentes las acusaciones reaccionarias que pretenden que los jefes se esconden mientras dan la cara los obreros engañados. Aquí, en torno a la Montaña, luchando en primera línea, están muchos que las fuerzas reaccionarias considerarían como jefes. Pistola en mano, dispuesto a saltar el parapeto y correr hacia el cuartel, está Ricardo Zabalza, secretario de la Federación de Trabajadores de la Tierra. Y Carlos Rubiera, que lo es de los empleados y dependientes de la UGT. Incluso artistas famosos como el pintor Quintanilla. O el escultor Barral. (Barral que, cuatro meses después, morirá cerca de aquí, cerca del lugar en que todavía se alza su monumento a Pablo Iglesias, luchando en el parque del Oeste durante los días azarosos de noviembre).

— ¡Una bandera blanca...!

— ¡Ya se rinden...!

— ¡Vamos por ellos de una vez...!

— ¡A la carrera, compañeros...! Si nos retrasamos, las armas...

La bandera, un simple trapo blanco, continúa tremolando en un balcón del segundo piso del cuartel, en el ángulo mismo que forma entre la calle de Ferraz y el comienzo de Rosales. Nadie duda de que se trata de la rendición de sus defensores, perfectamente justificada, en opinión de muchos, por el efecto de los cañonazos y las bombas de aviación. Confirmando esta impresión, cesan de pronto los disparos. ¿Quién deja de tirar primero? Nadie se lo pregunta en este momento. Lo único efectivo es que fusiles y ametralladoras suspenden de repente su dramático dialogar.

—¡Adelante...! ¡Viva la República...!

Un guardia de asalto grita arengando a las masas mientras echa a correr hacia el cuartel, agitando en el aire el fusil que empuña. Cientos de personas le imitan. En medio de un alboroto ensordecedor de gritos y vivas, la multitud abandona barricadas y parapetos para aproximarse a la Montaña.

Aunque la mayoría son hombres, mezclados con ellos van bastantes mujeres e incluso algunos chicos a los que no ha habido manera de alejar de los lugares de pelea. Unos y otros, todos, creen que la lucha ha concluido y se adelantan confiados, seguros de no correr el menor peligro. Son pocos los que quedan en los improvisados parapetos y los que continúan en sus puestos de los balcones y las terrazas de los edificios próximos. Pero incluso éstos abandonan un momento sus armas para erguirse detrás de los colchones o sacos terreros para contemplar a la gente que se dirige a las puertas de la Montaña.

De pronto se produce lo inesperado. He sobrepasado el final de Ventura Rodríguez y llego a la desembocadura de Luisa Fernanda cuando suenan las primeras descargas. El guardia que avanzaba delante de todos tremolando el fusil sobre la cabeza, se hunde verticalmente con un negro agujero en mitad de la frente. Otros caen a su lado de entre

quienes avanzan en las primeras filas.

El asombro paraliza un instante a la multitud, vocinglera y alborozada media minuto antes. Se hace un profundo silencio mientras la gente, desconcertada, no acaba de comprender lo que sucede. Yo mismo me resisto a creer que el cuadro que contemplo sea efectivo y real. Estoy en el centro de una calle céntrica, en una mañana calurosa de julio y muchedumbre que llena la calzada ha enmudecido, mientras hablan con palabras de muerte las armas de fuego. Caen algunos a mi alrededor, mientras otros, salidos de su estupor, corren hacia la esquina más próxima.

—¡Atrás...! ¡Atrás...! ¡Es una trampa...!

Tras unos momentos de vacilación, la muchedumbre vuelve a la carrera a sus puntos de partida. Lo hace rápida, aguijoneada por las balas que silban como avispas de plomo cerca de sus oídos. Como muchos de los que avanzaban, estoy ahora en la calle de Luisa Fernanda. La gente corre pegada a las paredes, rehuyendo los balazos que barren la calzada. Sólo se detiene al ganar la calle de Mendizábal, que la cruza, y donde se está a cubierto de los disparos.

—¡Ha sido una trampa indigna! —masculla furioso un hombre de mediana edad con un pañuelo rojo anudado al brazo izquierdo, mientras trata de taponar con ambas manos una herida en la pierna.

El tiroteo se ha reanudado con mucha mayor violencia o intensidad. Trabajosamente, con grave riesgo de la vida de quienes participan en la tarea, van siendo retirados algunos de los que cayeron en medio de la calle de Ferraz y en los jardines próximos.

Los camilleros de la cruz roja y los espontáneos que les ayudan corren hacia una ambulancia cercana con el cuerpo ensangrentado y exánime de una muchacha. Podrá tener veinte o veintidós años y va con la blanca blusa teñida de rojo, los ojos cerrados y un rictus de intenso sufrimiento en

el semblante.

—Es la Peque de Cuatro Caminos —dice uno que la conoce—. Iba con un grupo de su barrio cuando un balazo...

Truenan de nuevo los cañones coreados por los gritos de los sitiadores cada vez que dan en el fácil blanco. Cinco minutos después, la lucha tiene una violencia superior a la de cualquier momento anterior. Si tiran con mayor intensidad los que atacan el cuartel, también contestan sus defensores con más rapidez y acierto, impidiendo la aproximación de sus adversarios. Pese a la enorme ventaja que representan en favor de los presuntos asaltantes el empleo de la artillería y la aviación, la decisión de quienes pelean enfrente mantiene equilibrada la pelea durante minutos interminables.

Hay, no obstante, en estos momento de creciente intensidad en la pelea quien asegura haber visto de nuevo un pañuelo en alguna de las ventanas. Cuando lo dice, no consigue que le crea nadie. No sólo porque cuantos le rodean no llegan a ver el trapo blanco, sino porque el combate por ambas partes alcanza en ese instante su máxima violencia.

—¡Calla de una vez —le interrumpe despectivo uno de sus oyentes— y deja ya de ver visiones...!

—La verdad —agrega otro, mientras se agacha tras el parapeto para cargar el fusil— es que esos tíos de enfrente pelean como hombres.

La forma en que se defienden, al cabo de unas horas de comenzar la lucha, pese a encontrarse totalmente aislados y sin disponer más que de fusiles y ametralladoras frente al superior armamento adversario, no deja lugar a la más remota duda. Los sitiadores podrán discrepar de sus ideas políticas, pero tienen que reconocer y admirar la entereza y decisión con que las defienden. Si una de las grandes tragedias españolas es saber luchar y morir mejor que vivir y entenderse, no cabe duda de que los de dentro y los de fuera hacen honor, en general, a sus características raciales.

Es posible, probable incluso, que los sitiados luchan en condiciones de inferioridad mayores de las que parecen a primera vista. No sólo por estar sitiados, sino por no existir entre ellos la unanimidad que entre quienes les atacan. Afuera, todos —guardias, militares, republicanos, socialistas, libertarios y comunistas—, han olvidado momentáneamente cuanto les separa; dentro no ocurre lo mismo. Si los militares y los voluntarios monárquicos y falangistas luchan con decisión, perfectamente hermanados, no ocurre lo mismo con algunos de los soldados, pertenecientes a los partidos y organizaciones izquierdistas.

—No sé lo que pasa dentro —comenta dubitativo un guardia de asalto que en uno de los avances ha llegado muy cerca de la Montaña—. Juraría que en el interior del cuartel sonaban muchos más disparos que los que hacían contra nosotros...

Para Tomás Lallave, al que vuelvo a encontrar en la calle de Mendizábal, el hecho tiene la fácil explicación de que en la Montaña debe haber en estos momentos más de un millar de soldados, trabajadores en su mayoría.

—Muchos pertenecen a la UGT y a la CNT. Conozco entre ellos a un puñado de buenos compañeros. Si pueden hacer algo por ayudarnos...

Cabe la posibilidad de que lo están haciendo. Es probable incluso que la bandera blanca aparecida hace media hora en los balcones del cuartel no sea, como la gente supone, una trampa para los sitiados, sino que la hayan puesto quienes desean terminar cuanto antes la lucha por simpatizar con los sitiadores.

—Quizá hayan pagado caro el hacerlo —añade—. Pero más caro puede costarnos a nosotros si tardamos unas horas en entrar. Parece que ha salido una columna de Campamento y si llega a juntarse con los hombres de la Montaña...

Aguzando el oído y en algunos momentos de relativa

calma, se oye lejano el estampido de algunos cañonazos. No parece que los guardias ni las milicias concentradas en la Casa de Campo al mando de Mangada dispongan de Artillería. Se impone, pues, la conclusión de que son los sublevados quienes manejan los cañones. ¿Podrán impedirles avanzar los guardias y las milicias, sin disciplina militar ni mandos adecuados?

—En el mejor de los casos, cabe la duda. Es suficiente para esforzarnos terminar aquí cuanto antes.

Rápidamente la orden corre de un extremo a otro de las líneas que cercan la Montaña. Hay que aprovechar los momentos en que la explosión de las granadas artilleras imponen un momentáneo silencio a los defensores para tratar de aproximarse más y más al cuartel y tratar de penetrar, por donde sea y como sea, pero entrar...

—En cuanto entren los primeros...

Transcurre largo rato, no obstante, antes de que se consiga. Despreciando el peligro, grupos cada vez más nutridos corren al estallar las granadas para colocarse al amparo de las mismas rampas que dan acceso al cuartel. Caen no pocos antes de lograrlo, pero al cabo más de doscientos hombres, vestidos de cualquier manera, con las armas más heterogéneas, están agazapados a veinte metros de los muros de la Montaña, aguardando impacientes y tensos el momento del asalto.

Grupos más numerosos aún bajan por Luisa Fernanda, Rey Francisco y Evaristo San Miguel, pegándose a las paredes de las casas, llevando como protección coches y camiones en los que han colocado colchones o sacos terreros. Otros corren de árbol en árbol en Rosales o se acercan por el pronunciado talud que señala el comienzo de los jardines del parque del Oeste. Algunos ascienden disparando desde la parte trasera de las oficinas del Norte en el paseo del Rey.

Es un espectáculo sorprendente e impresionante. Cuesta trabajo admitir su realidad. Uno tiene la impresión de estar viendo una de las muchas películas que sobre la Gran Guerra inundan las pantallas de todos los cines y se resiste a creer que la lucha es de verdad, que las balas son de plomo y que quienes caen aquí y allá lo hacen para no levantarse más. Incluso la presencia de periodistas y fotógrafos que habrán de contar y retratar la batalla entablada, da a esta misma lucha ciertos aires de irrealidad.

Mezclados con los combatientes, agazapados tras los árboles de Ferraz o de Rosales, ocupando puestos de peligro, descubro a varios compañeros de *La Libertad*; también a otros de diversos periódicos. Son los mismos que a diario hacen información en el Parlamento o en los centros políticos; están, asimismo, casi todos los redactores de sucesos. Algunos, jóvenes o viejos, impulsados por sus ideas o sentimientos, participan activamente en la lucha, empuñando las armas que han podido agenciarse o esperando impacientes en primera línea poder hacerse con alguna. Otros, y acaso sean los más sorprendentes, en actitud puramente profesional.

Un par de fotógrafos, ante la iglesia de los Carmelitas, en un lugar batido por los disparos de unos y otros, retratan una y otra vez el cañón del 15 que dispara contra el cuartel, a los guardias que manejan sus fusiles en las esquinas cercanas, a los obreros que, pistola en mano, avanzan agachados para acercarse a la Montaña. Lo hacen con tranquilidad, con calma, escogiendo ángulos y posiciones. Dan la clara sensación de que la lucha no fuera con ellos; que tuvieran la seguridad de que los disparos son de simple fogueo y el plomo que silba en torno suyo, que desgarrar las carnes de obreros y guardias, no pudiera alcanzarles a ellos.

Parecida es la actitud de algunos periodistas. Más que en plena batalla, parecen estar en los pasillos del Congreso o en

la puerta del Palacio Nacional durante la tramitación de una crisis, interrogando a los personajes políticos que salen de evacuar alguna consulta. Con unas cuartillas en la mano, preguntan a quienes le rodean y toman tranquilamente notas y apuntes para la información que escribirán unas horas después.

Martínez Olmedilla es un republicano moderado, redactor del *Heraldo*. Hombre pacífico, pasa ya de los cuarenta años. Está, como tantos otros, no en actitud combativa, sino profesional. Con su aire bohemio y burgués a un tiempo, con su chalina y su pipa, va de un grupo a otro, ignorando las balas que le siluetean, recogiendo nombres y datos.

—¡Al asalto todos...! ¡Viva la República...!

Son las doce de la mañana. Millares de hombres —monos desgarrados, barbas crecidas, ojos de no dormir en tres noches— se lanzan adelante a pecho descubierto. Tabletean las ametralladoras de la Montaña y las ráfagas abren anchos claros en sus filas. Pero si una fila de atacantes caen, los que le siguen saltan sobre ellos y prosiguen su carrera, ansiosos por vengarlos. Un grupo de trabajadores asciende rápido por las escaleras que conducen a la explanada que se abre ante el cuartel y corren a pegarse a las paredes de la Montaña para no ser alcanzados por los que disparan dentro desde ventanas y balcones. Un minero se adelanta resuelto hacia una de las puertas y lanza un cartucho de dinamita con la mecha encendida.

Cae antes de que el cartucho alcance su objetivo y sería difícil saber si se tira al suelo para rehuir los efectos de la explosión o ha sido alcanzado por algún balazo. En cualquier caso, nadie se fija en él, porque casi en el mismo instante de caer hace explosión la dinamita. Vuela por los aires el parapeto formado ante el portalón de entrada, la ametralladora que manejaba un oficial, parte de la puerta y algunos de sus defensores.

—¡Adentro...! ¡Seguidme todos...!

Pistola en mano, Ricardo Zabalza gana en dos saltos la puerta deshecha. Tras él avanza un grupo nutrido de obreros y unos guardias de asalto. Tiran desde el interior del cuartel y un momento se resguardan en el quicio de entrada para contestar al fuego adversario. Luego, uno tras otro, pegados a las paredes, penetran en el amplio portalón con rumbo al patio del cuartel de infantería. Un coche, materialmente acribillado a balazos, llega nadie sabe cómo ni de dónde ante la puerta y penetra difícilmente hasta el mismo patio, donde siguen luchando grupos de oficiales, falangistas y soldados. En el coche va el comité de un Ateneo de barriada; la mitad de sus ocupantes morirán antes de que en la Montaña se extingan los ecos de la empeñada pelea.

A los primeros grupos siguen sin tardanza otros. Unos centenares de milicianos, ferroviarios y guardias, inician paralelamente el asalto, subiendo por el talud que cae sobre la estación del Norte. Saltando las tapias, caen sobre el patio del gimnasio primero, penetran por las ventanas de la planta baja y pronto coinciden en el patio central con los que han entrado por la puerta volada por la dinamita.

Mientras se lucha encarnizadamente en el patio central y las distintas plantas del cuartel de infantería, grupos nutridos emprenden el asalto de los de zapadores y alumbrado. Los cañones han dejado de disparar, pero sigue el nervioso tableteo de las ametralladoras. No obstante, y aunque algunos de los que avanzan se derrumban de pronto con una trágica cabriola, centenares de obreros y guardias ganan la explanada que se abre ante el edificio. Cuando un cartucho de dinamita o una granada de mano surca los aires con dirección a una puerta o una ventana, la gente se tira de bruces al suelo. Un segundo después, cuando la explosión ha limpiado de enemigos y obstáculos el camino que desean seguir, abriendo una brecha por donde llegar al corazón

mismo de la Montaña, se ponen en pie y corren con toda la velocidad que les permiten sus piernas.

A los pocos minutos se pelea no sólo en la parte del cuartel de infantería, sino en la correspondiente a los otros dos. Abandonando decididamente la protección de las barricadas, de las casas o de las esquinas, centenares y centenares de personas, entre las que abundan mujeres y chicos, llenan ahora la calle Ferraz, los jardines, las rampas de acceso o incluso penetran en el cuartel, pese a que se continúa combatiendo encarnizadamente en su interior. A uno de los balcones de la planta primera, medio destrozado por un cañonazo, se asoma un muchacho joven, alto, delgado, con el pelo revuelto y aire de júbilo. Nervioso, empieza a arrojar a sus amigos que esperan en la explanada los fusiles de que ha logrado apoderarse mientras grita a todo pulmón:

—¡Entrad todos...! ¡El cuartel es nuestro!

No es verdad, ni lo será antes de media hora. Todavía quedan por doquier núcleos aislados de resistencia, donde grupos de militares y voluntarios pelean con heroísmo haciendo pagar cara su propia vida. Son unos centenares de hombres que en el momento más crítico y dramático, cuando todo puede considerarse perdido, pelean con bravura indómita demostrativa de su entereza varonil. Pero, franqueadas las puertas de entrada, su número disminuye con el mismo ritmo con que aumentan los guardias y milicianos que les combaten. Se entablan encarnizadas peleas de un extremo a otro de los patios, de un piso a otro, en las escaleras y en las galerías. Poco a poco los defensores van siendo vencidos por la superioridad aplastante de sus adversarios.

Unos guardias de asalto emplazan una ametralladora en la galería principal de uno de los patios. La máquina abre grandes huecos en los grupos que resisten. No por ello, dejan

de luchar los defensores. Aun convencidos de la imposibilidad de alcanzar la victoria, siguen peleando contra todo y contra todos, haciéndose matar antes que, rendirse.

Aquí y allá empiezan a surgir grupos de soldados con los brazos en alto y vitoreando a la República. Casi todos ellos muestran en alto los carnets políticos que les acreditan como afiliados a los partidos republicanos o a los sindicatos obreros. Todos aseguran a gritos que están al lado de los asaltantes y que si dispararon lo hicieron contra su voluntad, cosa que puede ser verdad o no serlo.

Un suboficial, que pregona a voces su filiación socialista y al que conocen personalmente algunos de los asaltantes, acaba de ser sacado del calabozo en unión de varios otros soldados.

—Nos encerraron el sábado por la mañana —explica a quienes le rodean—, y si llegan a triunfar...

Unos soldados confirman tanto el encierro del suboficial como el peligro corrido. Provisto de una pistola y seguido por muchos, el suboficial anuncia a gritos su deseo de encontrar a los jefes de la rebelión. Marcha hacia el cuarto de banderas, donde supone que estarán aún los oficiales de su regimiento con el coronel don Moisés Serra a la cabeza. Están, en efecto, pero muertos.

Aunque resulta herido por uno de los primeros cañonazos, el coronel Serra ha luchado con valor y energía hasta el último instante. Recorriendo constantemente los puntos de mayor peligro ha procurado mantener en alto el espíritu de los defensores. Incluso después de irrumpir en la Montaña los asaltantes ha seguido combatiendo, intentando agrupar a sus hombres para intentar abrirse paso a la desesperada. Con él, en torno a él, un grupo nutrido de jefes y oficiales pelea con decisión inquebrantable. Una mayoría se hace matar en la desigual contienda. Al final, algunos que todavía sobreviven a las heridas sufridas, prefieren levantarse la tapa de los sesos

a entregarse. Tanto en el cuarto de banderas, como en los despachos y oficinas, como en el cuarto de suboficiales, hay muchos militares muertos.

—Pero aquí no están —afirma el suboficial socialista— ni los generales Fanjul y Villegas, ni el coronel Quintana.

Afirma que el coronel mandaba el regimiento de zapadores y que los dos generales dirigían la sublevación de Madrid. ¿Dónde se encuentran ahora? Es probable que se hallen en la parte del inmenso cuartel donde aún prosigue la lucha; que, rodeados de oficiales y voluntarios decididos y resueltos, pretendan incluso abrirse paso a tiros para salir de la Montaña y escabullirse por las calles próximas.

Varios periodistas penetran en el cuartel de Zapadores cuando todavía silban las balas, y hay que agacharse para cruzar el patio a la carrera o esperar, resguardado tras de alguna pilastra o tirado en el suelo, a que cese el tiroteo. Aquí son mucho más numerosos los soldados que se mezclan con los asaltantes y exteriorizan su júbilo al saber que están licenciados por el gobierno y podrán marcharse inmediatamente a sus casas. Abundan también los prisioneros militares y paisanos, custodiados por grupos de guardias que se esfuerzan por defenderles contra las iras de algunos energúmenos que quizá pretenden disimular con su actitud en este momento su excesiva prudencia en el instante del asalto. Pero entre los detenidos no están los dos generales.

—Se los llevaron hace poco hacia el cuartel del Alumbrado —indica alguien—. Se hizo cargo de ellos un comandante de asalto.

—Los van a sacar por la parte de Rosales —ratifica un guardia— antes de que la gente se entere y haga una barbaridad.

Vamos hacia allá dando una vuelta considerable, sin prestar mucha atención a las descargas cerradas que nos

llegan distantes, probablemente del cuartel de Infantería, seguidas de unos disparos sueltos. Pronto encontramos unas camionetas de asalto y unos autocares en que han metido a los prisioneros. Protegiéndoles están fusil en mano una treintena de asalto, rodeados por un grupo de paisanos, cuyo número aumenta por segundos y dan muestras de nerviosismo y excitación.

—¡Dejadnos que terminemos con ellos! —pide a voces un tipo sudoroso y mal encarado.

—Recibirán su castigo —asegura un teniente de asalto que trata de calmar a los paisanos—. Pero antes tenemos que juzgarles porque la República y la Ley...

—¡Pamplinas...! La Justicia popular...

—Cumplimos órdenes del Gobierno...

—Pero el pueblo en armas...

Suben de punto las voces y la disputa amenaza terminar a tiros. En las camionetas hay ya una veintena de detenidos. Están, en general, en mangas de camisa, destocados, con un gesto de cansancio y agotamiento. Varios han resultado heridos y tienen manchas de sangre en las ropas.

Todos los rostros me resultan totalmente desconocidos. Sólo creo reconocer de lejos a uno, al que varios guardias parecen custodiar y proteger con especial atención. Es un hombre de mediana estatura y complexión, rostro inteligente y barbita blanca, que ha resultado ligeramente herido en la lucha. El general Fanjul ha sido diputado en varias legislaturas, subsecretario del Ejército hasta hace cinco meses, con Gil Robles como ministro y formado en numerosas comisiones parlamentarias. Aun en este trance angustioso, difícil, mantiene su entereza y contempla sereno a los paisanos que gritan. Probablemente no se hace muchas ilusiones respecto al porvenir; pero si no pudo vencer porque la suerte le fue adversa, demuestra que sabe perder.

—¿Dónde les llevan? —pregunto a un capitán de asalto,

que da apresuradas instrucciones a los conductores de los vehículos y a los guardias que les protegen.

—A Gobernación. El general Pozas ha dado órdenes terminantes de conducirles allí.

Las camionetas se ponen en marcha en medio de los gritos de una parte de los paisanos. A la gente que acaba de asaltar la Montaña le disgusta que los guardias custodien a sus adversarios.

—¡Todos merecen acabar colgados! —vocifera iracundo un individuo corpulento, en mangas de camisa, con un pañuelo rojo anudado en torno al brazo izquierdo y un fusil en la mano derecha—. ¡Y también a quienes les amparan y defienden!

—Los guardias cumplen con su deber —le hace cara resuelto un muchacho alto, delgado, que ni en plena lucha y a mediodía de un tórrido día de julio, ha prescindido de chaqueta y corbata, pero que ha sido uno de los primeros en penetrar en el cuartel—. La República no puede consentir que nadie se tome la justicia por su mano.

—Pero la revolución...

—La revolución debe ser el imperio de la ley, no la satisfacción de las malas pasiones de cada uno. Lo que sucedió ahí dentro, hace quince minutos, fue una salvajada que no puede volver a repetirse.

Acalorado, cuenta con gesto de profunda indignación cómo unos grupos de energúmenos, prevaliéndose de las circunstancias y dando rienda suelta a sus instintos de fieras sedientas de sangre, han asesinado en uno de los patios a muchos de los sublevados, una vez hechos prisioneros. Sólo la enérgica intervención de unos guardias y de los elementos responsables de distintos partidos pudo poner coto a la barbarie desatada.

—Matar a prisioneros indefensos es una canallada, lo haga quien lo haga.

—¿Querías acaso —replica airado el individuo corpulento— que les diéramos un premio por lo que hicieron?

—No. Quiero que se les castigue si lo merecen, pero después de haber sido juzgados. Lo contrario es una vergüenza y un crimen.

—Ellos lo hacen donde triunfan.

—No lo sé; pero aunque fuese cierto, nosotros no debemos imitarles, porque perderíamos la razón que nos asiste y nos convertiríamos en una horda de salvajes.

En el interior del edificio han cesado por completo los tiros. Muchos de los que asaltaron el cuartel, y especialmente de los que entraron después de tomado, van de un lado para otro, curioseándolo todo, divirtiéndose en ponerse corrajes, gorras de oficiales o cascos de acero de los soldados. Forman grupos abigarrados que entonan himnos revolucionarios y procuran salir en las fotografías que siguen haciendo numerosos reporteros gráficos en una especie de mascarada grotesca y repelente por el lugar y las circunstancias.

—Los hombres de la CNT tienen algo más importante que hacer que tomar todo esto como una verbena —afirma Nobruzán que, acompañado de tres o cuatro individuos, lleva una ametralladora hacia un camión que espera delante del cuartel de zapadores.

Son centenares los elementos confederales que cumplen en esta forma las instrucciones recibidas. Con rapidez se arman lo mejor posible cuantos han participado en la lucha. Buscan por todas partes las armas escondidas o abandonadas y las meten precipitadamente en coches o camiones que aguardan con el motor en marcha y salen con ellas hacia la calle de la Luna o los Ateneos de barriada.

—Hay millares de compañeros desarmados —dice Villanueva— y la lucha no ha terminado, ni siquiera en Madrid, con la toma de la Montaña.

Tiene razón, desde luego, porque aun después de asaltado

el principal cuartel, se pelea encarnizadamente en veinte puntos distintos de Madrid y aún es posible que la lucha adquiriera especial virulencia en otros cien diferentes.

Lo compruebo personalmente minutos después cuando subo hacia la plaza del Callao, donde se está formando a toda prisa un convoy que, con las armas tomadas en la Montaña, acuda en auxilio de los que combaten en las cercanías de Campamento. Por la Gran Vía asciende una manifestación que rodea a un capitán antifascista que se dirige a Gobernación llevando la bandera del Regimiento número 31 como trofeo de victoria. Van muchos que participaron en la lucha de la Montaña, llevando las armas y los cascos que allí consiguieron y otros muchos curiosos. De pronto suenan unos disparos y caen varios, entre ellos una pobre mujer que pasa por la acera y un chico de trece o catorce años.

Tras un momento de estupor, la gente busca a los agresores. Están en los pisos altos de algunas de las casas del último tramo de la Gran Vía, escondidos y parapetados tras los petriles de las terrazas, manejando pistolas y rifles y asomando la cabeza para tirar sobre seguro. La manifestación se disgrega en un abrir y cerrar de ojos, mientras milicianos y guardias emprende la cacería de los «pacos». El tiroteo pierde intensidad cuando los agresores huyen, abandonando sus armas, o son abatidos. Rehecha, la manifestación prosigue su camino, pero el episodio se repite en la calle de Preciados e incluso en la misma Puerta del Sol.

En torno a la sede confederal de la calle de la Luna, millares de compañeros esperan con impaciencia armas con que combatir. Pero, aun habiendo conquistado muchas, no hay para todos. Además, es preciso saber a quién se le dan y tener un mínimo de seguridad en que sabrá manejarlas y tenga la decisión precisa para acudir sin demora a los puntos de peligro que se le indiquen. (En total, como se sabrá

pronto, cuando el Comité de Defensa haga balance del botín conquistado en la Montaña, aparte de proveerse de fusiles cuantos elementos confederales participan en el asalto, la CNT consigue siete ametralladoras, varios morteros, un centenar de pistolas y ochocientos fusiles y municiones en abundancia. Estas armas ayudarán hoy a sofocar muchos de los focos rebeldes de Madrid y permitirán mañana el asalto de Alcalá de Henares y pasado la toma de Guadalajara y buena parte de Toledo).

—¡Vamos rápidos! Cada minuto que perdamos puede ser fatal...

A cincuenta metros de la sede confederal está medio formada una pequeña columna. La integran dos camiones, protegidos por chapas de hierro, en los que van veinte o treinta hombres armados de fusiles y en los que terminan de colocar, apresuradamente, una de las ametralladoras logradas en la Montaña y seis o siete coches sobre cuya carrocería han extendido como protección contra las balas unos colchones y en los que van cuatro o cinco hombres provistos de pistolas y fusiles. Entro en uno de los coches que se pone en marcha inmediatamente. Como esperaba, la pequeña columna se dirige al puente de Toledo. Pero, una vez allí, en lugar de subir hacia Carabanchel Alto y Campamento, tuerce por la carretera de Toledo.

—¿Pero no vamos a Campamento?

—Sí, pero tenemos que dar un pequeño rodeo. En Getafe la situación es apurada.

Mientras marchamos a todo correr hacia Getafe, Isabelo, que manda la pequeña columna, me da unas rápidas explicaciones. De Getafe acaban de llamar al Comité Nacional pidiendo ayuda inmediata. Parece que las cosas no marchan nada bien. Aunque a primera hora de la mañana los compañeros de Villaverde y Getafe, ayudados por otros llegados de Madrid, con el propio Isabelo a la cabeza,

tomaron por asalto el convento de los Escolapios, donde se había hecho fuerte un grupo de facciosos y los compañeros del cuartel de Artillería impidieron que algunos oficiales monárquicos sacaran los cañones a la calle, la actitud de los militares no es nada clara. Los oficiales que unas horas antes aparentaron someterse al pueblo, se niegan a colaborar con él para dominar otros reductos facciosos. Colocados en una actitud equívoca y confusa, no se sabe si están con la República o con los sublevados.

—Tendrán que decidirse de una vez. Los que no están con el pueblo están al lado de sus enemigos.

En los alrededores del cuartel se hallan apostados los trabajadores de Getafe y los campesinos llegados de los pueblos próximos, armados como pueden. Cercan el cuartel y han levantado improvisadas barricadas en los alrededores. Pero nadie sabe exactamente lo que pasa dentro. Un grupo de soldados, mandados por varios oficiales, no dejan que entre ni salga nadie y mantienen a la gente del pueblo a una distancia prudencial. Isabelo decide rápido. Hace que los integrantes de la pequeña caravana tomen posiciones, haciendo que la ametralladora enfile la puerta de entrada del cuartel. Luego avanza solo, consciente del peligro que corre, pero sin vacilaciones ni temor de ninguna clase. Cuando está entre los oficiales de la guardia y otros que salen apresuradamente, al verle aproximarse, pregunta en un diálogo breve y nervioso:

—¿A qué esperáis para luchar junto al pueblo contra los traidores de Campamento?

—Aguardamos órdenes del ministerio de la Guerra.

—No hay órdenes que valgan, porque el ministerio no existe en este momento. ¡Decidid pronto! ¡O lucháis ahora mismo al lado del pueblo o tomamos por asalto el cuartel, como tomamos hace una hora la Montaña! ¡Elegid rápidos!

Antes que los oficiales deciden los soldados, abriendo de

par en par todas las puertas y confraternizando con los trabajadores que lo cercan. Todos juntos marchamos de prisa, formando una larga caravana de coches y camiones hacia Leganés, para caer por aquel lado sobre los sublevados de Campamento. Cuando llegamos son ya las dos y media de la tarde y la lucha llega a su punto final.

Quienes toman, tras varias horas de lucha áspera y sangrienta, los diversos cuarteles del más cercano de los cantones militares madrileños son los millares de hombres que desde el sábado por la noche están en la Casa de Campo dispuestos a cortar cualquier intento de entrar en la ciudad de los sublevados de Campamento. Son luchadores de todos los partidos y organizaciones del Frente Popular e incluso de quienes no participaron oficialmente en la coalición electoral del 16 de febrero ni presentaron candidatos propios. Están también todos los jóvenes del puente de Segovia y de la carretera de Extremadura. A su frente, mandándoles, el teniente coronel Mangada, un hombre de mediana estatura, delgado, nervioso, que sabe lo que la República se juega, más aún de lo que personalmente se juega él —y sabe que es nada menos que la cabeza—, si la subversión llega a triunfar.

Durante treinta horas republicanos, socialistas, comunistas y libertarios, concentrados bajo las frondas de la antigua posesión real, aprenden a manejar las armas, a abrir zanjas y trincheras, fortifican los edificios donde pueden refugiarse para rechazar cualquier intento de avance de los facciosos. El lunes por la mañana, cuando ya suenan los primeros disparos en torno a la Montaña, reciben orden de avanzar. Todos responden alegres y entusiasmados, suben por la ancha carretera o se despliegan por los campos cercanos. Dejan atrás el término municipal y tienen ya ante sus ojos los cuarteles rebeldes.

Pero el avance es mucho más difícil de lo que piensa la

mayoría. Pasan de dos mil los sublevados; quizá lleguen a tres mil con los oficiales retirados y los monárquicos y falangistas que se les han sumado. Tienen mandos sobrados y disponen de ametralladoras, morteros y cañones. La mayoría de sus adversarios no han entrado nunca en fuego ni tienen la menor idea de la táctica militar. Los militares les dejan acercarse. Luego disparan los fusiles, las ametralladoras e incluso los cañones tirando a cero. Caen muchos destrozados por el plomo y la metralla; el resto, sorprendido y amedrentado, retrocede.

Reaccionan pronto y tornan a avanzar. Ahora, sin permitirles acercarse, entran en juego las ametralladoras, los morteros y los cañones. Tienen que retroceder una vez más, dejándose tendidos en tierra unas docenas de compañeros. El episodio se repite varias veces, con ligeras variantes. Pero ya los milicianos han aprendido a tirarse al suelo en el momento preciso, a avanzar muy separados entre sí, a llegar cada vez un poco más lejos y retroceder algo menos. Al final de la mañana están ya en posiciones, de las que nada ni nadie les hace retirarse.

Desde los dos Carabancheles también se avanza. En el puente de Toledo se han organizado varios centenares de hombres que se lanzan a la lucha tan resueltos como los que ascienden por la carretera de Extremadura. Se reproduce aquí lo ocurrido en otros sitios: el avance impetuoso del principio, el retroceso luego de los primeros y sangrientos escarmientos, incluso el rápido aprendizaje y la inmediata reacción para volver a emprender el ataque. A mediodía o poco después empiezan a recibir considerables refuerzos. En autos y camiones llegan un centenar de guardias y varios centenares de trabajadores armados procedentes del centro de Madrid. Pronto también, algunos camiones medio blindados por los compañeros de la metalurgia, sobre los que se han colocado algunas de las ametralladoras conquistadas

en la Montaña. Aparte de esto, dos aviones empiezan a sobrevolar los cuarteles sublevados. Al principio dejan caer octavillas, anunciando a los soldados que están licenciados y que no tienen que obedecer las órdenes de sus jefes; en sucesivas pasadas arrojan algunas bombas.

Las bombas desmoralizan a los sublevados y animan a los milicianos. Hasta ahora, fiado en la superioridad de sus armas, en la disciplina de los hombres que manda y en la torpeza —heroica, pero torpeza— de los que atacan, los militares alzados en armas, con el general García de la Herranz a la cabeza, acarician esperanzas de triunfar en la dura empresa. Luego, cuando las radios de Madrid y los altavoces que acompañan a los atacantes —junto con el considerable aumento de éstos y del armamento de que disponen—, demuestran que la Montaña ha caído, las ilusiones se desvanecen. Aún se esfuerzan muchos en luchar a la desesperada, sabiendo la suerte que les aguarda caso de ser vencidos. Pero todo resulta ya inútil.

Tras tirarse al suelo para, arrastrándose por tierra, acercarse a un parapeto donde funcionan dos ametralladoras, unos cartuchos de dinamita con las mechas encendidas surcan el aire, y la posición, las máquinas y sus servidores saltan por los aires. Un obrero se pone en pie y corre hacia adelante, pistola en mano, gritando a voz en cuello:

—¡Adelante, compañeros...! ¡UHP!

Centenares de hombres se lanzan tras él. Algunos no llegan donde se proponen y caen, segados por una hoz de plomo, en mitad de la carretera. No importa. Electrizados por el ejemplo de los que marchaban delante, los que le siguen saltan por encima de los muertos, penetran en Campamento, van asaltando uno tras otro los diversos cuarteles. La lucha adquiere ahora redoblada violencia. Disparos a bocajarro, granadas de mano y cartuchos de dinamita, fusiles manejados como mazas, ayes de dolor, alaridos de muerte

estrechamente enlazados con gritos de triunfo. Quince minutos después la lucha ha terminado.

Los soldados arrojan las armas y vitorean a la República; quienes los tienen, exhiben con orgullo sus carnets de organizaciones sindicales o partidos de izquierda. Todos insisten en lo mismo, repitiendo la misma historia que unas horas antes en la Montaña. Ninguno luchó por su gusto, sino muy en contra de su voluntad. Jefes y oficiales tienen que entregarse. Muchos han muerto en la lucha; entre ellos está el general García de la Herranz, que acaudillaba la sublevación en los cantones madrileños.

En Campamento, pocos minutos después de concluida la pelea, encuentro a tres periodistas amigos. Uno, Antonio de Lezama, es subdirector de *La Libertad* y ha dejado atrás el medio siglo de existencia. A pesar de los años y del pelo blanco, ha luchado en vanguardia y fue de los primeros en penetrar en los cuarteles sublevados. Lo mismo puede decirse de los otros dos. Uno, García Pradas, será pronto director de *CNT*; el otro, mi hermano Ángel, morirá dentro de tres meses en el Alberche.

Pero todavía no ha terminado la lucha en Madrid. Aunque uno tras otro han sido tomados la Montaña, Campamento, Getafe, el cuartel de Wad Ras y otros centros de la subversión, continúa la pelea encarnizada en cien puntos distintos de la ciudad, como comprobamos al regresar al centro. La contienda es ahora menos espectacular que por la mañana, pero alcanza mayor extensión y acaso ocasione tantas o más víctimas. Cientos de individuos, que no están dispuestos a darse por vencidos, pelean como pueden y en la forma que pueden. Escondidos tras una esquina, parapetados en alguna terraza, ocultos tras las persianas de cualquier balcón, apuntan y disparan sobre guardias y milicianos. A veces, forman grupos nutridos y bien armados, tienen escogida de antemano una posición fuerte y estaban en ella

esperando cooperar al avance de las tropas salidas de la Montaña o procedentes de los Cantones. Cuando se convencen que la sublevación ha sido vencida en los cuarteles, continúan luchando. Algunos alientan la remota esperanza que la sublevación, vencida en Madrid y triunfante en puntos muy cercanos, puede mandar sobre la capital columnas motorizadas que esta misma tarde, mañana lo más tarde, puedan desfilan triunfalmente por la Puerta del Sol.

Quiéren cooperar a la victoria de los suyos y, solos o formando partidas más o menos nutridas, realizan una labor que siembra el desconcierto en barrios enteros y ensangrienta muchas calles. Sus balazos alcanzan no sólo a los guardias de asalto o a los milicianos, sino a muchas gentes indefensas que ninguna participación tienen en la lucha entablada.

Las breves pero sangrientas peleas callejeras; los ataques por sorpresa, las emboscadas, los focos de resistencia que surgen y desaparecen con desconcertante rapidez en los sitios más inesperados, dan los frutos apetecidos, aunque se paguen con centenares de víctimas. Centenares de guardias y millares de milicianos tienen que consagrarse a la caza de pacos; han de gastar municiones que no les sobran, parte de las pocas fuerzas que les quedan luego de varios días sin dormir y largas horas de combate; siembran la confusión, el desconcierto, la alarma, y no permiten que los hombres triunfantes en Campamento o Carabanchel formen apresuradamente las columnas que salgan a contener a las fuerzas que avanzan sobre Madrid procedentes de Valladolid, Burgos, Salamanca o Guadalajara.

Se suceden los episodios sangrientos durante toda la tarde. La pelea tiene mayor encono que la lucha en torno a los cuarteles. Son centenares los desesperados que, cumpliendo al pie de la letra las instrucciones recibidas, quieren obligar a los milicianos a gastar sus escasas

municiones, animar con sus disparos a que los tres mil guardias civiles de Madrid —que siguen encerrados en sus cuarteles en actitud sospechosa y equívoca— se lancen a la calle para encender de nuevo la lucha en el centro de la ciudad hasta que lleguen las columnas de Mola, que ya están en la sierra; de Cabanellas, que aseguran que ha llegado ya a Guadalajara. En ocasiones los francotiradores —que ocupan un edificio alto, de fácil defensa, con muros de medio metro de espesor—, confían en resistir días enteros. En ningún caso logran aguantar más que unas horas. Los milicianos inician el asalto en cuanto suenan los primeros disparos. A veces, rechazados con graves pérdidas, no encuentran solución más expeditiva que prender fuego al edificio. En cualquier caso, la vida de los «pacos» —salvo aquellos que buscan precipitado refugio en alguna embajada, donde de antemano tienen concedido el derecho de asilo— no tardan en sentir los efectos de la cólera popular.

Madrid ha cambiado por completo de aspecto en esta tarde del lunes. No sólo por las innumerables peleas callejeras, por los disparos que suenan en los puntos más inesperados, por los guardias y milicianos apostados en las esquinas y pidiendo la documentación a cuantos pasan o por los muchos automóviles con un colchón encima para resguardar a sus ocupantes de las balas de los «pacos». También por una profunda modificación en su atmósfera habitual e incluso en el atuendo de las gentes. Repentinamente han desaparecido corbatas y chaquetas. Hay mucha gente en mangas de camisa y más aún vistiendo monos proletarios, que muchos no saben llevar ni se han puesto nunca. Están cerrados la mayoría de los comercios y apenas circulan los tranvías. La gente prefiere el «metro» porque en él se está a cubierto de los tiros que con frecuencia barren las calles.

—Hoy no se paga, compañero. El viaje es gratis.

No se cobra en ningún sitio. Ni siquiera en los bares y los hoteles servidos por grupos reducidos de camareros —la mayoría está peleando en las calles—, a quienes entran a mitigar la sed de un día caluroso. De momento, la moneda ha perdido todo su valor.

El Congreso aparece medio desierto. No es el abandono somnoliento del viernes, cuando en uno de sus pasillos recibimos un grupo de periodistas la primera noticia del comienzo de la sublevación. Hay guardias de asalto vigilando en las inmediaciones e incluso en el interior. Pero, prácticamente, han desaparecido los diputados, tanto de izquierda como de derecha, muchos de los cuales combaten en uno u otro bando, incluso los encabezan, en sus respectivas provincias, y no pocos de los cuales habrán muerto cuando se disipe la tempestad de hierro y fuego que ahora azota a toda España. Hay, en cambio, algunos políticos viejos ya en la reserva y algunos periodistas despistados a caza de noticias que no podrán encontrar aquí, donde circulan los bulos más disparatados.

Abandono el Congreso al no encontrar allí a las personas que busco. Cuando salgo, hay varias ambulancias paradas ante el edificio del Palace. Grupos de sanitarios, protegidos por milicianos y algunos guardias, van sacando las camillas con heridos y metiéndolas en el lujoso hotel, que dentro de unas horas quedará convertido en hospital de sangre.

En las Cuatro Calles he de apresurar el paso y pegarme a las paredes al caminar, porque unos individuos disparan desde algún edificio de la calle de Sevilla y las balas silban en todas las direcciones. En Teléfonos reina toda la animación imaginable, pero también una confusión y desconcierto que es fiel imagen de la que en estos momentos impera en gran parte de España. Aquí hay reunidos más de medio centenar de periodistas y circulan las noticias más sensacionales, muchas de las cuales no tardan en tener rápida confirmación.

Pero cada uno tiene una idea distinta del desarrollo de la contienda y de su posible duración.

—Todavía pueden triunfar los facciosos —gruñe uno, preocupado.

—¡Bah! Fracasados en Madrid y Barcelona, no tienen nada que hacer. Antes de que acabe la semana, todo estará resuelto.

Es la opinión preponderante, acaso porque una mayoría de los periodistas que se encuentran en Teléfonos en estos momentos lo desean así. En general, son todos redactores de periódicos de izquierda, porque los de derechas han preferido quedarse en casa. No sólo por el peligro personal que puedan correr en la calle, sino porque, suspendidos sus periódicos por orden gubernamental o incautadas las respectivas imprentas, no tienen nada que hacer.

No se tienen noticias claras, explícitas y concretas de lo sucedido en las diversas provincias ni de qué lado se inclinan los acontecimientos en las distintas regiones. Es posible, no obstante, trazar un cuadro aproximado de la situación. Se sabe que el alzamiento ha triunfado en todo Marruecos, en Canarias y las Baleares, que los moros y legionarios desembarcados ayer en Algeciras y Cádiz parecen haber asegurado el triunfo más o menos transitorio de Queipo en Sevilla; que en Málaga se combate con encarnizamiento y que los facciosos son dueños de Córdoba y Granada. En cambio, y es fundamental la nueva, una parte de la escuadra se inclina por la República, vencidos los oficiales rebeldes por la actitud resuelta de la marinería.

—¿Y en Castilla?

—Mal, rematadamente mal. Una vez más, los «burgos podridos» están en manos de caciques, curas y facciosos.

Se dice que hay lucha en Valladolid, donde el general Molero ha sido asesinado; también que en Burgos, Batet trató de defender la República con la misma energía que en

Barcelona en octubre del 34, pero con menor acierto y fortuna; que a las puertas de León están los mineros asturianos; que los requetés navarros se han adueñado de Alava y la Rioja y que la sublevación se ha impuesto en Palencia, Salamanca, Cáceres, Ávila y Soria.

De Galicia las noticias son escasas y contradictorias. Debe haber lucha en distintos puntos, pero resulta poco menos que imposible saber con qué resultados. Parece que una columna de mineros ha entrado en La Coruña, donde el gobernador civil se defendía contra los militares facciosos en el edificio del gobierno, apoyado por los guardias de asalto y nutridos grupos de paisanos. También que en el arsenal del Ferrol se peleaba a media mañana de manera encarnizada, sublevados los oficiales contra la República y los marineros contra los oficiales.

—Pero hace ya tres horas que no llega la menor noticia, y eso es el peor de los síntomas.

De Cataluña, en cambio, sobran informes y en general agradables. Conquistada Barcelona tras veinticuatro horas de lucha cruenta, la rebelión ha sido aplastada en Lérida, Gerona y Tarragona. Incluso en Barbastro, ya en tierras aragonesas, parece que el batallón que guarnece la plaza está al lado de la República.

—Pero en Barcelona la lucha ha sido más dura y sangrienta que en Madrid. Esta mañana, al asaltar el cuartel de Atarazanas, hubo muchos muertos. Entre otros, Francisco Ascaso.

(Compañero de luchas y aventuras de Durruti, Ascaso, cien veces detenido, expulsado o fugitivo de muchos países, condenado a muerte en alguna ocasión, es redactor de *Solidaridad Obrera*. Pero no se limita a combatir al fascismo con la pluma. Prefiere hacerlo con las armas en la mano, dando el pecho a las balas. Es uno de los primeros líderes de la CNT que caerán en la lucha; a su nombre se habrán

juntado muchos millares más, antes de que —cerca de tres años más tarde— termine la contienda que ahora comienza).

En Levante parece reinar una confusión completa, sin que nadie acierte a explicar de una manera clara y escueta lo que sucede. Todo lo que se sabe es que hasta ahora la guarnición de Valencia, si continúa encerrada en los cuarteles en actitud más que sospechosa hostil, no ha pretendido apoderarse de la ciudad ni proclamar el estado de guerra.

—¿Y en Castilla la Nueva?

Es la región más cercana, de la que el propio Madrid forma parte. Sin embargo, es de la que menos se sabe. Es un poco la región cenicienta a la que nadie concede mucha importancia. Provincias extensas, pero pobres, poco pobladas y escasamente atractivas, nadie considera que puedan representar papel alguno en la vida nacional. Políticamente, Guadalajara es un feudo caciquil del conde de Romanones; en Cuenca suelen triunfar los elementos derechistas, y Toledo está dominado por las dos moles impresionantes del Alcázar y la catedral; es decir, por la Academia militar y la sede primada de las Españas.

—¿A quién diablos puede preocuparle en estos momentos lo que sucede en Ciudad Real, Cuenca o Guadalajara?

Además, en Cuenca no hay guarnición militar ni tienen importancia alguna las existentes en Ciudad Real y Guadalajara. En cuanto a Toledo:

—Tiene curas hasta en la sopa. Pero los curas solos no han triunfado en ninguna revolución. Sobre todo cuando se ventila a balazo limpio.

En Teléfonos inquieta y preocupa lo que sucede en otros lugares de vital importancia para la lucha entablada. Por desgracia, no se sabe una sola palabra de las Vascongadas y son confusos y contradictorios los rumores sobre la situación en Cartagena, El Ferrol y una parte considerable de la escuadra. Que la marinería de algunos buques se haya

impuesto a los oficiales sublevados, no quiere decir que en el grueso de la flota no triunfe la subversión ni que en este momento no estén trayendo a la Península millares y millares de legionarios y marroquíes.

Una noticia procedente de Marina parece despejar este temor, el más grave para todos. En Marina, donde Indalecio Prieto permanece desde ayer, acompañando, ayudando y asesorando al jefe del Gobierno, Giral, reina un optimismo desbordado en contraste con el agudo pesimismo de dos días antes.

—El *Jaime I* ha llegado al Estrecho para impedir el paso de ningún buque. Si los facciosos tratan de traer más moros, sólo conseguirán proporcionar alimento a los peces del Estrecho.

No parece existir duda posible a este respecto. El *Jaime I* es uno de los dos viejos acorazados de que dispone la flota. El otro, el *España*, está en reparación en El Ferrol y no podrá hacerse a la mar. El Jaime se basta y sobra para dominar el Estrecho, cortando el cordón umbilical que une a los facciosos de Marruecos con sus amigos de la Península. Sin su auxilio, los sublevados en Andalucía no tardarán muchas jornadas en ser aplastados por las fuerzas leales.

—*Alea jacta est* —comenta satisfecho Félix Paredes, compañero de *La Libertad*—. Antes de que concluya la semana se repetirá, centuplicado, lo del diez de agosto.

—Desgraciadamente no será así —afirma Cánovas Cervantes—. Aunque no acabéis de creerlo, estamos en los comienzos de la cuarta guerra civil. Y será cien veces peor que las tres anteriores.

Director de *La Tierra* y antes de *La Tribuna* —dos periódicos ya desaparecidos—, Cánovas Cervantes tiene verdadera obsesión con el agitado siglo XIX español, plenamente convencido de que cuanto sucede ya vencido el primer tercio del XX es continuación clara y consecuencia

inevitable de los problemas que no se resolvieron en España en momento adecuado. Da por descontado que la vieja reacción española no se dará ahora fácilmente por vencida, como no se lo dio en las contiendas civiles de la centuria pasada.

—Sobre todo ahora que la aviación ha suprimido las distancias y puede contar —contará con absoluta seguridad— con la ayuda y el estímulo de Italia y Alemania.

Confía, sin embargo, en que el pueblo triunfará, pero a base de mucho pelear y dejarse millares de cadáveres en el camino de su victoria. Sólo alienta una esperanza: que en la hora de su triunfo el pueblo o sus dirigentes no sean tan ingenuos y generosos como lo fueron en tantas ocasiones.

—Vencidos los carlistas, Maroto y Cabrera siguieron siendo generales del ejército español y a ningún partidario de don Carlos se le hizo la vida imposible ni se le fusiló por sus ideas una vez llegada la paz. De vencer ellos, no habrían procedido en igual forma.

Llega en este momento la noticia inesperada de la muerte de Sanjurjo. Acogida con escepticismo al principio, no tarda en tener plena confirmación. Hace unas horas, al despegar en Estoril la avioneta en que se dirigía a Burgos para ponerse al frente de la sublevación, el aparato se estrelló y el general pereció carbonizado.

La noticia produce distintas reacciones entre los periodistas que se encuentran en Teléfonos. Son muchos los que le han conocido personalmente durante sus campañas africanas, en tiempo de la Dictadura o cuando era director general de la Guardia Civil. Yo, personalmente, no puedo olvidar su intervención en la proclamación de la República, cuando en la tarde del 14 de abril se presenta en casa de Miguel Maura —donde se halla reunido el Comité Revolucionario— y dice a los informadores:

—Vengo a poner la Guardia Civil a las órdenes del

Gobierno Provisional de la República.

Si la República pudo proclamarse en 1931 sin lucha y sin sangre, se debió en parte a Sanjurjo, que desoyó los requerimientos de La Cierva y Cavalcanti para que la Guardia Civil se enfrentara sangrientamente con el pueblo en defensa de Alfonso XIII. Como contrapartida, cabe y debe consignarse que en 1932 se alzó en armas tratando de hundir a la República. Pero fue el único que dio la cara y pechó con las culpas de muchos que le impulsaron a sublevarse, que le prometieron toda clase de apoyos y luego le dejaron abandonado, mientras hacían públicas demostraciones de solidaridad con el régimen que odiaban.

—Lo siento, sinceramente lo siento —comenta Cánovas Cervantes—. Con todos sus defectos, Sanjurjo era un hombre generoso, incapaz de ensañarse con un adversario vencido. Otros no son como él y su desaparición hará que la lucha adquiera caracteres de terrible ferocidad.

Al anochecer se intensifican los tiroteos callejeros. Es posible que los «pacos» aumenten sus actividades al creerse amparados por las sombras; también que los milicianos que vigilan en las esquinas y recorren las calles, cansados de varias noches sin dormir y muchas horas de constante tensión, estén un tanto nerviosos y deseando terminar cuanto antes con sus enemigos.

En algunos puntos se entablan breves y sangrientas peleas. No obstante, por las calles circula mucha gente, que busca refugio en los portales o en las bocas del «metro» al iniciarse cualquier refriega. Apenas se apaga el eco de las descargas, vuelven a circular por las aceras. A veces, obligados por las órdenes o los avisos de los milicianos, por el centro de la calzada.

En la redacción de *La Libertad* reina una moderada euforia a primera hora de la noche. Ha sido una dura jornada de intensa actividad y violentos combates que han

ensangrentado la mitad de la geografía peninsular. Pero contra lo que el sábado temían incluso los más optimistas, la República no ha sido aplastada por la conjura. Supliendo las indecisiones, fallos y cobardías de quienes desoían con gesto de olímpica superioridad todos los avisos acerca de la inminencia del golpe militar, el pueblo se ha batido con heroísmo, consiguiendo evitar la consumación de la catástrofe.

—Triunfantes los trabajadores en Madrid y Barcelona, fracasada la intentona en otros puntos claves y colocada la escuadra al lado de la República, los facciosos están definitivamente perdidos.

Es cierto, que dominan regiones enteras, disponen de tropas coloniales y, conforme demuestran los hechos, prepararon con precisión y meticulosidad el alzamiento, contando con complicidades mucho más extensas de lo que nadie pudo suponer por anticipado. Pero si ni contando con el factor sorpresa y auxiliados por la ceguera incomprensible y la cerrazón mental de Casares Quiroga, Moles y Alonso Mallol, lograron derrocar al régimen, no existe ya el menor peligro de que puedan conseguirlo en los días próximos en que los conjurados habrán de entregarse.

—¡Hum! —gruño dubitativo—. Las guerras carlistas duraron varios años, pese a estar limitadas a zonas más reducidas y no contar con tantos elementos.

—¡Bah! Las cosas han cambiado mucho en pocos años. Cabrera, Gómez o Zumalacárregui podían hacer algo con sus ataques por sorpresa y su movilidad en el siglo pasado. Ahora, con la rapidez de las comunicaciones y la aviación, no tendrían nada que hacer.

Discutimos un rato sin ponernos de acuerdo. Esa aviación que hace totalmente imposible repetir en pleno siglo xx la lucha de guerrillas en que fueron maestros los curas Merino y Santa Cruz, los generales Gómez y Cabrera e incluso

Zumalacárregui, es precisamente lo que para mí representa el máximo peligro. Hace menos de tres meses, al inaugurar la Lufthansa, la línea aérea Madrid-Berlín, estuve en Alemania formando parte de un grupo de periodistas madrileños. En Berlín, en el propio ministerio del Aire germano, oyendo las explicaciones de algunos aviadores que nos hablan orgullosos de la fácil y rápida transformación de los aparatos Junker 52 —similar al que nos ha traído desde Madrid—, en temibles aviones de bombardeo y sus repetidas afirmaciones de que las fuerzas del aire alemanas son muy superiores a las de Inglaterra y Francia unidas —lo que asegurará el triunfo de Hitler en la segunda guerra europea que no tardará en comenzar—, comprendí la gravedad del peligro que amenazaba a las democracias occidentales en su lucha contra los regímenes fascistas.

—Que es la misma —afirmo— que nos amenaza ahora a nosotros de prolongarse unos meses el alzamiento, con el terrible inconveniente de que nuestros aviones son pocos y anticuados.

Nadie me hace mucho caso, porque todos están convencidos de que la lucha entablada se resolverá en un plazo de días y de que de ninguna manera puede degenerar en una guerra civil. En cuanto a la posible intervención de aviones germanos o italianos en favor de los facciosos, cuantos se hallan en la redacción la rechazan de plano.

—Francia no lo consentiría de ninguna manera —sostiene Haro—. Después del triunfo del Frente Popular, con Blum y los socialistas en el poder, no tolerará ninguna nueva aventura de Hitler o Mussolini.

—Inglaterra —sostiene por su parte Gómez Hidalgo con aire doctoral— no permitirá que Mussolini quiera repetir en el oeste del Mediterráneo lo que hizo en Abisinia.

Fernández Evangelista, que está en Gobernación, anuncia que una columna, integrada principalmente por guardias de

asalto, se apresta a partir con rumbo a la sierra. Corren rumores de que otra columna mandada por Mola está en el puerto del Guadarrama y los guardias se aprestan a cerrarla el paso. Paralelamente informan desde la Casa del Pueblo que numerosos camiones con hombres armados de cualquier manera se disponen a salir apenas amanezca con igual destino.

Hermosilla y Lezama llegan pasadas las once de la noche. Vienen del ministerio de la Guerra y traen las últimas impresiones de la jornada. Aunque, como es lógico, en el ministerio reina un terrible desbarajuste, han desaparecido la mayoría de los mandos militares y es dudosa la lealtad de muchos que todavía permanecen en sus puestos, la impresión general es que la conspiración, meticulosamente preparada, ha fracasado en sus propósitos.

—Pudo y debió triunfar el sábado o el domingo en toda España. Al no lograrlo ni ayer ni hoy, especialmente al vencer la República, tanto en Madrid como en Barcelona, la intentona está condenada irremisiblemente al fracaso.

Las palabras de Hermosilla reflejan la opinión de Giral, con quien habló a media tarde en el ministerio de Marina, y especialmente del general Riquelme, con quien ha estado hasta hace media hora. Nadie desconoce ni oculta que la situación es muy grave, que España ha quedado prácticamente dividida casi por la mitad en dos zonas hostiles y que la lucha, que en estas primeras jornadas ha costado ya varios miles de muertos, habrá de costar muchos más en los días próximos.

—Los facciosos dominan en buena parte del territorio nacional y disponen de considerables recursos. Sin embargo, un golpe de estado sólo puede triunfar por sorpresa y éste no ha triunfado.

Aunque la intentona tiene mucho mayor volumen y resulta cien veces más dolorosa y trágica que la del 10 de agosto, su

resultado habrá de ser el mismo. Aún dueño de Sevilla, Sanjurjo tuvo que escapar con rumbo a la frontera portuguesa al saber que su pronunciamiento había fracasado en Madrid. Igual tendrán que hacer ahora los generales rebeldes. Es posible que resistan unos cuantos días, conscientes todos de lo que se juegan en el empeño.

—Al final tendrán que admitir su derrota.

El moderado optimismo que esta noche prevalece en los ministerios de Marina y Guerra —donde están reunidos casi todos los ministros y otras muchas personalidades que sin serlo tienen mayor autoridad e influencia sobre las masas combatientes que los propios ministros— se basa en argumentos que Lezama, repitiendo palabras de Prieto, expone en breves frases.

—Hay poca aviación, pero casi toda está al lado de la República. Lo mismo ocurre con la flota, que ya tiene asegurado el dominio del Estrecho, haciendo totalmente imposible la llegada a la Península de las tropas marroquíes sublevadas. Si a esto le sumamos que la sublevación ha sido vencida en las ciudades más importantes y no logró triunfar en las regiones más pobladas e industrializadas, como son Cataluña, Levante y el Norte, la cosa no ofrece dudas. Especialmente, cuando al triunfar en Madrid el Gobierno no sólo asegura una legalidad que nadie puede poner en duda con respecto al exterior, sino la posibilidad de utilizar las grandes reservas del Banco de España para adquirir todas las armas que pueda necesitar.

A plazo largo, la victoria de la República no ofrece la menor sombra. No obstante, existen algunos peligros inmediatos, cuya gravedad sería suicida desconocer. De un lado, son escasas las fuerzas militares organizadas de que dispone el Gobierno, ya que el licenciamiento de los soldados ha dejado momentáneamente vacíos los cuarteles en las ciudades que domina. Casi todos los soldados y muchos

millares de hombres que no lo son, están en armas, movilizados por las organizaciones sindicales y los partidos políticos dispuestos a defender con uñas y dientes la República.

—Pero la mayoría no están organizados, carecen de mandos y no admiten recibir órdenes del ministerio de la Guerra, actuando donde y como les parece.

Por otro lado, Madrid se encuentra en situación mucho más apurada de lo que pudiera hacer pensar el dominio absoluto de las calles por guardias de asalto y milicianos. Encerrados en sus cuarteles continúan más de tres mil guardias civiles, que si todavía no han hecho armas contra el pueblo, lo harán indudablemente si se aproxima alguna columna facciosa de las que ya está en los puertos del cercano Guadarrama.

Para hacer frente a su amenaza, Madrid necesita urgentes refuerzos y no se sabe de dónde le puedan llegar ni por dónde. Alcalá y Guadalajara están en poder de los facciosos, amenazando Madrid por el este; lo mismo sucede con Albacete, que cierra el paso a cualquier posible refuerzo de Murcia y Cartagena; por otro lado, las provincias de Cuenca y Toledo —con fuertes organizaciones caciquiles y derechistas en casi todos los pueblos— pueden alzarse contra la República en cualquier instante, completando el cerco de Madrid al cortar todas las vías férreas y las carreteras nacionales que conducen a la capital.

—Riquelme estuvo toda la tarde hablando por teléfono con la fábrica de armas de Toledo sin poder conseguir que le enviaran los fusiles, ametralladoras y municiones que allí tienen y que tanta falta nos hacen aquí.

En Toledo se ha concentrado toda la Guardia Civil de la provincia sin contar para nada con el ministro de la Gobernación. Aunque ni los elementos reaccionarios ni los militares se han sublevado oficialmente aún, caben pocas

dudas de que estén alzados en armas contra la República. Por si acaso, el general Riquelme trabaja en estos momentos por organizar una pequeña columna de guardias y soldados.

—Si por la mañana sigue sin recibir las armas exigidas a la fábrica de Toledo, saldrá para allá a fin de aclarar definitivamente la situación.

A medianoche llega a la redacción una noticia más alarmante aún que las precedentes. De Gobernación avisan que varias columnas militares procedentes de Valladolid, Burgos y Navarra han rebasado los puertos de los Leones, Somosierra y Navacerrada con propósito de entrar en Madrid antes del amanecer.

—El batallón de guarnición en El Pardo —añaden—, que se adueñó del pueblo esta mañana, salió hacia la sierra a primera hora de la noche para unirse con las fuerzas facciosas que avanzan sobre Madrid.

Aun sin confirmar la noticia, en el ministerio de la Guerra no niegan en redondo que pueda ser cierta. En cualquier caso, admiten que lo es cuanto se refiere al batallón de El Pardo. Por su parte, en la Dirección General de Seguridad, donde reina un completo desbarajuste y una espantosa confusión, las impresiones no pueden ser más inquietantes.

—El peligro en la sierra es gravísimo —dicen—. Hemos mandado para allá los hombres de que disponemos, pero no sabemos si conseguirán nada.

Sentimos una profunda desconfianza de cuanto nos dicen. Como hemos comprobado en el curso de las últimas jornadas, no son la Dirección de Seguridad ni los distintos ministerios quienes mejor enterados están de lo que ocurre en ninguna parte del país. Tampoco quienes en estos momentos disponen de mayores contingentes dispuestos a luchar en contra de la sublevación militar. Tanto la información exacta como los luchadores decididos y eficaces están en las organizaciones sindicales y en los partidos

políticos de izquierda. Algunos redactores del periódico acuden a la Casa del Pueblo y a Izquierda Republicana; yo, como tantas veces en el curso de las agitadas jornadas, a la calle de la Luna.

Tras de unas horas de sangrientas escaramuzas en todos los barrios de la ciudad, en las calles impera ahora la calma, si bien de cuando en cuando se escucha algún disparo suelto. Hombres provistos de fusiles y pistolas montan una guardia cuidadosa en todas las esquinas, obligan a pararse a los escasos automóviles que circulan y piden la documentación —política y sindical, que la otra ha perdido en pocas horas todo su valor— a quienes circulan. La mayoría de los balcones permanecen abiertos, con las persianas levantadas y las luces encendidas. No obstante el bochorno de la noche estival, son pocos los que se asoman a ellos, temerosos de ser alcanzados por alguna bala perdida.

En la calle de la Luna y en las inmediatas, hileras de automóviles y camiones en cuyo interior hay muchos hombres, generalmente armados, descansando como pueden de las fatigas de la jornada. Algunos duermen echados de bruces sobre los volantes, prestos a poner el coche en marcha y salir rápidos hacia cualquier lugar en que se reproduzca la lucha; otros dormitan tumbados en el interior de los coches y los camiones.

En la sede de la CNT madrileña, donde prácticamente llevan reunidos desde hace cuarenta y ocho horas todos los comités de la organización, entran y salen con paso raudo y gesto resuelto hombres con la barba crecida, los ojos irritados por la falta de sueño, la mayoría vestidos con monos de trabajo o en mangas de camisa. Son delegados de las barriadas o de los pueblos próximos que van en busca de armas e instrucciones o traen noticias de lo que en ellos sucede.

Hay mucha gente en el amplio portalón, en la señorial

escalera que conduce al piso principal y en todos los pasillos. Algunos forman grupos y cambian impresiones o discuten con mayor o menor vehemencia. Una mayoría descansa sentada o tendida en el suelo. En algunos sitios para avanzar hay que saltar por encima de quienes descabezan de cualquier forma un breve sueño. Basta advertir el aire cansado de muchos para comprender que todos llevan varios días sin dormir normalmente. Algunos, heridos en el curso de los recientes combates, tienen vendadas las piernas, los brazos, o sujetas con esparadrapos la compresas que tapan los rasponazos más o menos profundos de las balas enemigas. Uno rezonga malhumorado a quien le ha despertado:

—Si no cierro los ojos un par de horas, cuando amanezca no podré tenerme de pie.

En uno de los salones cambian rápidas impresiones los componentes del Comité Nacional, del Regional y de Defensa de la CNT. Las deliberaciones sufren constantes interrupciones por la llegada de compañeros que traen noticias de lo que sucede en algún lugar, o porque cualquiera de los integrantes de los comités requiere la pistola o el fusil y sale corriendo para resolver un conflicto planteado en un barrio o participar en una refriega que ha estallado de pronto.

Al entrar, no sin tener que discutir un momento con quienes montan guardia en la puerta, encuentro a muchos amigos y conocidos. Están David Antona y Antonio Moreno, que forman, junto con otros compañeros, el Comité Nacional, y varios de los cuales estuvieron presos hasta ayer mismo en la Modelo como consecuencia de la huelga de la construcción. También Isabelo Romero, Juan Torres, Cecilio y otros integrantes del Comité Regional. Por Defensa veo a Eduardo Val —alto, delgado, desgarrado, embutido en un mono y con la pistola colgada del hombro, que dentro de unos meses

jugará un papel destacado en la defensa de Madrid—, Salgado y Barcia. Están, asimismo, muchos militantes conocidos —Falomir, Nuño, Íñigo, Mera, Mora, Marín, Ramos, Mancebo, etc— de los diversos sindicatos. Todos ellos han luchado durante la jornada en cien lugares distintos. Algunos han estado durante la tarde en las provincias limítrofes y más de uno en lugares dominados por el fascismo, de donde han tenido que escapar abriéndose paso a balazo limpio.

Hablo rápido y nervioso con un grupo en que están Antona, Isabelo y Val. Les comunico las últimas y graves noticias recibidas en la redacción de *La Libertad*: los puertos de la sierra tomados por los sublevados; las columnas militares que procedentes de Burgos y Valladolid se aproximan en estos momentos a Madrid; el peligro que la ciudad corre... No me dejan seguir. Afortunadamente, nada de esto es cierto. Los militares dominan, desde luego, en toda Castilla la Vieja. Son dueños de las provincias cercanas de Ávila y Segovia, en muchos de cuyos pueblos pelean a la desesperada grupos de compañeros.

—Pero ni han tomado los puertos ni hay una sola columna facciosa al sur de la sierra.

Lo saben de una manera positiva. Más de uno de los presentes ha estado esta tarde en las montañas próximas e incluso en los alrededores de Segovia y Ávila. Por otro lado, hace tan sólo cinco minutos han hablado con los compañeros de Guadarrama, Buitrago y Navacerrada en la subida a los pasos de la cordillera. Tienen en ellos grupos armados guardándolos y están en constante vigilancia. Además...

—A todos ellos han llegado ya, y continúan llegando, centenares de guardias y milicianos para contribuir en caso necesario a su defensa.

Es probable, casi seguro, que los fascistas ataquen por allí mañana, pasado o dentro de dos días. Pero todavía no han llegado las columnas militares enemigas, y para hacer frente

a los pequeños grupos de las vanguardias del adversario se bastan los hombres que allí se encuentran o que ya marchan con destino a la sierra.

—El peligro mayor, el que hemos de atajar rápidamente si no queremos perecer asfixiados, está en otro lado.

Los facciosos no sólo son dueños de Guadalajara —donde al parecer hay varios generales al frente de la sublevación—, sino de Alcalá, que dista únicamente treinta kilómetros de la Puerta del Sol. También, y aunque los gobernantes republicanos parecen resistirse a creerlo, dominan Toledo y Albacete. No hay informes exactos de lo que sucede en los pueblos de Ciudad Real y Cuenca, pero cabe la posibilidad —probabilidad mejor— de que de no acudir rápidamente en su auxilio tarden pocos días —acaso pocas horas— en caer en manos de caciques y reaccionarios.

—Aislado por el norte, el este y el sur, Madrid no puede resistir mucho. ¡O rompemos rápidamente el cerco o estamos perdidos!

—Pero ¿la sierra...?

—Es un obstáculo que dificultará el avance tanto de ellos como de nosotros. Unos centenares de hombres bastan y sobran para contener a un verdadero ejército.

Tienen la seguridad de que ya han salido para Guadarrama y Somosierra los elementos precisos para impedir que los fascistas —que todavía no disponen de grandes elementos en la falda norte de la cordillera— puedan abrirse paso con rumbo a Madrid.

—¿Que podríamos avanzar nosotros? Quizá. Pero ¿de qué nos serviría? Toda Castilla la Nueva y León está en manos del fascismo. Asturias se halla demasiado lejos para poder alcanzarla.

—Antes de iniciar esta larga marcha, necesitamos contar con las armas y los refuerzos que sólo pueden llegarnos de Cataluña, Levante, Murcia y la Andalucía oriental que está en

poder del pueblo. Cortando la ruta de los refuerzos, pertrechos e incluso alimentos que necesitaremos con urgencia, están Alcalá, Toledo, Guadalajara y Albacete, que los facciosos no han debido tener tiempo aún de reforzar y fortalecer.

—Tomadas Alcalá, Guadalajara y Toledo, Madrid tendrá comunicaciones directas y seguras con el sur y Levante. Son tres núcleos aislados. Conquistados, será nuestra toda la Mancha, porque Albacete, muy alejada de los otros dominios facciosos, caerá por sí sola en pocos días.

—Además —interviene Isabelo— impediremos que los cavernícolas de Cuenca acaben con nuestros compañeros y llevaremos a Valencia las armas que el pueblo necesita para asaltar los cuarteles.

—¿Qué pensáis hacer, entonces?

—No tardarás en verlo. Apenas amanezca, emprenderemos la marcha. Vamos sobre Alcalá y Toledo primero, sobre Guadalajara después.

—Antes de cuarenta y ocho horas estaremos en los tres sitios y el cerco de Madrid habrá saltado hecho pedazos.

Es una afirmación que los hechos no tardarán en confirmar. Muchos de los que están en este salón, en las habitaciones contiguas y en la escalera llevan días enteros sin dormir dos horas seguidas. Rendidos por el cansancio escuchan a sus compañeros o hablan con los ojos entornados, recostados contra la pared, hundidos en un sillón o tumbados en el suelo.

Antes del amanecer, una columna parte de la calle de la Luna. La integran un centenar de automóviles y diez o doce camiones sobre los que se han montado algunas ametralladoras. De todas las barriadas acuden caravanas de coches y camiones para sumárseles en las Ventas o el puente de Toledo.

Una mayoría de los que van en camiones o automóviles

duermen por el camino con el fusil apretado entre las piernas. Dentro de un rato, el tableteo de las ametralladoras será su despertar. Unos perecerán hoy mismo; otros arriesgarán su vida a diario durante meses interminables. Al final..., ¿quién puede suponer hoy cuál será el final?
¡La guerra ha comenzado...!

SEGUNDA PARTE

**EL PUERTO DE
ALICANTE**

**(Así terminó la guerra
de España)**

I

MARTES, 28 DE MARZO

Suena estridente el timbre del teléfono. Arrancado bruscamente del sueño, entreatro los ojos y descuelgo el auricular. La voz de mi madre me llega nerviosa y apremiante:

—¿Qué esperas ahí todavía? ¡Estás loco...! ¿No ves que se ha marchado todo el mundo?

Sonríó tristemente al escucharla. Hace días, muchos días, que repite incansable lo mismo. En realidad, apenas dice otra cosa desde su precipitado retorno de Valencia —capital del «Levante feliz» en una hora ya lejana— al Madrid asediado y hambriento. Le obsesiona el afán de que me marche cuanto antes, sabiendo —nadie puede ignorarlo ya a finales de marzo— que la guerra está definitivamente perdida.

Comprendo su actitud, similar a la de millares de madres. La mía perdió un hijo en los comienzos de la lucha y teme perder otro al final. No anda, naturalmente, descaminada en

sus temores. Aunque a veces me gusta soñar despierto, sé perfectamente que lo pasaré mal si permanezco aquí cuando entren los que llevan veintinueve meses a sus puertas. A veces discuto con ella en un vano intento de hacerla comprender que debo continuar en mi puesto hasta el último segundo.

—¡El último segundo ha sonado ya! Antón Martín está lleno de soldados que abandonan los frentes. También he visto dos camiones con banderas monárquicas y la gente...

Miro el reloj mientras mi madre continúa. Son las diez menos cuarto de la mañana. He dormitado unas horas echado de bruces sobre la mesa del despacho y no sé lo que pueda haber ocurrido desde el amanecer en que, tras concluir la confección del periódico —¡del último número de periódico!—, me dejé ganar por el sueño y el cansancio acumulados en varias noches de mucho trabajar y poco dormir.

—¿Acaso no me crees, hijo? —inquieta angustiada la voz de mi madre—. ¡Asómate a la calle y verás que no exagero!

Procuro tranquilizarla con breves palabras, aunque sé por anticipado de su inutilidad. Tengo la plena seguridad de que cuanto acaba de decir responde escrupulosamente a la verdad; que Antón Martín y todas las calles de Madrid ofrecen en este momento el triste espectáculo de un ejército derrotado, cuyos soldados han abandonado por propia iniciativa las trincheras. Me consta que los frentes han desaparecido, que las líneas cercanas a la capital quedaron totalmente desguarnecidas anoche y que el enemigo puede entrar cuando le de la gana sin encontrar la menor resistencia.

Con sólo levantar la cabeza y mirar hacia la Castellana a través del balcón tengo la mejor confirmación si pudiera quedarme alguna duda, que desgraciadamente no me queda. Por Abascal descenden de la Ciudad Universitaria grupos

desperdigados de soldados que, tras soltar los fusiles, emprenden una marcha lenta y apesadumbrada hacia sus pueblos respectivos.

—¡Convéncete, Eduardo! Si continúas ahí media hora más, no podrás salir de Madrid. ¡Aunque te duela mucho, todo ha terminado!

Tiene razón y lo sabemos los dos. Todo ha terminado, en efecto, y lo poco que resta habrá de ser una sucesión ininterrumpida de dolorosas tragedias. En realidad, todo terminó hace treinta y seis horas, en la noche del domingo pasado, cuando el Consejo Nacional de Defensa radió a los cuatro vientos la orden de levantar bandera blanca en todos los puntos que atacase el enemigo. Fue un golpe duro y bajo que muchos no pudimos encajar. No sólo por ver definitivamente muerta una causa por cuya defensa tantos sacrificaron su vida, sino porque en aquel instante — precisamente en aquel instante— yo creía tener las mejores razones para esperar una decisión diametralmente opuesta...

—Sí; ya sabemos que sólo llevas tres horas acostado, pero te necesitamos con urgencia. Dentro de diez minutos irá un coche a buscarte.

Quien me habla forma parte del Consejo Nacional de Defensa, que hace veinte días escasos acabó con las torpes maniobras y las burdas mentiras del Gobierno fantasma de Negrín, refugiado a la sazón en un pueblo de Alicante, lo más lejos posible de los frentes y lo más cerca de un aeródromo con aparatos preparados con los motores en marcha. Aunque tengo mucho sueño —*Castilla Libre*, que dirijo, se cierra de madrugada—, abandono la cama y media hora después me presento donde me aguardan.

—La ofensiva fascista empezó hace una hora sin hacer ningún caso de nuestras proposiciones de paz —dice González Marín apenas me ve—. No nos queda otro remedio que resistir como sea.

Asiento convencido, sin vacilaciones. Nada puede resultar más desastroso que entregarnos sin condiciones a merced del vencedor.

—Nos defenderemos como y donde podamos: en las ciudades, las montañas o las costas —añade Val—. Lucharemos como gatos panza arriba y les haremos pagar muy caras nuestras cabezas.

No me sorprende oírle. No puede sorprenderme cuando llevamos semanas enteras hablando de esta resolución última y desesperada. Menos aún cuando todos, por lo menos en público, opinan exactamente igual que nosotros.

—Los cien mil hombres que como mínimo sacrificarán los fascistas al triunfar —prosigue Marín—, no deben ir al matadero con resignación bovina, sino pelear como hombres y morir matando.

Todos los presentes hacen gestos de asentimiento. No existe la menor discrepancia. En el momentáneo silencio que sigue a las palabras de González Marín, me repito mentalmente los versos de Almafuerte hace pocos días reproducidos en primera página de mi periódico: «No te des por vencido ni aun vencido; no te sientas esclavo ni aun esclavo y que maldiga y muerda vengadora aun rodando en el polvo tu cabeza».

—Lo menos que podemos exigir —interviene Salgado— es tiempo suficiente para evacuar a todos los que se consideren en peligro o no quieran vivir bajo un régimen dictatorial.

—Tenemos la obligación moral y material de cumplir al pie de la letra la consigna del Consejo —sostiene Pradas por su parte—: «O todos nos salvamos o perecemos todos».

—Si es preciso —concluye Marín—, convertiremos las diez provincias que nos quedan en otras tantas y gigantescas numancias.

En la reunión participan los dos representantes del movimiento libertario en el Consejo Nacional de Defensa.

Junto a ellos, un puñado de militantes conocidos de la organización confederal, con puestos destacados en el frente y la retaguardia. Aparte de varios jefes de brigada y división, que dentro de una hora estarán de nuevo en las trincheras de Usera, el Jarama o Guadalajara, asisten José García Pradas, director de CNT, y Manuel Salgado, jefe en estos momentos de los servicios de información militar, igual que lo fue en los días dramáticos y convulsos de noviembre de 1936.

—Todo el Consejo Nacional —informa Val— apoya nuestra decisión inquebrantable de resistir a cualquier precio. La única duda es Besteiro. Los demás, todos los demás...

Sabe perfectamente cómo piensan porque hace una hora habló con ellos. Tanto los militares —Miaja y Casado— como los representantes socialistas, republicanos, ugetistas y sindicalistas —Wenceslao Carrillo, San Andrés, del Río, Antonio Pérez y Sánchez Requena— están resueltos a cumplir la palabra empeñada con el pueblo y los combatientes de lograr una paz honrosa o hacerse matar luchando.

—Hasta en este momento crítico, cuando todo parece perdido a primera vista —vuelve a hablar Pradas—, tenemos lo que nunca tuvimos en el pasado y difícilmente volveremos a tener en un futuro previsible.

Es cierto, desde luego. Ahora, cuando la guerra se aproxima a su final y muchos, perdida por completo la moral combativa, han huido o se niegan a seguir luchando, los obreros —confederales, socialistas, republicanos y comunistas— disponen todavía de medio millón de hombres organizados militarmente, cientos de miles de fusiles y pistolas, un centenar de cañones y otros tantos aviones y tanques. Hace tres, cuatro o cinco años cualquiera de nosotros, con sola una centésima parte de ese material, se hubiera considerado con fuerzas sobradas para hacer triunfar la revolución no sólo en España, sino en medio mundo.

—El enemigo es, indudablemente, más fuerte. Merced a la aviación alemana, las divisiones italianas y la traición de las democracias, y Rusia, que se cruzan de brazos para dejar que nos aplasten, nos supera en tierra, mar y aire. Pero en cualquier caso tenemos mil veces más armas y recursos que el 18 de julio de 1936 cuando con las manos vacías nos lanzamos al asalto de los cuarteles.

Aun descontando que tengamos perdida la guerra regular y clásica en que llevamos empeñados treinta y dos largos meses, podemos proseguir mucho tiempo todavía una contienda irregular y revolucionaria a base de guerrillas, núcleos escogidos de resistencia, atentados, sabotajes y destrucciones en una lucha feroz en la que nadie pida, ofrezca ni espere cuartel.

—Con las armas que tenemos —argumenta Mancebo—, el territorio que dominamos y la fría desesperación de cien mil hombres que saben que su única posibilidad de prolongar unos días su existencia estriba en continuar luchando, pondremos a nuestras cabezas un precio tan elevado que el fascismo nacional e internacional no sea capaz de pagarlo.

Murmullos de aprobación acogen las palabras de Pradas y Mancebo. Todos estamos convencidos de que, por trágica que sea, la decisión numantina de morir para impedir que el triunfo fascista sea un simple paseo, es la única salida honrosa que nos permiten las circunstancias. Aunque no falte alguno que, intoxicado aún por recientes actitudes propagandísticas, acaricie la ilusión de acontecimientos extraños que pueden paliar e incluso evitar nuestra derrota.

—Hace diez días —dice— que Hitler entró en Praga ciscándose en los acuerdos de Munich y riéndose de Chamberlain y Daladier. Aunque las democracias sigan sin atreverse a reaccionar, tendrán que contestar un día a las agresiones nazis y la segunda guerra europea o mundial...

No llega a concluir la frase. Son varios los que le

interrumpen airados para poner las cosas en su sitio. No podemos perder el tiempo discutiendo soluciones mágicas a nuestra situación. Durante más de un año Negrín y los comunistas han estado especulando con una guerra que, según todos los síntomas, no estallará en ningún caso antes de que finalice la lucha en España. Los resultados están a la vista.

—Sería pueril engañarnos a estas alturas con mentiras piadosas. Con guerra europea o sin ella, ni Londres, ni París, ni Moscú, moverán un solo dedo para salvarnos. Estamos solos, absolutamente solos, y no podemos confiar más que en lo que personalmente seamos capaces de hacer. ¿Alguna duda?

Todos mueven la cabeza en gesto negativo. Incluso el compañero que se atrevió a insinuar la posibilidad de que los acontecimientos internacionales vinieran en nuestra ayuda, asiente a las palabras de Val, quien tras una breve pausa, continúa:

—Hay que redactar un manifiesto enérgico, concreto y categórico que, firmado por el Consejo Nacional de Defensa, sea radiado esta misma tarde. En él, dirigiéndose a amigos y enemigos, es preciso exponer con brutal claridad y sin paños calientes la trágica situación planteada por la ofensiva fascista y nuestra decisión inquebrantable de morir matando.

A este manifiesto deben seguir y acompañar otros varios. Unos dirigidos a los combatientes antifascistas cuya vida corre el más grave y cierto de los riesgos de terminar la guerra con una rendición tan incondicional como la que pretende el enemigo. Habrá que hablarles con sinceridad y sin paliativos, diciéndoles la suerte que les aguarda.

—Comisarios, policías, militares profesionales que han luchado al lado del pueblo, periodistas, miembros de los partidos políticos, alcaldes o concejales en los pueblos, etc., serán condenados a muerte y fusilados. Sabemos lo que

sucedió en otras regiones, esencialmente en Extremadura, Málaga y el Norte, y no cabe que nadie abrigue esperanzas suicidas.

Comprendo perfectamente lo que se pretende. Más aún, lo encuentro no sólo lógico, sino obligado. No tenemos por qué traicionar nuestros ideales y a quienes pelean a nuestro lado, haciendo el juego al fascismo dispuesto a exterminarnos. Adormecer el espíritu combativo de las gentes con una mentida seguridad de que nada tienen que temer, sería la más imperdonable de las estupideces.

—Hay que decirles precisamente todo lo contrario: que no tienen nada que perder hagan lo que hagan, porque si los fascistas ocupan la zona leal sin dar tiempo a la evacuación de nadie, todo, absolutamente todo, lo tienen perdido ya.

—Empezando por su propia vida e incluso la de sus familiares.

—Algo semejante debe hacerse con otros manifiestos y proclamas no dirigidas precisamente a nuestros hombres, sino a los que se hallan aún al otro lado de las trincheras. Es preciso hacerles comprender que no podrán engatusarnos con engañosos cantos de sirena ni con promesas inconcretas y aleatorias.

De esta decisión de continuar luchando hasta el fin, de no confiar poco ni mucho en promesas que en los vascos dejaron los más terribles recuerdos, se desprende una conclusión forzosa que no tenemos por qué negar ni siquiera callar. Antes al contrario, debemos divulgarla a los cuatros vientos.

—Si morimos matando y nuestras familias morirán con nosotros, no vamos a sacrificarnos precisamente por salvar la vida de cuantos fascistas o simpatizantes suyos viven aún en la zona republicana. Si se trata de una guerra de exterminio y los nacionales no nos dejan otra salida, no seremos únicamente nosotros los exterminados.

Transmitidas por radio, divulgadas por las agencias de información de medio mundo, arrojados por millares sobre las líneas y poblaciones enemigas por los pocos aviones que nos quedan, estas proclamas harán reflexionar a quienes nos cierran todas las salidas.

—Si todos no podemos salvarnos, pereceremos todos. ¡Y serán ellos los que tengan que elegir entre los dos términos de este dilema!

Existe absoluta unanimidad de parecer entre todos los reunidos. Tomo notas de los acuerdos adoptados y trabajo con febril actividad durante varias horas. Apenas he dormido la noche pasada, pero el sueño ha huido de mis párpados. Me mantiene despierto la seguridad de que, dado lo extremo de las circunstancias que vivimos, lo que estoy escribiendo puede tener para muchos, incluido yo mismo, una importancia vital. Procuero exponer en forma concisa y precisa las indicaciones apuntadas, expresar en el menor número posible de palabras la resolución firme del movimiento libertario de no abandonar las armas sin una seguridad previa, plena y total de que cuantos se crean en peligro puedan abandonar la zona republicana.

Redacto manifiestos largos justificando nuestra posición y breves y encendidas proclamas. De unos apenas si se harán unos centenares de copias; de otros se editarán millares y millares de ejemplares y ya antes de terminar de escribirlos están en marcha las rotativas que han de multiplicar un texto que se quiere hacer llegar a las multitudes. Unos y otros se atienen escrupulosamente a las directrices recibidas y están preparados al caer la tarde para su inmediata distribución.

—El Consejo Nacional de Defensa se reunirá dentro de una hora. Antes de dos, daremos lectura por radio al primer manifiesto. Será la señal para empezar sin pérdida de minuto a distribuir todos los demás.

Ha vuelto el sueño una vez terminada la urgente tarea

que me fuese encomendada por la mañana. Pero no es momento adecuado para tumbarse cuando la ofensiva enemiga iniciada en Extremadura puede verse secundada en cualquier instante por otros ataques a fondo en los diferentes frentes. Positivamente sabemos que hay varios cuerpos de ejército desplegados en los alrededores de Madrid y en el frente del Tajo para asestarnos lo que pretende ser el golpe definitivo. Sólo una actitud resuelta y desesperada del Consejo puede galvanizar los frentes y la retaguardia para impedir un triunfo inmediato y fácil de nuestros adversarios.

—Aunque Besteiro pondrá algunos reparos —indica González Marín, al dirigirse a la reunión—, todos los demás, empezando por Miaja, secundarán sin vacilaciones nuestra posición.

Le creo. Dada la negativa enemiga a tomar en consideración las propuestas de paz y la ofensiva iniciada para exigir una rendición incondicional que a todos puede conducirnos al paredón, no cabe otra salida que la defendida por nosotros y compartida, de mejor o peor gana, por el resto de los sectores antifascistas. Pueden existir discrepancias entre nosotros respecto al régimen futuro de España caso de haber logrado la victoria, pero no cabe duda que a todos —republicanos, socialistas, comunistas o confederales— nos tratará el enemigo de igual manera.

—Y todos, empezando por los propios miembros del Consejo Nacional de Defensa, habrían de sentir no perecer antes de caer en sus manos.

Espero en el Comité Regional de Defensa el resultado de la reunión que se está celebrando en el ministerio de Hacienda. Lo mismo hacen otros muchos. Son enlaces que se aprestan a llevar a los frentes cercanos las proclamas que se están acabando de imprimir en esta tarde dominical; delegados de barriada y sindicatos que aguardan impacientes instrucciones concretas.

La espera se prolonga mucho más de lo previsto. Al final, alguien da por teléfono una noticia que nos resistimos a creer. Es preciso que la radio la difunda a los pocos minutos para que le concedamos el menor crédito. En lugar de una resistencia a ultranza y desesperada, el Consejo Nacional de Defensa ordena que en los frentes donde ataque el enemigo las fuerzas republicanas levanten bandera blanca y se entreguen sin ofrecer la menor resistencia.

La orden inesperada es acogida con gritos de rabia e indignación. Algunos hablan abiertamente de traición y sostienen que hay que hacerse comer la vergonzosa consigna a quienes la han dado. Manuel Salgado, que acaba de llegar, trata inútilmente de serenar los ánimos excitados. Según él, aunque Val y González Marín trataron por todos los medios de hacer prevalecer el criterio confederal en la reunión del Consejo, fueron derrotados por republicanos, socialistas y militares.

—No fue sólo Besteiro quien votó en contra —añade—, sino Miaja, Casado, Carrillo, Miguel Andrés, Del Río y Antonio Pérez.

Todos ellos parecen convencidos y seguros de que podrá evitarse la temida inmolación de millares de luchadores antifascistas. De acuerdo con rotundas afirmaciones tanto de Casado como Besteiro en el curso de los apasionados debates que precedieron a la orden de izar bandera blanca, existe un acuerdo tácito con los mandos enemigos que permitirá la evacuación de cuantos quieren expatriarse.

—Habrá barcos para todos —dice Salgado, repitiendo lo dicho en el Consejo— y la ocupación de la zona republicana se hará por etapas. Los nacionales no llegarán antes de quince días a los puertos de Levante. En Madrid tendremos una semana para que pueda marcharse todo el mundo con entera tranquilidad.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le interrumpo sin poderme

contener—. Tras la orden dada esta noche, mañana no quedará un soldado nuestro en ninguno de los frentes...

Acierto, naturalmente. Como cualquiera podía prever, si en la jornada del domingo, tropezando con algunos núcleos de resistencia, la ofensiva enemiga avanza veinte o treinta kilómetros en Extremadura, el lunes pueden progresar con la velocidad que se les antoje en cualquiera de los frentes de la zona central, totalmente inmovilizados durante los últimos meses de la contienda.

La orden radiada por el Consejo Nacional de Defensa acaba con toda sombra de resistencia. Los soldados no aguardan para abandonar armas y trincheras a que el adversario ataque los puntos que guarnecen. Totalmente desmoralizados, muchos tiran los fusiles sin que sus jefes, tanto o más hundidos que ellos por el final desastroso de la contienda, hagan nada por impedirlo. En Madrid mismo se produce una desbandada al atardecer del lunes. Grupos nutridos de soldados saltan de las trincheras para confraternizar con sus adversarios, mientras otros regresan a Madrid, dejando a su espalda la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria o las orillas del Jarama.

—Los soldados deben volver a las trincheras —dice el Consejo Nacional de Defensa—. La disciplina es más necesaria que nunca. En estas circunstancias, el desmoronamiento de los frentes sería una catástrofe.

Lo es, aunque el enemigo siga sin atacar, al menos en los frentes cercanos a la capital. A la desesperada se intenta restablecer una situación que ha destrozado la orden dada la víspera. Circulan rápidas y enérgicas consignas. Numerosos enlaces salen de Hacienda con órdenes tajantes para los jefes de los distintos sectores. Líderes políticos y sindicales, así como militares de uniforme, corren hacia las calles de la Princesa, Cea Bermúdez, Francos Rodríguez y carreteras de Toledo y Extremadura para atajar la desbandada. Hablan en

mítines improvisados a los soldados para que vuelvan a empuñar las armas y retornen a los puestos que ocupaban hasta hace dos horas.

Se quiere secundar su acción por medio de la radio. Por desgracia, Madrid sufre un prolongado corte en el suministro de electricidad, y las emisoras de radio no funcionan. Cuando se subsana la avería —que nadie sabe si obedece a negligencia o sabotaje—, ante los micrófonos se suceden oradores de todos los partidos y organizaciones, comenzando por los propios integrantes del Consejo Nacional de Defensa. Durante dos horas, hasta bien avanzada la noche, se suceden las órdenes, las arengas y las súplicas. Al final se anuncia oficialmente que se ha conseguido la finalidad perseguida y los frentes de Madrid vuelven a estar guarnecidos.

—¿Qué pasará si el enemigo ataca?

—No atacará, porque le interesa tanto como a nosotros dar tiempo a la evacuación de la capital.

Pese a las seguridades del Consejo Nacional de Defensa, dudo mucho de que tengan tiempo de salir cuantos consideren su vida en peligro. Aun cuando exista —posibilidad que sigo resistiéndome a creer— un acuerdo tácito con el enemigo para que retrase unos días su entrada en Madrid, será inevitable que la llamada Quinta Columna —centuplicada en los últimos días por millares de individuos que estuvieron enchufados durante toda la guerra o permanecieron hasta ahora en una medrosa inactividad y quieren hacer méritos en el postrer instante— se lance a la calle y ocupe la ciudad al no tropezar con ninguna resistencia. También que los soldados que esta noche continúan en las trincheras próximas, las abandonen en masa tan pronto amanezca el día de mañana.

En cualquier caso, yo tengo la obligación —más moral que material— de permanecer aquí hasta el último segundo. No

puede servir de excusa válida que la redacción en pleno de algún periódico haya huido hacia Levante y que en la noche del lunes 27 de marzo hayan dejado de aparecer la mitad de los diarios madrileños de la tarde. *Castilla Libre*, que dirijo, se publicará mañana martes, acaso por última vez. Se lo digo así, con perfecta claridad, a cuantos trabajan conmigo al comenzar la confección del periódico.

—Cabe la posibilidad de que dentro de una hora, de dos o tres los fascistas entren en Madrid y quedemos encerrados en una trampa sin salida posible. Aunque yo me quedaré como mínimo hasta que el número esté en la calle, no puedo obligar a nadie y a partir de este momento cada uno es libre para proceder como mejor le parezca.

La extremada escasez de papel ha reducido *Castilla Libre* a una sola hoja en la segunda quincena de marzo. Aunque también la redacción ha quedado reducida al mínimo, puedo prescindir de la mitad, ya que no es mucho lo que podemos escribir. De los cuatro redactores, tres salen para Valencia antes del amanecer. Yo me quedo en la imprenta hasta que acaba la tirada. Retorno entonces a la redacción y llamo por teléfono al ministerio de Marina, donde, en compañía de Salgado —que dirige en estos momentos los servicios de información militar—, están los representantes del Movimiento Libertario en el Consejo Nacional de Defensa.

—Todo está perfectamente controlado —me dice— y no existe motivo alguno de alarma. Tenemos tres días para la evacuación de Madrid y en estas setenta y dos horas...

Le interrumpo violento. Los frentes quedaron casi desguarnecidos ayer tarde y el enemigo no ha entrado ya en la ciudad porque no ha querido. No trata de contradecirme, pero insiste en que una mayoría de los soldados volvieron anoche mismo a las trincheras; que está en contacto telefónico permanente con todos los puestos de mando en los alrededores de Madrid y que en las líneas existe una absoluta

normalidad.

—El plan de evacuación, al que ha dado su conformidad el enemigo, está planeado por zonas. Las fuerzas nacionales no tienen que entrar en Madrid antes del día treinta de marzo y hasta entonces...

Habla con entera sinceridad y cree lo que dice, pero no logra convencerme. Por encima de los acuerdos tácitos con las fuerzas nacionales —si tales acuerdos son algo más que una fantasía— está la dura realidad de los frentes desmoronados por culpa de la orden radiada por el Consejo en la noche del domingo. En Madrid, la situación es tan desesperada que no podrá sostenerse ni veinticuatro horas.

Discutimos unos minutos y al final admite que puedo tener razón. De todas formas insiste en que procure dormir un poco para estar más fresco y descansado por la mañana. A mediodía se celebrará una reunión en el Comité Regional de Defensa confederal para tomar decisiones en vista del desarrollo de los acontecimientos y es preciso que asista.

—Falta siete horas para las doce —replico—, y en ese tiempo pueden y tienen que ocurrir muchas cosas.

—Descuida. Si ocurriese algo te llamaría por teléfono. Más aún: iría personalmente a recogerte.

Cuando me despierta la llamada angustiosa de mi madre son cerca de las diez. Ni Salgado ni nadie ha ido a buscarme ni me ha llamado por teléfono. Estoy seguro de ello porque tengo ligero el sueño y el aparato está sobre la mesa donde he dormitado desde las seis o las siete. Esto me induce a suponer que todo continúa igual. Tan grave, tan desesperado incluso como la noche anterior, pero nada más. Es probable, casi seguro, que muchos soldados más hayan abandonado las trincheras cercanas e incluso que algunos elementos anárquicos o falangistas, refugiados hasta ayer en una embajada o camuflados como republicanos o comunistas en cualquier centro burocrático, se hayan lanzado a la calle

paseando banderas bicolores. Nada de esto, sin embargo, modifica sustancialmente la situación planteada anoche.

—Tranquilízate, madre —respondo—. Iré por casa para darte un abrazo.

—Es preferible que te vayas desde ahí. Si pierdes media hora viniendo, no podrás salir de Madrid.

Es posible que tenga razón. Los nacionales pueden entrar cuando quieran seguros de no tropezar con la menor resistencia. ¿Por qué no lo han hecho ya? Aunque me lo hayan asegurado cien veces en los últimos días, sigo dudando que el pretendido acuerdo tácito y secreto con el enemigo pase de ser una mentira piadosa o una fantasía delirante de los mismos que lo propalan. Pero incluso en el caso de que fuera cierto, considero totalmente imposible que la ocupación de Madrid se retrase todavía setenta y dos horas. En el caso improbable de que las fuerzas regulares enemigas no se movieran de sus líneas actuales, sus partidarios dentro de la ciudad se apoderarían de ella mucho antes del viernes. Entre otras razones, por la definitiva de que no habrá nadie que se la dispute en estos momentos.

Continúo, no obstante, unos minutos en la redacción. Quiero conocer de labios autorizados cuál es exactamente la situación y qué perspectivas existen de evacuación. Llamo a Marina, pero está comunicando. Impaciente telefono —trato de telefonar mejor— a otros números u otros sitios en que me puedan informar y no consigo hablar con nadie. En algunos casos el timbre de llamada suena diez o doce veces sin que descuelgue nadie el auricular; en otros, en la inmensa mayoría, escucho la señal de estar comunicando. ¿Una avería nada sorprendente durante las últimas jornadas o están desconectados ya los centros oficiales donde llamo? Cualquier cosa es posible en esta hora angustiosa de liquidación general. Pierdo así diez minutos. Al cabo cuelgo malhumorado y me dispongo a abandonar la redacción

cuando suena de nuevo el timbre del teléfono. Descuelgo convencido de que se trata de mi madre que quiere meterme prisa, pero me equivoco.

—Llevo un rato llamando y no dejabas de hablar —dice una voz de hombre que reconozco en el acto—. Lo siento, porque el tiempo apremia.

Se trata de Padilla, un militante metalúrgico que ahora, lo mismo que en los días febriles de noviembre, colabora estrechamente con Salgado. Llama en su nombre para darme noticias relativamente tranquilizadoras. Aunque los acontecimientos se han precipitado en las últimas horas, conviene más que nunca conservar la serenidad y la calma. Los fascistas no entrarán en Madrid hasta la tarde y todos los compañeros que lo deseen podrán abandonar la ciudad. En Valencia, Alicante, Cartagena y Murcia hay barcos de sobra para asegurar la marcha al extranjero de todos los que deseen expatriarse.

—Pradas está con Casado y Marín con Miaja —añade— para evitar que puedan jugarnos una trastada a última hora. Salgado ha marchado a Defensa, donde también está Val organizando la evacuación. Con que llegues alrededor de las once es suficiente, porque no piensan marcharse hasta pasadas las doce, cuando estén seguros de que ha salido todo el mundo.

Respondiendo a mis preguntas, añade con rapidez algunos detalles. Parece que Besteiro no quiere moverse de Hacienda y que el coronel Pradas, jefe del Ejército del Centro, irá alrededor de la una a las líneas enemigas de la Universitaria para rendir la ciudad. En cualquier caso, las primeras tropas nacionales no entrarán en Madrid hasta las cuatro o las cinco de la tarde.

—En Torrejón hay preparado un tren que saldrá a la una para Valencia. En la Federación Local tienen quince o veinte autobuses que irán partiendo a medida que se llenen. A ti te

esperan en Defensa. ¡Un abrazo, y suerte!

La redacción de *Castilla Libre* está en el mismo edificio de la calle Miguel Ángel ocupado por el Comité Regional de la Confederación. Tras una mirada melancólica al local, que probablemente no volveré a pisar, salgo. En la escalera encuentro a Franch, un músico que en representación del Sindicato del Espectáculo forma parte del Comité regional. Es un hombre alto, delgado, de aire resuelto y gesto nervioso. Tiene alrededor de cincuenta años y ha pasado casi toda la guerra en los frentes, hasta que, convaleciente de graves heridas, le obligaron a ocuparse de la sección propesos en sustitución de otro compañero incorporado a las trincheras. Está, como la mayoría, dolorido e indignado por el final de la lucha.

—¡Valiente cabronada! —chilla airado—. ¡Era preferible luchar hasta morir como en noviembre que tener ahora...!

Acaba de quemar en una chimenea los ficheros de su sección para que dentro de unas horas no puedan ser utilizados por el enemigo. Igual hacen o han hecho ya los encargados de otras secciones. Pero antes, naturalmente, se han preocupado de los presos.

—A los fascistas los pondrán en libertad los suyos, si no lo han hecho ya. Antifascistas te aseguro que no queda ni uno.

—¿Incluso los comunistas?

—¡Claro! Con los comunistas podremos tener todas las diferencias que se quiera, pero sería una canallada entregarles atados de pies y manos al enemigo común. Ayer recorrí cárceles y comisarías para tener la seguridad de que todos están libres.

Me alegra oírle. No porque constituya una sorpresa, ya que me consta que hace días la Confederación dio la orden de libertar a todos los presos antifascistas sin la menor excepción, sino por la seguridad de que la orden se ha cumplido en Madrid. En la puerta del edificio hay varios

coches sobrecargados que se disponen a enfilear inmediatamente la carretera. En uno de ellos, los dos individuos que le ocupan meten prisa a Franch.

—Tenemos que recoger tres compañeros en Cuatro Caminos antes de salir. ¿Quieres que te deje en Defensa o algún otro sitio?

—Prefiero que me dejes en Iglesia para tomar el «metro» —respondo sincero—. Tengo que pasar por casa.

El auto sube a toda prisa por Martínez Campos. En dirección contraria marchan apresuradamente algunos camiones con grupos de hombres y mujeres e incluso niños. Son familias enteras que abandonan precipitadamente Madrid. En la glorieta de la Iglesia, en Eloy Gonzalo y Santa Engracia, el cuadro difiere muy poco del de otro día cualquiera de los dos últimos años. Los comercios están abiertos, circulan los tranvías y se venden con absoluta normalidad los periódicos matutinos, aunque esta mañana no hayan aparecido ni la mitad de los habituales. Procedente de Cuatro Caminos y Quevedo grupos de soldados sin armas que vienen de los frentes abandonados y se encaminan sin prisas hacia sus casas o sus pueblos. Algunos de ellos ríen quizá por haber finalizado una pesadilla; los más caminan serios y pensativos, preocupados sin duda por su futuro inmediato.

—Antes de ocho días —comenta Franch—, todos sentirán haber soltado las armas.

A todo correr sube por Santa Engracia una camioneta ocupada por diez o doce hombres, uno de los cuales enarbola una pequeña bandera bicolor. Los soldados y la gente les mira con curiosidad, pero sin hacer el menor comentario ni gesto de hostilidad. Franch tuerce el gesto.

—No me gusta esto —murmura—. Dentro de media hora estarán aquí y no podrá salir nadie.

Procuro tranquilizarle, repitiendo lo que Padilla me ha

dicho por teléfono mientras me apeo junto a la boca del «metro». Me escucha con aire de escepticismo.

—Puede, pero... ¡Si no te das mucha prisa, te cogerán en esta inmensa ratonera...!

Aunque niego con la cabeza al despedirme de los ocupantes del auto, temo lo mismo. Son nada más que las diez y veinte y sería inconcebible que no ya a las cuatro de la tarde, sino a las doce de la mañana, no sean los fascistas dueños de la ciudad. Perder dos horas, quizá una tan sólo, es la seguridad de no tener escapatoria posible.

La estación del «metro» da una impresión sorprendente de normalidad. De normalidad, claro está, dentro de la terrible anormalidad de la guerra con los frentes más cercanos a menos de un kilómetro de distancia. Ni la gente que medio llena el andén, ni sus actitudes, gestos o manera de vestir se diferencian poco ni mucho de los que ayer, hace quince días o un año, ocupaban este lugar a estas mismas horas. Aunque nos encontramos a finales de marzo, hace frío; la primavera que ya ha comenzado parece más remota que nunca y la gente se abriga como puede. Capotes, tabardos, abrigos, mantones y bufandas, sin que falten los pasamontañas, los pañuelos o las gorras cubriendo las cabezas.

Llega el tren tan lleno como de costumbre. Los que aguardamos en el andén empujamos para meternos en los coches. Entre los viajeros abundan los uniformes, cosa natural y casi obligada en una ciudad que lleva veintiocho meses asediada. Hay las inevitables protestas de los que se quejan de codazos o pisotones, no más abundantes o estridentes que cualquier otro día. En general, la gente se muestra hosca, concentrada, con un gesto de malhumor. Pero tampoco esto constituye una novedad para nadie.

En Chamberí, Bilbao y Tribunal entra más gente que sale. En Sol se apean muchos para transbordar a la línea de

Ventas, pero son doble como mínimo los que esperan en el andén y penetran en avalancha apenas se abren las puertas. Un minuto permanece el tren detenido en la estación a fin de cerrar las puertas. Cuando reanuda la marcha, vamos materialmente aplastados unos contra otros, exactamente igual que otro día cualquiera. La gente habla poco y sus caras no reflejan alegría de ningún género. Acaso porque no acaban de creerse que la guerra está a punto de terminar; quizá precisamente porque se lo creen, ya que los que viajan a diario en el «metro» figuran en su inmensa mayoría entre los perdedores.

Me apeo en Antón Martín, abriéndome paso a empujones por entre los que intentan tomar el tren que les conduzca al Pacífico y a Vallecas. Subo con rapidez las escaleras y salgo a la plaza. También aquí los comercios están abiertos y circulan los tranvías. Automóviles y camiones corren en todas las direcciones. Generalmente sus ocupantes van silenciosos y serios. Acierto a ver, no obstante, un camión con una bandera monárquica que desciende por Santa Isabel con rumbo a la glorieta de Atocha. En él, quince o veinte muchachos que hacen el saludo fascista y lanzan vivas y mueras. Quienes transitan por las aceras o se asoman a las puertas se vuelven a mirarlos, pero no se atreven a contestar.

Ante el Monumental, grupos nutridos que discuten con cierto acaloramiento. En la esquina de León está abierto el bar Zaragoza con su habitual clientela, menos ruidosa hoy que otros días. Enfrente, los montones de escombros de la casa donde estuvo la farmacia del Globo, edificio destrozado por una bomba de aviación.

En un balcón, mi madre que espera impaciente mi llegada. A buen paso cruzo el portal y subo de tres en tres los escalones, porque el ascensor no funciona. Llego jadeante a la cuarta planta. Mi madre, que espera con la puerta del piso

abierta, apremia mientras me abraza:

—¡Date prisa, hijo...! A estas horas debías haber salido de Madrid.

—¡Bah! —intento tranquilizarla—. Me sobra tiempo para marcharme...

—¡Pero si ya están dentro...! Si te hubieras ido cuando...

Se interrumpe comprendiendo que no es hora de perder el tiempo en recriminaciones. Lo único que le importa en este momento es que no me pase nada y pueda marcharme. Lo mismo le sucede a mi hermana, que me abraza llorosa.

—Ahí tienes la maleta —dice, señalándome una abierta sobre una silla del pasillo—. Debías llevarte otra más grande, porque en ésta...

Han pretendido meter demasiadas cosas y no pueden cerrarla. Soluciono el problema sacando con rapidez unos zapatos, unas camisas y dos jerseys. Mi madre protesta. Entiende que llevo muy poca ropa —un traje, dos mudas, unos pañuelos y una corbata— y demasiados papeles. Son los que más me importan, aunque a ellos se les antojen un estorbo.

—Sería mejor que en vez de las cuartillas...

Miro a mi madre y no continúa. Recuerda sin duda lo que ayer mismo le dije. Los papeles contienen algunos trabajos inéditos, cuya publicación puede ayudarme a vivir en Europa o América, al menos en los primeros tiempos.

—Tomás vino hace diez minutos. Se queja de que no encontró gasolina, pero podrá llevarte a donde te esperen.

Tomás es el chófer del periódico. Por las mañanas va a buscarme a casa para llevarme a la redacción. Hoy ha venido obedeciendo a la costumbre o simplemente para despedirme. Es un hombre mayor, pequeño de estatura y cargado de hijos.

—Bajó a hablar con Mariano, pero subirá inmediatamente.

Mariano, uno de mis hermanos, vive en la misma casa,

pero en un piso de la otra escalera. Mayor que yo, no ha tenido prácticamente actuación alguna durante la guerra. No obstante, es de izquierdas y puede tener un disgusto al entrar los fascistas. Por su voluntad se vendría conmigo, pero la mujer y los hijos le impiden hacerlo. A menos, claro está, que en las últimas horas haya cambiado de parecer.

—No —niega mi hermana—. Cree que nadie se meterá con él y con esconderse durante las primeras semanas...

—¡Aligera! —interviene mi madre—. Cada minuto que pierdas aquí...

Tiene razón y echo a andar, cogiendo la maleta. Mi madre sale hasta el rellano de la escalera para darme un abrazo que bien puede ser el último. Solloza emocionada.

—¡Ya verás como no pasa nada! —pretendo serenarla mientras me desprendo de sus brazos—. Dentro de unos días tendréis carta mía desde donde esté.

Bajo rápido la escalera sin volver la cabeza, para no ver a mi madre llorando ni aumentar su congoja. No tengo la menor idea de donde podré dar con mis huesos caso de salir de España. Ni siquiera tengo ninguna seguridad de poder escapar de Madrid. En el rellano del entresuelo encuentro a Tomás que sube en mi busca. Está preocupado y nervioso.

—Tenemos que correr mucho. Dentro de media hora no se podrá andar por la calle.

En el portal, Mariano se despide de su mujer. Mi cuñada lo abraza llorosa y sigue llorando cuando me abraza a mí. Desde la puerta de la calle, Tomás se impacienta:

—Vamos, de prisa.

Echa a andar y yo le sigo con la maleta. Tiene el coche en la esquina de Amor de Dios. En los diez minutos que he tardado en subir y bajar, la plaza de Antón Martín ha experimentado una ligera variación. Hay más gente ante el Monumental y en la puerta del bar Zaragoza. Algunos comercios han cerrado, pero a los balcones se asoman

bastantes mujeres. Pasan a todo correr tres coches con una bandera bicolor que se dirigen hacia la Plaza Mayor. Al pasar advierto que los que van dentro llevan las pistolas en la mano.

El auto de Tomás es pequeño y viejo. Lleva mucho tiempo en servicio y está lleno de desconchones. Puede ser útil para la ciudad, pero no sirve para la carretera. Sería difícil que pudiese llegar hasta Valencia; en el mejor de los casos tardaría diez o doce horas. No irá, desde luego. Entre otras razones, porque no tiene gasolina y sería difícil encontrarla en la carretera.

—No tengo arriba de tres litros en el depósito —advierte Tomás mientras meto con dificultad la maleta—. A todo tirar para quince o veinte kilómetros.

—Sobran desde luego —respondo—. Con que me lleves a Defensa, basta.

—Y a mí —añade mi hermano—, que me deje lo más cerca posible de Quevedo.

Bajamos por la calle hacia la glorieta de Atocha. Frente a la Facultad de Medicina están poniendo colgaduras en una casa. Es probable que dentro de media hora les hayan imitado una mayoría. No porque sus moradores simpaticen con los que van a entrar, sino por temor a significarse en contra suya. He presenciado durante los últimos tiempos demasiados cambios para hacerme ilusiones al respecto.

—Hay siempre muchos dispuestos a correr en ayuda del vencedor.

La destartalada glorieta que se abre ante la estación está muy concurrida. Por las Rondas y Delicias suben grupos de soldados sin armas, con gesto serio y andar cansino procedente de los frentes de Mataderos y Usera. En un extremo de la plaza se está formando una manifestación con banderas bicolors que se dispone a emprender la marcha en dirección contraria para dar la bienvenida a los que no

tardarán en entrar. No serán como máximo arriba de un centenar, entre los que predominan los chicos. Los superan en número los vencidos, que regresan de los frentes y que formando una silenciosa columna se encaminan a las bocas del «metro» para dirigirse a Vallecas o cualquiera otro punto de la ciudad. Pero los primeros se hacen notar mucho más, acaso porque son los únicos que gritan.

—Iré a Cuatro Caminos —dice Tomás mientras enfila el paseo del Prado—. La parienta y los chicos están en casa de un cuñado. Si nos dejan, volveremos a Peña Grande, donde vivíamos antes. Ya veremos cómo está aquello.

—¿Y tú? —pregunto a Mariano, aunque me figuro de antemano su respuesta.

Mi hermano se encoge de hombros con gesto fatalista. De buena gana se vendría conmigo. Abriga grandes dudas respecto a su suerte, pese a no tener enemigos ni haberse significado. Cree, sin embargo, que el máximo peligro estará en los primeros momentos.

—Si procuro no hacerme demasiado visible en un par de semanas, quizá no pase nada. No me fío mucho, desde luego, pero ¿qué quieres que haga?

Los hijos le obligan a desafiar el peligro de quedarse. Tiene uno de dos años y otro de cinco y ningún dinero para que puedan vivir una temporada por corta que sea. Volverá a trabajar cuanto antes, igual que ha seguido trabajando estos treinta y dos meses.

—¡Cuidado! Me parece que vamos a tener bollo...

Llegamos a la Cibeles. Hay mucha gente en las aceras; en el centro, tres o cuatro centenares de personas alborozadas y gesticulantes miran cómo unos muchachos colocan unas banderitas monárquicas encima del caparazón de sacos terreros y cemento que ha protegido la fuente de la diosa durante más de dos años. Entre ellos distingo a un par de curas y a tres guardias civiles con el tricornio puesto. Son los

primeros que vemos casi desde el comienzo de la guerra.

—¿Crees que habrán entrado desde alguno de los frentes cercanos?

Es posible; como también lo es que hasta hace dos horas estuvieran refugiados en alguna embajada o prestando servicio con distinto uniforme en cualquier centro oficial. En todo caso, y a juzgar por su actitud, los guardias de asalto que aparecen ante el Banco de España están de su parte. Un grupo de mozalbetes pretenden cerrarnos el paso.

—¡Sigue de prisa! —grito a Tomás—. ¡No te pares aquí!

Obedece rápido, impresionado acaso porque empuño la pistola que llevo en el bolsillo. La gente se aparta para dejarnos pasar cuando el coche se les viene encima. Gritan algo que no llego a entender. Al ganar la entrada de Recoletos, me vuelvo para mirar. Un grupo de individuos excitados rodean a uno de los civiles señalando con el brazo extendido al auto en que nos alejamos. Por fortuna, el guardia no parece hacerles mucho caso.

—¡Tranquilidad! —aconsejo a Tomás, que da muestras de nerviosismo—. No nos persigue nadie.

—¡Menos mal! Pero si tenemos otro tropiezo...

Estamos a punto de tenerlo a los quinientos metros escasos. En Colón hemos de detenernos un par de minutos para dejar pasar una pequeña manifestación que baja por Goya para continuar hacia Génova y nos intercepta el camino. Son doscientas o trescientas personas entre las que abundan soldados y guardias, que vitorean al fascismo y dan mueras a los rojos. Antes que nosotros han tenido que detenerse otros tres coches cuyos ocupantes son, a juzgar por las maletas y los gestos, antifascistas que tratan de salir cuanto antes de Madrid. Los manifestantes no hacen el menor caso de ellos ni de nosotros.

—¡Uff! —gruñe Tomás, limpiándose el sudor cuando podemos continuar—. Creí que no pasábamos.

Está nervioso, pálido y un tanto asustado. Su nerviosismo aumenta a medida que pasa el tiempo. Frente a Zurbarán nos cruzamos con una pequeña caravana de tres coches, cuyos ocupantes alternan el sonar insistente de las bocinas con los vivas a Franco. Van armados, desde luego y por la ventanilla de uno de los automóviles asoma amenazador el cañón de un naranjero. Apenas han cruzado cuando oímos el ruido inconfundible de una serie de disparos. El tiroteo, que dura medio minuto, no se produce en la Castellana, sino en Lista o Marqués de Riscal. Seguimos adelante sin conseguir averiguar dónde suenan los disparos. Tomás cambia de color.

—Si nos cogen contigo... —masculla, mirándome de reojo.

Comprendo perfectamente lo que le sucede. Teme que si ahora detuviesen el coche podría reconocerme alguien y no sólo sería yo quien lo pasaría mal. Cree que debo ser muy conocido y tengo la grave responsabilidad de haber dirigido un periódico. De ir solo, en cambio, no le ocurriría nada con toda seguridad. Debe estar —así me lo imagino por lo menos— ansioso por separarse de mí. Empieza a decir algo de la poca gasolina del coche y del miedo que no le alcance para llegar a Cuatro Caminos.

—La redacción de *Castilla Libre* casi me pillaba al paso; pero la vuelta que tengo que dar para ir hasta Defensa.

—¡Déjame aquí! —le interrumpo en la esquina de Pinar—. Subiendo por Martínez Campos estaréis en dos minutos en Quevedo.

Mi hermano protesta indignado, pero Tomás se apresura a parar. Me tiro del coche y saco la maleta. No quiero que nadie se sacrifique por mí y el conductor tiene en este momento demasiado miedo. El Comité Regional de Defensa está cerca, en la calle de Serrano, y puedo ir andando. La maleta no es ningún obstáculo; es poco más que un maletín y no pesará arriba de siete u ocho kilos.

Tengo que obligar casi a la fuerza que mi hermano, que se

ha apeado de un salto, vuelva a subir al coche. De nada serviría que me acompañase como pretende. Personalmente debe ocuparse de sus hijos y procurar esconderse unos días, como pensaba, para que no le ocurra nada en los primeros momentos de confusión. Conviene que no ande mucho por la calle.

—¿Y tú? —vacila.

—Están esperándome en Defensa con un coche en marcha. De allí iremos a Barajas para coger un avión. Dentro de tres o cuatro horas estaré en Francia o Argelia.

Nada de esto es cierto, pero lo digo con tal acento de sinceridad que convengo a mi hermano. Emocionado me da un abrazo. Están a punto de saltársele las lágrimas:

—¡Suerte!

—¡Bah! —le animo—. No pasará nada. De otras peores hemos salido...

Tomás hace girar el coche para cruzar la Castellana y subir por Martínez Campos. Mariano saca medio cuerpo por la ventanilla mientras se aleja. Aparentando una indiferencia que no siento, sonrío y agito la mano en saludo de despedida.

Cuando el coche llega a la esquina de Martínez Campos, cojo la maleta y echo a andar. Subo por Pinar hacia Serrano. Camino de prisa con la mano derecha hundida en el bolsillo del chaquetón donde llevo la pistola. La calle aparece desierta en estos momentos. Al llegar a Serrano tengo un momento de vacilación. Al otro lado de la calzada, esquina a María de Molina, está el Gobierno civil. En la puerta, charlando animadamente, hay un grupo de guardias. ¿En qué actitud estarán en este momento? Lo ignoro. Es seguro que hace un par de horas estuvieron a las órdenes del Consejo Nacional. Pero ahora pueden haber cambiado de bando. Y, peor aún, tratar de hacer méritos en el último segundo a los ojos de los vencedores.

Sigo adelante, con la maleta en una mano y la otra en el bolsillo. Ando con calma, sin mirarlos directamente, pero observándolos por el rabillo del ojo. No reparan en mí y si lo hacen no me conceden la menor importancia. Cuando me alejo, continúan charlando en la misma actitud.

Subo la cuesta de Serrano por la acera de los impares. No hay mucha gente a la vista. La mayor parte de los hoteles que en esta zona bordean la calle han servido hasta ayer de centros oficiales de todas clases, pero ahora parecen abandonados. De lejos veo a unos cuantos individuos en actitud parecida a la mía, que andan con rapidez y desaparecen por cualquiera de las bocacalles. Otros dos montan en un coche que emprende inmediatamente la marcha en dirección a las rondas.

Ante el Comité Regional de Defensa hay parados cuatro coches. Al acercarme veo, no sin cierta sorpresa, que no hay nadie en ellos. Supongo que sus ocupantes estarán dentro del Comité recibiendo instrucciones o transmitiendo algún recado. Probablemente sean de otros que, como yo, han sido citados a esta hora. Miro maquinalmente el reloj y compruebo satisfecho que aún no son las once. Llego con puntualidad.

Me extraña que, contra la costumbre, no esté un centinela en la garita junto a la puerta de entrada. Es posible que en vista de las circunstancias hayan indicado a los componentes de la guardia que pueden marcharse. La puerta del jardín está abierta y entro, dirigiéndome a los escalones que conducen a la entrada del edificio.

En los escalones encuentro dos personas hablando. Una es un antiguo miliciano, manco a consecuencia de un mortero en la Casa de Campo, que lleva varios meses al servicio del Comité de Defensa. La otra, un hombre de mediana estatura, grueso, con el pelo y el largo bigote grisáceos al que conozco de sobra: Mauro Bajatierra. Panadero de profesión y viejo

militante anarquista, lleva cuarenta años luchando en defensa de sus ideas y ha conocido persecuciones, encierros y exilios a uno y otro lado del Atlántico. Con más de sesenta años, peleó en diferentes partes hasta que sus compañeros le obligaron, muy en contra de su voluntad, a convertirse en corresponsal de guerra del periódico *CNT*.

—¡Viaje perdido, Eduardo! —dice al verme—. También a mí me citaron aquí, pero ya no queda nadie.

—¿Nadie? —pregunto, resistiéndome a darle crédito.

—Nadie. Los últimos se largaron hace diez minutos.

El compañero manco asiente con repetidos movimientos de cabeza. Hablando con rapidez da luego unas explicaciones un tanto confusas. Val y Salgado estuvieron en Defensa desde el amanecer, preocupados por la evacuación de todos los militantes confederales. No pensaban marcharse antes de las doce o la una, pero a las diez y media cambiaron de parecer ante una llamada urgente.

—Creo que era Casado quien les llamaba con apremio. Salieron a todo gas, según parece hacia Barajas. Ordenaron a unos compañeros que se quedasen aquí hasta las doce para orientar a quienes vinieran en los últimos momentos. Pero hace diez minutos...

Cogieron un coche para largarse también con rumbo a Valencia. Aún quedaban seis o siete hombres de la guardia, pero desaparecieron en pocos instantes cada uno por su lado. Nuestro interlocutor estaba en la parte de atrás del edificio cuando advirtió que se había quedado solo.

—Iba a salir también cuando llegó Mauro.

Mientras habla va andando hacia la calle. Tiene prisa por alejarse de allí y refugiarse en su casa de la Guindalera. Al pisar la acera me fijo en los cuatro coches abandonados. ¿No podríamos utilizar cualquiera de ellos?

—Los dejaron ahí anoche porque están averiados. Incluso los sacaron la gasolina que tenían en los depósitos.

No me agrada oírlo. El tiempo apremia, casi todos los compañeros se han ido ya y los fascistas serán dentro de media hora —si no lo son ya— dueños absolutos de Madrid. Adivinando sin el menor esfuerzo lo que pienso, el antiguo miliciano se apresura a añadir, al tiempo que emprende su marcha hacia la Guindalera con paso ligero:

—En la Local hay coches y autobuses de sobra. Hacia allá hemos mandado a muchos compañeros.

Mauro Bajatierra me lo confirma. Hace media hora pasó por allí. Varios compañeros de la Federación Local estaban organizando la evacuación. Vio partir un autocar lleno, pero quedaban otros dos vacíos y diez o doce coches.

—Vamos rápidos. No creo que haya ninguna dificultad para que puedas marcharte.

—¿Y tú? —pregunto extrañado.

—No lo sé —responde sincero—. Todavía no sé lo que haré.

Echa a andar Serrano abajo y yo apresuro el paso para ponerme a su lado. El edificio ocupado al finalizar la guerra por la Federación Local de Sindicatos de Madrid está relativamente cerca: en un señorial palacio de la calle de Juan Bravo, a la altura de Velázquez. Caminando de prisa podemos llegar en diez o doce minutos.

Por fortuna, esta parte de Madrid parece abandonada y desierta. Vemos de lejos algunos coches que marchan a todo correr hacia las rondas sin que alcancemos a reconocer a sus ocupantes. Son muy escasas las personas con quienes nos cruzamos, todas andando de prisa y con cara de pocos amigos. Hasta los guardias que formaban un grupo hace poco a la entrada del Gobierno civil han desaparecido. Las puertas de la verja están abiertas, pero el jardín y el edificio parecen abandonados.

—Soy viejo y me siento cansado —dice Mauro hablando con lentitud—. Había puesto todas mis ilusiones en la gesta

heroica del pueblo español y el desastre final me hunde moral y materialmente. ¿Cuándo tendrá el proletariado español y los hombres libres del mundo una oportunidad como la que hemos perdido? Lo ignoro, pero tengo la dolorosa certidumbre de que no viviré para verlo.

Comprendo perfectamente su estado de ánimo. Durante cerca de tres años, pese a todo y a todos, hemos mantenido viva la ilusión de que nuestra lucha cambiaría no sólo el destino de España, sino el futuro del mundo. Al pelear contra el fascismo acariciábamos la esperanza de constituir una provechosa lección para los enemigos de dictaduras y opresiones, vivieran donde viviesen, y ayudarles con el ejemplo a librarse de sus cadenas.

—Cuesta mucho trabajo admitir que tantos idealistas murieron en vano.

—Y más aún pensar que quienes nos suceden no tendrán una ocasión como la que nosotros no hemos sabido aprovechar.

Llegamos a Juan Bravo y ascendemos por ella. Caminando por el andén central, nos adelantan veloces varios coches que suben hacia el paseo de Ronda. Van todos muy cargados, con los cristales de las ventanillas bajados, mirando recelosos en todas las direcciones, prestos a rechazar cualquier ataque. Son antifascistas que han retrasado su marcha hacia Valencia, Alicante o Cartagena y que temen encontrar obstáculos para lograr salir. En la esquina de Claudio Coello se nos cruzan dos automóviles que corren hacia Lista. Una sola mirada basta para advertir que en este caso sus ocupantes —armados con pistolas y fusiles— no creen encontrarse precisamente entre los vencidos.

—Me parece que aquí también llegamos tarde.

Soy yo quien lo dice al no ver, como esperaba, unos cuantos autocares y coches ante el edificio ocupado por la Federación Local. Mis temores se confirman al acercamos

más. No hay, desde luego, ningún vehículo esperando nuestra llegada o la de otros por el estilo para emprender la marcha. Peor aún, conforme no tardamos en comprobar. Todas las puertas están abiertas, pero ni en el jardincito que rodea al edificio ni dentro de él queda absolutamente nadie. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Parar el primer coche que pase —decido.

Trato de poner en práctica la idea. Procedente de Serrano suben dos automóviles. Los bultos que llevan atados encima dan claramente a entender que conducen gentes que abandonan Madrid a toda prisa. Dejando la maleta en la acera, salgo a la calzada agitando los brazos y pidiendo a voces que paren. El primero disminuye un momento la marcha como si fuese a complacerme. Sin embargo, cuando llega a mi altura, pisan el acelerador y cruza como una exhalación por delante de mí.

Sin desanimarme por ello, avanzo un par de pasos para detener al segundo. Este no se molesta siquiera en simular que frena. Cuando está a cuatro o cinco metros acelera repentinamente su velocidad. Tengo que dar un salto para no ser atropellado. Aun así, me roza el guardabarros trasero derribándome.

—¡Cabrones!... ¡Hijos de puta...!

Me incorporo furioso viendo cómo se alejan. Cegado por la ira saco la pistola dispuesto a emprenderla a tiros. Logro dominarme en el último instante. He podido ver al pasar que el coche iba totalmente lleno. A ellos ha debido cegarles el miedo a no poder escapar si tenían que cargar conmigo. ¿No habría yo procedido en idéntica forma de estar cambiados los papeles? Aún estoy formulándome mentalmente la pregunta cuando el automóvil se aleja lo suficiente para que no sirviera de nada empezar a disparar ahora.

—Van asustados —trata de serenarme Mauro, que ha visto el incidente desde la acera— y el pánico transforma en fieras

a los hombres.

Le doy mentalmente la razón, un poco avergonzado porque la cólera haya estado a punto de hacerme disparar contra quienes se encuentran en situación parecida a la mía; que pueden ser incluso un grupo de compañeros enloquecidos por la amenaza que pesa sobre sus cabezas.

—¿Te imaginas lo que pasará en cualquier puerto si llega un barco en el que no caben ni la décima parte de los que aguardan en los muelles?

Me imagino lo que ocurrirá en un caso de éstos, que posiblemente se esté dando en este instante o pueda darse mañana o pasado, y la idea no me hace precisamente feliz. Pero lo urgente por el momento es salir de Madrid, cosa que cada vez veo más difícil. Son más de las once y cuarto y el centro de la ciudad y los barrios cercanos a los frentes deben estar ya en manos del enemigo.

—Tengo ya demasiados años para soportar un nuevo exilio —dice Bajatierra— con la infinita pesadumbre de la derrota. Prefiero quedarme aquí.

—Tomaremos por las buenas o las malas el primer coche que pase —pretendo animarle—. Todavía podemos salvarnos.

—Tú sí porque eres joven —replica sereno Mauro—. Para mí resulta ya demasiado tarde.

Parece haber tomado una decisión, superando sus dudas de unos minutos antes. Un momento pienso que yo también tendré que quedarme porque no encontramos manera de marcharnos. Pero al siguiente renacen mis esperanzas. Allá abajo, en Serrano, aparece un camión pequeño, de los llamados «rusos» —aunque sean de fabricación checa— que sube despacio porque lleva una carga excesiva o porque el conductor no se atreve a correr. En la cabina del chófer van tres o cuatro personas; quince o veinte más se apiñan en la caja del vehículo.

—Voy a pararle como sea —anuncio a mi acompañante.

—Bien. Yo te cubriré desde aquí.

Salgo hasta el centro mismo de la calzada con la pistola en la mano. Parapetado tras un árbol, Bajatierra parece dispuesto a manejar la suya:

—¡Alto, alto! —grito a voz en cuello agitando los brazos—. ¡Parad un momento...!

—¡No sigáis, compañeros...! —me secunda Mauro.

Hay unos momentos angustiosos, preñados de amenazas. Si yo tengo la pistola en la mano, varias armas me apuntan desde el interior del camión, que sigue avanzando despacio.

—¿Queréis que nos matemos entre nosotros, compañeros? —grita Bajatierra, abandonando el resguardo del árbol, mientras se guarda la pistola.

—¡Para, Manolo! —suenan una voz imperiosa en el interior del vehículo—. Son compañeros...

El camión se detiene a tres o cuatro metros del sitio en que me encuentro. Me acercó rápido y veo sorprendido que uno que va junto al chófer agita la mano en gesto de saludo. Al mirar a la caja del camión me parece reconocer varias de las caras que asoman.

—Habéis tenido suerte —dice uno de los ocupantes—. De no reconocerte os habríamos barrido.

Tiene razón, indudablemente. Parado en mitad de la calzada ofrecía un blanco seguro a los doce o catorce hombres armados que van en el vehículo y que al oír mis gritos se dispusieron a disparar. Mauro, que los ha reconocido incluso antes de parar, me indica:

—Son compañeros de Vallehermoso.

Lo son. Tenían preparado el camión, con gasolina suficiente para llegar a la costa, desde hace dos días. Han esperado hasta última hora para que pudieran incorporarse al grupo los compañeros que estaban en los frentes cercanos.

—Salimos —explica uno— cuando ya los fachas estaban en la glorieta de Quevedo.

—¡Subid deprisa! —apremia otro—. Cada minuto que perdamos puede ser decisivo.

Cojo la maleta y se la tiendo a uno, que se apresura a meterla dentro del camión. Me vuelvo entonces a Bajatierra. Está gordo y torpe en movimientos a causa de la edad. Quiero ayudarle a subir, auxiliado por muchas manos que desde arriba quieren izarle.

—Sube tú; yo me quedo. Prefiero acabar aquí a morirme de asco y vergüenza en cualquier otro rincón del mundo.

Trato de convencerle de que tiene que venirse con nosotros, que lo que sea de uno será de todos y que es tonto quedarse en Madrid para que le maten. Arguyo incluso que puede ser todavía útil a la causa de todos en Francia o América.

—Esa tarea os corresponde a los jóvenes —replica—. Yo ya cumplí la mía.

Es inútil tratar de convencerle. Intento levantarlo en vilo para meterlo dentro del camión, pero no puedo. Los compañeros de Vallehermoso se impacientan:

—¡Decidid de una vez! Aquí no podemos seguir.

—¡Sube rápido! Yo no me voy.

Tiran de mí desde el interior del camión cuando éste inicia la marcha. Un momento pierdo pie y temo ser arrollado. Con un esfuerzo logro subir. Cuando lo hago, veo a Bajatierra en el centro de la calzada.

—¡Salud y suerte, compañeros! ¡Viva la anarquía...!

Desde lejos ya, veo cómo gana de nuevo la acera y empieza a andar tranquilo y sereno. Vive por la calle de Pardiñas. Va con calma a su domicilio, seguro del final que le espera.

—¡Qué pena! —murmura alguien a mi lado—. Hay pocos hombres como ése...

Asiento con un movimiento de cabeza, fija la mirada en la figura de Mauro, que se empequeñece en la lejanía.

Llegamos al paseo de Ronda, pero no torcemos hacia Manuel Becerra, sino que descendemos hacia la plaza de toros por la que algunos llaman ya avenida de los Toreros.

—¡Cuidado, compañeros! Es probable que nos quieran detener en el puente de las Ventas...

Miro a quien habla y le reconozco no sin un ligero esfuerzo. Está bastante cambiado, acaso porque hace meses que no lo veo. Es un hombre de treinta y tantos años, menudo de estatura, de gesto decidido y ademán resuelto. Se llama Antonio Rodríguez y figuró entre los fundadores del grupo Campo Libre. Hace algún tiempo tuvo disgustos con la organización y creo que fue enviado como castigo a un batallón de fortificaciones.

—¡Atención a éstos! ¡No os precipitéis en disparar, pero si hace falta...!

Bordeamos la plaza de toros para salir a la calle de Alcalá. En la misma esquina hay un grupo nutrido de personas que nos cierran el paso. Juzgando por su aspecto, son gentes que han ido en el «metro» hasta allí y que buscan con ansia un vehículo en que alejarse de Madrid.

—Es posible —admite uno que va a mi lado—. Pero también que sean fascistas que quieran hacer méritos...

—¡En cualquier caso, aquí no cabe nadie!

Es cierto. Aparte de los doce o catorce hombres, en el interior del camión van unas cuantas mujeres y cinco o seis chicos. Son familiares de algunos de los militantes de Vallehermoso que no han querido separarse de sus deudos o que temen lo que pueda ocurrirles de caer en manos de nuestros enemigos. Todos llevan consigo bultos y maletas con la ropa más imprescindible, especialmente no sabiendo dónde irán a parar ni dónde tendrán que dormir.

—¡Paso...! Llevamos ya demasiada carga...

Algunos se apartan al acercarse el camión. Otros tienen que hacerlo precipitadamente para no ser atropellados. Tres

o cuatro intentan saltar al interior sin conseguirlo. Al desistir de su intento, se deshacen en insultos e imprecaciones.

—¡Más de prisa! —grita Antonio Rodríguez—. A paso de carreta se nos echarán encima.

Sobrepasamos al grupo y torcemos para enfilear el puente. Vemos entonces que alguien ha puesto una bandera en una de las ventanas del segundo piso de la plaza.

—¡Al suelo todos! ¡Cuidado con esos de la derecha...!

Al grito acompaña el estrépito de algunos disparos y oímos silbar las balas por encima de nuestras cabezas. Tiran unos individuos escondidos y parapetados en la tapia de las cocheras del «metro». De rodillas en el camión, sacando la mano derecha por encima de la baranda, cuatro o cinco disparan sus pistolas contra la tapia; incluso uno, que maneja un naranjero, lanza una ráfaga, mientras el chófer pisa a fondo el acelerador. Desaparecen los individuos asomados a la tapia y cesan los tiros.

—¡Parad y vamos por ellos...! —propone uno en quien los disparos parecen haber encendido el deseo de luchar.

La mayoría se opone. La persecución de los agresores podría llevarnos lejos; en el mejor de los casos nos haría perder un cuarto de hora, lujo que no podemos permitirnos de ninguna de las maneras. El camión, que se ha detenido un momento luego de pasar el puente, ante la entrada de la larga y estrecha calle que conduce al cementerio del Este, reanuda su marcha. Cuatro automóviles que han cruzado a toda velocidad el puente, nos dan alcance cuando iniciamos la subida hacia la Ciudad Lineal. Van llenos de gentes que, como nosotros, escapan de Madrid y nos saludan al adelantarse. En uno de ellos, que marcha medio centenar de metros pegado al costado izquierdo del camión, dos hombres y tres mujeres que nos explican a voces:

—Llevábamos un buen rato sin poder acercarnos. Los cabrones esos freían a tiros a los que intentaban pasar.

—Hace cinco minutos se cargaron a dos coches en el centro del puente.

—También había otros que tiraban desde la plaza.

Van más rápidos que nosotros y nos dejan atrás. Pienso que bien pudieron advertirnos como fuera del peligro que corríamos al atravesar el puente para que los tiros no nos cogieran por sorpresa. Que todo haya salido bien y no haya bajas en el camión no basta ni mucho menos para excusarles.

Por la Ciudad Lineal salen a la carretera de Aragón algunos coches y camiones. Están ocupados principalmente por oficiales, comisarios y soldados, que, tras abandonar los frentes del Pardo y la Sierra, han dado un amplio rodeo para no pasar por el centro de Madrid. A voces preguntamos a los que van en un camión al que adelantamos.

—Estábamos en Buitrago y nos dieron orden de entregarnos. Preferimos no hacerlo.

Empezamos entonces a discutir el camino que nos conviene seguir. Marchamos por la carretera de la Junquera, porque la de Valencia está cortada por el enemigo en las cercanías de Madrid desde la batalla del Jarama. Caben diversos caminos para llegar a ella más allá de las posiciones ocupadas por los nacionales. Podemos tomar una carretera de muy segundo orden antes de llegar a Torrejón y descender por ella hacia las orillas del Tajuña. También abandonar la ruta de Aragón en Alcalá y salir a Villarejo por Nuevo Baztán y Carabaña. Incluso podríamos seguir hasta Guadalajara para dirigirnos a Cuenca por Sacedón y desde allí continuar hasta el Puerto de Contreras por Minglanilla. Opinamos todos y tardamos en ponernos de acuerdo.

Al final coincidimos en que la tercera ruta, la que pasa por Cuenca, alarga el recorrido en más de cien kilómetros, casi todos por caminos intransitables. El camión en que viajamos es lento, pero resistente; de cualquier forma no podríamos

estar en Valencia antes de once o doce horas.

—Suponiendo, que es mucho suponer, que los fachas no están ya en Guadalajara o Cuenca.

Por razones diferentes debemos rechazar también la primera de las rutas. Sigue de cerca el curso del Jarama antes de saltar a la ribera del Tajuña. Buena parte del recorrido está muy cerca de las líneas enemigas. Aunque los fascistas no hayan recibido orden de avanzar todavía, nada tendría de extraño que al ver desguarnecidas las trincheras adversarias, grupos de soldados hubiesen entrado en cualquiera de los pueblos cercanos.

—Lo más seguro es ir por Alcalá —decide el secretario de Vallehermoso, que es el organizador del viaje de los militantes de su Ateneo.

Paramos un momento pasado el puente de San Fernando para que hable con el chófer y los dos que le acompañan en el baquet. Aunque la detención no se prolongue arriba de tres minutos, son varios los coches que nos adelantan, todos cargados de gente que se dirigen a Levante.

—En marcha y ojo avizor. No sabemos la sorpresa que podemos encontrar en cualquier curva y conviene ir prevenidos. Sobre todo al atravesar los pueblos.

La carretera está bien y corremos sin detenernos hasta llegar a Alcalá. No tenemos que entrar en la población porque el camino que pensamos tomar arranca a la derecha antes, pero sin pasar muy cerca de la llamada Puerta de Madrid. Se repite aquí algo de lo sucedido en las Ventas. La única diferencia es que son muchos los coches, motos, camiones y furgonetas que nos preceden y nos siguen y que todos vamos sobreavisados.

Hay bastante gente agrupada a ambos lados de la carretera y sería difícil decir a simple vista si se trata de antifascistas que quieren marcharse o fascistas que pretenden que no se vaya nadie. Llegamos a un centenar de

metros de las viejas murallas, cuando estalla un nutrido tiroteo. Parece que alguien, oculto no sé dónde, dispara contra unos coches y furgonetas que nos preceden y desde los vehículos responden en la misma forma.

—¡Agacharse todos y zumbiar al primero que se cruce en la carretera o haga ademán de disparar!

La gente corre apartándose de la carretera y refugiándose en las casas próximas. El conductor pisa a fondo el acelerador y el camión da un salto hacia adelante. Un individuo parapetado tras un árbol con un fusil en la mano da unos pasos vacilante y se derrumba de bruces. Estamos ya en el sitio del fregado y las balas silban en torno nuestro. Un proyectil atraviesa la madera de la caja muy cerca de mí; otro hiere en un brazo a uno de los compañeros; un tercero produce una extensa raspadura en la cabeza de una mujer, sentada en el suelo.

—¡Basta, basta! No gastéis municiones en balde...

Cesa el fuego. Estamos ya a medio kilómetro del lugar de la lucha y nadie dispara ya contra nosotros. Alguien indica la conveniencia de parar para atender a los heridos. La mayoría, incluyendo a los interesados, se opone. Seguimos la marcha por una carretera secundaria que va de Alcalá a Perales de Tajuña, pasando por Loeches y Campo Real.

—Afortunadamente, no es nada grave. Con taponar la herida para que no siga sangrando, asunto resuelto.

Habla uno de los muchachos del Ateneo, que hasta esta mañana figuró en la sanidad de un batallón en la Universitaria. No es médico, desde luego, pero está acostumbrado a ver heridas y lleva consigo un pequeño botiquín. La lesión de la mujer en la cabeza es un simple arañazo que ha dejado de sangrar; la del hombre, un balazo en sedal que le atravesó el antebrazo.

—Parece que no ha tocado el hueso y con un buen vendaje habrá suficiente.

Desinfecta con alcohol los bordes de la herida; la venda luego de colocar unas compresas de algodón como taponamiento. Es posible que le duela bastante el brazo y hasta que dentro de un rato le de fiebre. En cualquier caso tendrá que aguantar hasta que lleguemos a Valencia.

—A menos que prefieras quedarte en alguno de los pueblos que crucemos.

El interesado rechaza sin vacilaciones la sugerencia. Quedarse en Villarejo, Fuentidueña o Tarancón es la seguridad de caer mañana en manos del enemigo.

—Seguiría hasta Valencia aunque fuese a rastras.

No está muy seguro, como no lo estamos nadie, de que consigamos llegar a la costa. Lo estamos menos aún cuando al llegar a Loeches algunos coches que van delante retroceden y nos advierten que tanto Campo Real como Velilla de San Antonio están ya ocupados por los fascistas. Puede ser verdad o no serlo; en todo caso, lo más cuerdo es retroceder hasta Torres de la Alameda para tomar otro de los varios caminos que enlazan las carreteras generales de Aragón y Valencia.

Lo hacemos. El nuevo camino es peor que el anterior. Aunque muy frecuentados en estos años en que ha estado cortada la carretera general, como medio de comunicación de Madrid con el resto de la zona republicana, apenas si pasa de camino vecinal, destrozado por un tráfico intenso. Por fuerza hemos de marchar despacio, pese a todo lo apremiante del tiempo. En Valdilecha nos advierten:

—¡Cuidado en Tielmes...! Parece que la quinta columna se ha hecho dueña del pueblo...

Tanto una furgoneta y tres coches, que nos preceden en una pequeña caravana, como nosotros, extremamos las precauciones al penetrar en Tielmes. No ocurre lo que tememos. Hay bastante gente en las calles y vemos colgaduras en algunos balcones. Por una de las bocacalles

alguno asegura haber visto pasar de lejos una manifestación con banderas bicolores. Pero, sea porque no estén armados o porque no quieran meterse en líos, ni disparan contra nosotros ni pretenden cerrarnos el paso.

Unos centenares de metros más allá, cuando ya Tielmes ha quedado a nuestra espalda, se produce de manera totalmente inesperada una pequeña escaramuza. La furgoneta y los coches, que corren más que nuestro camión, nos han sacado alguna ventaja y el chófer está tratando de darlos alcance. De pronto, suena un disparo y un hombre que va de pie pegado a la parte delantera se derrumba con un balazo en la sien.

—¡Ahí, a la derecha, entre aquellos olivos...!

Suenan muchos disparos y oímos silbar las balas. Tiran desde lo alto de una loma que se alza al otro lado de un riachuelo, tirados en el suelo para ofrecer menos blancos o parapetados tras los troncos de los árboles. Contestamos haciendo fuego con rapidez, pero no es posible precisar la puntería en un camión en marcha y sin casi ver al enemigo que ocupa una posición dominante y cuenta indudablemente con mejores armas.

Cesan los disparos al alejarnos unos centenares de metros. Para el camión en un lugar resguardado y diez o doce saltamos a tierra. Hay quien pretende dar un pequeño rodeo y coger de costado o por la espalda a los que están emboscados disparando contra la carretera. El secretario del Ateneo se opone. Aunque pudiéramos darnos el gusto de cazar a quienes pretendían cazarnos —cosa más que dudosa— perderíamos el tiempo suficiente para tener cortado el camino de huida.

—¡Pero han matado a Juan, y eso...!

—Peor sería que nos matasen a todos. ¡Al camión, rápidos!

Tiene razón. De mala gana subimos. El compañero

alcanzado con el primer disparo ha muerto instantáneamente, con la cabeza atravesada por un balazo. Tumbado en el fondo del camión, lo tapan con una manta. Las mujeres y los chicos lloran; los hombres aprietan rabiosos los puños.

—¡De prisa, Manolo! Cuanto antes salgamos a la carretera general...

Diez minutos después entramos en Villarejo de Salván. Junto a la gasolinera cerrada hay dos coches cuyas averías tratan de reparar con la máxima premura sus ocupantes. Por ellos sabemos que en el mismo lugar han sido tiroteados otros coches. También que la carretera de Valencia está, al parecer, libre de enemigos.

Marchamos por ella mucho más rápidos que por los caminos que dejamos a la espalda. Escarmentados por lo sucedido, nadie va de pie, sino sentados o arrodillados, con las armas preparadas en la mano y mirando vigilantes en todas las direcciones. Vamos muchos y sentados ocupamos más sitio; tenemos que apretujarnos, especialmente cuando el muerto llena por sí solo el espacio de cuatro o cinco. ¿Qué hacemos con él? Algunos hablan de llevarlo hasta Valencia; otros son partidarios de enterrarlo en cualquier pueblo por el que pasemos; no falta, sin embargo, los que consideran más eficaz dejarlo sin enterrar en una de las cunetas.

—Después de muerto —afirman— todo da lo mismo.

—Era un buen compañero de la Construcción. Ha pasado toda la guerra en primera línea sin que le ocurriese nada. Y ahora, en el último día...

Para Juan González lo ha sido definitivamente y bien puede serlo para todos nosotros. El simple viaje hacia los puertos, que hace unas horas considerábamos exento de grandes riesgos, resulta más difícil y azaroso de lo previsto. Pero, en realidad, ¿habíamos previsto ninguno este derrumbamiento vertical de los frentes y esta huida en

masa?

Cruzamos sin detenernos Fuentidueña y pasamos el Tajo por el estrecho puente. Compruebo que es ya la una de la tarde y aún nos quedan trescientos kilómetros. Por mucha prisa que nos demos, no llegaremos a Valencia antes de las seis o las siete de la tarde. La circulación aumenta a medida que nos alejamos de Madrid, toda ella en una misma dirección. Nos adelantan muchos automóviles y motos; adelantamos a nuestra vez a otros vehículos, camiones o coches que llevan demasiado peso o no marchan bien. Todos seguramente sentimos las mismas ansias de llegar y la incertidumbre de lo que encontraremos a la llegada.

En Tarancón paramos un momento para llevar el muerto al cementerio. En las calles del pueblo reina una animación extraordinaria. Son muchos los vecinos que están ultimando sus preparativos de marcha y no pocos los ocupantes de coches y automóviles que tienen la esperanza de encontrar en cualquier taberna o casa de comidas algo de comer o beber. Yo me encuentro en este caso. Lo mismo que seis o siete de los que vienen con nosotros, no he desayunado y la cena de anoche fue extremadamente ligera.

Tenemos hambre y sed y mientras un grupo, con Antonio Rodríguez, se acercan con el camión hacia el cementerio, el resto —comprendidas varias de las mujeres y los chicos— nos quedamos en el cruce de carreteras para ver si encontramos algo de comer. Nos tranquiliza ver que no hay colgadas en las casas ni manifestaciones en las calles, acaso porque los enemigos están aún demasiado lejos. Además, la carretera hasta Valencia está libre de obstáculos y el camión volverá por nosotros dentro de diez minutos.

No tenemos mucha suerte en nuestras pretensiones de comer algo. Aunque algunos bares han abierto sus puertas, no tienen nada que vendernos o no quieren hacerlo convencidos de que el dinero de que disponemos no tendrá el

menor valor dentro de unas horas. Tengo que contentarme con un vaso de vino. Un compañero de Vallehermoso, que viene en el camión con su mujer y un hijo pequeño, quiere darme un trozo de pan. Se lo agradezco, pero no puedo comerlo viendo los ojos de envidia con que me mira el crío y se lo entrego.

Salgo de la taberna para volver al lugar en que el camión vendrá a recogernos. Hablo un momento con unos vecinos del pueblo que están metiendo precipitadamente unos bultos en un viejo coche en que se disponen a emprender la carrera hacia el mar. Pese a la aparente tranquilidad del pueblo, los ánimos están tensos y expectantes.

—¡Menuda escabechina se organizó en la carretera hace poco más de una hora!

Me lo explican con medias palabras. Por lo que puedo entender, a mediodía o poco antes llegaron al pueblo un camión y unas tanquetas italianas. No debían ser más que quince o veinte hombres procedentes del frente de Toledo que se habían adelantado considerablemente a sus compañeros. Se apostaron en la salida del pueblo para no dejar que nadie siguiera hacia Valencia.

—Detuvieron varios coches; sin embargo, otros llegados de Madrid se empeñaron en seguir. Quisieron detenerles a tiros, pero los otros no se arredraron. Cayeron varios, pero a bombazo limpio se abrieron paso. Asustados los italianos se volvieron por donde habían venido. Seguramente estarán otra vez aquí a primera hora de la tarde.

Es posible que mis informantes exageren la importancia de la refriega, transformando una simple escaramuza en una batalla campal. En cualquier caso demuestra que el enemigo está cerca y que la menor demora en partir puede tener desastrosas consecuencias.

—¡Ahí está el camión...!

Celebro verlo llegar. Subimos de prisa porque todos

hemos oído algo de lo ocurrido una hora antes en el pueblo o sus inmediaciones. Los que se han acercado al cementerio confirman lo referente a la lucha. Han visto allí unos cuantos muertos a consecuencia de la pelea.

—Había un compañero —me dice Antonio Rodríguez—. Era Franch, de Espectáculos. Tenía el pecho destrozado por una ráfaga.

Me impresiona oírlo. Hablé con Franch hace tres horas y me llevó en su coche desde la Regional hasta el «metro» de Iglesia. Debió salir de Madrid una hora antes que yo y ya está muerto.

Son cerca de las dos cuando de nuevo salimos a la carretera. Estamos en los comienzos de la primavera, pero el cielo aparece medio cubierto por nubarrones grisáceos y sopla un viento frío y desagradable. Ni el grueso jersey ni el chaquetón que llevo puestos bastan para que entre en calor.

A medida que ganamos kilómetros en dirección a Valencia aumenta el tráfico por la carretera. Aunque casi todos vamos en la misma dirección, se producen algunos accidentes por las prisas de muchos, por el nerviosismo de los conductores o por averías de los vehículos en los intentos de adelantamiento.

Muchos vehículos salen a la carretera, verdadero cordón umbilical que alimentó a Madrid durante treinta meses, procedentes de los pueblos de Cuenca o de la Mancha o de los frentes de Guadalajara y Toledo. Aunque casi todos son camiones, camionetas, automóviles o motos, tampoco faltan los carros que hacen más lenta y difícil la marcha. Deben ser millares las personas que en estos momentos transitamos por la carretera formando caravanas que cubren kilómetros y kilómetros. Recuerdo el cuadro de Goya en que una multitud huye perseguida por el amenazador coloso de la guerra que lo arrasa todo a su paso. También la descripción colorida e impresionante de Rudyard Kipling de una carretera hindú, el

Gran Tronco, repleta de fugitivos. Como en *Kim*, cada uno de los miles de individuos que nos encontramos en la carretera tenemos una historia dramática a la espalda y un futuro incierto y posiblemente trágico ante nuestros ojos.

Destemplados, ateridos por el vientecillo que nos azota la cara, vamos cruzando pueblos: Saelices, Montalvo, Villar el Saz, Olivares. Bordeamos el cauce del Júcar rebosante por las lluvias invernales. En Valverde paramos un instante porque somos varios los que tenemos hambre y hay una casa en la que hemos comido a veces en nuestros viajes a Valencia. Por desgracia, la puerta está cerrada y es inútil que llamemos. O no hay nadie dentro, o no quieren abrir.

Igual nos sucede en Montilla del Palancar. Decidimos no probar suerte en más sitios y seguir sin detenernos hasta Valencia. Pero antes de llegar a Minglanilla tenemos que parar. Dos tenientes, un sargento y un soldado que tienen su coche a un lado de la carretera se ponen por delante para que nos detengamos. Se han quedado sin gasolina y quieren que les demos los litros suficientes para seguir la marcha.

—¡Imposible! Apenas nos queda la suficiente para llegar nosotros.

—¡Pues o subimos con vosotros, o aquí nos quedamos todos! —amenaza uno de los tenientes, agitando una granada de mano que parece dispuesto a arrojar contra nosotros.

Sus mismos compañeros, echándosele encima, consiguen quitársela. Tenemos que contener al mismo tiempo a varios de los que van en el camión dispuestos a contestar a tiros a la amenaza. Al fin se accede a que los cuatro suban al camión, aunque tengan que ir de pie y muy apretados.

Proceden del frente de Albarracín, de donde salieron por la mañana decididos a no entregarse. Son de Almería y quieren volver a su ciudad natal.

—Está lejos, desde luego; pero si llegamos allí tenemos

una barca para marcharnos a Oran.

Es posible que lo consigan, aunque resulta más que dudoso si en los demás frentes se ha producido la misma desbandada que en los del Centro. Pasado Minglanilla, al atardecer, iniciamos el descenso del puerto de Contreras. En una revuelta de la carretera, mucho antes de llegar al puente que cruza el Cabriel, hay una larga fila de coches detenidos. Pronto averiguamos lo que pasa. Un grupo de soldados al mando de un capitán están revisando la documentación de quienes pretenden seguir hacia Valencia.

—¡Orden terminante! ¡Sin salvoconducto no pasa nadie!

Los que van provistos de ellos no tienen más que mostrarlos para poder continuar. Tampoco tienen que detenerse los que, más previsores o más cobardes, llevan un pasaporte en el bolsillo. Ni yo, ni ninguno de los que vienen en el camión, podemos mostrar nada que se le parezca. Apeándose, varios discuten con los soldados. Yo prefiero dirigirme al capitán.

—¿Sabe usted lo que ocurre en Madrid?

—Ni lo sé, ni me importa. Esta misma tarde he recibido órdenes que tengo que cumplir.

—Por encima de las órdenes está la vida de toda esta gente —replico—. ¿Prefiere acaso que los fascistas nos fusilen a todos?

Discutimos un rato y consigo hacerle vacilar. Las órdenes estaban bien en otros momentos, cuando había que impedir que los evacuados regresasen a Madrid o a los pueblos cercanos al frente o cuando había que evitar la libre circulación del enemigo o la fuga de desertores. Ahora no hay que pensar en nada de eso. Los nacionales están en Madrid de donde hemos logrado salir por los pelos.

—¿Pero, los salvoconductos...?

—¿A quién íbamos a pedirselos? ¿A los fascistas que eran los únicos que quedaban cuando salimos?

Convencido a medias habla por teléfono con Valencia desde una casilla cercana donde tiene su puesto de mando. Vuelve serio y cejijunto, rascándose pensativo la barbilla. No sé con quién ha hablado, pero lo oído le sume en un mar de confusiones.

—No acabo de entenderlo —masculla—. Hace dos horas una cosa y ahora... Bueno, podéis seguir.

Vuelvo precipitadamente al lugar en que ha quedado el camión al tiempo que la caravana de coches detenidos se pone de nuevo en marcha. Cuando el camión en que viajo pasa por delante del capitán le veo discutiendo acaloradamente con uno de los sargentos. No oigo lo que dicen, pero resulta fácil imaginárselo. Ninguno de los dos acaba de entender lo que pasa, quizá porque se resisten a admitir la triste realidad de la derrota. Creo que a mí, en su puesto, me ocurriría igual.

Los soldados del batallón de retaguardia que vigilan el puente y la áspera subida del otro lado del río, no hacen intención alguna de detenernos. Llegamos a Villargordo cuando las primeras sombras de la noche se extienden sobre los campos. En las calles del pueblo hay bastante animación; un par de bares están abiertos y las luces encendidas en el interior de las casas. Me da la sensación de que la gente que nos ve pasar desde las puertas de sus viviendas consideran la situación semejante a la de ayer o a la de hace un año y que no piensan por lo más remoto que los nacionales pueden estar allí dentro de unas horas.

Confirmando esta impresión en Utiel y Requena primero, en Buñol, Chiva y Manises después. Aunque la carretera es un río de coches y camiones que corren en una sola dirección, los pueblos dan una extraña sensación de completa tranquilidad. No hay, al menos no lo parece, alarma, inquietud ni siquiera nerviosismo. Las calles están animadas y concurridas, los comercios abiertos y la gente forma grupos

en las aceras hablando animadamente.

—¡Increíble! —murmuro—. Esta tranquilidad cuando en Madrid...

Es un poco todavía el Levante Feliz que hace dos años formaba el más violento contraste con el Madrid asediado y hambriento. Entonces cabía la disculpa de que no habían sufrido directamente el dolor de la guerra, alejados ciento cincuenta kilómetros los frentes más próximos. Ahora, en cambio, ya conoce la angustia de los bombardeos aéreos y de la muerte sembrada a voleo en sus calles. Todos deberían saber ya que, hundidos los frentes, el enemigo puede llegar mañana o pasado; tal vez esta misma noche. Pero, aunque yo no lo crea...

—¿No será verdad lo del acuerdo secreto y las facilidades de evacuación para todos?

—¡Despierta, Guzmán! No hay acuerdo que valga, y tú debes saberlo. ¡Ay de los que no puedan, o no podamos, tomar un barco!

Mentalmente doy la razón a Antonio Rodríguez, que es quien habla. Aunque le conozco de vista hace años, son pocas las veces que hemos hablado. Jamás simpatizamos y últimamente me han contado cosas desagradables como explicación a su confinamiento en un batallón de fortificaciones o castigo. Como si adivinase lo que estoy pensando en silencio, precipitadamente da una explicación confusa de lo que le ha sucedido.

—Quise terminar de una vez con todos los fascistas infiltrados en nuestras filas. Y no me refiero a las confederales, sino a las de todos los partidos y organizaciones.

Desde el comienzo de la guerra ha sido enemigo encarnizado de utilizar a quienes fingían ponerse a nuestro lado para salvar la piel. Pero más que los militares de la U. M. E., que en general se portaban bien, le inquietaban otros.

Eran los individuos que, presos o detenidos, se ofrecieron como delatores y confidentes para conseguir la libertad. Reconocía que habían resultado muy útiles ayudando a la policía y al SIM para desarticular las organizaciones clandestinas y prender a sus jefes.

—Aun así, vivos y en libertad constituyen una grave amenaza.

Concentraba su odio en varios que habían servido de ganchos para llevar a sus camaradas a la emboscada de una falsa embajada montada por los servicios especiales del ministerio de la Guerra. Sólo por ello merecían que sus antiguos amigos los ahorcaran como traidores e indeseables. No obstante, cabía la posibilidad de que hubieran intentado cubrir sus antiguas debilidades, laborando en los últimos tiempos en las organizaciones de la quinta columna. De uno de ellos le constaba que había confeccionado una larga lista de nombres, apellidos, señas y domicilios de cuantos antifascistas habían actuado en los tribunales populares, en la policía y en el SIM y serían pocos los incluidos en ella que, de caer en manos del enemigo, librasen la piel.

—Uno de los primeros nombres era el mío —afirma.

Denunció lo que sabía, asegurando que era uno de los jefes de la quinta columna madrileña. Pero los organismos que le habían utilizado como confidente estaban muy satisfechos de sus servicios, que en agosto de 1938 continuaban considerando convenientes y provechosos. No sólo no quisieron hacer caso de sus denuncias sino que dijeron que Rodríguez era un tipo incontrolado, maniático y sanguinario que sólo soñaba con matar.

—Cuando, al final, quise ir personalmente por él, los policías que le protegían me detuvieron y por muy buenas componendas me mandaron a un batallón de castigo del que pude escapar anoche.

Es posible que sea verdad lo que me cuenta; también que

se trate de un comprensible intento de justificación personal. En cualquier caso ni sé nada del asunto ni tengo porqué darle o quitarle la razón; especialmente cuando la guerra llega a un desastroso final y sólo el azar nos ha reunido en el camión en que ambos conseguimos salir de Madrid.

Han dado las ocho cuando entramos en Valencia. Lo hacemos lentamente, formando parte de una larga caravana que no se mueve con demasiada rapidez. Mientras nos acercamos al centro de la ciudad, se produce una discusión. En tanto que algunos, impacientes o temerosos, quieren ir directamente al puerto y subir, aunque sea a la fuerza, al primer barco que zarpe, la mayoría somos partidarios de establecer rápido contacto con los elementos directivos y responsables de los diferentes partidos u organizaciones a que pertenecemos para enterarnos de lo que sucede, saber de los puertos de más fácil acceso y salida y recibir instrucciones para una rápida y ordenada evacuación.

Todo el centro de Valencia es un inmenso hormiguero humano en las primeras horas de la noche del 28 de marzo. Son muchos millares las personas llegadas desde la mañana y los que todavía continúan afluyendo. Ocupan por entero las aceras, se desbordan por las calzadas y hacen poco menos que imposible la circulación. Nuestro camión no puede pasar de la calle de San Vicente. Se queda allí, con todas las mujeres y los chicos que nos acompañan, amén de varios hombres armados, mientras los demás lo abandonamos para intentar establecer contacto con los elementos encargados de la evacuación.

Bajamos andando trabajosamente, abriéndonos paso a codazos hasta la plaza de Castelar. Es impresionante su aspecto, doblemente impresionante en una oscuridad, sólo rota por los faros encendidos de algunos coches y la luz que sale del interior de los edificios por puertas, ventanas o balcones. Son más abundantes los hombres, sin que esto

quiera decir que escaseen las mujeres. La gente se mueve nerviosa de un lado para otro, formando casi siempre grupos nutridos cargados con macutos, bultos o maletas y hablando a voces para poderse entender en medio de la general algarabía. Guardias de asalto, soldados de los batallones de retaguardia e incluso carabineros permanecen de guardia en medio de la muchedumbre. No creo que sean de ninguna utilidad, sin embargo, porque parecen todavía más desconcertados y confundidos que el resto de nosotros.

Igual que la plaza de Castelar están las cercanas calles de Ruzafa, Blasco Ibáñez, las Barcas, Salmerón, Pi y Margall y la Paz. Por todas ellas se anda con dificultad. Los coches y camiones parados junto a las aceras, incluso algunos blindados ligeros que sería difícil decidir quién ha traído hasta aquí y en torno a los cuales hay grupos de soldados o paisanos, entorpecen más aún el tráfico. Es frecuente el encuentro con amigos y compañeros. Abundan las conversaciones rápidas en que se pregunta a voces por el paradero de paisanos o camaradas, que en muchos casos no han podido llegar a Valencia.

Existe una confusión completa y nadie sabe exactamente lo que sucede. Parece que esta mañana salió un barco de Valencia y que en el puerto hay ahora mismo otro inglés que no quiere dejar subir a la gente. Pero todo esto oído de una manera rápida, puede ser o no cierto. En cualquier caso, la impresión predominante en la calle, lo que nos dicen al paso cuantos compañeros vemos y que llegaron a Levante antes que nosotros, es que habrá barcos de sobra en las próximas horas y que la evacuación de todos los que quieran irse está asegurada.

En la sede del Comité Nacional del Movimiento Libertario hay tanta gente que es difícil entrar y mucho más conseguir hablar con un compañero determinado. Lo mismo pasa en otros sitios. Al cabo de un rato, cansado de ir de un lado para

otro cargado con la maleta, me encamino a la redacción de *Fragua Social*, seguro de encontrar allí quien pueda orientarme. También aquí hay exceso de público ante el edificio, en el portal, en la escalera e incluso en la redacción. Consigo no obstante penetrar en el despacho donde se han encerrado para trabajar el director y uno de los redactores. Los dos son antiguos y buenos amigos. Manuel Villar ha sido director de *CNT* de Madrid antes de venir a Valencia; Félix Paredes, compañero mío durante años en las redacciones de *La Tierra* y *La Libertad*. Ambos me abrazan alborozados y satisfechos al verme.

—Temíamos por ti. Preguntamos a muchos que venían de Madrid y ninguno sabía de tu paradero. Algunos nos dijeron que no habías podido salir.

—Lo conseguí en el último momento —respondo sincero— porque me dejaron tirado. Llegué a Valencia hace media hora y no sé nada de lo ocurrido en toda la tarde. Supongo que vosotros podréis orientarme.

Lo hacen en forma rápida y escueta. Las radios y las agencias de información extranjeras dicen que los nacionalistas son dueños de Madrid desde el mediodía, aunque haya quienes afirman haber salido después. Parece también que han entrado en Guadalajara y avanzan por la Mancha y Andalucía sin encontrar resistencia. Sin embargo, no se dan toda la prisa que cabía esperar y la impresión general es que tardarán tres o cuatro días aún en alcanzar la costa mediterránea.

—¿Por acuerdo previo con el Consejo de Defensa? —pregunto escéptico.

—Seguramente, porque la evacuación de quienes consideran más comprometidos les ahorre no pocos problemas. Una represión con millares, tal vez cientos de millares de muertos, sería un desprestigio para el régimen naciente.

Es cierto que hoy mismo, a poco de llegar a Valencia, el coronel Casado ha dicho hablando con los miembros de la Comisión de Evacuación, que Franco ha dado su asentimiento tácito para que puedan marcharse cuantos antifascistas lo deseen. Pero, conforme ha tenido que reconocer a continuación, el pretendido acuerdo no está firmado y ni siquiera redactado. Que los franquistas avancen con prudente lentitud es una cosa y que nos den por su voluntad toda clase de facilidades para que embarquemos, otra completamente distinta.

—Y la prueba indudable de que así es la tenemos en la precipitada salida del propio coronel Casado.

—¿Cuándo y cómo llegó? —pregunto interesado.

—A media mañana, y en avión. Le acompañaban algunos militares y los miembros del Consejo Nacional que aún estaban en Madrid, excepto Besteiro. Parece que confiaban en que los fascistas no entrasen en la ciudad hasta mañana y el hundimiento repentino y total del frente cercano les cogió desprevenidos.

Pienso que bien pudo ser así, aunque después de radiar la nota de alzar bandera blanca debieron estar preparados para lo peor. Por fortuna, y según mis interlocutores, tanto en Madrid como en Valencia se han preocupado con éxito de lo fundamental en estos instantes: la evacuación.

—Han contratado barcos suficientes para que salgamos todos.

Pese a la profunda desmoralización existente en toda la zona, a la seguridad que la disolución espontánea del ejército del Centro tardará pocas horas en repetirse en los demás, confían en que podamos escapar de la ratonera todos los atrapados en ella. A media tarde habló Paredes con Forcinal, el miembro más dinámico y activo de la Comisión Internacional de Ayuda y Evacuación y le encontré optimista y contento.

—Acababa de hablar con París y aseguraba que esta noche y mañana llegarán los barcos.

En realidad, ya han llegado algunos barcos. En el puerto de Valencia hay ahora mismo un mercante inglés que aunque se resiste a dejar subir refugiados a bordo tendrá que acceder a ello. En Cartagena está dispuesto para partir el *Campillo* y del puerto valenciano salió hace unas horas el *Lezardieux*, con más de quinientos antifascistas y con rumbo a Oran.

—¿Y sabes una cosa curiosa?... Navarro Ballesteros, que ya había subido a bordo, bajó a tierra para ceder su plaza a Salado, que estaba asustado, y esperar otro buque.

Se trata de dos periodistas amigos. Manuel Navarro Ballesteros ha dirigido en Madrid *Mundo Obrero*; Luis Salado, *La Voz*. Conociéndoles, no me sorprende el gesto generoso del primero ni el nerviosismo del que ahora estará llegando a un puerto argelino.

Villar me habla de los compañeros de profesión madrileños que han llegado a Valencia en el curso de esta agitada jornada. De *Castilla Libre* ha charlado con Nobruzán y Mariano Aldabe; de *CNT* con García Pradas y Asele Plaza.

—Pradas andaba preocupado por ti y preguntaba a todos los compañeros. Se alegrará de saber que llegaste al fin.

Lo creo. Pradas y yo nos conocemos hace ocho años, hemos trabajado juntos en la redacción de *La Tierra* y durante casi toda la guerra —él en un periódico confederal de la tarde y yo en uno de la mañana— luchamos por la misma causa con parecidos argumentos e idéntico entusiasmo. Esperaba haberle encontrado en Defensa de Madrid esta mañana, y acaso fue su ausencia lo que más me sorprendió. Cuando se lanza o se repite la consigna de «o nos salvamos todos o perecemos todos», hay que dar el ejemplo.

—Seguro que le agradará verme —replico—, aunque acaso le guste menos lo que haya de decirle.

—Vente conmigo —indica Villar—. Tengo que verle a él, a Val y a Casado para saber a qué atenernos.

En *Fragua Social* han estado trabajando toda la tarde; aunque interrumpidos por frecuentes visitas, tienen escrito y compuesto más de la mitad del periódico. Sin embargo, a las nueve de la noche no saben todavía con certeza si se publicará o no el número correspondiente a la mañana siguiente.

—Es poco más o menos lo que me sucedió a mí anoche —contesto—. La única diferencia es que aquí el enemigo no está a medio kilómetro.

—Pero es probable que cuando queramos darnos cuenta lo tengamos a menos de medio metro.

Aunque hasta esta mañana los frentes de Levante se mantenían inalterables, es difícil saber lo que puede haber sucedido esta tarde. Si desde hace días y especialmente a partir de la noche del domingo existe una desmoralización general, la caída de Madrid y la llegada de varios millares de fugitivos de la capital y de sus alrededores ha acentuado el clima de descomposición, sembrando un terrible confusionismo. Son muchos los que todavía dan órdenes, pero escasos quienes las cumplen. Como sucede en todos los partidos y organizaciones antifascistas, los comités libertarios han sido desbordados por los acontecimientos y nadie sabe lo que puede suceder dentro de una hora.

—Sólo una parte del Consejo Nacional de Defensa parece conservar un resto de serenidad.

Con Casado están muchos jefes militares desde Matallana, jefe del Estado Mayor del Ejército republicano, al general Menéndez, que manda el de Levante. También los consejeros republicanos, socialistas, ugetistas y libertarios. Se hallan reunidos en sesión permanente, en contacto con la Junta Internacional de Evacuación y celebrando conferencias constantes con Francia.

—Nos han citado a esta hora a los informadores de los periódicos y de la radio para darnos instrucciones concretas.

Le acompaño aunque no sea de los convocados. Hasta esta mañana dirigí en Madrid un periódico que hoy precisamente publicó su último número y que seguramente no volverá a aparecer. Por importante que sea lo que nos digan —y lo será, porque de ello depende la vida de muchos, incluida la mía—, no tendré dónde publicarlo. En realidad, mi carrera profesional ha terminado, por lo menos en España.

En las calles parece haber aumentado la gente y se circula con dificultad creciente. Por suerte vamos cerca, aunque en recorrer unos centenares de metros tardamos quince o veinte minutos. Marchamos a un amplio edificio cercano a la plaza de Castelar, ocupado por la comandancia de la Agrupación de Ejércitos de la zona Centro-Sur.

—Encontraremos a mucha gente —dice Villar cuando llegamos a la puerta—. Entre otros, Val, Salgado y Pradas que no se apartan de Casado, y hacen bien. Creo que incluso andan por aquí Mera, Valle, Luzón y Verardini.

Los soldados de guardia tienen que esforzarse para mantener alejados de las puertas a muchos de los que pretenden entrar. Podemos pasar no sin que Villar haya de mostrar una contraseña de que va provisto y yo mi carnet como director de *Castilla Libre*. De cualquier forma, dentro hay demasiada gente en el portal, en la amplia escalera y en todos los despachos. En su inmensa mayoría de uniforme, sin que por ello escaseen los civiles. Conocemos a muchos, confederales unos; republicanos, socialistas e incluso comunistas los demás.

En el rellano del primer piso nos damos de cara con Mancebo y Amil. Anoche hablé con ellos en Madrid. Se alegran de verme porque al parecer se ha extendido la noticia de que no había podido abandonar la ciudad sitiada durante tantos meses.

—Nosotros salimos con dificultad esta mañana. Ahí tienes a Pradas y Salgado que preguntan a todos por ti.

No entro a verlos, de momento, porque Villar ha entrado en un salón de la derecha donde distingo al coronel Casado hablando con un grupo de informadores locales. Me acerco interesado por oír lo que dice y descubro que en el salón están también, aparte de algunos militares, varios de los miembros del Consejo Nacional de Defensa. Concretamente Wenceslao Carrillo, San Andrés y Eduardo Val. También un caballero francés, Forcinal, que parece llevar personalmente la dirección de la Junta Internacional de Ayuda y Evacuación.

—La situación es grave, muy grave —dice Casado—. Pero con serenidad, disciplina y sentido de responsabilidad en todos, aún puede evitarse lo peor.

Lo peor es, naturalmente, la desmoralización general, la desesperación que puede engendrar un pánico colectivo que nos suma en el caos. Hasta ahora, según él, las cosas marchan medianamente bien. El enemigo cumple su compromiso tácito y no pretende impedir la salida de España de quienes deseen expatriarse. Salvo el Ejército del Centro que, debido a circunstancias muy especiales, se ha disuelto como un azucarillo en un vaso de agua, los demás —Levante, Andalucía y Extremadura— cumplen disciplinadamente las órdenes recibidas. Los dos últimos se retiran sin combatir en los puntos en que avanzan sus oponentes. De cualquier modo, su avance es lento y tendremos tiempo de sobra. Como demostración plena indica que Ciudad Real —con cuyo gobernador civil acaba de hablar— está en completa calma y en manos de las fuerzas republicanas.

—La evacuación está garantizada. Varios barcos salidos ayer y hoy de Marsella, Cette y Argel llegarán esta misma noche, si no han llegado ya, a Valencia, Alicante, Cartagena y Almería. Otros les seguirán mañana. Las personas que se consideren en peligro en el frente y la retaguardia podrán

embarcar sin entorpecimiento alguno. Lo fundamental es que nadie pierda la cabeza y todos cumplan al pie de la letra las instrucciones que se dicten, plenamente seguros de que sobrarán tiempo y barcos.

Mientras *monsieur* Forcinal y un diputado francés que lo acompaña —Charles Tillon— ratifican y amplían lo que acabamos de oír respecto a los anhelados transportes marítimos, Casado abandona el salón para meterse en un despacho disculpándose con la precisión de resolver una serie de asuntos urgentes.

—Bueno —dice Villar disponiéndose a volver a la redacción—. Parece que mañana saldrá todavía el periódico.

—No te fíes, por si acaso —le aconsejo—. Algo parecido oí yo anoche y si me descuido me quedo en Madrid.

Vuelvo hacia la escalera para buscar la habitación en que deben estar Pradas y Salgado. No tengo necesidad de entrar porque ambos salen a mi encuentro, con muestras inequívocas de alegría al verme.

—¿Sabes ya lo de Mauro? —pregunta Pradas.

—No. Me separé de él pasadas las once de la mañana en la calle de Juan Bravo y desde entonces...

—Le han matado. Le estaban esperando cuando llegó a su casa. Quisieron detenerle y se resistió. Le acribillaron a balazos, pero creo que incluso caído en el suelo siguió disparando hasta agotar el cargador de la pistola.

Me duele la noticia, como me dolió saber que Franch había muerto en Tarancón. Son dos compañeros y amigos con los que esta mañana hablé de la difícil salida de Madrid, y los dos están muertos.

—Lo siento —respondo sincero—. Pero vosotros debéis sentirlo más aún porque en cierto modo sois los culpables de su muerte.

—¿Nosotros, por qué? —protestan a un tiempo.

Se lo digo con toda claridad y crudeza. Fue como yo al

Comité Regional de Defensa confiado en encontrar allí medios para salir de Madrid y no halló a nadie. Después acudimos a la Federación Local donde tampoco había nadie. Yo pude tomar un camión poco menos que en marcha; pero Bajatierra, cuarenta años más viejo, cansado, aplastado moralmente por la derrota, prefirió quedarse para que le mataran.

—De haberle esperado, de no encontrarse solo y abandonado a su edad, seguro que estaría en este momento con nosotros.

Dolidos por mis palabras contestan acalorados. No tenían la menor idea de que Mauro fuese esta mañana por Defensa; creían que saldría de Madrid en el mismo coche que utilizaba a diario para visitar los frentes y que no tropezaría con muchas dificultades viviendo relativamente cerca de las Ventas, camino obligado para dirigirse a Valencia. En cualquier caso, cuando Val y Salgado tuvieron que acudir precipitadamente a Barajas para hablar con Casado, dejaron a varios compañeros encargados de recoger a quienes acudieran en el último minuto.

—Lo que no podía pensar —se disculpa Salgado— es que se largaran en cuanto diésemos media vuelta.

—Yo no quise apartarme un minuto de Casado por mandato de la organización —añade Pradas—. No queríamos que hiciese lo mismo que Miaja.

Ante mi gesto de sorpresa por las últimas palabras, explica que Miaja, olvidando las responsabilidades del cargo que ocupaba y sin preocuparse de nada ni de nadie, se ha marchado de España en avión. Dado lo dramático de las circunstancias, el Consejo no ha creído oportuno ni conveniente divulgar la desmoralizadora noticia.

—Casado, por fortuna, es todo lo contrario —añade—. Está luchando con uñas y dientes por salvar cuanto se pueda salvar. Aunque sea a costa de su propia vida.

No comparto su opinión, pero no es momento ni ocasión para discutirla. Tiempo habrá de hacerlo, si vivimos lo suficiente; como tendremos que discutir no poco sobre la orden de izar bandera blanca radiada en la tarde del domingo, causante directa de la profunda desmoralización que hundió en treinta y seis horas el frente y la retaguardia madrileña.

—Quédate con nosotros. Así podrás comprobar que no dejamos tirado a ningún compañero mientras nos salvamos nosotros.

Acepto desde luego. Estoy cansado, molido por el viaje, hambriento y con sueño atrasado. Me gustaría poder tumbarme a dormir una horas. Rechazo sin vacilaciones la tentación. Si anoche en Madrid pudo tener para mí las peores consecuencias, aún podría resultar más desastroso si lo hiciera en Valencia ahora. Me espabilaría con sólo mojarme un poco la cara.

—Ahí tienes un lavabo. Si quieres afeitarte de paso, puedes hacerlo. Yo lo hice a media tarde. La maquinita y la brocha son mías.

Me encuentro mucho mejor tras los diez minutos que empleo en afeitarme y lavarme a toda prisa. Cuando vuelvo al despacho, Salgado está discutiendo con Valle, comisario de la XIV División. Con gesto indignado le oigo:

—¡No y mil veces no! Vosotros debíais ser ejemplo de serenidad y disciplina. Lo que pretendéis...

No termina la frase; quizá porque prefiere dejar el final en el aire o porque me ha visto entrar. Voy a preguntarles por qué discuten cuando una puerta que da a otra habitación se abre y en el umbral aparece Luzón, comandante de una brigada en el frente de Guadalajara, muchas veces herido a lo largo de la guerra. Pregunta impaciente dirigiéndose a Valle:

—¿Acabas de una vez, pelmazo? Cipriano dice que si

continúas hablando...

Al advertir mi presencia se acerca para darme una palmada amistosa en la espalda:

—¡Hola, Guzmán! ¿Vienes con nosotros, eh?

—No —se anticipa Salgado a contestar—. Por fortuna para él, no está tan loco como vosotros.

Luzón se queda un momento pensativo y desconcertado. Valle abandona el despacho para meterse en la habitación. Me fijo en este momento que Luzón, que está en mangas de camisa, tiene una corbata en la mano. Mirando a través de la puerta que ha dejado abierta distingo a Mera, Verardini, Gutiérrez y Liberino que están cambiándose de ropa.

—¡Déjalos! —grita uno a Luzón—. Si no quieren, peor para ellos.

Luzón nos mira vacilante. Luego, encogiéndose de hombros, traspasa el umbral y cierra la puerta a su espalda. Me vuelvo en gesto de muda interrogación hacia Salgado, que me explica:

—¡Están locos! Se han empeñado en que hay cerca de Valencia un campo donde están camuflados unos aviones de caza y quieren ir por ellos.

—¿Camuflados por quién?

—No sé si los comunistas o los fascistas; pero desde luego es una fantasía delirante.

Es posible que lo sea porque la terrible impresión de la derrota nos ha trastornado a todos. No obstante, se me antoja bastante raro que a estas alturas pueda nadie haber escamoteado unos aviones y tenerlos escondidos para servirse de ellos en el sentido que sea; tampoco acabo de comprender que para ir a buscarlos tengan que vestirse de paisano.

—Dicen que de militar llamarían demasiado la atención de quienes custodian los aparatos.

Añade que Val y Pradas quieren hablar conmigo y me

esperan en un despacho del piso inferior. Bajo y los encuentro hablando y discutiendo con varios compañeros de Madrid.

—Queremos que puedan salir de España todos los antifascistas que lo deseen —explica Pradas—. Pero hemos de preocuparnos esencialmente de los nuestros y sobre todo de la militancia del Centro.

Es natural y lógico que así sea. Republicanos, socialistas y comunistas hacen lo mismo con los suyos. Si, como se espera, hay barcos de sobra, magnífico; pero de no haberlos, conviene no dormirse para no ser, como de costumbre, los sacrificados.

—Baztán ha salido ya hacia Cartagena para procurar que embarquen los compañeros de allí y los que vayan llegando. Mancebo marchará dentro de un rato a Alicante. Amil está en contacto permanente con el Comité Regional para que todos los compañeros de Madrid salgan sin perder un solo segundo para el lugar en que sea más conveniente.

—¿El puerto de Valencia?

Mueve la cabeza en gesto dubitativo. Aunque todavía esperan convencerlo, el capitán del buque inglés que se encuentra en el puerto desde hace muchas horas se niega a embarcar a nadie e incluso a descargar rápido. Está en contacto por radio con un crucero británico que navega muy cerca de la costa y amenaza con su intervención si se pretende forzarle.

—En este momento debemos evitar incidentes que pudieran entorpecer la evacuación.

Me pregunta si he cenado y respondo que ni siquiera desayunado. Indica dónde puedo saciar el hambre, donde lo hará él mismo dentro de media hora. En esta misma calle, al otro lado de la calzada, hay un comedor colectivo atendido por soldados del Cuerpo de Tren en el que se están sirviendo comidas todo el día a cuantos lo desean.

—Preferimos que la gente se coma los pocos víveres que quedan antes de que los fascistas se apoderen de ellos.

Lo dice el comandante Blanco, jefe de una unidad del Cuerpo de Tren en el ejército de Levante, que salió en el último minuto de Gijón cuando la pérdida del Norte. Es quien ha organizado esta masiva distribución de alimentos entre los que llegan a Valencia con hambre en estas horas febriles.

—Vete con él. Nosotros bajaremos dentro de unos minutos.

Bajo con Blanco, pero no me meto en el comedor donde está terminando de cenar una veintena de personas. Antes necesito buscar y hablar con los compañeros de Vallehermoso que me trajeron desde Madrid en su camión. Es probable que ya estén en contacto con el Comité Regional del Centro y sepan lo que tienen que hacer. Pero yo tengo la obligación ineludible de decírselo cuanto antes, por si acaso.

—Bueno, pero no te descuides —me aconseja Blanco—. A las once será el último turno y si te retrasas...

Lejos de disminuir, sigue en aumento la multitud que llena todas las calles céntricas. Constantemente llegan a Valencia nuevos coches con soldados de los frentes del Centro o Levante y campesinos de Cuenca, Toledo, Ciudad Real o Albacete. Muchos, que han ido directamente al puerto, vuelven descorazonados por la muchedumbre que llena los alrededores y la negativa del capitán del buque inglés a dejar subir a nadie. Impidiendo que la gente lo tome por asalto, hay varias filas de guardias y soldados para que nadie pueda acercarse demasiado.

Encuentro el camión donde lo dejamos hora y media antes. En su interior varias de las mujeres y los chicos descabezan un sueño. En la cabina, echado sobre el volante, dormita el chófer. A unos pasos de distancia, un grupo en que figura el secretario del Ateneo. Ya están enterados de lo que yo iba a decirles. Han hablado con los diversos comités

confederales, especialmente con Amil, Gallego Crespo y Cecilio Rodríguez que llevan el peso de la organización madrileña en estos momentos y cualquier orden que se de llegará a ellos, como a otros grupos militantes, sin pérdida de minuto.

—¿Y los heridos?

—Bien. Irán con nosotros.

Quiere conocer mis impresiones y se las doy con absoluta sinceridad. Todos parecen convencidos de que la evacuación no tropezará con grandes obstáculos; que llegarán barcos en número suficiente, aunque en estos momentos no haya ninguno en que podamos embarcar. Pero por encima de la suerte personal de cada uno de nosotros está el desastre y la certidumbre de no haber sabido aprovechar una oportunidad que no volverá a presentarse.

—¿Qué hay de los pasaportes?

Comprendo el sentido de su pregunta. Algunos partidos hace ya tiempo, en previsión de la derrota, proveyeron de pasaportes a sus militantes. Nosotros, no; entre nosotros el simple hecho de tramitar o pedir un pasaporte presuponía una actitud derrotista. Ni mis interlocutores ni yo lo tenemos.

—No importa —respondo sincero—. En definitiva, el problema ahora no es de pasaportes, sino de portes.

Son las once y veinte cuando regreso a la delegación del Cuerpo de Tren donde debo cenar. Al entrar en una habitación grande, con una mesa larga en el centro, me cruzo con Pradas al que han llamado con urgencia antes de concluir su yantar. Los demás están en la mitad de la cena.

—Si tardas media hora más —bromea Blanco—, no pruebas bocado.

Me siento en el lugar dejado vacío por Pradas y paseo la vista por la concurrencia. Somos quince las personas reunidas en torno a la mesa, si bien dos de ellos se marchan a los cinco minutos de mi llegada. Conozco a la mitad, pero

el resto me son desconocidos. A mi izquierda tengo a Asele Plaza, redactor jefe de *CNT*; a mi derecha al coronel republicano Navarro, al que me parece no haber visto desde los primeros meses de la guerra; a su lado, Álvaro Gil, comandante de batallón en la 70 brigada y héroe del Pingarrón; más allá el también comandante Blanco y su comisario, socialista. Está también un muchacho joven, hijo de Salgado, un capitán, dos tenientes y varias personas más a las que conozco de vista, pero no recuerdo sus nombres. Empiezo a comer con rapidez tratando de compensar el adelanto que los demás me llevan.

—¡Eh, Guzmán!, ¿qué te parece el banquete? —pregunta Blanco, que hace allí las veces de anfitrión.

—¡Opíparo! —respondo en el mismo tono—. Hacía cerca de tres años que no comía así.

Es cierto. La cena, dada las privaciones y la sobriedad a que hemos tenido que acostumbrarnos en el Madrid asediado, resulta suculenta, aunque quizá influya en mi parecer el hecho de ser lo primero que ingiero desde hace veintisiete o veintiocho horas.

—Lo celebro. No querría que os quedaseis con hambre en lo que puede ser nuestra última cena.

—¡Vaya si puede ser la última! —ríe Gil—. Si alguno es supersticioso lo siento por él, porque somos trece en este momento.

—¡Bah! Con tal de que entre los trece no haya un judas...

—¡Imposible! Un judas nos habría traicionado ya...

—¿Crees —pregunto amargado— que nos ha traicionado ya poca gente?

En el momentáneo silencio que sigue a mi pregunta suenan doce campanadas en el reloj de la pared.

II

MIÉRCOLES, 29 DE MARZO

En las calles aumenta por momentos el gentío. Nuevas oleadas de fugitivos llegan constantemente a Valencia procedentes de los pueblos cercanos o de los frentes remotos. Son muchos ahora los camiones cargados de militares —oficiales, soldados y algún comisario— parados ante los centros oficiales o las sedes de los partidos y las organizaciones. Incluso una sección de blindados ligeros cruzan la plaza de Castelar, abriéndose trabajosamente paso entre la muchedumbre.

Aunque el alboroto de ruidos y gritos sigue siendo el mismo, es fácil advertir un cambio sensible en la multitud. Si hace cuatro horas esperaba con relativa calma instrucciones y directrices, pasada la medianoche las reclaman a voces con nerviosa impaciencia. Aquí y allá, surgen exclamaciones o protestas que hallan inmediato eco en la multitud:

—¡Estamos cansados de esperar...!

—¡Qué nos digan de una vez dónde están los barcos...!

—¿Vamos a seguir aquí cruzados de brazos hasta que

lleguen los «fachas»?

Procedentes del puerto regresan varios camiones con hombres y mujeres excitados y coléricos. Vuelven rabiosos porque las fuerzas enviadas por el Consejo no les dejan acercarse al barco inglés que sigue sin permitir que nadie suba a bordo. Una mujer, chillando a voz en cuello, acusa frenética:

—¡No nos dejan subir porque lo tienen preparado para marcharse ellos...!

Aunque no dice quiénes son «ellos», es fácil imaginárselo. Por si alguien lo duda, tres individuos de pie en el techo de un coche aparcado junto a la acera improvisan una especie de mitin relámpago. Gritan a coro:

—¡Atención, camaradas! La Junta de Casado, la de la paz honrosa, quiere entregarnos al fascismo para que...

Un clamoreo de voces airadas les impiden seguir. Enfrentándose con ellos un teniente les increpa:

—¡Estáis haciendo el juego a la quinta columna...!

Los del coche pretenden hacerse oír. Uno de ellos, con una pequeña bocina en la mano, se la acerca a la boca para chillar:

—¡Camaradas! ¡Los traidores de la Junta...!

No puede continuar. Alguien, que le ha cogido de una pierna, lo arrastra fuera del coche. Grupos airados se precipitan sobre ellos.

—¡Cuidado, camaradas! ¡Son agentes provocadores...!

—¡Muera la quinta columna...!

—¡Acabad con esa canalla...!

Los que pretendían hacerse oír se tiran del techo del coche para tratar de escabullirse entre la muchedumbre. ¿Son en realidad agentes provocadores, miembros de la quinta columna que consideran llegado el momento de entrar en acción? Lo dudo, porque tendrían que estar locos para hacerlo en este momento, exponiéndose a ser destrozados

por los miles de antifascistas desesperados que llenan el centro de la ciudad. Más probable es que se trate de una célula comunista que en un movimiento audaz trata de canalizar la cólera general contra los miembros del Consejo de Defensa. Aunque en realidad no sabría decir qué puede resultar en estas circunstancias más peligroso y amenazador.

—La cosa está francamente fea —reconoce preocupado Félix Paredes, al que veo minutos después en la redacción de *Fragua Social*—. No llegan los barcos anunciados, el cabrón del capitán inglés continúa negándose a dejar embarcar a nadie y a medida que pasan las horas van encrespándose los ánimos. Si por la mañana seguimos igual, no sé lo que puede pasar.

Es la opinión predominante en la redacción donde constantemente entra y sale gente, deseosa de saber algo o ansiosa por comunicar las noticias y los bulos más disparatados. El periódico del día siguiente está ya confeccionado y a punto de entrar en máquinas, aunque nadie está muy seguro de si llegará a salir. Los redactores continúan allí dispuestos a cumplir las órdenes que reciban.

—Lo malo es que una situación así no puede prolongarse indefinidamente. Y menos cuando el ejército y los frentes de Levante, perfectamente disciplinados hasta esta tarde, parece que empiezan a desmoronarse.

De cualquier forma no creen que el final esté a la vista ni sea cuestión de pocas horas. Pudo suceder en Madrid, donde los frentes estaban dentro de la misma ciudad y la quinta columna había podido organizarse con los numerosos grupos refugiados en las embajadas. En Valencia los frentes están a cuarenta kilómetros y la población ha sido siempre liberal, republicana y sindicalista.

—En estos momentos están en las calles millares de antifascistas de toda la zona, armados en su mayoría y al borde de la desesperación. De no ser un ejército regular con

armas pesadas, quien pretendiera enfrentarse abiertamente con ellos lo pasaría mal.

Todo esto resulta perfectamente razonable y lógico. Pero cuando concluye una guerra como la nuestra, en los últimos momentos no existe lógica ni razón que valga. Es posible todo, pero especialmente lo peor para los derrotados.

Mariano Aldabe, de edad indefinible, débil de complexión y agudo de ingenio, ha sido hasta anoche redactor de *Castilla Libre*. Salido de Madrid de madrugada con algunos miembros del Comité Regional, está en Valencia desde el mediodía. No confía demasiado en que podamos embarcar porque no se fía poco ni mucho de las democracias y esencialmente de los ingleses.

—Nos han estado traicionando toda la guerra y no van a ayudarnos ahora cuanto tanto les interesa ponerse a bien con Franco, Hitler y Mussolini.

Aún no ha terminado de hablar cuando llega jadeante en su busca uno de los que vinieron con él desde Madrid. Trae una noticia que produce cierta conmoción en cuantos la escuchan:

—En Alicante acaba de entrar un barco grande. Vamos a salir inmediatamente para allá.

Aunque Aldabe hace un gesto de profundo escepticismo al oírle, se marcha en su compañía. Varios de los que andan por la redacción corren también a dar la buena noticia a compañeros que les aguardan en uno u otro lado. Yo no estoy muy seguro de que sea cierto. Manuel Villar tampoco.

—Es posible que sea verdad —comenta— y que se trate del primero de los barcos anunciados que llega. Pero también que no pase de ser una maniobra para que marchen hacia allá los más impacientes y alborotadores.

Tratamos de hablar con Alicante desde la redacción y no lo conseguimos. Lo hacemos en cambio con la Federación Local de Valencia y el Comité Regional de Levante. Les han dado la

noticia igual que a nosotros, pero no han podido confirmarla. Parece que igual les sucede a republicanos y socialistas.

—Antes de hacer nada, esperad que podamos confirmarla. Daremos instrucciones en cuanto sepamos si tienen fundamento.

Esperamos un buen rato inútilmente. Son muchos los que entran en la redacción o telefonean ansiosos por saber lo que haya de cierto en la noticia que ya circula por toda Valencia. Las constantes llamadas bloquean los teléfonos de *Fragua Social* y nos impiden llamar a ningún lado. Al fin, cerca ya de las dos de la madrugada, Villar marcha al Comité Regional y Paredes viene conmigo a la comandancia del grupo de ejércitos donde continúa la mayoría de los miembros del Consejo Nacional de Defensa. Ambos quedan en verse de nuevo en un punto determinado cuarenta minutos después para proceder de acuerdo con los informes y las instrucciones recibidas.

En las calles parece haberse acentuado el nerviosismo de una hora antes. Algunos coches inician la marcha hacia la carretera; en otros, así como en no pocos camiones, están cargando apresuradamente bultos y maletas para salir hacia Alicante. Numerosos grupos discuten acaloradamente la decisión a tomar. Una mayoría es partidaria de dirigirse a cualquier punto en que haya posibilidad de embarcar. Pero...

—¿Quién nos garantiza que podamos hacerlo en Alicante?

La misma duda que algunos expresan a voces nos preocupa también a nosotros. Mentalmente voy dando vueltas a la posibilidad esbozada por Villar de que pueda tratarse de una maniobra para descongestionar las calles de Valencia de los más impacientes. La hipótesis me contraría por dos motivos diferentes: que no haya tal barco y que quienes tienen sobre sus hombros la pesada carga de salvar al mayor número posible de antifascistas sean capaces de utilizar métodos reprobables en cualquier circunstancia y más

en las dramáticas por que atravesamos.

—Desde luego es cierto que hay un barco grande en el puerto de Alicante —nos confirma Álvaro Gil con quien nos cruzamos en la puerta del edificio—. Voy a buscar a unos compañeros que me esperan y salir para allá. Si queréis venir alguno, creo que hay sitio en el coche.

Ni Val, ni Salgado, ni Pradas están en ninguno de los dos despachos en que conversé con ellos hace un par de horas. Se encuentran dentro del edificio desde luego, pero llevan un rato encerrados con Casado, Carrillo y San Andrés y los miembros de la Comisión Internacional de Evacuación, hablando de los barcos que están en camino y de hacia dónde deben dirigirse cuantos pretenden salir de España. Me lo dicen el hijo de Salgado y el secretario de Val.

—Quieren que no salgas de nuevo a la calle y les aguardes aquí —añaden.

Tienen encargo de hacer la misma indicación a Asele Plaza, que salió hace un rato para ver a no saben quién, quedando en volver pronto.

—Probablemente habrá ido a charlar con algunos hermanos —dice el secretario de Val con una sonrisita—. Ya sabes que Asele...

Sé perfectamente lo que quiere dar a entender. No es la primera vez que oigo insinuar que Asele tiene muchos amigos entre los masones. No ignoro tampoco que en la CNT existe cierta prevención contra ellos y que más de uno ha sido dado de lado por el simple hecho de serlo. Pero sea o no masón —en lo que no tengo por qué meterme—, Plaza es un hombre inteligente, republicano de siempre, que se ha comportado con decisión y lealtad a lo largo de la guerra, realizando una labor meritoria como redactor-jefe de *CNT*.

Para Félix Paredes no tienen ningún recado. No lo necesita, en realidad. Le basta con la confirmación plena de la llegada de un buque al puerto de Alicante. Además...

—Oí cómo Val informaba inmediatamente a los distintos comités de la organización. Incluso escribí a máquina por indicación suya una nota diciéndoles lo mismo, que un motorista se encargó de llevarles.

Paredes marcha a reunirse con Villar y yo aguardo impaciente que acabe la reunión del Consejo con la Comisión Internacional de Evacuación. ¿Se sabe algo de Mera, Luzón, Valle y compañía?

—Ni palabra. Salieron hace más de dos horas y no tengo idea de por dónde diablos pueden andar.

Cinco minutos después entran en el despacho Aselo Plaza y el coronel Navarro. Aunque vienen juntos parece que se han encontrado en el rellano de la escalera. El coronel lleva un simple maletín; Plaza tiene ya su maleta en esta habitación junto a la mía y otras cuatro o cinco.

—La cosa se complica —dice Navarro—. Parece que surgen dificultades para que los barcos que esperábamos vengan al puerto de Valencia.

Es una noticia nueva y desagradable tanto para Aselo como para mí. Miramos en gesto de interrogación al coronel, que explica:

—Creo que es una mala faena del capitán del buque inglés. Ha hablado por radio con otros dos buques británicos que venían hacia acá, aconsejándoles que den media vuelta o se dirijan a Cartagena.

El individuo en cuestión puede ser un fascista o simplemente alguien que quiera hacer méritos a los ojos de los vencedores. En cualquier caso, no sólo continúa negándose a que suba nadie al barco que manda, sino procurando que no lleguen otros buques. Cabe incluso que actúe así impulsado por el temor de que la gente que llena los muelles pueda en cualquier momento arrollar a los guardias y soldados que la mantienen a distancia.

—¿Qué podemos hacer?... Nada prácticamente, porque si

hiciéramos lo que debemos, Inglaterra aprovecharía el pretexto para impedir la salida de un solo republicano.

La inquietante noticia no tarda en ser totalmente confirmada por Salgado que viene al despacho apenas terminada la reunión que estaban celebrando. Está indignado con el capitán inglés que tras estarlos toreando todo el día parece haberse quitado la careta con sus mensajes a otros barcos que se disponían a entrar en el puerto.

—Con arreglo a las leyes de cualquier país en guerra —añade—, podríamos detenerle y hasta fusilarle. Desgraciadamente, no haremos nada porque a estas alturas resultaría contraproducente para lo que ahora nos importa por encima de todas las cosas: la evacuación.

Este ha sido el criterio de los componentes de la Comisión Internacional que finalmente aceptaron los miembros del Consejo de Defensa. Por fortuna, si incluso en lo malo puede haber una parte buena, este desgraciado asunto tiene una parte tranquilizadora.

—Saber que la promesa de la pronta llegada de numerosos barcos no es un cuento chino, sino que ya navegan cerca de nuestras costas.

Que la argucia del capitán inglés haya retrasado la entrada en Valencia de dos de ellos carece de importancia, porque avisada radiotelegráficamente la compañía armadora les ha ordenado dirigirse a Cartagena en dirección a la cual llevan navegando unas horas. Se trata de la Mid-Atlantic, una sociedad francesa formada con capital español que lleva algún tiempo realizando todas las operaciones de importación y exportación en nombre de Campsa-Gentibus.

—El Consejo tenía muchas dudas acerca de la Mid-Atlantic porque en su constitución intervino el partido comunista francés, aunque con dinero español, y porque Trifón Gómez, que marchó a Francia para organizar la venida de barcos que asegurasen la evacuación, tropezó con serias dificultades

para llegar a un acuerdo con los dirigentes de la misma.

Aunque en los últimos días habían dado su plena conformidad al envío de sus barcos —que en realidad pertenecían al gobierno de la República— cabía toda suerte de desconfianzas. Ahora ya no. Los buques prometidos habían salido en las fechas acordadas y se dirigían a los puertos convenidos de antemano. Porque, aparte de los dos que debieron entrar esta noche en Valencia y que no entraron —temerosos de ser asaltados por una muchedumbre incontrolada de facinerosos que se habían adueñado del puerto, según aviso confidencial del capitán inglés—, había otros varios en camino.

—Concretamente, el *Marítima*, un buque de nueve mil toneladas, perteneciente a la Mid-Atlantic, que hace hora y media atracó en el puerto de Alicante.

—¿Y los demás?

—Dos están camino de Cartagena; en Almería entrará otro esta noche, si no ha entrado ya; uno más estará por la mañana en Valencia. Sin contar que desde Oran y Argel han salido otros dos buques con destino a Alicante.

La evacuación, que era el problema más urgente para el Consejo de Defensa, está asegurada plenamente. Los barcos de la Mid-Atlantic garantizan que ni un solo antifascista que se considere en peligro tendrá que quedarse contra su voluntad en España. La última incógnita, consistente en la posibilidad de que la escuadra enemiga capturase en alta mar los transportes, está despejada favorablemente.

—Tenemos noticias de que el *Stanbroock*, que salió de madrugada de Alicante, llegó a Oran sin el menor contratiempo, aunque pasó muy cerca de varios barcos de guerra fascistas. Lo mismo podemos decir del *Lezardieux*, que partió esta mañana de aquí.

Tres minutos después, hablando un poco aparte con Plaza y conmigo, Pradas ratifica y amplía lo dicho por Salgado. En

el *Marítima* parece que podrán marcharse varios miles de personas; un poco apretadas quizá, pero no hay que pensar en comodidades ni gollerías. Por fortuna, el mar está calmado y el viaje no será muy largo. En Alicante no queda nadie prácticamente. En los últimos días se ha marchado mucha gente y en el *Stanbroock* se fueron los últimos que quedaban.

—Hablé por teléfono con Llopis hace media hora para anunciarle que mandábamos hacia allí la gente. Le pareció muy bien porque no quería que el *Marítima*, que desea zarpar a mediodía, tuviera que ir medio vacío.

Llopis es un antiguo y conocido militante confederal que en los últimos tiempos ha actuado como presidente de la Diputación alicantina. Siguiendo instrucciones del Consejo permanecerá en su puesto hasta que haya salido todo el mundo. Pudo hacerlo la madrugada anterior como lo hicieron los comités republicanos, socialistas y comunistas de toda la provincia y no pocos compañeros nuestros, pero optó por quedarse para encauzar el embarque de los grupos que fueran llegando.

—Cuando zarpe el *Marítima* ya estará en el puerto otro buque esperando gente. De cualquier forma es conveniente que os marchéis en el primero que salga.

—¿Nosotros?

—Sí; aquí no tenéis ya nada que hacer y a la organización le interesa que salgan quienes puedan luchar fuera, rechazando ataques y calumnias, contando toda la verdad de la revolución española y poniendo las cosas en su lugar.

Tiene razón en lo primero. Perdido Madrid, ni *Castilla Libre* ni *CNT* volverán a publicarse. En Valencia podríamos colaborar en *Fragua Social* y *Nosotros*, pero si el primero de dichos periódicos saldrá a la calle dentro de unas horas, es más que dudoso que pueda hacerlo en días sucesivos. Lo segundo resulta halagador, sin dejar de ser lógico, aunque

haya fuera de España muchos que pueden hacerlo tan bien o mejor que nosotros.

—Sin embargo...

—No es preciso que digas nada —interrumpe Pradas, sin escuchar lo que pretendo decirle—. Es un acuerdo de la organización y debéis cumplirlo.

Añade unas explicaciones que considero ociosas porque las tengo olvidadas de puro sabidas. Para la Confederación, la vida de todos sus militantes tiene idéntico valor y así lo ha demostrado en estos años mandando a sus figuras más destacadas al asalto de los cuarteles primero y a los frentes después, con la dolorosa y lógica consecuencia de la muerte de sus mejores elementos. No ha cambiado de parecer y sigue creyendo que el deber inexcusable de la militancia es servir en todo momento de lección y ejemplo a los demás.

—Si ahora le interesa salvar a todos los que se encuentran en peligro, le preocupa esencialmente que en el último segundo no caigan quienes de mayor utilidad le pueden ser en un futuro inmediato, borrascoso o incierto.

En nuestras filas abundaron siempre más los hombres capaces de morir por sus ideas que los preparados para exponerlas en la tribuna o la prensa. La lógica y harto justificada desconfianza respecto a los intelectuales —que en una mayoría de casos pretenden servirse de las organizaciones obreras para trepar en su carrera profesional o política— hizo que en los sindicatos anarcosindicalistas escasearan mucho más que en las organizaciones socialistas, comunistas o republicanas.

—Pero ahora necesitamos a los pocos que tenemos. En la guerra eran otros —Mera, Jover o Sabin, por ejemplo— cien veces más útiles y necesarios. En lo que tendremos que afrontar fuera, una vez derrotados, cuando todos los cabrones cobardes que huyeron de España al comienzo de la lucha para realizar en Francia, Inglaterra, Suiza o América

cómodas labores diplomáticas y propagandísticas se lancen como lobos rabiosos contra la CNT, lo serán quienes sepan manejar una pluma y puedan quitarles la careta.

—Entonces crees que nosotros dos...

—No se trata sólo de vosotros dos —interviene Val que ha entrado en el despacho y permanece silencioso hasta este momento, atento a lo que hablamos—. Ni de que vuestra piel valga más que la del último soldado. Únicamente que en la batalla que comenzará al acabar la de los frentes, que ha comenzado ya en realidad, podéis ser más útiles a las ideas que quienes no saben escribir. Y son las ideas, más que los hombres, lo que siempre nos importaron y ahora con mucha mayor razón que en cualquier otro momento.

Es una decisión tomada hoy mismo de acuerdo con los comités representativos de la organización que siguen funcionando en estos momentos. No se trata, desde luego, de un favoritismo que seríamos los primeros en rechazar, sino de procurar que no se repita, multiplicado por cien, lo sucedido hace unas horas con Mauro Bajatierra.

—Vosotros dos saldréis ahora para Alicante. El coronel Navarro os acompañará. Podéis ir en mi propio coche. El chófer ya está advertido y estará en la puerta con el auto listo dentro de diez minutos.

No tenemos necesidad de perder tiempo en preparativos de ninguna clase. Con agarrar las maletas respectivas, listo. Estamos en la puerta antes de que llegue el coche. Por la escalera, y durante la breve espera, hablamos con Salgado y Pradas que bajan a despedirnos. ¿Cuál es la situación en estos momentos?

—Grave, muy grave. Ayer esperábamos tener diez o doce días para la evacuación; esta tarde confiábamos aún en disponer de cuatro o cinco. Ahora nos daríamos por satisfechos con cuarenta y ocho horas y probablemente no tendremos ni la mitad.

La desmoralización se extiende por toda la zona republicana como una inmensa mancha de aceite. Los frentes se desmoronan por sí solos sin necesidad de que ataque el enemigo. Hasta media tarde las divisiones que integran el Ejército de Levante se mantenían en sus puestos, dando un respiro a las ciudades y puertos de la costa. Pero luego han abandonado las trincheras, replegándose sobre Valencia donde han llegado ya unidades completas, incluso con tanques.

—No es posible hacerlas volver al frente para que cubran la evacuación de los demás, porque se negarían a obedecer una orden en tal sentido, caso de dársela.

Disueltos espontáneamente los ejércitos del Centro y Levante, en rápida retirada los del Andalucía y Extremadura frente a un avance enemigo que no tropieza con ninguna clase de obstáculos, todo se hunde por momentos. Ocurre lo que yo pensé al oír la orden de alzar bandera blanca en las posiciones atacadas, lo que cualquiera pudo anticipar el domingo por la noche y lo que no quiso ver la mayoría del Consejo Nacional de Defensa.

—Hubiera sido mil veces preferible hacer lo que la organización tenía planeado.

Pradas y Salgado asienten. No es que lo crean ahora, a la vista de lo sucedido, sino lo sostenían el domingo mismo, igual que los dos representantes libertarios en el Consejo — Val y González Marín— frente a los cuales se manifestó unánime la opinión de los militares —Miaja y Casado—, de los socialistas —Besteiro, Wenceslao Carrillo y Antonio Pérez — y de los republicanos Miguel San Andrés y José del Río. Pero ¿de qué puede servir en este momento volver la vista atrás como no sea para llorar como Boabdil y por parecidas razones?

—¿Qué pensáis hacer?

Ni José García Pradas ni Manuel Salgado forman parte del

Consejo, pero están enterados de todas sus decisiones no sólo por Val —que sí lo forma— sino por la confianza que Casado tiene en ellos.

—Designar a Alicante como puerto básico para la evacuación por ser el más alejado de los frentes y el de más fácil acceso desde todos los puntos de la zona.

Para allá han salido ya, precediendo a los miles de personas que marchan en idéntica dirección, varios miembros de la Comisión Internacional con el diputado francés Charles Tillon, al que auxiliarán en su labor los cónsules de diversos países instalados en la ciudad levantina, comenzando por el de Francia.

—Todos tienen práctica en esta labor, porque no en balde en Alicante embarcaron millares de fascistas refugiados en las embajadas madrileñas. Aparte del *Marítima* que saldrá a mediodía con todos los que hayan llegado hasta ese momento, están en camino dos barcos más.

—Entonces, ¿venís vosotros también? —pregunta Aselo.

Niegan a un mismo tiempo Pradas y Salgado. Es posible que mañana o pasado, cuando hayan salido de Valencia todos los que esta noche y mañana llegarán procedentes de los frentes o de los pueblos, vayan a Alicante a coger el último buque. También cabe la posibilidad de que embarquen en el propio Valencia.

—En cualquier caso, cuando cualquiera de nosotros pise la cubierta de un barco, ya llevaréis todos vosotros muchas horas en Oran o Marsella.

Llega el coche conducido por un hombre alto y delgado que combatió muchos meses en la Sierra, en Gredos y en la cuesta de las Perdices antes de volver a coger el volante abandonado al comienzo de la lucha. Lo hizo cuando, declarado inútil para seguir en primera línea, quedó al servicio del Comité de Defensa. El auto es grande y cabemos con las maletas. Atrás, Navarro, y Plaza; yo en el baquet,

junto al conductor.

—¡Salud y suerte! —digo a Pradas y Salgado al abrazarlos como despedida. Luego, quitando gravedad al momento, bromeo—: ¡Qué no se os ocurra imitar al famoso capitán Araña...!

—¡Descuida! Embarcaremos también, pero cuando todos estén a salvo. O nos dejaremos matar tratando de impedir que ni un solo antifascista se quede en tierra.

Hay todavía muchos coches y mucha gente en las calles de Valencia, pero es sensible de todos modos la diferencia con la media noche. Centenares de automóviles y camiones nos han precedido en la marcha hacia Alicante y no pocos de los que ahora vemos al dirigirnos hacia la carretera del litoral acaban de llegar y hacen un pequeño alto antes de reanudar la marcha con el mismo rumbo que nosotros.

Tenemos la mejor prueba al salir a la carretera. Los coches forman una interminable caravana. Avanzamos en dos filas y cuando de tarde en tarde quiere marchar un vehículo en dirección contraria se producen terribles embotellamientos. Por fortuna, como a todos nos acucian premuras parecidas, cuando un coche o un camión se queda sin gasolina o se avería, los que lo siguen le entregan la suficiente para que pueda continuar o ayudan a apartar el coche averiado a uno de los lados de la ruta.

—Hay ciento ochenta y tres kilómetros a Alicante —dice el chófer—, y podríamos estar allá en tres horas. Pero como está la carretera no llegaremos antes de las siete o las ocho.

No nos preocupa gran cosa, acaso porque pensamos que el barco que se halla en el puerto alicantino no zarpará antes del mediodía y tenemos tiempo de sobra. Son las tres de la madrugada cuando cruzamos Silla, a las puertas mismas de Valencia. Juzgando por el bullicio de las calles y especialmente por la gente que ve pasar una caravana que empezó a desfilar hace una hora larga, podríamos suponer

que estábamos al anochecer.

Aunque dada la trágica situación porque pasamos todo el mundo debería ir silencioso y cariacontecido en automóviles y camiones, muchos van cantando alegremente. Son generalmente canciones populares con letras alusivas a los frentes y unidades en que han combatido. A veces la canción y la letra son conocidas y las corean quienes marchan delante y detrás. De vez en cuando algunos entonan la Marsellesa, la Internacional o las Barricadas.

Me produce una extraña sensación oírlos. No pocos de los coches y camiones son los mismos que quince o dieciséis horas atrás salían de Madrid o cruzaban los campos de Cuenca. La actitud de sus ocupantes es diametralmente opuesta. Si al mediodía parecían encaminarse a un duelo, ahora dan la impresión de marchar a una fiesta. Nada ha ocurrido en estas horas que explique la mudanza, porque la situación de toda la zona todavía republicana es cien veces más angustiosa de lo que podíamos sospechar por la mañana. El único cambio es que el abandonar Madrid teníamos la duda de lo que encontraríamos en la costa y ahora creemos tener la seguridad de hallar en Alicante un barco esperándonos. A pesar mío recuerdo un viejo cuento francés acerca del tormento de la esperanza.

—Comprendo la alegría que experimentan al saber que podrán marcharse. Yo, sin embargo, continúo dudando si no sería preferible quedarse.

Es el coronel quien lo dice hablando con Asele Plaza que va a su lado. Me sorprende oírle y me vuelvo en el asiento para mirarle. ¿Acaso piensa, como tantos de nosotros, conforme sostuvieron los representantes libertarios el domingo en el Consejo Nacional de Defensa que era preferible morir luchando que levantar bandera blanca donde atacase el enemigo? No tardo en salir de mi comprensible error.

—Nada malo debe pasarnos a los militares profesionales. Con arreglo a la Convención de Ginebra los prisioneros de guerra han de ser tratados con toda clase de consideraciones.

Aselo replica rápido que la famosa Convención de Ginebra no es para los vencedores más que un simple papel mojado. Como demostración habla de la suerte corrida por Batet, Núñez del Prado, Caridad Pita o Salcedo.

—El caso es distinto —contesta Navarro—. Entonces la guerra no había comenzado y se trataba simplemente de una sublevación que eliminaba a sus más peligrosos adversarios en medio de la confusión y el desbarajuste provocados por el mismo alzamiento.

—¿Cree que ahora procederán de distinta manera?

—¡Naturalmente! El honor militar obliga a todos los que visten uniforme a comportarse como personas civilizadas. A los paisanos podrán juzgarles por haber hecho armas contra el Ejército con todo el rigor de los códigos castrenses. Pero la Convención de Ginebra dispone...

—¿Que den un premio a los militares profesionales?

—Tanto como un premio, no —continúa molesto el coronel—. Pero sí que nos traten con la consideración debida a nuestro rango y nos dejen en completa libertad una vez concluida la guerra.

—Procure que no le cojan los nacionales, coronel —le aconseja burlón Aselo.

Herido por el tono de las palabras de su acompañante, y más aún por la risotada con que las acoge el chófer, Navarro guarda un enfurruñado silencio. Yo me imagino que el coronel, al hablar así, piensa en lo sucedido en las tres guerras civiles precedentes, en que Maroto pudo seguir su carrera militar en el ejército isabelino y a Cabrera le reconocieron grados, títulos, honores y preeminencias los gobiernos de la Restauración.

—La diferencia —murmuro hablando conmigo mismo— estriba en que ahora no son liberales los vencedores.

Vamos a paso de tortuga con frecuentes paradas. En Cullera la estrechez del puente sobre el Júcar obliga a hacer a los que lo pasan una larguísima cola. Más adelante, la carretera con intenso tráfico durante años y poco arreglada, está en pésimas condiciones. En Sueca muchos vehículos aburridos por la lentitud de la marcha han preferido desviarse de la carretera general para ir más rápidos por la que, a través de Albaida y Alcoy, conduce a las puertas de Alicante. Otros muchos les imitan al llegar al cruce de Gandía.

—El piso está todavía peor y tendrán que ir más despacio —responde el conductor, que hace ocho días tuvo que andar por allí.

En Gandía se unen a la larga caravana varios coches que vuelven del puerto situado a un par de kilómetros. Han ido porque alguien les dijo que había barcos, pero no hallaron más que algunos grupos durmiendo en los muelles y cansados de esperar inútilmente.

El coronel Navarro parece molesto por nuestro escepticismo respecto a la Convención de Ginebra y el respeto que impone hacia los prisioneros de guerra y se mantiene en casi completo mutismo. Yo, que apenas he dormido la noche anterior, siento que se me cierran los ojos. Aunque me esfuerzo por mantenerme despierto, casi sin darme cuenta me quedo dormido.

Cuando de nuevo abro los ojos tengo la impresión de haberlos cerrado cinco minutos antes, pero han pasado en realidad unas horas.

—¿Buen sueño, eh? Si te descuidas un poco te hubieras despertado dentro del barco...

Es día claro, aunque por el cielo se arrastran unas nubes grisáceas impulsadas por el viento. Miro sorprendido el reloj

y compruebo que son las ocho y media de la mañana. ¿Dónde estamos?

—Atrás dejamos Villajoyosa y antes de media hora estaremos en Alicante. Ya deberíamos haber llegado, pero la correa del ventilador...

Dormía tan profundamente que no llegué a enterarme, pero una pequeña avería nos ha tenido parados tres cuartos de hora entre Benisa y Calpe. Advierto que vamos más rápidos y que parece haber menos coches y camiones en la carretera.

—Nos adelantaron muchos y debemos ir de los últimos. ¡Ojalá no lleguemos demasiado tarde!

La luz del día o la proximidad de Alicante parecen haber disipado la tensión reinante de madrugada en el interior del coche y el coronel y Aselo, ambos del mejor humor, charlan animadamente acerca de nuestro probable punto de destino. A los dos, igual que a mí, les gustaría que el *Marítima* que esperamos tomar nos llevase a Marsella o a cualquier otro puerto francés del Mediterráneo.

—Por desgracia, es casi seguro que se dirigirá a Orán o Argel.

Ni el coronel ni nosotros tenemos parientes, amigos o conocidos en Argelia o Marruecos y lógicamente tropezaremos con mayores obstáculos para ganarnos la vida que en cualquier país europeo. Incluso si, como ocurrió en Francia con los escapados de Cataluña, nos internan en algún campo, tardaremos más en salir. Probablemente nos dejarían hospedarnos en algún hotel si dispusiésemos de dinero, pero...

—Yo no llevo arriba de dos mil pesetas...

—Yo ni la mitad.

—Pues yo sólo tengo quinientas, pero es igual, porque a ninguno nos servirán absolutamente para nada. Los billetes republicanos han perdido todo su valor con la derrota y no

creo que nadie nos los cambie por francos o libras.

No es cosa que nos preocupe en absoluto. Según parece en Francia funcionan algunas organizaciones de ayuda a los exiliados que les proporcionan documentación y trabajo tras conseguir su salida de los lugares de concentración. Es de suponer que extiendan sus actividades a los que vayan a parar al Marruecos francés, Argelia y Túnez.

—En el peor de los casos, unos meses de encierro.

Habíamos soñado con algo totalmente distinto al final de la guerra, pero siempre la suerte de los vencidos tuvo poco de envidiable y nosotros hemos sido derrotados. En realidad, más que nuestra suerte personal —que de salir de España podremos solucionar con mayores o menores dificultades— me abrumba el hundimiento de tantas ilusiones y el sacrificio inútil de tantos compañeros muertos en el curso de la contienda. Lo nuestro tiene arreglo; y aun en el caso de no tenerlo, significaría únicamente añadir unos números más a una cifra ya estremecedora.

—Con el terrible inconveniente de que esos números serán nuestras vidas y no tenemos otras con que sustituirlas.

—Eso tiene, desde luego, una capital importancia para nosotros o nuestras familias. En cambio, la derrota gravitará durante generaciones enteras sobre la conciencia de todo un pueblo.

Navarro discrepa. El fascismo es una moda fugaz que no tardará en desaparecer del mundo civilizado. Aunque la excesiva prudencia de las democracias le haya permitido triunfar en las guerras de Abisinia y España, ni Hitler ni Mussolini estarán en el poder dentro de una década.

—Es posible —admito.

Pasado Campello corremos hacia Alicante con prisas renovadas por llegar de una vez. Pronto descubrimos en la lejanía la silueta inconfundible del monte en cuya cima se yergue el viejo castillo de Santa Bárbara que alza sus

murallas materialmente encima del caserío de la ciudad, dominando el puerto.

Diez minutos después bordeamos las abruptas pendientes del cerro y en una revuelta de la carretera aparece ante nuestros ojos el puerto. Miramos ansiosamente y podemos ver numerosos camiones y coches parados a la entrada y circulando por los muelles. No vemos lo que más nos interesa: el barco que debe esperarnos. No desconfiamos, sin embargo, de que esté allí. Algunos tinglados y almacenes ocultan de nuestra vista gran parte de las dársenas. El *Marítima* debe estar, tiene que estar, en algún lugar del puerto que todavía no distinguimos.

—Entra en el muelle.

El conductor no necesita la orden. Antes de oírla ya enfila la entrada del más cercano, que es también el más largo e importante. Es el que partiendo de los pies mismos del castillo de Santa Bárbara se interna en línea recta en las aguas mediterráneas, bordeando la playa del Postiguet y los vetustos establecimientos de baños. A cuatrocientos metros de su iniciación arranca de su parte derecha un muelle ancho que forma con otro que avanza del lado opuesto, la dársena interior. Todavía, el primero de los muelles sigue otros doscientos o trescientos metros en dirección este para doblar luego hacia el sur, prolongándose en un largo espigón de cerca de un kilómetro en cuyo extremo un faro marca la bocana del puerto.

Experimento un ligero sobresalto mientras avanzamos y van apareciendo ante nuestra vista las aguas de la dársena interior vacía de embarcaciones. La impresión es todavía mayor unos segundos después al dominar con la mirada la larga dársena exterior.

—¡Ni rastro...!

Un momento callamos abrumados, resistiéndonos a dar crédito a lo que nos transmiten nuestros sentidos. Al cabo,

mientras nos apeamos sumidos en una confusión sin límites, hemos de rendirnos a la evidencia. En toda la extensión del puerto no hay un solo barco a la vista. Por lo menos sobre las aguas, porque allá en el centro de la dársena interior emergen los mástiles de un buque cuyo casco debe reposar en su fondo.

—Demasiado pequeño para poderlo confundir con el *Marítima* —oigo decir al coronel.

No entiendo mucho de barcos, pero mentalmente le doy la razón. Un buque de nueve mil toneladas tiene que tener unas dimensiones diez veces mayores que las del que debió hundirse víctima de un cañonazo o un bombardeo de aviación. Pero ¿qué ha sido del *Marítima*?

—Se fue al amanecer, hora y media antes de que llegáramos nosotros. Y creo que se fue casi vacío.

Da la explicación, anticipándose a nuestras preguntas, un hombre de mediana edad y estatura, con claro aire de campesino manchego, que se acerca seguido de otros tres o cuatro de parecido aspecto que deambulan con aire cariacontecido por el ancho muelle. Tras un breve silencio, y viendo que le escuchamos con interés, prosigue:

—Nosotros no llegamos a verle. Rubiera y Henche, que entraban en el muelle en ese momento, lo vieron desatracar y empezaron a gritar, pero no los oyeron.

—¿Socialistas?

—Sí. Estuvimos en la capital, en Albacete, hasta anoche. Salimos cuando en la Casa del Pueblo nos dijeron que Henche y Rubiera habían pasado por allí para venirse a Alicante donde había barcos. Pero ni ellos ni nosotros pudimos cogerlo.

Miro alrededor mientras sus compañeros nos dan toda clase de explicaciones. Aquí y allá, en el inmenso muelle protegido en su parte exterior por un sólido muro de piedra de cinco o seis metros de alto que hace las veces de

rompeolas, hay numerosos grupos que avizoran la lejanía con la esperanza de descubrir la aproximación de algún buque.

—Los compañeros del Centro están en la Federación Local. Os conviene pasar por allí para que os incluyan en las listas.

Nos informa un militante madrileño de la construcción al que conozco de vista. Podemos ir a pie porque está cerca, pero preferimos hacerlo en el coche para llevar las maletas. En el trayecto nos fijamos en el aspecto de la ciudad, que antes no advertimos preocupados por hallar el barco que a todos nos interesaba.

El puerto y sus inmediaciones muestra claras señales de haber sido bombardeado en repetidas ocasiones. Algunos de los almacenes presentan grandes huecos en las paredes y la techumbre. En los muelles se ven bastantes embudos ocasionados por las bombas, que han sido rellenados. De varias de las grúas no quedan más que montones de hierros retorcidos. Aparte del barco cuyos mástiles sobresalen un par de metros de las aguas, hay otras embarcaciones de menor tonelaje hundidas aquí y allá. Los barracones que servían de vestuarios en la playa contigua aparecen destrozados. Apilados de cualquier manera en cuatro o cinco puntos distintos se ven enormes montones de sacos. Varios están rotos, reventados quizá por el peso de los colocados encima, derramándose parte de las lentejas que contenían. Todos estos sacos debían constituir la carga de alguno de los barcos llegados en los últimos días y que no ha habido quien sacase del puerto.

El espléndido paseo de los Mártires ofrece un aspecto impresionante y dramático. Faltan muchas de las palmeras que en todo tiempo constituyeron su mejor ornato. De algunas, sólo queda el tronco; otras, arrancadas de cuajo por las explosiones, aparecen atravesadas en el andén central con sus raíces al aire. Varias de las casas que dan frente a

las aguas del puerto han sido convertidas en montones de escombros por las bombas; otras muestran grandes desperfectos y ninguna conserva íntegra su cristalera. Aunque, acaso, mayor impresión nos cause la sensación de estar vacías y deshabitadas, como si los alicantinos durante los años de guerra se hubiesen alejado todo lo posible del mar por el que podía llegarles la muerte.

Pero si las casas que forman uno de los lados del paseo de los Mártires tienen aspecto de abandonadas, la animación rebosa en la Rambla y en las múltiples calles que la cruzan y que corren paralelas al mar, pero separadas de él por algunas manzanas. Aquí abundan los coches aparcados junto a las aceras y los grupos que se desbordan por las calzadas. Sin embargo, todos parecen forasteros y en realidad lo son. En las matrículas de automóviles, furgonetas y camiones, las de Madrid y Valencia constituyen la mayoría absoluta. Entre las gentes que llenan las calles, una inmensa mayoría estaba anoche en Valencia y ayer o anteayer en cualquier frente del Centro o Levante o en no importa qué pueblo de Albacete, Cuenca, Guadalajara o Ciudad Real.

Nos apeamos en las inmediaciones de un edificio donde reina una actividad febril. Si en la calle hay mucha gente aguardando, todavía son más los que entran y salen con aire apresurado. Si hasta hace unas horas fue la sede de la Federación Local de Sindicatos alicantinos, en este momento podría ser centro de todo el movimiento libertario español. O, al menos, de la mayoría de los militantes confederales que todavía siguen en libertad y vivos en España.

Serrano y Esplandiú pertenecen al mismo sindicato de artes gráficas que Asele y yo como periodistas. Si el primero figura como secretario al finalizar la guerra, el segundo, pequeño de estatura, trabajador incansable, con un dinamismo asombroso, lleva sobre sus hombros el funcionamiento del sindicato, procurando que no falte papel y

tinta y las diversas imprentas sigan funcionando pese a la carencia de personal, a la antigüedad de las máquinas y a los fallos constantes de energía en una ciudad situada en plena línea de combate.

—En el primer piso encontraréis a Gallego, Mancebo y Cecilio. Tienen casi redactadas las listas de embarque.

—¿Para qué, si no hay barcos?

—Los habrá esta misma tarde para que pueda marcharse todo el que lo desee.

Molesto por nuestro gesto de escepticismo, Esplandiú se apresura a comunicarnos todo lo que sabe. Aunque el *Marítima* se marchó medio vacío de madrugada por un repentino ataque de pánico del individuo que lo mandaba, tanto Casado desde Valencia por teléfono, como directamente los integrantes de la Comisión Internacional de Evacuación trasladados a Alicante, aseguran que dentro de unas horas habrá barcos de sobra.

—Ahora mismo creo que en el Ayuntamiento la Comisión Internacional está reunida con los delegados de todos los partidos y organizaciones preparando el embarque.

En el escaso tiempo transcurrido desde su llegada a Alicante —poco más de dos horas en el mejor de los casos— los militantes más significados de los diversos partidos y organizaciones antifascistas han trabajado mucho y bien. La primera impresión recogida de labios de Esplandiú la amplia considerablemente Manuel Amil con quien hablamos minutos después, mientras Gallego Crespo y Cecilio Rodríguez añaden nuestros nombres a los que ya figuran en las listas apresuradamente redactadas.

—Llegamos a las siete de la mañana —dice— y nos encontramos con el puerto vacío y una ciudad abandonada. No había más que un destacamento militar en el castillo de Santa Bárbara y algunos guardias y carabineros faltos de jefes que no sabían a qué atenerse.

El *Marítima* se había marchado al amanecer. Asustado al saber que varios millares de fugitivos llegarían a las primeras horas de la mañana dispuestos a tomar su barco, obedeciendo órdenes no se sabía de quién, el capitán decidió zarpar. Llopis y algunos otros antifascistas conocidos que quedaban en la ciudad subieron al buque en unión de unos tenientes de asalto para obligarle a esperar un par de horas como mínimo, pero fueron reducidos por la marinería del mercante y el *Marítima* puso rumbo a Oran llevándoselos.

—Mancebo, Antonio Moreno, López y yo coincidimos en el puerto con Rubiera, Pascual Tomás y otros elementos socialistas, republicanos y comunistas, así como algunos militares profesionales y en un breve cambio de impresiones llegamos a un completo acuerdo que pusimos en práctica sin pérdida de tiempo.

Se constituyó en el acto una especie de junta integrada por un representante de los distintos partidos y organizaciones que había de cumplir con urgencia una función triple: encuadrar, controlar y dirigir a los militantes de cada significación que fueran llegando, formando con sus nombres las correspondientes listas de embarque; atender a las funciones de vigilancia y defensa de la ciudad con las fuerzas militares de que se pudiera disponer y entablar contacto telefónico con el Consejo Nacional que continuaba en Valencia y con los elementos de la Comisión Internacional que se habían desplazado a Alicante —especialmente con el diputado francés Charles Tillon— para conocer con exactitud las posibilidades reales y efectivas de evacuación.

—Aunque todo fue improvisado porque nadie había pensado siquiera en la situación con que nos encontramos al llegar, las cosas van mejor de lo esperado y las perspectivas parecen inmejorables.

Al acuerdo inicial concertado se habían plegado sin vacilaciones ni poner ninguna clase de pegas las siete u ocho

mil personas que llegaron en las dos horas siguientes y los muchos millares más que continuaban llegando. De Valencia dieron la seguridad de que dos barcos como mínimo entrarían en el puerto antes de las doce de la noche, noticia que confirmaron los miembros de la Comisión Internacional de Evacuación presidida ya por Charles Tillon e integrada por los cónsules de diferentes naciones acreditados en Alicante.

—Personalmente creo que los cónsules, con los que he hablado, son unos pichirichis, pero aseguran estar respaldados por sus gobiernos de los que han recibido instrucciones concretas y ante los que tienen el prestigio de haber evacuado a millares de fascistas refugiados en las embajadas madrileñas.

En el aspecto puramente defensivo se cuenta con elementos suficientes para asegurar que ni los elementos de la quinta columna —caso que la hubiera en Alicante—, ni los enemigos que ayer y anteayer han sido puestos en libertad en el reformatorio de adultos donde estaban encerrados y en el campo de Albaterra podrán adueñarse de la población ni alterar el orden mientras estemos aquí. No podríamos resistir durante muchas horas a un ejército enemigo, carentes de aviación, artillería, tanques e incluso unidades militares medianamente organizadas.

—Por fortuna, aunque los frentes han desaparecido, las fuerzas fascistas no tienen prisa. Tardarán dos o tres días en llegar, dado que no han entrado todavía en Valencia ni Albacete y cuando se presenten aquí ya estaremos en Francia o Argelia.

Gallego de origen y corpulento de figura, Manuel Amil es uno de los más destacados militantes de la Regional del Centro. Inteligente, sensato y ponderado, siempre con los pies en tierra, nada dado a fantasías, es uno de los siete hombres —los otros fueron Val, González Marín, Pradas, Salgado, Mancebo y Melchor Baztán— designados en un

pleno de mediados de febrero para hacer frente al golpe de estado preparado por los comunistas y Negrín, al regresar éste de Francia, para eliminar a republicanos, socialistas y libertarios de todos los puestos de responsabilidad.

—Procurad no apartarse mucho por si hacéis falta en cualquier momento.

Habría suficiente con que uno de nosotros se pase por allí de vez en cuando. Aunque los barcos esperados pueden hacer su aparición en cualquier momento, lo más probable es que no entren en el puerto antes del anochecer.

Cuando volvemos a la calle, el coronel Navarro se despide de nosotros. Sabe que el coronel Burillo y otros militares profesionales están reunidos para organizar las fuerzas militares que van llegando y marcha a ofrecer su colaboración. Nosotros, que dejamos nuestras maletas en el coche que nos trajo desde Valencia, entramos en un bar con ánimo de desayunar.

—Lo siento, compañeros, pero no queda más que agua.

—Con que esté caliente, nos basta —responde Esplandiú.

Parece que algunos conocidos han encontrado en un almacén del puerto unos cajones con botes de leche condensada. Serrano ha conseguido uno y nos lo tomamos entre cinco, desleído su contenido en varias tazas de agua caliente. No es un desayuno muy completo, pero resulta suficiente para entonarnos.

Deambulamos luego por las calles que a mediodía están atestadas con la constante llegada de nuevas oleadas de fugitivos. Las carreteras de Valencia, Albacete y Murcia vuelcan sobre Alicante millares de soldados, de obreros y de campesinos. A cada paso nos encontramos con más compañeros y amigos. Aun siendo proporcionalmente escasos, no faltan los periodistas madrileños, valencianos o de otras ciudades de la zona republicana. Confederales hay ocho o diez, aparte de Plaza y de mí mismo; en número

parecido están los republicanos, socialistas y comunistas. En plena calle me encuentro con Navarro Ballesteros. Aunque distanciados políticamente —él dirige en guerra *Mundo Obrero* y yo *Castilla Libre*— somos amigos personales desde hace diez o doce años, en tiempos en que ambos estábamos en la adolescencia. Recordamos un acto profesional celebrado unos meses atrás en el cine Pardiñas, en que intervinimos García Pradas y yo en nombre de los periodistas confederales y Navarro Ballesteros y Javier Bueno en nombre de la UGT. Le pregunto si sabe algo de Javier, el único de los cuatro cuyo paradero en estos momentos ignoro.

—Me han dicho que ayer continuaba en Madrid y pensaba refugiarse en la embajada de Panamá.

—¿Crees que ellos permitirán que varios millares de antifascistas se amparen en la extraterritorialidad diplomática?

—Creo que no tendrán ese problema porque muy pocos de los nuestros conseguirán siquiera que les abran la puerta de una embajada.

Parece que José Luis Salado quiso en algún momento buscar asilo diplomático, pero que a última hora lo pensó mejor y salió para Valencia. Fue Navarro Ballesteros precisamente quien le cedió su puesto en el *Lezardieux* cuando el barco estaba a punto de zarpar.

—Creo que hice bien —afirma el interesado—. Si José Luis llega esta mañana a Alicante y encuentra el puerto vacío, se hubiera muerto en el muelle.

Por todas partes vemos grupos de campesinos. De los pueblos de la Mancha, Valencia o Murcia continúan llegando en masa los componentes de los ayuntamientos o de los comités del Frente Popular, muchos acompañados de sus mujeres. Vienen en camiones y coches abarrotados de maletas, baúles e incluso aperos. Algunos deben haberse traído hasta los perros y los animales de labor.

—¡Otro grupo más de la huida a Egipto...!

—¿Bucólicos, eh? ¿Sabes lo que llevan en ese baulito?...
¡Azafrán! Vale su peso en oro y donde vayan...

Con toda su animación forastera, Alicante sigue dándome la impresión de una ciudad fantasmal, como una de aquellas «ghost town» del Oeste americano, abandonada precipitadamente por sus moradores apenas agotado el filón que la dio vida. A veces tengo la sensación de que somos nosotros los únicos seres vivos en ella. Por lo menos en la parte más cercana al puerto.

—Y en buena medida lo somos. Durante la guerra, para escapar de los frecuentes bombardeos, la gente se marchó a la parte opuesta de la ciudad. Ahora muchos de los que trabajaban en el puerto o en los centros oficiales se han largado también en los barcos de estos días para Argelia, donde la mayoría tienen familiares o amigos.

Pasada la una de la tarde nos dicen que podemos ir a comer al Hotel Palace, a un paso del puerto y al pie del castillo de Santa Bárbara. Hubo un tiempo cercano en que el Palace fue el hotel más lujoso de la ciudad, pese a su aire decimonónico y anticuado. Durante la guerra ha funcionado en su planta baja un comedor colectivo. Casi todos los cocineros y camareros que lo servían han embarcado ayer o esta madrugada. Sustituyéndoles por unas horas —también piensan marcharse en el primer barco— están ahora una serie de compañeros del sindicato gastronómico.

La comida es abundante, pero poco variada. Consiste en un plato único: lentejas. Cada uno puede repetir las veces que quiera, con el único inconveniente de no recibir pan más que la primera. De cualquier forma...

—Comed hasta hartaros, porque no sabemos cuándo será la próxima.

A primera hora de la tarde recibo una mala noticia. Me la da Carlos Rubiera, diputado socialista y presidente de la

Diputación de Madrid, con el que hablo unos minutos a la puerta del Ayuntamiento. Parece que la situación en Valencia es tan crítica y difícil como pudo serlo veinticuatro horas antes la de Madrid.

—Hace un rato habló Casado por radio. Recomendó calma y tranquilidad como de costumbre, añadiendo que la ciudad vivía un momento dramático que podía desembocar en una espantosa catástrofe. Pero más alarmante aún que lo que dijo, aún siéndolo tanto, fue el tono en que lo dijo y lo que dejó entender. No me extrañaría nada, desgraciadamente, que la quinta columna se haya apoderado ya de la población.

Habían tratado de hablar por teléfono con Valencia sin conseguirlo. Aunque la línea funcionó perfectamente durante toda la mañana, ahora parecía cortada o averiada. Mientras Charles Tillon y los cónsules procuraban averiguar lo que sucedía a través de Oran y París, Burillo, que se había hecho cargo del mando del castillo de Santa Bárbara, donde aparte de unas ametralladoras antiaéreas existía una buena estación de radio, intentaba lo mismo.

—En cuanto sepa algo llamaré para decirlo. De todas formas, yo, que soy optimista por naturaleza, empiezo a sentirme pesimista.

En el edificio donde ahora funcionan transitoriamente los organismos confederales hay más noticias, pero no mejores ni más claras. Gracias —según parecía— a una emisora de onda corta, han conseguido hablar con un compañero que continúa en Valencia. Asegura que las tropas nacionales no sólo no han entrado en la población, sino que se encuentran todavía a cierta distancia. Pero también que hay alborotos en las calles y algunos grupos que enarbolan banderas monárquicas. Del Consejo Nacional de Defensa sólo sabía que se proponían salir hacia Alicante algunos de sus componentes.

—Antonio Pérez, que se adelantó a sus compañeros, creo

que cruzó por Gandía hace media hora —añade Mancebo.

Pasan dos horas y no conseguimos averiguar nada más. En cambio, las noticias respecto a los barcos de evacuación no pueden ser más satisfactorias. La Comisión Internacional de Evacuación afirma que están ya cerca de la costa y que entrarán en el puerto apenas oscurezca. Lo mismo aseguran desde el castillo de Santa Bárbara de donde baja Burillo para comunicar que por radio ha establecido contacto con los dos buques.

—Uno de ellos podrá estar aquí a las nueve o las diez; el otro llegará de madrugada.

Antonio Pérez, que forma parte del Consejo Nacional de Defensa en representación de la UGT llega a Alicante, pero contra lo esperado no puede contar gran cosa con respecto a Valencia. Por lo que dice, cuando a las once de la mañana se puso en marcha, en las calles había cierto nerviosismo, circulando toda clase de rumores alarmantes, pero nada más. De lo que haya ocurrido después está igualmente de enterado que nosotros, aunque confirma que por lo menos la mitad de los consejeros se proponían salir al atardecer hacia Alicante.

Al atardecer ya, cuando muchos han marchado al puerto para esperar los barcos, se presenta en Alicante David Antona. Nombrado hace meses gobernador de Ciudad Real, ha permanecido en su puesto hasta mediada la mañana.

—Salimos de milagro —reconoce—. La primera noticia de la llegada de los fascistas la tuvimos cuando los moros andaban por las calles. Todavía no sé cómo no nos atraparon a todos.

Estamos a punto de dirigirnos también al puerto, cuando Cecilio Rodríguez, tesorero del Comité Regional, nos entrega a cada uno un diminuto paquetito, al tiempo que borra nuestros nombres de una lista que lleva en la mano.

—Para que podáis comer los primeros días.

Abrimos el paquetito y nos encontramos con tres relucientes libras esterlinas.

—¿Qué significa esto? —pregunto asombrado.

Benigno Mancebo que está presente se anticipa a Cecilio a darnos la explicación. Hace algún tiempo que ante la posibilidad de una derrota, el Comité Regional empezó a convertir en divisas parte del dinero recibido a cambio del azafrán y otros productos exportados por las colectividades agrarias. No constituía ningún tesoro de «Las mil y una noche» el dinero así reunido. Aun teniendo en cuenta solamente a los compañeros que podrían embarcar, no tocábamos más que a tres libras.

—De cualquier forma pueden sernos de gran utilidad en Oran o donde vayamos.

Sonríó melancólico mientras hago mentalmente un cálculo. Aunque jamás estuve muy enterado de la cotización del oro me imagino que cada una de estas monedas no valdría en junio de 1936 muy por encima de las cien pesetas; es decir que el valor de tres no llegaba a la mitad de lo que entonces cobraba como redactor de *La Libertad*.

—¡Buena fortuna! —comento—. Con este capital podremos vivir en la opulencia el resto de nuestras vidas.

Anochece cuando llegamos caminando a la entrada del muelle del norte, donde está aparcado el coche en que vinimos desde Valencia. Mientras Aseo y yo recogemos nuestras maletas, pasa por nuestro lado Ángel Pedrero, al que rodean medio centenar de individuos. Otros tantos se quedan un poco rezagados o colocando los coches en que han venido y cuatro o cinco blindados ligeros que los escoltan y con los que forman una especie de barrera defensiva que protege la entrada del puerto por este lado.

—Llegaron hace una hora —indica Esplandiú. Uno de ellos me dijo que fueron a Mazarrón donde tenían un barco preparado, pero se había largado cuando llegaron. Después

anduvieron por Murcia y Torrevieja antes de decidirse a venir aquí.

Pedrero ha sido largo tiempo jefe del SIM. Catedrático de instituto de filiación socialista, ha procurado estar a bien con todos los sectores antifascistas sin conseguirlo casi nunca. Un tiempo simpatizante con los comunistas, se colocó resueltamente frente a Negrín al constituirse el Consejo Nacional de Defensa.

—Bien —responde Plaza—. Esperemos por el bien de todos nosotros que aquí tengan más suerte.

Suman varios millares las personas que ya se encuentran en el puerto y constantemente llegan más. Cada uno se va colocando donde le parece porque no hay lugares acotados ni reservados para nadie. Sin embargo, de una manera instintiva todos depositan sus bultos o sus maletas en las inmediaciones de donde han puesto los suyos otros grupos de conocidos, paisanos o correligionarios. Como resulta natural, todos procuran hacerlo donde suponen que habrán de atracar los barcos esperados y puedan subir con mayor rapidez y menos trabajo.

Aunque son diversos los muelles, la inmensa mayoría muestra sus preferencias por el más largo y ancho de todos: el que partiendo de la plaza de Joaquín Dicenta y dejando a su izquierda la playa del Postiguet forma por su parte externa el rompeolas que protege las aguas del puerto. Tiene en conjunto una longitud que no bajará del kilómetro y una anchura inicial superior al centenar de metros. De su parte derecha arranca otro muelle que divide el puerto en dos dársenas distintas. Se alzan en él distintos edificios y construcciones —aduanas, estación, almacenes y cobertizos— casi todos los cuales muestran huellas visibles de los repetidos bombardeos aéreos.

Avanzamos llevando nuestros bártulos unos centenares de metros hasta la parte de allá del tinglado próximo a la

confluencia del muelle principal con el secundario que cierra la dársena interior, pero mirando hacia la exterior. Nos quedamos fuera, desdeñando meternos en el cobertizo que ya alberga demasiada gente. Aunque sopla una brisa desapacible, que probablemente se tornará francamente fría a medida que avance la noche, preferimos estar al aire libre las horas que nos toque esperar.

—Según Mancebo, el primer barco llegará entre las diez y media y las once.

Aseguran que el buque navega muy cerca de la costa y que, de querer, podría estar en el puerto en treinta o cuarenta minutos. Parece, sin embargo, que por razones que no acabo de comprender, tanto el capitán del buque como algunos de los miembros de la Comisión de Evacuación estiman conveniente que no enfile la bocana hasta dos horas después.

—Es para burlar a cualquier buque fascista que pueda rondar por estas aguas.

Discrepo, naturalmente. Por mal que funcionen sus servicios de información, el enemigo sabe a estas horas que hay en Alicante varios millares de personas reunidas para embarcar. Como sabían ayer y anteayer que de los puertos principales que aún seguían en nuestras manos habían de salir diversos barcos con rumbo a Marsella u Oran. Si no los han interceptado sólo puede deberse a dos causas: que, con acuerdo tácito o sin él, les interese nuestra marcha para evitarse una represión que les desacreditaría ante las democracias europeas, o que la presencia de barcos franceses y británicos de vigilancia ante nuestras costas les aconseje no intervenir.

—En uno u otro caso, los transportes que esperamos podrían llegar y partir en pleno día. O no llegar de ninguna de las maneras.

Quienes me rodean piensan de diferente manera, acaso

por mantener viva la esperanza, y no es cosa de entablar una larga discusión. Colocamos nuestras maletas en el suelo, contra la pared exterior del cobertizo, y nos disponemos a esperar con calma. A nuestro alrededor se instalan grupos cada instante más numerosos. En muchos de ellos hay compañeros, amigos o simples conocidos. Predominan en esta zona los militantes confederales madrileños y los campesinos castellanos. En la contigua están los levantinos y más allá un área extensa ocupada por los socialistas.

—¡Cuidado! No encender hogueras.

En un principio me parece bien la consigna. Hay demasiada gente en los muelles y tenemos que estar casi unos encima de otros, especialmente en el interior de almacenes y cobertizos donde han buscado abrigo la mayoría de las mujeres y los chicos. Una hoguera avivada por el aire podría provocar un incendio de imprevisibles y dolorosas consecuencias. Pero cuando algunos tratan de justificar la indicación, tengo que echarme a reír.

—¡Atención a las luces, porque podrían servir de orientación a los barcos fascistas!

Es una tontería, naturalmente. De sobra saben cuantos navegan por estas aguas dónde está el puerto. Máxime cuando no sólo acaban de encender el pequeño faro que señala la bocana del mismo, sino que empieza a funcionar en la lejanía el faro del cabo de Santa Pola que cierra por el sur la bahía alicantina.

Pero, aparte de puerilidades y tonterías, la gente muestra en general una admirable serenidad y disciplina. Incluso en esta apurada situación en que muchos millares de personas miran anhelantes al mar como camino único de salvación, todos procuran comportarse de la mejor manera. Los miembros de la junta, comité o como queramos llamarla, constituida de manera espontánea en las primeras horas de la mañana para hacerse cargo de la situación —compuesta

por representantes de las distintas organizaciones políticas—, siguen actuando en este momento. Reunida en uno de los edificios del puerto, enlazada por teléfono con los destacamentos militares apostados en las afueras de la ciudad, en el fuerte de Santa Bárbara y en otros puntos claves, transmite sus instrucciones y noticias a quienes aguardan en el puerto por medio de delegados que recorren las distintas zonas o a voces, utilizando megáfonos.

Con los coches y camiones en que la gente ha ido llegando se forma en la plaza de Joaquín Dicenta una especie de barrera defensiva, dejando en el centro y a los lados portillos por donde puedan entrar y salir del muelle los que deseen hacerlo. Intercalados en ella los blindados ligeros que ha traído el SIM y otros del mismo tipo procedentes de no sé qué frente o almacén con sus ametralladoras dominando el paseo de los Mártires y el arranque de la carretera de Valencia. Utilizando algunos coches, grupos armados mantienen el contacto y la comunicación con los destacamentos que montan la guardia en diversos puntos de la población, alerta contra cualquier intentona.

Dentro del muelle se forma un amplio pasillo que lo recorre en toda su longitud, desde su arranque hasta el faro, por el que pueda caminar sin obstáculos ni inconvenientes. También se procura dejar libres los dos lugares en que probablemente atracarán los barcos, uno en la dársena exterior y otro en la interior. La gente cumple rápida y sin protestas las instrucciones que recibe. Todo el mundo está convencido de que mucho depende del comportamiento de cada uno y, en estas primeras horas al menos, no se tolerarían desobediencias de nadie.

—Bueno, ahora no queda más que aguardar.

Muchos, convencidos de que la espera será larga o cansados por el camino recorrido hasta llegar aquí, descansan sentados en las maletas o los bultos; otros,

tumbados en el suelo, envueltos en una manta y teniendo como cabecera un macuto, duermen para que el tiempo se les haga menos pesado. La mayoría conversa con quienes les rodean o van de un grupo a otro, buscando amigos y compañeros, interesándose por la suerte de los ausentes o comentando las lóbregas perspectivas que se abren ante la mayoría.

—¿Tu hermano Pepe? Venía con nosotros, pero como tiene la novia en Valencia...

—No quiso moverse del pueblo. Dice que no se ha metido en nada y que nada pueden hacerle, aunque yo creo...

—¡Lo que me alegra verte, muchacho! Hace más de un año que no sabía nada de ti y me temía...

—¿Qué vamos a hacer, cuando llegemos a Francia...?

—¡Qué pena haber luchado tanto para que el final...!

Encuentros inesperados, evocación de amigos o parientes desaparecidos, zozobra por la situación presente, inquietud por la nueva vida que habrá que iniciar lejos del suelo natal. Doce o catorce mil personas que la derrota ha juntado en unos muelles a orillas del mar abrumadas, más que por los dramas individuales, por la enorme tragedia de un pueblo que repentinamente se queda hueco por dentro, vacío de esperanzas e ilusiones.

Voy de aquí para allá hablando y abrazando a muchos compañeros y amigos. En un grupo está Mariano Aldabe, redactor de *Castilla Libre*, con Manuel Villar y Félix Paredes; en otro, Cáscales y Leiva con unos muchachos de las Juventudes Libertarias; aquí Mayordomo, Viñuales y Máximo Franco con otros jefes y comisarios de la heroica 28 División, ganadora en dos ocasiones distintas de la Medalla del Valor, con los que estuve hace tres meses en la última ofensiva del ejército republicano; allí, los de la 25, compañeros de Durruti en los primeros meses de la guerra, o los de la 42, que vieron morir a Villanueva y a la mitad de sus hombres en

Teruel; más allá los andaluces Molina y Guerrero, que subieron luchando desde Huelva para acabar mandando sendas divisiones en las orillas del Jarama.

Es materialmente imposible dar un paso sin encontrar caras conocidas, rostros que nos recuerdan las jornadas iniciales de la lucha y la epopeya de noviembre cuando Madrid sin gobierno se defendió con uñas y dientes; nombres que van íntimamente asociados a la Casa de Campo, a Brunete, a Teruel, a Extremadura y Levante; que nos hablan sin palabras del largo camino recorrido, de los muchos héroes anónimos que sacrificaron sus vidas en defensa de un ideal que ahora parece perdido nadie sabe por cuánto tiempo.

—Quizá hubiera sido preferible que muriésemos todos luchando.

Son muchos los que piensan así, los que sienten la vergüenza de estar vivos cuando llega la derrota; los que envidian a los que murieron con las armas en la mano y cerraron sus ojos plenamente convencidos de que el triunfo final no podría escapárseles a los compañeros que seguirían combatiendo.

David Antona pregunta a Manuel Amil y a Gallego Crespo por los miembros del Consejo Nacional de Defensa. Ya sabe de la marcha de Miaja y de la decisión de Besteiro de quedarse en Madrid para afrontar responsabilidades en las que no ha incurrido; pero se interesa por la suerte de los demás y especialmente de Val, junto al que deben estar, entre otros, Manuel Salgado y José García Pradas. Sus interlocutores no pueden responderle. Casado habló por radio a primera hora de la tarde. Desde entonces no se sabe nada de él ni de los otros. Es posible que continúen en Valencia, donde la situación —al menos vista desde Alicante— es de una terrible confusión, o que consigan venir a reunirse con nosotros de un momento a otro.

—Temo mucho que no sea así —interviene Mancebo que llega a sumarse al grupo. Incluso creo que hay razones sobradas para ponerse en lo peor.

Hace diez minutos escasos que hablo con unos compañeros valencianos que acababan de llegar a Alicante. Habían salido de Valencia a las cuatro de la tarde y antes que ellos partió una caravana de coches en los que viajaban una cincuentena de personas encabezadas por Casado, Carrillo, Val, San Andrés y Del Río, los cinco componentes del Consejo Nacional.

—Venían hacia acá, desde luego. La gente los vio pasar por Silla, Sueca y Cullera. Después se esfumaron.

Los compañeros valencianos corrieron mucho deseando unirse a la caravana. Cuando llegaron a Alicante estaban convencidos de que los otros habían llegado antes porque sus automóviles marchaban más rápidos.

—Al enterarse de que no era así pensaron lo mismo que yo al oírlos: que les habían matado por el camino.

Es una deducción bastante lógica dadas las circunstancias, pero en modo alguno una seguridad. Por lo menos todos tratamos de convencernos mutuamente de la posibilidad de que hayan dado algún rodeo por las carreteras del interior, de que no les habrá pasado nada y que en cualquier momento pueden presentarse sanos y salvos en el muelle para embarcar con todos nosotros.

Aunque a las nueve de la noche ya parecía que nos habíamos reunido en el puerto —hay mucha gente en el paseo de los Mártires, en las proximidades del que fue Club de Regatas y en los muelles del otro lado— todos los que en el curso de la jornada habíamos ido llegando a Alicante, constantemente nuevos grupos vienen a sumársenos. Entre las nueve y las once deben ser tres o cuatro mil personas más las que esperan impacientes la aparición de un barco.

—Ya no puede tardar mucho. Son las once y media y

según todos los cálculos de la Comisión...

Diez minutos después la esperada noticia empieza a circular por los muelles como reguero de pólvora. La Comisión Internacional de Evacuación acaba de comunicar que el buque aguardado con tanta impaciencia está sólo a dos o tres millas de distancia. Desde la estación de radio del castillo de Santa Bárbara dicen que se han puesto en contacto con el barco que se dirige a toda marcha al puerto.

—¡Antes de las doce estará aquí...!

Muchos corren hacia el lado opuesto del muelle y se suben al muro que hace las veces de rompeolas. Yo mismo consigo encaramarme para otear el horizonte.

—¡Ya viene...! ¡Ya viene...!

Los gritos de anuncio provocan una enorme conmoción en cuantos esperan. Centenares de voces jubilosas repiten las mismas palabras. Yo me esfuerzo por ver lo que tantos anuncian y no consigo ver nada.

—¡Allá, a la derecha...! ¡Frente a la bocana...!

Fuerzo la vista y al fin me parece ver una masa oscura que se destaca del fondo de las estribaciones del cabo de Santa Pola. Todavía sigo dudando cuando encima de la masa oscura se encienden unas luces, cuya aparición provoca una explosión de entusiasmo.

—¡Ya lo tenemos ahí mismo...! ¡Y menudo barco...!

Las luces se van aproximando. La luna asoma en este momento por entre un jirón de las nubes y distingo claramente que se trata de un buque de regulares dimensiones que se dirige a la entrada del puerto. Su avance es lento, pero cada metro que gana es acogido con voces y gritos alborozados.

De repente, cuando sólo debe estar a quinientos metros de la entrada, se detiene. Enmudecen las gentes y se abre un silencio expectante entre los que hemos conseguido encaramarnos al muro de piedra. En el muelle suenan

preguntas alarmadas e impacientes.

—¿Qué pasa...? ¿Qué ocurre...?

Tras un minuto de parada la masa, ahora gris, del buque entra de nuevo en movimiento. Con asombro sin límites advertimos que, lejos de seguir acercándose, está virando. Muchos se restriegan los ojos incrédulos mientras guardan un sepulcral silencio. Al cabo es preciso rendirse a la evidencia: en vez de acercarse más, el buque empieza a alejarse.

Un ¡oh!, de profunda decepción se escapa de todos los labios. Desconcertados, sin acabar de comprender y menos de explicarnos lo que sucede, vemos cómo el barco traza un amplio semicírculo en el centro de la bahía para alejarse rápidamente hasta desaparecer de nuestra vista a la altura del cabo Huerta.

Cariacontecidos saltamos del muro al muelle. Al caer tropiezo y caigo sobre el brazo izquierdo, donde llevo el reloj. Temo que se haya parado y acercándomelo al oído compruebo que sigue funcionando. Veo al mismo tiempo que sus manecillas señalan las doce de la noche en punto. Oigo decir a mi lado:

—¡De aquí no salimos con vida ninguno...!

III

JUEVES, 30 DE MARZO

Imprevisibles muchas veces, las reacciones de la multitud tienen siempre algo de primitivo y pueril. Como los niños, los muchedumbres pasan con facilidad y sin transición de un extremo a otro, saltando en unos segundos de la risa al llanto y del más rosado optimismo a un pesimismo irrazonado y desolador. Diez minutos bastan para cambiar por entero el aspecto del puerto de Alicante. Lo que a las doce menos cinco era algazara y euforia, se trueca a las doce y cinco en amarga desesperanza. Los más acusan rabiosos:

—¡Todo el mundo nos traiciona...!

Las palabras no constituyen únicamente una reacción momentánea o irritada por el inesperado cambio de rumbo del buque aguardado con ansias; expresan un firme convencimiento grabado a fuego en el ánimo popular a fuerza de abandonos, olvidos, injusticias y decepciones a lo largo de toda la guerra. Un rosario inacabable de hechos nos ha ido mostrando la doblez de unos, la cobardía de otros, la inhibición de quienes debían actuar y la intervención de los

que no tenían papel en el drama. Contra todas las leyes internacionales, las democracias nos han negado las armas que precisábamos para defendernos. La farsa de la no intervención ha permitido que Francia, Inglaterra y Norteamérica imitasen a Pilatos lavando se las manos y simulando no ver que otros se las teñían en sangre hasta el codo. Incluso quienes decían ayudarnos negociaron a veces con nuestro oro y con nuestra sangre, cobrando precios astronómicos por armas de desecho, frenando la revolución, planteando aquí extrañas querellas partidistas, boicoteando a los hombres más capaces y las organizaciones más fuertes y buscando por todos los medios que sus seguidores lograsen el monopolio del poder, aun a costa de la desunión y del enfrentamiento de los antifascistas entre sí, a ciencia y conciencia de que podía traer aparejada la derrota colectiva.

—El pueblo español, los trabajadores españoles hemos tenido que luchar solos contra todo y contra todos.

Y ahora, como remate y contera, Francia e Inglaterra reconocen a Franco y cavan la tumba de la República.

—En la que con toda seguridad nos enterrarán muy pronto a todos nosotros.

Mariano Viñuales, comisario en la 28 División, da rienda suelta a su indignación hablando a voces en medio de un nutrido grupo que asiente a sus palabras. Comprende y se explica el comportamiento de los conservadores británicos, realizando un doble juego en defensa de los sacrosantos intereses del capitalismo internacional, o la indecisión de los gobernantes franceses acobardados por la amenaza hitleriana. Ni siquiera le sorprende que Stalin vaya a lo suyo y ponga los intereses del estado soviético por encima de la revolución mundial, tolerando el sacrificio de los trabajadores españoles igual que sacrificó anteriormente a los alemanes, polacos y húngaros.

—Lo inconcebible y vergonzoso es la traición de los que

debían y tenían que estar a nuestro lado, muchos de los cuales siguen todavía afirmando que lo están.

—¿Quiénes?

Viñuales no se muerde la lengua. Habla de los hombres que el pueblo con sus votos llevó al poder y que no quisieron ni pudieron por incapacidad política o cobardía física cumplir con su deber. De Casares Quiroga que se burla durante meses de cuantos le denuncian la inminencia de un levantamiento que asegura aplastar en veinticuatro horas cuando se produzca, que niega el 18 de julio armas a los trabajadores y el 19 lo abandona todo en medio de la calle; del mismo Azaña, que en noviembre escapa de Madrid y no para hasta Barcelona, y que en febrero de 1939, en lugar de regresar a España, donde continúa la guerra, dimite en Francia la presidencia de la República, dando a las democracias el pretexto que buscan para reconocer diplomáticamente a los fascistas; de Negrín, que habla de resistir hasta la muerte y que tiene siempre un avión preparado para la fuga; de los intelectuales que se llamaron servidores de la República y recibieron de ella los máximos honores.

—Todos huyeron en la hora del peligro. Llevan muchos meses viendo los toros desde la segura barrera de los Pirineos. Lloran la tragedia del pueblo, llorarán incluso nuestra muerte, pero esperan ya el momento de volver a sus cátedras aunque sea entonando loas en honor del vencedor.

—Machado, no.

—¡Claro que no! Machado era la antítesis de todos esos. A Machado no le premió la República con ningún puesto de relumbrón, ningún enchufe, ninguna embajada. Modesto y leal, siguió callado su labor y estuvo hasta el fin de sus días al lado del pueblo. Quizá por eso le abandonaron los otros y le dejaron morir de pena y soledad tras la derrota de Cataluña en un desconocido pueblecito pirenaico.

Maestro de escuela aragonés, Viñuales combate en las primeras líneas desde el mismo 18 de julio. Forma entre los luchadores que, partiendo de Barcelona, liberarán la mitad de Aragón; combate luego en Belchite, Teruel, Levante y Extremadura. Da siempre el ejemplo marchando en los puestos de vanguardia. Herido, retorna al frente antes de cicatrizar sus lesiones.

—Sólo el pueblo ha sabido y sabe estar a la altura debida en nuestra guerra. Frente a tantas cobardías, vejaciones y abandonos escribió con su sangre páginas inolvidables. Aunque al final hemos sido vencidos, aunque de cada uno de nosotros individualmente no se acordará nadie, el comportamiento conjunto de los trabajadores, lo que hicieron en el frente y la retaguardia constituirá un ejemplo imborrable, un acicate constante para cuantos aspiran a que el mundo futuro esté libre de las injusticias y dolores del que hasta ahora conocimos.

En sólo unos momentos el muelle se ha convertido en un inmenso guirigay de voces, gritos, polémicas y discusiones. Dejándose llevar por sus nervios la gente habla más que escucha y prefiere chillar a razonar serenamente. Si por la mañana fue un duro golpe saber que se había marchado el barco que debía aguardarnos, a medianoche es mayor la impresión de presenciar directamente cómo un buque llegaba hasta la bocana y daba media vuelta en lugar de penetrar.

—Pero —grita uno—, ¿está seguro alguien de que era el buque que debía recogerlos?

Cien voces distintas le contestan indignadas afirmativamente. Pero el que ha formulado la pregunta ha sembrado una duda a la que no pocos se aferran instantes después como a una tabla de salvación. En definitiva, todo lo que hemos visto era una embarcación que se aproximó al puerto y viró antes de entrar.

—¿Quién nos dice que no era un barco de guerra fascista?

No lo dice nadie, porque muchos empiezan a pensarlo. Quizá la cosa no ofrezca dudas posibles para un marinero o pescador acostumbrado por poco que sea a la navegación, pero la inmensa mayoría que llena el puerto somos gente de tierra adentro, que fácilmente pueden confundir la silueta de un mercante entrevista en la oscuridad, con unas lucecitas encendidas un minuto en cubierta, con un cañonero o un destructor. Máxime cuando muchos de una manera instintiva desean creerlo para mantener en pie unas leves esperanzas de salvación.

—Yo creo que era el *Canarias*.

—¡Seguro que era el *Canarias*! ¡No podía ser otro!

Aunque la especie se nos antoje disparatada, se propaga con increíble rapidez. Tengo la clara impresión de que una mayoría no lo cree, pero simula aceptarlo únicamente para no deprimir y desmoralizar a quienes los rodean, especialmente a las dos mil o tres mil mujeres que están entre nosotros.

—Si de verdad fuese el *Canarias* —murmuran los más crédulos—, entonces...

La presencia de un crucero enemigo en las proximidades hubiese sembrado la inquietud y la alarma hace unas horas. Ahora, sin embargo, se trueca en un signo esperanzador. En efecto, que el *Canarias* esté en las inmediaciones puede significar que no nos hallamos totalmente abandonados. Que estando los accesos al puerto libres y despejados no hubiera entrado ningún barco de los varios que nos han dicho que salieron de Oran o Marsella con tiempo suficiente para haber llegado ya a Alicante, significaría que esos buques sólo existían en nuestra imaginación; en cambio, si el paso se lo había cerrado el *Canarias* quedaba en pie la esperanza de que pudieran pasar en cualquier momento en que el crucero enemigo se alejase o que la cercanía de unidades de guerra inglesas y francesas, que al parecer pululan por los

alrededores, le fuercen a tolerar la evacuación de los últimos defensores de la zona republicana.

—Mil veces peor hubiera sido que, como todos pensamos hace media hora, el barco que se marchó sin entrar fuese uno de los contratados por el Consejo Nacional o la Comisión Internacional de Evacuación.

Aunque se entablan muchas discusiones en torno a esta posibilidad, es fácil percibir que ejerce una acción tranquilizadora en las gentes. Pese al completo escepticismo de algunos, los optimistas se esfuerzan por buscar argumentos en que basar sus restos de esperanza. A la una de la madrugada el ambiente general en los muelles es menos depresivo y desmoralizado que sesenta minutos antes.

—En cualquier momento pueden llegar los barcos...

A las dos de la madrugada, una buena noticia. Algunos miembros de la Junta constituida por los representantes de los distintos partidos y organizaciones al llegar a Alicante — de la que forman parte, entre otros, el coronel Burillo en nombre de los militares, Carlos Rubiera en representación de los socialistas y Antonio Moreno por la Confederación— acaba de hablar con los integrantes de la Comisión Internacional de Evacuación, reunida durante toda la noche al parecer en la sede del consulado francés, en la calle de Castaños, y las impresiones no pueden ser más tranquilizantes y esperanzadoras.

—Un crucero y varios cañoneros franceses se dirigen a Alicante para impedir que los barcos de evacuación tropiecen con el menor obstáculo a la entrada o a la salida.

—¿Era cierto, entonces, lo del *Canarias*?

—Parece que sí, lo que explicaría que todavía no haya entrado ninguno de los barcos prometidos.

—¿Pero entrarán?

—¡Naturalmente! Mucho antes del amanecer

embarcaremos todos.

El optimismo general sube de golpe varios grados hasta borrar casi por completo la sensación desoladora del buque que dio media vuelta en la bocana del puerto. La desesperanza general de dos horas antes deja paso a una nueva esperanza, aunque una mayoría, sometidos a una especie de ducha escocesa, dudan de todo y de todos. Vivimos esta noche en una tensión difícil de soportar.

—Si continúa muchas horas, acabarán por saltar hechos pedazos los nervios de muchos.

Es un peligro cierto contra el que poco podemos hacer. Aumenta la sensación de frío a medida que avanza la madrugada. Es posible que en circunstancias distintas no lo sintiéramos, pero molidos de cansancio, sin dormir lo suficiente en días anteriores, con la desazón de un porvenir incierto, todos estamos un poco destemplados. Se encienden numerosas hogueras, pero si uno se calienta por delante, siente mayor frialdad en la espalda.

Lo mejor es andar de un lado para otro para ahuyentar al mismo tiempo un sueño en que nos resistimos a caer. Hablamos con mucha gente, aunque los temas no ofrecen ninguna variación. Todo gira en torno a nuestra situación actual, a lo que podría haberse hecho para evitarlo y a las perspectivas de evacuación.

—¿Crees que efectivamente llegarán pronto los barcos?

Es la pregunta inevitable cuando te ven amigos o compañeros que suponen que tienes que estar mejor informado que ellos. Es inútil esforzarse en convencerles que tienes exactamente las mismas noticias que los demás. Incluso cuando se convencen de que es así quieren conocer tu opinión personal o lo que piensan otros militantes destacados o las figuras sobresalientes de republicanos, socialistas y comunistas.

—Parece que Rubiera está muy esperanzado. Un

compañero que le oyó hablar hace un rato con Zabalza y Rodríguez Vega...

—Los que tienen más noticias son los comunistas. Como Burillo está en contacto con los de la estación de radio y el diputado francés es también «chino»...

Circulan con rapidez los más contradictorios rumores, que duran lo que tardan en ser sustituidos por otros más absurdos y disparatados. Es una manera como cualquier otra de perder o ganar tiempo, explicable cuando varios millares de personas no tienen que hacer más que aguardar con febril impaciencia algo que no acaba de llegar y de lo que depende la vida de todos.

—Soy profundamente pesimista —reconoce David Antona— y a medida que pasan las horas voy perdiendo las pocas esperanzas que tenía. Creo que la Comisión de Evacuación hace lo que puede, pero puede muy poco y no la hace caso nadie.

En cualquier caso, la carga que gravita sobre sus hombros es muy superior a las posibilidades de un simple diputado francés y a las de unos cónsules con carácter más o menos honorario. La evacuación debió ser dirigida, encauzada y controlada por el Consejo Nacional de Defensa. Por desgracia, al radiar el domingo la orden de levantar bandera blanca en donde atacase el enemigo desmoralizó a todo el mundo, acabando con toda posibilidad de resistencia.

—Necesitábamos quince días como mínimo para que pudieran salir de España los que quisieran hacerlo y no hemos tenido ni tres. Y ahora, por mucho que nos duela, ¡ay de los vencidos!

—Debimos seguir luchando como fuera, donde fuese y con lo que fuere —afirma convencido Máximo Franco, comandante de brigada, héroe de muchos combates—. Pero hacía meses que muchos querían hacer méritos con el enemigo y a los que deseábamos seguir luchando...

—Pretendían poco menos que fusilarlos, como te ocurrió a ti en Extremadura —se adelanta Mayordomo, jefe de la 28 División, a completar la frase que Máximo deja en el aire.

Cuenta en pocas palabras un suceso del que ya estoy enterado. En la última ofensiva del Ejército Republicano, la de enero de 1939 en Extremadura, quedó totalmente roto el frente adversario al primer empujón entre Valsequillo y Los Blázquez.

—Pudimos avanzar lo que quisiéramos porque enfrente no había nadie y el boquete abierto tenía quince kilómetros de anchura. Pero entonces vino una orden tajante del cuartel general del grupo de ejércitos para que no avanzara nadie.

Pese a la orden, unos grupos atravesaron el Zújar por puentes que nadie se había cuidado de volar, entraron en Granja de Torrehermosa y cruzaron la carretera y el ferrocarril que une Peñarroya con Llerena. Cuando iban a entrar en Azuaga, cuyos defensores se habían marchado, llegaron unos oficiales ordenando su inmediato repliegue.

—Pocos minutos antes, en medio de la carretera, un pelotón de la 127 Brigada capturó, sin disparar un solo tiro, dos autocares con una cuarentena de hombres uniformados que, a juzgar por lo que dijeron, marchaban a una concentración en Sevilla.

Máximo Franco concibe entonces una maniobra audaz: utilizar los autocares, los salvoconductos y los uniformes para meter por sorpresa en Sevilla misma medio centenar de hombres decididos, bien armados y dispuestos a morir matando.

—Con ellos podía ocuparse en un rápido golpe de mano el centro de la ciudad y la radio para provocar en la zona enemiga la confusión y el pánico, coincidiendo precisamente con la reanudación de la ofensiva.

Máximo Franco no sólo iría a su frente, sino que había seleccionado ya de entre todos los soldados de la brigada,

que se ofrecieron voluntarios, a los cincuenta que consideraba idóneos. Estaban proveyéndose del armamento adecuado —metralletas, bombas de mano, algún bazoka— cuando los mandos superiores se enteraron, pusieron el grito en el cielo y no hubo forma de seguir adelante.

—Quisieron detenerme, someterme a consejo de guerra e incluso hablaron de fusilarme.

—Sólo la intervención del general Escobar —completa Mayordomo—, que mandaba el ejército de Extremadura y le dio la razón a él y a mí, evitó que se armase una buena, porque la División no hubiera tolerado que le pasara nada.

—Pero los traidores impidieron el golpe de mano que tenía preparado. Probablemente hubiese muerto en la lucha con los hombres que me acompañaban: sin embargo, bien merecía la pena haber intentado algo, aunque fuera a la desesperada.

Ignoro, naturalmente, quiénes fueron los jefes del Estado Mayor de la Agrupación de Ejércitos de la entonces denominada zona Centro-Sur que pudieron frenar en seco la ofensiva extremeña tan pronto como se abrió un boquete con mayor anchura del esperado en las líneas enemigas. Debieron ser dignos compañeros de los que retrasaron veinte días la operación y prescindieron del desembarco en las proximidades de Motril, asegurando que alguien se había pasado al enemigo con los planos de los preparativos. Sé, no obstante, que tras cuatro días de completa paralización se dio orden de reanudar el avance cuando empezó a llover intensamente y el adversario había recibido los necesarios refuerzos.

—Lo que pudo ser un gran triunfo —agrega Mayordomo— terminó casi en un desastre. Y no precisamente porque los soldados no lucharan con decisión y valor.

Inevitablemente recuerdo que la zona la mandaba en aquellos momentos —los decisivos de la batalla de Cataluña

— el general Miaja y que su jefe de estado mayor era el general Matallana. De Miaja ya sabemos que salió de España hace treinta y seis horas como mínimo. ¿Le acompañaría Matallana?

—No —interviene Amil—. Anoche estaba con Casado en Valencia.

Vuelve a planteársenos el enigma del paradero de Casado y la mayoría de los miembros del Consejo Nacional.

Por lo que unos y otros nos han dicho, salieron de Valencia hacia las tres de la tarde con rumbo a Alicante. Son ya las tres de la madrugada y no han llegado. Como les ha sobrado tiempo para hacerlo, la deducción lógica no tiene nada de agradable.

—Socialistas y republicanos piensan lo mismo que nosotros —afirma Mancebo. Temen que les sorprendieran los fascistas en el camino y que a estas horas estén fusilados.

Mariano García Cáscales, militante de las Juventudes Libertarias, que en representación de las mismas ocupó la delegación de Información en la Junta de Defensa de Madrid el 7 de noviembre de 1936, se acerca al grupo para buscar confirmación a una noticia que empieza a circular por el muelle.

—¿Es cierto que llegará un barco antes de una hora?

Estamos hablando a cincuenta metros del edificio donde reunidos en sesión permanente y en comunicación telefónica con la Comisión de Evacuación están los delegados de los distintos partidos y organizaciones. Amil corre a enterarse y a los dos minutos está de vuelta.

—Parece que ahora va de veras. Moreno venía a comunicárnoslo cuando tropezó conmigo.

En un abrir y cerrar de ojos estamos de acuerdo en lo que conviene hacer. Hemos de repartirnos para ir grupo por grupo despertando a los que se hayan dormido, avisándoles para que estén preparados y dispuestos para la partida. Los

compañeros y sus familiares deben agruparse por regionales, federaciones locales, sindicatos, barriadas o grupos de afinidad para actuar de una manera coordinada, sin retrasos peligrosos, pero sin excesivas prisas que puedan sembrar la confusión y el desorden.

—Lo fundamental es que todo el mundo conserve la sensatez.

Lo hacemos sin pérdida de minuto. Despertamos a muchos que no acaban de creer lo que les decimos. Otros se apresuran a recoger y amontonar sus bártulos. Hay un rápido trasiego de maletas para ir juntándose los pertenecientes a un mismo sindicato o barriada. Aquí y allá se oyen voces de llamada o indicaciones de orientación:

—¡Los de transportes a la derecha!

—¡Aquí, la Federación Local de Valencia!

—¿Los socialistas? ¡Allá, junto a aquellos montones de sacos!

Igual que nosotros hacen los demás. No sobra sitio, porque debemos ser más de quince mil personas y no hay espacio suficiente para que esta reagrupación no tropiece con dificultades. Pero aunque en determinados lugares quedan entremezclados socialistas, comunistas, republicanos y libertarios, se consigue en poco tiempo una buena distribución por tendencias. En cualquier caso y pese al nerviosismo de las circunstancias y a la oscuridad en que nos movemos —la mayoría de las hogueras, encendidas a primeras horas, están medio apagadas— se logra en poco tiempo la finalidad perseguida. La gente da en estos momentos pruebas de serenidad y dominio sobre sus reacciones.

—Parece mentira —comenta admirado Enrique Esplandiú— que no haya surgido ni un roce entre los comunistas y los demás, cuando hace sólo tres semanas andábamos a tiros.

—Eso demuestra la madurez política y el sentido de

responsabilidad del pueblo —responde Asele Plaza.

—¡Lástima que con este pueblo único no hayamos sido capaces de triunfar!, —comento dolorido—. Cuanto más grande sea, mayor será, es, la responsabilidad histórica de quienes no supieron —o no supimos, porque también a nosotros nos alcanzan las culpas— llevarlo a la victoria.

Hace muchos meses que me obsesiona el mismo pensamiento. Desde que perdida Cataluña, errante el gobierno Negrín, dimitido Azaña, reconocido Franco por las democracias y traicionados por todos los que debieron ayudarnos, hube de admitir la posibilidad de la derrota, me abrumba el desastre. No sólo por las consecuencias personales que tendrá para mí —aun interesándome tanto como al que más salvar la vida, pues no es agradable perderla en plena juventud—, sino por el inútil sacrificio de un pueblo incomparable. Tras más de un siglo de luchas incesantes hubo de presentársele, al fin, una oportunidad histórica única; que no haya sabido aprovecharla, no es culpa suya, evidentemente.

Son muchos los que ahora se encaraman al muro que bordea el muelle por su parte exterior para dominar la mayor extensión posible del mar por donde no debe tardar en llegar uno de los barcos esperados. No lo hago esta vez, no lo pretendo siquiera recordando lo sucedido a medianoche. Prefiero sentarme encima de la maleta y liar con calma uno de los pocos cigarrillos que me quedan.

—¡Allí, allí...! ¿No veis las lucecitas?

Muchos clavan ansiosos las miradas en el punto señalado por el que ha gritado. Tienen que forzar no poco la vista para descubrir algo. Parece que allá lejos, a tres o cuatro millas de distancia, se distinguen difícilmente unas luces que deben marcar la situación de un barco. Desde luego, no se trata del que esperamos.

—Pasa de largo —oigo decir a otro—. Cada vez está un

poco más lejos...

Es una pequeña decepción que se repite a los quince minutos. De nuevo se divisan unas luces que se mueven lejos de la costa en dirección de sur a norte. Pueden ser mercantes que navegan de Argelia a Francia cruzando aguas españolas; tal vez, y conforme nos anunciaron, navíos de guerra franceses que vigilan para que no sea interceptado ninguno de los transportes contratados para nuestra evacuación. En cualquier caso...

—Otro que se va sin acercarse siquiera...

Como es lógico cada minuto que transcurre crece el nerviosismo. Poco a poco la espera va haciéndose insoportable. Rendidos, muchos que aguardaban en pie, subidos incluso en los montones de sacos, en su propio equipaje, en los restos de las grúas o en algún poste, van dejándose caer al suelo.

—Es el tormento de la esperanza —oigo a Aselo—, el más refinado que inventó la Inquisición.

Terminado el pitillo, sentado en la maleta con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos, el sueño me vence unos minutos. De pronto me parece oír un clamoreo y alguien me sacude el hombro. Abro los ojos y miro sorprendido alrededor porque por un instante he olvidado dónde estoy y lo que sucede.

—¿Qué ocurre?

—¡Qué ya está ahí...!

—¿El barco? ¿Dónde...?

En pie de un salto miro a una dársena primero y luego a la otra. No veo que haya entrado ningún buque durante el tiempo que estuve adormilado. Sin embargo, la gente está alborotada, hablando y gritando a un tiempo. Vuelvo la vista confuso a Aselo, que aclara sonriente:

—No está aquí ya, pero lo estará en cinco minutos. Viene en línea recta hacia la bocana y llega a menos de cincuenta

metros...

Son muchos los que corren a lo largo del muelle hacia la bocana o tratan de asomarse al rompeolas. Les imito de una manera maquinal; me dejo arrastrar mejor, por los que empujan en esa dirección. Es terrible la conmoción entre la multitud que aguarda. Una mujer ríe convulsa mientras unas lágrimas le corren por las mejillas.

No es posible llegar junto al muro que limita el muelle. Pero aquí, en el punto en que el muelle forma un ángulo recto para correr hacia el sur, hay un montón de sacos de lentejas. Veo trepar a no pocos y hago lo mismo. No consigo llegar a lo más alto, pero sí a una altura superior a la del muro del rompeolas. Sostenido por los que vienen detrás, en un difícil equilibrio sobre un saco reventado y que bajo mi peso va perdiendo su contenido, alcanzo a ver una franja de mar libre. Los que están más arriba gritan:

—¡Ya enfile la bocana...!

—¡Este viene de verdad...!

—¡Salvados al fin...!

Dos que están delante resbalan al reventar el saco que pisan y tienen que agacharse para no caer, agarrándose a quienes les rodean. Entonces veo lo que ha provocado el tremendo alboroto. Es un buque, indudablemente; mucho más pequeño, a mi parecer, del que dio media vuelta antes de llegar tan cerca como éste. Es posible que no quepamos en él la mitad de los que nos apiñamos en el muelle, pero en cualquier caso significa una formidable inyección de esperanza y optimismo para todos.

—¡Ya va a entrar...!

Se han incorporado los que perdieron el equilibrio y me tapan. No importa. Ni siquiera que un violento empujón de quienes quieren subir por uno de los lados del montón, haga que catorce o quince perdamos los puestos alcanzados y nos obligue a descender hasta el nivel del muelle. Ni el empujón

ni la caída pueden molestarnos mientras sigamos oyendo gritos y exclamaciones de nerviosa alegría:

—¡Te juro que había perdido las esperanzas...!

—De no verlo con mis propios ojos...

Abriéndome paso a codazos regreso donde están mis compañeros. Andan muy atareados recogiendo maletas y macutos y sin saber dónde dirigirse porque ignoran en qué muelle atracará el barco.

—Creo que será cerca del faro.

Son muchos los que ya se dirigen hacia allí conduciendo como pueden sus equipajes. Indudablemente quieren ser los primeros en subir por si no llegan más buques y en éste no hay sitio para todos. Una mujer grita:

—¡No separaros...! Si nos perdemos en este barullo...

Un muchacho quiere adelantarse a quienes le preceden corriendo por el borde mismo del agua. De pronto resbala y cae.

—¡Qué se ahoga...! Echadle una cuerda...

—No hace falta. Sabe nadar...

Es cierto. El muchacho nada con perfecta soltura dirigiéndose hacia una escalerilla cercana. Muchos ríen viéndole fuera de peligro.

—¡No quedarse ahí mirando como papanatas! Ayudadme con el baúl...

La gente está contenta, con ganas de reír por todo. La seguridad de un barco a la vista y la perspectiva de poder abandonar la trampa en que está a punto de convertirse el puerto hace sentir a la multitud una alegría contagiosa.

Pero toda la alegría se trueca en inquietud y alarma un minuto más tarde. Bastan unas voces que hieren nuestros oídos para hacer variar por completo el panorama:

—¿Por qué se ha parado en lugar de seguir?

—Yo creo que está dando marcha atrás...

—¡Imposible...! ¡Si éste también nos la juega...!

Escarmentados por lo ocurrido a media noche las frases que oímos tienen un significado amenazante. Nos resistimos a admitir lo peor y clavamos la mirada en la bocana del puerto ilusionados aún con ver asomar por allí la proa de una embarcación. Desgraciadamente, no asoma. En cambio, las voces van siendo sustituidas por gritos de indignación y cólera:

—¡Está dando la vuelta...!

—¡Se vuelve vacío...!

—¡No os vayáis, cabrones...!

—¡Cobardes...! ¡Traidores...!

No es preciso trepar al muro para ver lo que sucede que, juzgando por lo que oímos, podemos dar por descontado. Se repite, corregido y aumentado, lo de horas antes. Este buque ha llegado más cerca, hasta casi rozar la bocana; pero sin decidirse a entrar se aleja de nuevo.

—¡Si pudiese atinar a uno de esos hijos de perra...!

—¡No disparar, camaradas! ¿Qué conseguiremos con ello...?

La última petición debe caer en el vacío porque escuchamos el ruido de varios disparos. Están tirando contra el barco que se aleja algunos de los que presencian su incomprensible maniobra desde lo alto del muro. Otros se esfuerzan por sujetar a los que lo hacen.

—¿No veis que ya están demasiado lejos?

—¡Si lograrse echar mano a uno, lo destrozaba...!

Cesan los tiros, pero no los gritos de rabia, de desesperación mejor. Abandonan el muro los que se habían subido a él cuando el barco se pierde en el horizonte. Algunas mujeres lloran. Un momento no sabemos qué hacer ni qué pensar. Apretamos los puños, clavándonos las uñas en la palma de la mano en clara y muda expresión de impotencia.

—¿Qué diablos puede haberle pasado? —pregunta Asele al

cabo de un rato de silencio.

Me encojo de hombros porque no sé qué contestar. De pronto advierto que está amaneciendo. Pienso que antes, cuando creí cerrar los ojos un momento, he debido dormir bastante rato. ¡Ojalá hubiera podido seguir durmiendo sin sufrir esta nueva y acaso definitiva desilusión!

Vuelvo a sentarme en la maleta y hundir la cara entre las manos. La claridad incierta de la amanecida va barriando paulatinamente las sombras de la noche. A la algarabía de minutos antes, ha sucedido un dramático silencio. Impresiona el gesto y la actitud de cuantos nos rodean. El golpe ha sido demasiado duro por inesperado y la gente tarda en reaccionar.

Algunos andan de un lado para otro hablando, discutiendo o maldiciendo. La mayoría, rota por el cansancio y las emociones, calla con aire hosco y reconcentrado, hundido cada cual en sus propios pensamientos. No duerme nadie, aunque muchos tengan los ojos cerrados. La atmósfera de la amanecida está impregnada de una sombría desesperanza.

—¡Sería preferible que nos matasen de una vez...!

El frío del amanecer se mete en los huesos. Siento las piernas entumecidas y me levanto. Para entrar en calor empiezo a andar de prisa y sin rumbo cierto, saliendo a la especie de pasillo que todavía sigue abierto en el centro del muelle. Paso al lado de muchos amigos; me cruzo con otros que caminan en dirección contraria en actitud parecida a la mía. Apenas nos hablamos. Por regla general, nos limitamos a encogernos de hombros con aire fatalista ante la muda interrogación que leemos en sus pupilas.

—¡Nos matarán a todos, a todos, camaradas...! De aquí saldremos todos muertos... Hemos caído en una trampa de la que nadie conseguirá escapar...

Los gritos resuenan con fuerza redoblada en el silencio que envuelve a la multitud apiñada en el muelle. Muchos

buscan con la mirada al individuo que grita. No tardan en descubrirlo. Es un individuo de mediana edad y corpulencia, que subido en lo alto de una de las farolas que iluminaban el puerto antes de que una bomba hiciera saltar hecho pedazos el foco de su remate. Animado sin duda al verse objeto de la atención general, el individuo sigue voceando:

—¡Todo es mentira, compañeros...! No habrá evacuación... Los barcos vienen a vernos de lejos como si fuéramos fieras y se van. Luego vendrán con sus cañones y nos barrerán. En realidad, ya estamos muertos porque...

—¡Cállate, imbécil!

—¡Baja de una vez, idiota...!

El sujeto en cuestión no hace el menor caso de las indicaciones. Sigue perorando a voz en cuello, agarrado con manos y pies a la parte más alta de la farola. Unos muchachos hablan de subir por él. Alguien procura disuadirles.

—¡Dejadlo...! ¿No veis que está loco?

—Pero lo que dice...

—¿No es acaso lo mismo que pensamos todos, empezando por ti?

Es cierto, y acaso por ello duela más oírlo. Por otro lado, a nadie sorprende que se haya vuelto loco. Lo más probable es que de prolongarse la situación en que nos encontramos —y no acertamos a ver la salida posible— pronto la mayoría esté como él.

—¡El fascismo internacional convertirá Europa entera en un cementerio! Los que le permitieron triunfar aquí no tardarán en sentirlo en su propia carne. Aunque entonces ninguno de nosotros podamos verlo porque estaremos enterrados. Yo...

Sus palabras hacen daño porque parecen altavoces puestos a nuestros más íntimos pensamientos. Algunos se tapan las orejas para no oírlo; otros procuran alejarse lo más

posible; no pocos le dirigen miradas iracundas.

—Si no pensara que está para que le amarren...

Esplandiú viene en mi busca. Parece que ha encontrado algo para desayunar. Anoche no cenamos y aunque las circunstancias hayan hecho que apenas lo recordemos, la realidad es que tenemos el estómago vacío y sentimos hambre.

—Poco tenemos, pero menos es nada.

Se trata de un bote pequeño de leche condensada que Serrano ha conseguido no sabemos cómo. No tenemos pan, pero sí agua que cogemos de una de las fuentes del muelle. Una mujer nos ha cedido una cacerola que ponemos a calentar en una de las numerosas hogueras que han vuelto a encenderse. Repartida la leche entre cuatro, no tocamos ni siquiera a un vaso. De todas formas, nos anima y reconforta.

—¿Qué pasará ahora?

Ninguno lo sabemos. Es preciso reaccionar e intentar lo que sea, aunque la situación parezca desesperada. Hay que hablar con los compañeros y ver lo que se puede intentar. Todo menos resignarse a esperar el final con los brazos cruzados.

En torno al edificio donde funciona la junta que representa a cuantos nos hallamos en los muelles se agolpa la gente hasta lo inverosímil en espera de noticias e instrucciones. Difícilmente y gracias a que algunos conocidos nos ayudan a abrirnos paso, logramos llegar hasta la entrada. En un grupo nutrido hablan y discuten muchos compañeros destacados. Con David Antona y Antonio Moreno, secretario y vicesecretario de la CNT, el 18 de julio, están los secretarios del Centro, Levante y Andalucía, Germán Puertas, Cecilio, Manuel López, Trigo, Leiva, Marcelo, Royano, Íñigo y varios militantes levantinos y andaluces. Todos coinciden en lo mismo: la situación es trágica, pero...

—Mientras hay vida es posible la esperanza.

Parece que la Comisión Internacional de Evacuación no se resigna a darse por vencida y está procurando asegurar la llegada de algunos barcos. Se impone una pregunta y la formulo:

—¿Por qué se fueron los dos que llegaron hasta la entrada del puerto?

—Según los socialistas —responde Antona—, por una sucia maniobra de los comunistas.

Hago un gesto de absoluto escepticismo. Podemos estar enfrentados políticamente con los comunistas y llevarnos como el perro y el gato. Pero de esto a creerlos capaces de una canallada para impedir la evacuación de todos media un abismo. De los muchos que están aquí, en el puerto, hace años que conozco a varios. Con Navarro Ballesteros, por ejemplo, discutí muchas veces y polemiqué otras tantas en las columnas de los periódicos. Pero pondría por él la mano en el fuego seguro de su comportamiento en cualquier trance.

—No se trata de Navarro —me ataja Aldabe— ni de ninguno de los que están aquí y que correrán la misma suerte que nosotros, sino de los que se hallan lejos, en Francia. Concretamente de los que manejan la Mid-Atlantic.

Recuerdo lo que anteanoche me dijo Salgado en Valencia acerca de dicha Compañía y de las pegas puestas a Trifón Gómez para el envío de los barcos. También que el asunto parecía resuelto y que el *Marítima*, que pertenece a la Mid-Atlantic, llegó a Alicante mandado por ellos.

—Pero se fue casi vacío, ¿no?, y sin querer esperar a nadie. Lo mismo han venido otros dos hasta unos centenares de metros y han dado media vuelta dejándonos tirados.

La cosa no me parece tan clara como la ven varios de los presentes. Hasta ahora tenemos la impresión de que el capitán del *Marítima* actuó por propia iniciativa acometido repentinamente por el pánico. ¿No será este mismo el caso de los que mandaban los otros dos buques, que retrocedieron

temerosos de lo que pudieran encontrarse dentro del puerto?

—Podría ser, desde luego; pero también que la Mid-Atlantic los diera por radio orden de dar media vuelta. Por lo menos Rubiera cree tener razones para pensarlo así.

Diez minutos después hablo con Carlos Rubiera. Abogado, diputado socialista por la provincia de Madrid, buen orador, es un hombre joven, fogoso, escrupulosamente honesto en su vida pública y privada, que ha desempeñado durante buena parte de la guerra la presidencia de la Diputación de Madrid. Adscrito a la fracción caballerista del partido, defiende con vehemente elocuencia sus ideas y sus inclinaciones personales. Con él están en este momento José Rodríguez Vega, secretario general de la UGT —sustituto de Largo Caballero en el puesto—, Ricardo Zabalza, secretario de la Federación de Trabajadores de la Tierra, y Rafael Henche de la Plata, concejal elegido el 12 de abril de 1931 y alcalde de Madrid en el último año.

—No he dicho —precisa cuando le pregunto por lo que acaban de contarme— que tenga pruebas de que la Mid-Atlantic nos traicione vergonzosamente para entregarnos atados de pies y manos a los fascistas, pruebas que no podemos tener aquí y ahora. Pero sí que existen indicios sobrados para suponerlo así.

La sociedad naviera Mid-Atlantic, radicada en Marsella, ha sido pagada por el gobierno republicano español para efectuar la mayor parte del comercio marítimo de importación y exportación en los últimos tiempos. La compañía dispone de buques con un tonelaje bruto de alrededor de 150 000 toneladas, barcos que serían suficientes para asegurar en pocos días la evacuación de todos los antifascistas que deseaban abandonar España al producirse la derrota.

—Pero Trifón Gómez, que, designado por el Consejo Nacional de Defensa, se entrevistó días pasados con los

dirigentes de la sociedad, no encontró en ellos la menor facilidad.

Alegando que era el gobierno Negrín, y no quienes le habían sustituido, el firmante del correspondiente contrato con la compañía, se negaban a que sus barcos se arriesgaran visitando los puertos mediterráneos españoles para salvar a los miles de personas que se consideraban amenazadas. Al final accedieron o simulaban acceder, afirmando que sus barcos saldrían para Valencia, Alicante, Cartagena y Almería, y así se lo comunicó Trifón al Consejo, pero advirtiéndole que no estaba muy seguro de que cumpliera su palabra.

—¿Y tú crees que no la cumplieron?

—Temo que hicieron algo cien veces más canallesco, cuyas víctimas seremos todos nosotros.

—¿Qué, concretamente?

—Que mandasen los barcos, pero con la orden terminante de mantenerse en permanente contacto con la compañía por medio de la radio para darles en cada caso las instrucciones pertinentes. Lo que explicaría que unos barcos como el *Marítima* zarpasen de madrugada sin llevarse a nadie. Y que otros, como los de esta noche, hayan llegado a nuestra vista para dar media vuelta rápida, dejándonos hundidos y desmoralizados.

No cuesta trabajo imaginarse lo que la Mid-Atlantic —de ser cierto lo que Rubiera sospecha esta mañana y lo que anteanoche parecía temer Salgado— diría a sus capitanes mercantes para obligarles a virar en redondo a la vista del puerto. O que las fuerzas nacionales habían entrado en Alicante y los tripulantes caerían en sus manos, o que los muelles estaban llenos de una muchedumbre desesperada e incontrolable que apenas atracase una embarcación, la tomarían por asalto, incluso matando a sus tripulantes.

—Pero ¿por qué y para qué habría de hacerlo la Mid-Atlantic?

—Por una razón poderosa y sencilla: demostrar al mundo entero que los únicos que luchaban de buena fe contra el fascismo eran los comunistas y que el Consejo Nacional de Defensa, confirmando lo que llevan diciendo tres semanas sus partidarios, tiene como única misión entregar a todos los antifascistas para que sean fusilados por sus enemigos.

—¿Sacrificando al mismo tiempo a unos millares de comunistas?

—¿Por qué no? Si te das cuenta de que ya salieron de España los que verdaderamente les interesaba, ¿qué les importaría sacrificar a unos centenares de militantes casi anónimos, si a cambio podían lograr el arma más poderosa y eficaz de propaganda y justificación de cara al futuro? ¿Acaso no lo hicieron en Alemania con Rosa Luxemburgo y Cari Liebknecht primero y con Thaelman después?

Ni Henche ni Rodríguez Vega ni yo parecemos muy convencidos. Rubiera insiste en que esta jugarreta no tiene nada de sorprendente en personajes como Stalin que ha hecho condenar y fusilar como contrarrevolucionarios y traidores a la mayor parte de los hombres que hicieron triunfar el comunismo en 1917 y que persigue a Trotski, implacable, por todos los rincones del mundo.

—Si recordáis los procesos del POUM y el asesinato de Andrés Nin no creo que podáis extrañaros de nada.

Añade todavía algo más. No está nada convencido de que el triunfo de Casado a primeros de marzo se deba íntegra y exclusivamente al decidido apoyo que le prestaron republicanos, socialistas y sindicalistas, sino al propósito deliberado de los dirigentes comunistas de dejarse vencer.

—A primeros de marzo la guerra estaba perdida y lo sabíamos todos. Culpables de la derrota eran y son los comunistas y Negrín. Para salvar su responsabilidad nos tendieron una trampa en la que caímos ingenuamente.

La destitución de todos los mandos que no eran

comunistas y su sustitución por hombres del partido fue una provocación que no tenía otro objetivo que obligar a saltar al resto del antifascismo, harto de sus maniobras.

—La sublevación de la Junta pudieron aplastarla porque sólo en el Centro tenían los comunistas tres Cuerpos de Ejército contra uno que apoyaba a Casado. Prefirieron no hacerlo, aunque para cubrir las apariencias lanzaron a la lucha unas cuantas brigadas.

—¿A sabiendas que no conseguirían nada?

—¡Claro! ¿No es muy significativo que el mismo día 6 en que empiezan los combates, Negrín, Pasionaria, Modesto, Líster y compañía tomen los aviones y se larguen a Francia dándose ya por vencidos?

No acaba de convencerme. El plan esbozado por Rubiera es interesante y sugestivo, pero se me antoja demasiado maquiavélico para corresponder íntegramente a la verdad de los hechos. De buena gana me hubiera gustado discutirlo detenidamente con él en diferentes circunstancias. Por desgracia, no parece muy factible que para nosotros pueda darse ya circunstancias más favorables.

En cualquier caso, la charla termina aquí. En el muelle se produce en estos momentos un terrible revuelo, cuya causa no tardamos en averiguar. El diputado francés, acompañado por los cónsules de Francia y Chile, que son los más activos y dinámicos, vienen en busca de los representantes de los distintos partidos y organizaciones para tratar con ellos una cuestión importante y urgente.

Carlos Rubiera es, precisamente, el representante socialista.

La reunión con los representantes de la Comisión Internacional de Evacuación no se prolonga arriba de quince minutos. Mientras *monsieur* Tillon y sus acompañantes cruzan entre la multitud que les abre paso respetuosamente, tenemos conocimiento exacto de lo que han venido a

plantearnos.

—Sencilla y llanamente que hay una plaza libre en el avión de la compañía francesa que hace el recorrido entre Casablanca y Marsella, con escala en Alicante, y proponen que nosotros designemos al hombre que pueda sernos más útil hoy mismo en Francia.

La compañía Air France, heredera de la famosa Latécoeur de los primeros tiempos de la aviación, tiene entre sus líneas regulares, entre la metrópoli y sus colonias africanas, dos que hacen escala en Alicante y que han seguido funcionando durante toda la guerra. En el avión salido de Casablanca esta mañana con rumbo a Marsella viene un sitio vacío. Quien lo ocupe puede estar antes de tres horas en Marsella y en las oficinas de la Mid-Atlantic.

—Creen los cónsules, como nosotros, que la orden de no entrar los barcos ha sido dada por radio por la casa armadora. Y que más eficaz que todas las gestiones que puedan hacerse por teléfono y radio es que una persona conocedora de la situación y con la autoridad derivada de hablar en representación de los antifascistas abandonados en el puerto, ponga las cartas sobre la mesa y obligue a la Mid-Atlantic.

Hay que darse prisa en nombrar a uno porque el aparato no tardará en llegar y la escala en Alicante es únicamente de veinte minutos. Nosotros discutimos brevemente el asunto. Nos gustaría que el designado fuera uno de los nuestros — Antona, Moreno, Amil o cualquier otro—, pero advertimos en el acto que no sería quien encontrase mayores facilidades en su gestión. Debe ser un socialista, no sólo porque los socialistas tienen gran fuerza en Francia, sino porque lo es también Trifón Gómez, que debe estar en Marsella y en contacto con la Mid-Atlantic.

—Puede ser Antonio Pérez, como miembro del Consejo de Defensa, o Rodríguez Vega, Tomás o Rubiera.

Se lo comunicamos a los republicanos, que coinciden con nosotros. También los comunistas entienden que es lo más conveniente. A los socialistas les complace y enorgullece la opinión general. Pero cuando todos damos por descontado que la persona elegida será Pérez o Rubiera, sus compañeros eligen a Pascual Tomás.

—Rubiera, de querer, hubiese sido el elegido, pero se negó en redondo, afirmando su decisión de compartir la suerte de cuantos quedábamos en el puerto. Entonces consideramos que Tomás era el más indicado.

Probablemente lo es. Menos impetuoso y más diplomático que Rubiera, Pascual Tomás está a bien con todas las fracciones socialistas. Es más conocido y tiene mayor personalidad que Antonio Pérez, habla bien el francés y tiene amigos personales en el gobierno galo.

—Es quien puede realizar las gestiones precisas con la rapidez necesaria para que puedan sernos de utilidad.

La salida de Pascual Tomás hace renacer en la muchedumbre unas limitadas esperanzas. Los que han ido acompañándole hasta el paseo de los Mártires, donde le espera el coche de uno de los cónsules para conducirlo al aeródromo, traen al regresar una noticia más alentadora aún. Prosiguiendo sus gestiones iniciadas la víspera, el cónsul francés y el diputado Tillon han conseguido hablar con algunas autoridades francesas.

—Les han dado palabra de honor de ordenar que algunos de los barcos de guerra que patrullan por las aguas cercanas entren en el puerto para asegurar nuestra protección y llevarse en caso necesario a unos centenares de evacuados.

—Esperemos que sea verdad —digo con marcado escepticismo a quien me lo comunica.

—Lo será porque se trata del gobierno francés y no de una compañía particular en la que puede haber montones de indeseables.

En cualquier caso, la buena nueva, que circula por todo el muelle con rapidez cinematográfica, cambia un tanto el ambiente. Aunque una mayoría no se fíen ya de ninguna clase de promesas, muchos necesitan creérselo para no tirarse al mar o levantarse la tapa de los sesos.

—¡No lo creáis, camaradas...! Todas las promesas son mentiras... Aquí nos matarán a todos porque...

Es el loco que sigue gritando desde lo alto de la farola. Algunos que han intentado bajarlo a la fuerza han tenido que desistir al ser recibidos a patadas por el orate.

—¡No le hagáis caso! En cuanto se convenza de que nadie le presta atención, bajará él solo.

Pero hay muchos que le escuchan o le miran y el individuo sigue vociferando abrazado a la farola en una postura que cualquier persona cuerda no podía soportar durante media hora. Me alejo para librarme de sus gritos cuando otros proferidos todavía con mayor fuerza llegan a mis oídos.

Miro hacia el punto de donde parten las voces y veo a un hombre en el agua, a dos metros del muelle, manoteando desesperado en un vano intento por mantenerse a flote.

—¡Sacadlo rápido! —suplica una mujer. ¡Si tardáis un minuto, se ahogará!

Cuatro hombres se tiran vestidos al agua; en dos brazadas están junto al que grita, que tiene ya la cabeza bajo el agua. Le cogen de los hombros, de los brazos y le empujan con fuerza hacia fuera. Veinte manos se tienden hacia él desde el borde del muelle y le sacan en volandas.

El individuo, pálido, desencajado, ha tragado bastante agua y jadea tendido en el suelo, rodeado por un montón de curiosos agrupados a su alrededor.

—Quería suicidarse —explica uno que debe conocerle. Llevaba tres horas diciendo que iba a matarse. Pero en cuanto se vio en el agua empezó a gritar como un desesperado pidiendo socorro.

Varios de los que escuchan la explicación se echan a reír, mientras contemplan con expresión burlona al pobre hombre que, sentado en el suelo, abre mucho la boca para aspirar con ansias el aire que debe faltarle en los pulmones. Yo siento una profunda lástima por el infeliz, en quien el instinto de conservación se impuso a sus afanes desesperados de morir. ¿No será algo por el estilo lo que en estas horas, en estos días mejor, nos está sucediendo a todos?

—¡Hola, Guzmán! Sabíamos que andaba por aquí, aunque no hubiéramos llegado a verle.

Reconozco en el acto al que nos habla, con quien he ido a tropezar sumido en meditaciones que nada tienen de agradables. Me sorprende verle allí en las críticas circunstancias en que nos encontramos.

—¡Hola, doctor! —respondo sincero—. Créame si le digo que siento encontrarle metido también en esta ratonera.

El doctor Bajo Mateos es un hombre alto, de cierta edad, vestido siempre con elegancia, de modales educados y corteses. Médico excelente, de sólido prestigio profesional, sin grandes actividades políticas antes de la guerra ni durante ella, no ha hecho otra cosa que poner sus conocimientos y su ciencia al servicio de quienes la necesitaban en estos años de lucha. Muchos heridos deben la vida a su denodada actuación en toda clase de hospitales; acaso sean más aún los niños que deban la suya a los desvelos del doctor como director de Higiene Infantil en los meses más duros de la contienda.

—¿Ha venido solo?

—No; Encarna está ahí y Paco andaba con Leiva hace diez minutos.

Encarna, su esposa, veinte años más joven que él, no ha cumplido aún los cuarenta y es mujer guapa, enamorada de su marido, que tiene el gesto nada común de descuidar su arreglo personal para disimular la diferencia de edad.

Decidida y resuelta, siempre con los pies bien asentados en tierra, constituye un auxiliar inapreciable para su marido que muchas veces tiene la cabeza en las nubes. Está hablando con Esplandiú, pero le deja para hacerlo conmigo.

—¿Por qué habéis venido? —la pregunto—. A Bajo nadie puede quererle mal porque no ha hecho más que favores.

El doctor sonrío tristemente al escucharme. Está seguro de no haber hecho daño a nadie de una manera intencionada; pero no lo está de que no haya quien esté deseando hacérselo a él. Es difícil tener éxito en ninguna profesión sin suscitar la envidia y el encono de los fracasados.

—Hay muchos que no le perdonan el triunfo —dice su mujer— y que desean quedarse con su clientela.

—Y además está Paquito —añade Bajo—. A sus años no podíamos dejar que se fuera solo.

El hijo, Paco, es un muchacho tan alto como su padre, pese a que aún no ha cumplido los dieciséis años. Desde los primeros cursos del bachillerato ya se distinguió por su decidido antifascismo, acentuado en los años de guerra. Enrolado pese a sus pocos años en algunas columnas, la madre y el padre hubieron de desvivirse para conseguir sacarlo del cuartel o del frente. De palabra fácil, ha intervenido en numerosos actos de las Juventudes Libertarias a las que pertenece.

—Supimos que había salido para Valencia —prosigue el doctor— y vinimos en su busca.

Paco, al que acompañan Leiva y Buitrago, se acercan en este momento. Vienen riéndose de algo sorprendente que acaban de contemplar: una larga cola de hombres y mujeres esperando con ansias que les extiendan sus pasaportes.

—¡Cómo si en esta situación hubiera de servirles de algo...!

Tan absurdo me parece el suceso que supongo que se

trata de una broma. Para convencerme, me invitan Paco y Leiva a ir personalmente a verlo. Tengo que rendirme a la evidencia. Junto a la pared medio derruida de uno de los almacenes, treinta o cuarenta personas aguardan. Delante de ellos, en una mesa improvisada, un hombre, que tiene en el suelo un montón de pasaportes en blanco, va rellenando uno tras otro con los nombres y datos de quienes desfilan ante él.

Le reconozco a la primera mirada. Es un conocido militante socialista madrileño que hasta anteayer desempeñaba el cargo de gobernador civil de Guadalajara. González Molina, auxiliado por dos camaradas, está extendiendo pasaportes con una perfecta seriedad. Tras anotar todos los datos, pegar una fotografía del interesado y hacerle poner sus huellas digitales, entrega los documentos a quienes se apresuran a guardarlos con todo cuidado.

—¡El siguiente...! ¡De prisa...!

Aunque apenas tarda dos minutos en su tarea, la cola de los que aguardan se va alargando. Algunos de los que recogen el pasaporte hacen ademán de pagar algo, pero González Molina les frena en seco.

—Aquí, camarada, no hay que abonar un solo céntimo.

No se trata, aunque pueda parecerlo, de una broma de mal gusto ni mucho menos de un timo.

—¿Qué quieres que haga? —explica en un breve alto de su labor—. Al salir de Guadalajara me traje un montón de pasaportes que no me dieron tiempo a extender a los que querían marcharse. Aquí se los entrego a cuantos me los piden.

—¿Crees que servirán para algo?

—Seguramente no. Excepto, naturalmente, para que quienes los reciben consideren más fácil la salida por el simple hecho de tenerlos en sus bolsillos.

Es probable que tenga razón. A juzgar por los gestos y comentarios de los interesados la tiene. De sobra sabemos

todos que lo necesario y urgente es un medio de transporte y no unos papeles. Pero los pasaportes no hacen daño a nadie y contribuyen a encender una lucecita de ilusión en algunos espíritus.

El ruido lejano de un avión pone en conmoción al muelle. Todo el mundo le busca con la mirada y no tarda en encontrarle. Es un aparato grande, que vuela bajo por encima de la ciudad y parece dirigirse al mar.

—¡Es un avión comercial...!

Lo es. Se trata sin sombra alguna de dudas del avión de la Air France que se dirige a Marsella. Cruza a escasa altura por encima del muelle abarrotado de gente, para internarse en el mar. Muchos agitan las manos o los pañuelos en gesto de amistoso adiós.

—¡Ahí va una de nuestras últimas esperanzas!

Se refiere a Pascual Tomás, que habrá de actuar como emisario de todos nosotros. Son las once de la mañana. A las tres podrá estar en Marsella.

—¡Ojalá tenga suerte...!

Por mucha que tenga, será difícil que sus gestiones puedan alcanzar éxito con la rapidez necesaria. Aunque consiguiera nada más llegar, que saliera un barco en nuestro socorro, el auxilio no nos llegaría hasta mañana a mediodía.

—¿Podremos aguantar tanto?

Es la pregunta que todos hacemos, sin posibilidad de darle una contestación segura. Desde que llegamos a Alicante y especialmente desde hace catorce o quince horas que nos metimos en los muelles estamos prácticamente aislados del mundo exterior. Muchos salen del puerto para buscar algo en cualquier casa de la ciudad, pero procuran no alejarse, temerosos de que durante su ausencia llegue un barco que no puedan tomar. Otros están en contacto con los hombres que guarnecen el castillo de Santa Bárbara o los accesos a la ciudad. Pero son escasas y confusas las noticias que traen al

volver.

—Ni siquiera sabemos dónde están los fascistas en este momento.

La mejor información, aparte de lo que la Comisión Internacional de Evacuación considera oportuno comunicarnos, procede de las gentes que continúan afluyendo a Alicante en incontenible oleada. Por ellos sabemos que ayer día 29, aparte de adueñarse a mediodía de Valencia —de donde hasta la noche pudieron salir no pocos antifascistas—, el enemigo entró en Ciudad Real, Cuenca, Jaén y Albacete.

—Albacete lo tomó sin lucha la división Littorio a última hora de la tarde.

Alicante dista 168 kilómetros de Albacete. Nadie ignora que las divisiones italianas son las mejor motorizadas de todas las fuerzas que luchan en España. Con sus camiones e incluso con sus tanques ligeros, la Littorio puede cubrir en cuatro o cinco horas la distancia. Si no están ya en Alicante es porque no quieren.

—¿Qué podemos hacer?

Ni lo sé yo ni lo saben los compañeros de la CNT, ni los republicanos, socialistas o comunistas con quienes hablo. A todos preocupa por igual el problema de la posible llegada de las fuerzas enemigas con anterioridad a la problemática arribada de algún transporte para la muchedumbre apiñada en el puerto.

—Desgraciadamente —dice el coronel Navarro—, no creo que podamos hacer nada práctico.

Otros militares profesionales, como Burillo, no se sienten más optimistas. Ni siquiera los jefes de milicias —hay varios comandantes de cuerpo de ejército y división entre nosotros— estiman posible una resistencia eficaz.

—¿Ni siquiera defender dos o tres días Alicante para que pueda embarcar la gente, caso de que haya barcos?

Mueven la cabeza en gesto negativo. En el puerto, en Alicante y en sus alrededores puede haber ocho o diez mil soldados, jefes y comisarios que han luchado durante la guerra en los diversos frentes. A ellos pueden sumárselos otros cinco o seis mil civiles que se defenderían a la desesperada. Pero ni unos ni otros podrían conseguir otra cosa que hacerse matar.

—No hay una sola unidad organizada con sus mandos correspondientes y la dotación necesaria. Tenemos muchas pistolas de los más diversos tipos, pero nadie lleva encima más de dos o tres cargadores, con lo que no podría hacer fuego mucho rato. Fusiles y rifles no pasarán de dos mil, con muy escasa munición. Ametralladoras hay muy pocas y tampoco abundan mucho las metralletas. Por último, carecemos por completo de tanques pesados, artillería y aviación.

En estas condiciones no sería posible resistir el ataque a fondo de una sola división provista de armamento moderno y precedida en su avance por la acción destructora de la aviación. Acaso se podría soñar con hacer frente durante unas horas a un ataque por mar. En los montes cercanos y en los cabos que cierran la bahía existen algunas fortificaciones y un puñado de viejos cañones emplazados para obstaculizar un desembarco.

—Pero, aparte de que esos fortines deben estar totalmente abandonados a estas horas, los italianos avanzan por tierra.

No cabe, pues, hacerse ilusiones de ninguna clase. Duraremos lo que el enemigo tarde en atacarnos. Una muchedumbre desorganizada, desmoralizada, concentrada en unos muelles que no ofrecen resguardo posible contra los bombardeos de la aviación o la artillería no puede triunfar en ninguno de los casos. Podrá, como máximo, dejarse matar en un gigantesco holocausto, en una Numancia sin murallas,

pero nada más.

—Sólo nos queda esperar.

Esperar sin muchas esperanzas, que es peor que una desesperanza completa. Pasado el momentáneo alivio de la ilusión de los barcos franceses, insinuada por la Comisión de Evacuación y la marcha de Pascual Tomás en busca de socorros, que en el mejor de los casos llegarán tarde, la tensión y el pesimismo aumentan por momentos. A empeorar la situación vienen en estos momentos unos aviones fantasmas.

—¡Escuchad, escuchad...! Me parece ruido de aparatos ...

Escuchamos un momento, pero no oímos nada, pese a que hay a nuestro alrededor quienes afirman oír claramente el ruido de unos motores. De ser aviones deben ir muy altos, ocultos entre las nubes. Tampoco acertamos a verlos, aunque no falta quien asegura a gritos:

—¡Son cuatro aparatos de bombardeo! ¡Los he visto cuando se escondían tras aquella nube!

Es probable que los bombardeos no existan fuera de unas imaginaciones exaltadas por lo trágico de nuestra situación. Pero no por irreales producen menor efecto desmoralizador en algunos espíritus.

—¡Aquí no hay donde meterse! Si empezasen a bombardear...

No cabe duda de que unas bombas producirían en el muelle una espantosa carnicería. Estamos ahora tan apretados unos contra otros, porque cada vez hay más gente, que para escapar alguno tendrían que tirarse al agua varios millares.

—Tenemos unos botes de lentejas. ¿Por qué no comes algo?

Un poco maquinalmente, como medio bote; aunque he de hacerlo sin pan y las lentejas no están muy apetitosas, caen bien en el estómago medio vacío. Formamos cola ante una

de las bocas de riego para beber un poco de agua, cuando de nuevo se agitan las gentes entre esperanzadas e inquietas.

—¡Acaban de entrar los de la Comisión de Evacuación!

No sabemos a lo que vienen, pero en cualquier caso tiene que ser algo importante. Los que componen la junta improvisada en Alicante treinta horas antes se reúnen con ellos en el local acostumbrado, mientras fuera esperan con ansia muchos miles de personas. A la una de la tarde salen los cónsules. Con ellos van el coronel Burillo y Carlos Rubiera. Minutos después corre por todo el muelle la noticia de lo que ocurre.

—Los italianos están a las puertas de Alicante y quieren llegar a un acuerdo con nosotros.

—¿Acuerdo en qué?

—En que les dejemos entrar sin lucha en Alicante a cambio de que ellos nos garanticen que podremos continuar en el puerto hasta que vengan los barcos.

La proposición me parece inverosímil, pese a que sean muchos los que insisten en su veracidad. Los militantes más destacados de los distintos partidos celebran aquí y allá rápidos cambios de impresiones en espera del regreso de Rubiera y Burillo, dando instrucciones a sus respectivos delegados. Una mayoría es partidaria de aceptar, siempre que se nos den garantías.

—¡Cuidado! No olvidéis el acuerdo de los vascos con los italianos en Santoña y lo que les sucedió.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Retrasar como sea la entrada de los italianos, que deben tener pocas ganas de combatir. En el peor de los casos, ganaremos unas horas.

A los diez minutos vuelven Burillo y Rubiera para comunicar lo que acaban de saber. Parece que en el consulado francés han hablado con dos oficiales italianos que les han hecho una propuesta en firme: convertir el puerto en

zona neutral internacional, que la división Littorio respetaría hasta que pudiéramos ser evacuados cuantos en ella nos encontramos.

—La respuesta debemos dársela cuanto antes al propio general Gambará, que espera a las puertas de la ciudad.

Socialistas, republicanos y militares aceptan sin vacilaciones. Comunistas, cenetistas y juventudes exigen un mínimo de garantías de que podremos permanecer en el puerto el tiempo preciso para que lleguen los barcos que deben estar en camino.

—En cualquier caso —añaden— conservaremos las armas de que disponemos y los italianos se comprometerán a no atacar el puerto en ningún momento ni circunstancia.

Vuelven a salir del muelle los dos delegados de antes, que en la plaza de Joaquín Dicenta suben a un coche grande sobre cuya parte delantera colocan una bandera blanca. Entre los ocupantes del muelle el nerviosismo alcanza un punto álgido. Por doquier estallan discusiones.

—La propuesta de los italianos demuestra que les interesa que nos larguemos.

—¡No seas iluso! Si somos tan tontos como para dejarles ocupar el castillo...

Las opiniones están más divididas que nunca. Para unos la moderación de la Littorio tiene que deberse a una gestión de Francia e Inglaterra para garantizarnos la salida. Para los más, se trata de una trampa que nos tienden y en la que estamos a punto de caer.

—Si no entran en el puerto hasta que vengan los barcos...

—Entrarán cuando les parezca y nos cojan más desprevenidos.

El loco de la farola, callado durante cerca de una hora, acaso para coger fuerzas, vuelve a gritar con renovados bríos.

—¡Nos matarán a todos, camaradas...! Fusilarán a los

hombres, y a las mujeres...

Muchos se indignan al escucharlo.

—¡Lo único que nos faltaba! Habrá que hacerle callar como sea.

—El loco por la pena es cuerdo.

Sin hacer caso de gritos ni amenazas, probablemente sin oírlas siquiera, el tipo sigue con su cantinela, repitiendo incansables sus catastróficos augurios.

—¿No creéis que convendría tomar precauciones por si no llegamos a un acuerdo?

—Acaso fuera más preciso si llegamos a él. Yo no me río de los *macarronis*.

Nadie se fía poco ni mucho de los italianos, aunque las circunstancias nos obliguen a aceptar su propuesta.

En este punto concreto existe absoluta unanimidad. Como también en las medidas a tomar inmediatamente.

—Hay que formar una barricada con los coches y los sacos para obstruir el paseo y asegurar la comunicación entre el puerto y el castillo.

No es preciso dar una orden en este sentido por los distintos partidos y organizaciones para que millares de voluntarios pongan manos a la obra. Con los centenares de camiones y coches abandonados a la entrada del puerto, en la plaza de Dicenta y en el paseo de la playa se forman dos barricadas paralelas, separadas por un centenar de metros que aseguren la comunicación entre la entrada del muelle y las abruptas pendientes del monte de Santa Bárbara. Los sacos de lentejas amontonados en el centro del muelle son transportados con rapidez increíble a la entrada. Avanzando sobre la plaza se forma con ellos, utilizándolos a modo de sacos terreros, un alto parapeto con troneras para disparar. Empotrados materialmente en él quedan los blindados ligeros traídos por los del SIM y unos grupos de guerrilleros, con sus ametralladoras emplazadas en forma que puedan disparar sin

dejar ángulos muertos. A las tres de la tarde, cuando la obra está prácticamente terminada, vuelven los comisionados.

—Éxito completo. Están conformes con todo —dice uno de los cónsules que viene acompañándoles.

Unos pocos lo creen y dejan traslucir su contento. En general, la gente no acaba de creérselo y guarda un expectante silencio. No le faltan razones, como comprueba cuando, luego de marcharse el cónsul, empiezan a circular detalles de lo acordado. Aparentemente no difieren mucho de lo esperado, pero todas las modificaciones introducidas hacen más precaria aún nuestra situación.

—Desde luego, el puerto será declarado zona neutral, donde podamos esperar sin ser molestados el tiempo preciso para que lleguen los barcos. Pero...

Las fuerzas italianas ocuparán sin resistencia alguna Alicante, incluidos los dos castillos de San Fernando y Santa Bárbara, así como los fortines que pueda haber en la costa, haciéndose cargo de los faros que lucirán esta misma noche con toda su potencia para facilitar la navegación. Además, y como celebración de la toma de la ciudad, desfilarán antes de anochecer por algunas de las calles céntricas y especialmente por el paseo de los Mártires, castigando severamente y en el acto cualquier conato de hostilidad contra ellas.

—Habrá que tener mucho cuidado para que cualquier loco no le de gusto al dedo, echándolo todo a rodar.

A muchos no les agrada este desfile que parece una provocación. Menos aún la ocupación del castillo de Santa Bárbara, alzado casi verticalmente ciento setenta metros sobre el puerto y desde el que unas simples ametralladoras no dejarían persona viva en los muelles en menos de diez minutos. ¿No puede tratarse de una artimaña para acabar con nosotros con toda impunidad?

—¡Ni pensarlo! Por múltiples y variadas razones, a los italianos no les conviene aparecer a los ojos del mundo como

chacales implacables.

En realidad, y según impresiones recibidas por los cónsules, todo el mundo parece interesado en que salgamos de España.

—Fusilar diez o doce mil personas de las que están en el puerto sería un comienzo deplorable para un régimen nuevo y la peor propaganda ante el mundo civilizado. Es preferible dejar que nos vayamos.

Me gustaría creerlo, pero no puedo. En cualquier caso es inútil enfrascarse ahora en discusiones que nada pueden remediar. A la fuerza hemos de confiar en la buena fe de los italianos. Para disipar nuestras dudas los que se han entrevistado con él afirman:

—El general Gambaro ha empeñado su palabra de honor.

No habrá obstáculos para que pueda entrar y salir del puerto quien lo desee, sin que las fuerzas italianas intervengan para nada. También podrán salir y entrar nuestros delegados y los miembros de la Comisión Internacional de Evacuación seguirán trabajando, incluso recibiendo toda clase de facilidades con respecto a las comunicaciones por teléfono o radio.

Queda otro punto en el aire: los barcos. No se sabe nada del resultado de las gestiones de Pascual Tomás, que apenas habrá llegado en estos momentos a Marsella. Tampoco de los dos buques que anoche dieron media vuelta antes de entrar en el puerto. Se estaba tratando de localizarles por radio para que volvieran a Alicante.

—Pero hay algo más concreto y categórico: que el gobierno francés está dispuesto a garantizar la evacuación, aunque sea con sus barcos de guerra.

Es una buena noticia, que por desgracia no encuentra muchos creyentes en el muelle. Son tantas las promesas olvidadas, los anuncios no transformados en hechos que aquél nos parece uno más, probablemente tan falto de

fundamento serio como los precedentes. En cualquier caso, tendremos que esperar, porque no tenemos otro remedio.

—¡No creáis a nadie...! Estamos solos... ¡Todo el mundo nos traiciona...!

El loco de la farola continúa gritando, aunque cada vez con menos fuerza. Avanza con lentitud la tarde. Unos hombres retiran las dos barreras formadas por coches en el paseo de los Mártires por un lado y en los acceso a la playa por otro. Grupos nutridos transportan los últimos sacos para completar la barricada de la plaza de Dicenta, dejando unos portillos por donde se pueda entrar y salir.

—¡Mucho cuidado ahora! Se acercan los italianos...

De grupo en grupo circulan órdenes nerviosas para que nadie se deje llevar por los nervios y cometa una tontería que tendría para todos las más desastrosas consecuencias. Se vigila de cerca a los más exaltados y se advierte que las primeras víctimas de cualquier agresión serían las tres o cuatro mil mujeres que están entre nosotros.

—Ninguno tiene derecho a poner en grave riesgo sus vidas.

De pie en el borde del agua, clavados los ojos en la lejanía, vemos surgir los primeros italianos. Aparecen al fondo, al otro extremo del puerto, avanzando por el parque de Canalejas. Delante van unos motoristas; a continuación, muy espaciadas entre sí, varias tanquetas. Treinta o cuarenta metros detrás, camiones cargados de hombres. Cerrando el cortejo, un par de batallones en formación de desfile. Van despacio, mirando recelosos hacia el muelle que ocupamos. Las ametralladoras de las tanquetas no dejan un segundo de apuntarnos.

Se ha hecho un silencio impresionante. Oímos perfectamente el ruido de las motos, de las tanquetas y de los camiones; incluso llegan hasta nosotros algunos gritos de mando por encima de las aguas del puerto. En torno nuestro

hay muchos hombres pálidos, con los puños apretados con fuerza, mordiéndose los labios para no gritar. No pocas mujeres lloran con el rostro oculto entre las manos. Una chica joven chilla y se revuelca en el suelo, presa de un ataque de histeria.

—¡Italianos, maricones! —masculla uno.

—¡Guadalajara, Guadalajara...! —grita otro, sin poderse contener.

—¡Lo que daría por estar otra vez en Brihuega! —gruñe un tercero.

Se produce un pequeño revuelo en el extremo del muelle y un muchacho cae al agua. Parece que, cegado por la rabia, se abrió paso a codazos empuñando una pistola que pretendía disparar. Alguien se lo impidió, empujándole. El muchacho, que no debe saber nadar, manotea en el agua. Dos hombres se tiran por él y le empujan hacia el borde del muelle y le sacan con ayuda de los que están más próximos.

Prosigue el desfile de una parte de la división Littorio. Las motos, las tanquetas y los camiones aceleran un poco su marcha pasado el Club de Regatas y se distancian de la infantería que les sigue. Tras recorrer todo el paseo de los Mártires, atraviesan la plaza de Dicenta rozando algunos la barricada formada por los sacos de lentejas y continúan por la carretera de Valencia, bordeando el monte de Santa Bárbara.

Los batallones de infantería realizan un recorrido más corto. A toque de corneta, hacen un breve alto en el centro del paseo, girando a la derecha para descansar unos minutos dando vista al puerto. Luego otro toque de clarín les hace ponerse firmes, dar media vuelta a la izquierda y continúan su desfile, dando la espalda al mar para ascender formados por la Rambla.

—¡Terminó la exhibición y el desfile! ¿Y ahora, qué?

Nadie sabe lo que vendrá después, aunque pocos esperan

que pueda ser más agradable que lo pasado. El desfile de las fuerzas italianas —¡precisamente italianas!— ha acentuado la rabia y depresión de todos. Tratando de animar a la gente, algunos señalan el hecho cierto de que las fuerzas de la división Littorio se han atenido escrupulosamente a lo convenido, sin pretender entrar en el puerto ni hacer el menor gesto de agresión contra los que nos encontramos en él.

—Ni siquiera han dejado vigilancia a la vista.

Pero no hace falta verlos para saber que están allí, a unos centenares de metros y que con sus armas nos han colocado, como dicen los ingleses, «entre el diablo y el mar profundo». Si antes nuestra situación era mala, ahora es francamente desesperada.

—¿Crees que nos salvaremos?

—Temo mucho que no.

Es la opinión general. Confirmándolo dramáticamente, oigo un disparo cerca y veo a la gente apartarse un poco, mientras otros acuden atraídos por la detonación. Imito instintivamente a estos últimos. Tendido en el suelo, con la cabeza destrozada por un balazo, está un hombre con aspecto de campesino y el pelo blanco. Un individuo, médico sin duda, se inclina sobre él y se vuelve a incorporar moviendo apenado la cabeza.

—Nada que hacer. Está muerto.

Una mujer comenta a mi lado.

—Estaba solo sentado en el suelo, sin hablar con nadie. De pronto sacó la pistola y se pegó un tiro.

—No es el primero —contesta otra—. Hace cinco minutos se mató otro junto al muro.

—¡Acabaremos matándonos todos! —dice con aire fatalista la mujer que habló primero.

Yo también lo pienso. La resistencia humana tiene un límite, pasado el cual nadie puede predecir lo que hará.

¿Hemos llegado a ese límite? Probablemente.

—Lo único asombroso es que la gente haya aguantado tanto.

Anochece ya cuando por el muelle se propaga con la rapidez acostumbrada la misma noticia de otras veces: la llegada inminente de un barco. Me encojo de hombros cuando me lo dicen. Desde que llegué a Valencia, hace ya cerca de cuarenta y ocho horas, no he oído otra cosa y sigo sin ver entrar en el puerto ninguna de las embarcaciones anunciadas. Me figuro que ahora sucederá lo mismo. Tan escarmentados como yo, cuantos me rodean se niegan a concederla el menor crédito.

—¡Ya está bien de bulos y mentiras...!

Pero Esplandiú, que, inquieto y desasosegado, anda de aquí para allá, acercándose a todos los grupos e interviniendo en todas las conversaciones, llega al poco rato con una afirmación sorprendente:

—Ahora va de veras. Se trata de un crucero francés.

Molesto por nuestro gesto de incredulidad, añade rápido algunos detalles. No se trata de ningún rumor sin fundamento, sino de una promesa hecha por el cónsul francés en nombre de su gobierno. Se sabe el nombre del crucero y la hora aproximada en que llegará. Incluso ahora mismo se ha ordenado desalojar la parte del muelle en que atracará, aunque no hará su entrada hasta las doce y media de la noche.

—Antona y Mancebo quieren que vayas a verlos cuanto antes. No me dijeron para qué, pero me lo imagino sin dificultad: incluirte en la lista de los primeros que embarquen.

No estoy tan seguro como Esplandiú, entre otras razones porque no me creo lo del crucero, y se lo digo. No obstante, acudo al sitio en que se encuentran. Cerca de la entrada del muelle, al lado del edificio donde siguen reuniéndose los

delegados que se mantienen en contacto con la Comisión de Evacuación, acampa un grupo numeroso de militantes destacados. Son en definitiva y por los cargos ocupados últimamente quienes dentro del puerto controlan la organización.

—¿Qué hay de ese camelo del crucero francés?

—Que es cierto. Francia no quiere ser menos que Inglaterra y, aunque un poco tarde, hará como mínimo lo mismo que ella.

—¿Es que Inglaterra mandará también un barco de guerra?

—Lo ha mandado ya. Hace tres horas salió de Gandía llevándose a todos los que había en el puerto. Empezando por el Consejo Nacional de Defensa.

Aquello es tan nuevo como inesperado para mí y no puedo contener una exclamación de sorpresa. Con asombro lindante con el estupor oigo lo que los cónsules han comunicado hace un rato a nuestros delegados. Un crucero inglés llamado *Galatea* entró esta mañana en el puerto de Gandía, donde había cerca de doscientas personas esperando en situación parecida a la nuestra.

—Iba a recoger al Consejo Nacional de Defensa y acabó embarcando a todos.

Aunque los cónsules no conocían los nombres de todos los embarcados sí sabían que entre ellos estaban el coronel Casado, el general Menéndez y los consejeros Wenceslao Carrillo, Eduardo Val, Miguel San Andrés y José del Río. Cabe suponer que también se hayan ido todos sus acompañantes de los últimos días; incluso algunos compañeros por cuya suerte estábamos bastante preocupados. Manuel Amil me pregunta, refiriéndose a ellos:

—¿Comprendes ahora por qué se quedaron con gesto heroico en Valencia, mientras nos largaban a todos a Alicante?

Lo comprendo y me duele. La satisfacción personal de saber que están a salvo tiene la amarga contrapartida de su conducta con muchos que difícilmente escaparán con vida de la situación en que se encuentran. Recuerdo inevitablemente mi alusión burlona al capitán Araña cuando me despedía de ellos.

—Al final resultaron auténticos capitanes Araña. Con la única diferencia que fueron ellos quien se embarcaron, dejándonos a los demás en tierra.

Pero no es cosa de perder el tiempo en lamentaciones inútiles y menos cuando ignoramos si tienen justificación y excusa los que fueron a Gandía, seguros de encontrar salida en tanto mandaban a la mayoría de la gente hacia Alicante.

—Lo importante es, aparte de que llegue de verdad el crucero francés, las personas que podrán embarcar, los puestos que corresponda a la organización y quiénes deben tener preferencia en el embarque.

Al hablar así, Mancebo plantea sin rodeos inútiles todas las dificultades de la nueva situación. Como parece que el buque francés no podrá llevarse arriba de 150 personas, esto significa que menos de una centésima parte de los que estamos en el puerto podrá subir al crucero.

—O, dicho en otras palabras, que por cada uno que se salve, habrá cien que tendrán que resignarse a lo peor.

Aunque todavía se está discutiendo el reparto de plazas, lo más probable es que se hagan con ellas cuatro grupos numéricamente equivalentes. Uno para republicanos, masones y militares profesionales; otro para UGT y socialistas; un tercero para comunistas, y el cuarto para la CNT.

—Dispondremos como máximo de treinta y cinco a cuarenta plazas, una quincena de las cuales será forzoso reservar para la FAI y Juventudes Libertarias, con lo que apenas llegarán a veinticinco aquellas de que disponga la

organización sindical propiamente dicha.

Juzgando por las listas que se hicieron la víspera por la mañana y los compañeros que después han ido llegando, en el puerto hay en estos momentos siete u ocho mil confederales, militantes en su casi totalidad. No dispondremos, por tanto, de un puesto para cada cien, sino de uno por cada doscientos cincuenta o trescientos cenetistas. Habrá que elegir con exquisito cuidado y honestidad, a sabiendas de que quienes no sean incluidos se considerarán víctimas de una terrible injusticia.

—Lo primero que debemos determinar es el criterio a seguir. Concretamente, ¿debemos seleccionar a los militantes que por sus conocimientos, prestigio, facilidad de palabra o pluma puedan ser más útiles a las ideas fuera de España, o a aquellos que por los cargos ocupados o por lo que en ellos tuvieran que hacer sean más odiados por el fascismo y no tengan posibilidad alguna de salvar la cabeza, caso de caer en sus manos?

Se dividen las opiniones desde el primer instante y se discute con acaloramiento lógico. Es natural que los que defienden la preferencia hacia un grupo sean en casi todos los casos quienes se consideran incluidos en él, aun que no aboguen en beneficio propio, sino de aquellos que les auxiliaron y secundaron. También que sus contradictores les echen en cara en el calor de la discusión que lo único que pretenden es ser elegidos personalmente.

—Para evitar suspicacias —decide Mancebo—, yo no aceptaré, aunque resultase elegido, marchar en el crucero. ¿No estáis seguros de que vendrán otros barcos esta misma noche? Pues aguardaré al segundo o al tercero.

Es un gesto por su parte, ya que por haber actuado en organismos policíacos y judiciales sabe de sobra la suerte que le espera de no poder embarcar. Siguiendo su ejemplo, otros militantes que nada han tenido que ver con la

represión, facilitan en lo posible la selección, eliminándose voluntariamente de ella.

—Si viene otro barco, saldremos. Si no viene, mala suerte.

Pese a muchas exclusiones voluntarias de militantes conocidos que quieren facilitar la tarea de los encargados de confeccionar las listas de embarque, la tarea resulta difícil, larga, desagradable e incluso peligrosa. Impera la creencia general de que el crucero francés no será tan sólo el primer barco que entre en Alicante, sino el único. Muchos consideran que constituye la última esperanza y que no embarcar equivale a una sentencia de muerte. Todos pueden tener derecho a tomarlo, pero forzosamente tendrán que quedarse fuera más del noventa y nueve por ciento.

La redacción de las listas dura horas enteras; sobre quienes las ultiman llueven peticiones, súplicas, argumentos más o menos sólidos y veraces e incluso amenazas. Individuos aislados creen justificar su mejor derecho contando hechos increíbles, hazañas portentosas en campo enemigo y hasta monstruosidades propias de un cerebro enfermizo. Inventan impulsados por el pánico y la desesperación.

—Aun sabiendo que todo es mentira, dan ganas de vomitar al oírlos.

En todos los sectores pasa lo mismo. Espoleada su imaginación por el deseo de conseguir plaza en el que puede ser el último barco, son muchos los que se proclaman a voces héroes o bárbaros. Cuando tropiezan con la rotunda incredulidad de quienes les escuchan y no pocas veces les conocen, montan en cólera y amenazan:

—Pues si yo no subo, no embarca nadie.

Se trata generalmente de un simple desahogo verbal, pero que repetido mil veces crea en el muelle un clima áspero de discusiones, rencillas y enfrentamientos. A las diez

de la noche se ha despejado por completo una parte del muelle cercana a la bocana, en las proximidades del faro. A ciento cincuenta metros de distancia se levanta una especie de barricada para mantener alejados a los que no hayan de embarcar en el primer buque.

Un estrecho portillo permite el paso a la zona acotada. Representantes de las diversas organizaciones, con las listas confeccionadas en la mano, comprueban la identidad de los que figuran en ellas para que entren con sus respectivos equipajes. Vigilan la barricada unos grupos de guerrilleros, policías y soldados.

Todos los designados tienen que estar a las doce menos cinco en la parte del muelle acotada. Cuando a las once y cuarto empiezan a dirigirse hacia allá en grupos se producen algunos alborotos porque varios replican airados a los siseos o insultos de quienes se consideran injustamente preteridos. Por fortuna, la sensatez y serenidad de la inmensa mayoría hace entrar en razón sin grandes violencias a los perturbadores.

Yo no estoy desde luego entre los que se van. Como no lo están otros periodistas confederales: Mariano Aldabe, Félix Paredes, Aselo Plaza o Nobruzán. Nos gustaría poder embarcar, pero, conscientes de la imposibilidad material de hacerlo todos, felicitamos con sincera efusión a los que han tenido más suerte. No sólo a compañeros como Antona, Gallego, Amil, Villar y López, sino a socialistas e incluso algún comunista. Si entre éstos se encuentran Etelvino Vega, Navarro Ballesteros y Burillo, entre aquéllos figuran Rubiera, Zabalza, Henche, Pedrero, Antonio Pérez y Acero.

Cuando han pasado casi todos, quedo un rato no lejos de la barricada, en un lugar oscuro hundido en mis pensamientos. Sin reparar en mí o no importándoles mi presencia, oigo hablar a un grupo de los que han recibido órdenes de proteger la zona acotada. Están planeando

asaltar el barco tan pronto como atraque al muelle. Cuentan para ello con las metralletas y las bombas de mano.

—Por las buenas o las malas, seremos los primeros en embarcar.

Mancebo, que ha estado con las listas en la mano comprobando la identidad de los que aparecen en ellas, vuelve hacia la parte central del muelle una vez terminada su misión. Caminamos juntos y vamos unos minutos sin hablar. Al final quiere conocer mi impresión. Recordando lo oído poco antes y pensando en la tragedia que puedan provocar un grupo de desesperados, respondo, sincero:

—Acaso fuera lo mejor que ese crucero no llegase a entrar en el puerto.

IV

VIERNES, 31 DE MARZO

Son pocos los que duermen a la una de la madrugada. Aunque estamos agotados por la interminable espera y los nervios de muchos no parecen capaces de aguantar más, una mayoría lucha por mantener los ojos abiertos. El crucero francés debe llegar a las doce y media y las gentes se encaraman al muro del rompeolas o clavan la mirada en la bocana del puerto, impacientes por verle aparecer. Incluso pasados cuarenta minutos de la hora indicada seguimos esperando, acaso porque ya no somos capaces de hacer otra cosa.

El loco de la farola lleva unas horas callado. Es un alivio, porque su monótona letanía crispaba los nervios de quienes le escuchaban. No sé si le obligaron a bajar a la fuerza, bajó porque se le agotaron las fuerzas o se suicidó tirándose de cabeza. Cualquier cosa es posible y ninguna me sorprendería mucho. Ha habido ya siete u ocho suicidios y probablemente habrá muchos más cuando amanezca si continuamos en la misma situación. Tampoco escasean los ataques de histeria,

los enfermos repentinamente agravados y algunos cuyo corazón es incapaz de soportar una tensión tan dramática y prolongada.

Nadie habla de ellos, quizá porque la sensación del peligro propio insensibiliza de los dolores o tragedias ajenas. Ayer sacaron a bastantes en camillas para ser atendidos fuera; desde que por la tarde entraron los italianos, enfermos y muertos se quedan entre nosotros. Como máximo, familiares o amigos les recogen del suelo para llevarlos a un improvisado hospital o enfermería atendidos por médicos y enfermeros que generalmente pueden hacer muy poco.

Para combatir el frío de la noche, sorprendente en Alicante a finales de marzo, arden en los muelles numerosas hogueras. En torno a ellos, la gente, sentada, con los ojos medio cerrados fijos en el fuego y generalmente sin ganas de hablar. Envueltos en mantas y capotes, no pocos tumbados, simulan dormir y algunos lo hacen en efecto; la mayoría, sin embargo, vela con los ojos cerrados concentrada en sus meditaciones.

Al otro lado de la dársena exterior, en la zona acotada, podemos ver a los ciento cincuenta seleccionados para embarcar. Están mucho más inquietos y nerviosos que nosotros. Han encendido un par de pequeñas hogueras, pero no tienen calma para permanecer sentados en torno suyo. Se mueven de aquí para allá, yendo hasta el pequeño faro de la bocana, asomándose por encima del muro del rompeolas para mirar al mar, formando y deshaciendo grupitos que conversan o discuten.

—¡Creo que ya viene!

A la una y media de la madrugada, el muelle entra en convulsión. Quienes esperan en el muro anuncian la aproximación de varios barcos. Los que estamos sentados nos incorporamos y los que aparentan dormir nos imitan. Todos esperamos la entrada inmediata del crucero francés

que se retrasa, ignoramos por qué causas.

—¡No es un barco solo, sino varios!

Consigo llegar al muro y encaramarme en él. El cuadro que entonces aparece a mi vista difiere bastante del esperado. A diferencia de la noche anterior, no hay ningún barco que se acerque en línea recta al puerto con las luces escondidas disponiéndose a entrar, pero a dos o tres millas de distancia, bastante separados entre sí, vemos las luces de posición de siete u ocho embarcaciones; unas inmóviles y otras que parecen dar vueltas entre los cabos que limitan la bahía.

—No lo entiendo. Llevan así quince o veinte minutos.

Yo tampoco lo entiendo. Los buques no parecen tener intención de alejarse siguiendo un rumbo determinado ni por el contrario decidirse a entrar en el puerto. Caben muchas y distintas explicaciones que discuten con el natural acaloramiento quienes de lejos presencian sus extrañas maniobras. Para unos, el *Canarias* está al habla con el crucero francés para disuadirle de que entre en el puerto. Para otros, el buque galo aguarda que se le unan los barcos de transporte de la Mid-Atlantic para penetrar todos juntos y realizar de una vez la evacuación. La verdad puede ser cualquiera, pero lo efectivo es que pasa media hora y todo sigue lo mismo.

Pero si las luces de los barcos continúan con sus sorprendentes andanzas a un par de millas del puerto, en el muelle el clima se enrarece por momentos y a cada segundo aumenta la irritación y la desesperanza.

—¿A qué esperan para entrar?

—A que nos muramos de viejos.

—No es de viejos precisamente de lo que vamos a morir.

A las dos de la mañana tres barcos parecen decidirse. Abandonan sus vueltas y revueltas para dirigirse a la costa. En un principio dudamos de que sea así. A los pocos minutos,

no puede haber la menor duda. Entre sus luces y las de otras cuatro o cinco embarcaciones que no se han movido, media ya una distancia de más de una milla y continúan aproximándose.

—¡Ya era hora que se decidieran!

De los tres buques, uno, más largo y estrecho que los otros, avanza en cabeza, con mayor velocidad. Los otros dos, más anchos y posiblemente más pesados, se rezagan, marchando con mayor lentitud. Yo no acierto a distinguirlos bien. Hay quien tiene mejor vista y conoce mejor la silueta de toda clase de embarcaciones.

—El que viene delante es un barco de guerra, posiblemente un destructor. Los otros dos son buques de carga.

Importa poco que sea un destructor en lugar de un crucero, si se decide a entrar y puede llevarse a los que aguardan en la zona acotada. Especialmente si lo acompañan dos mercantes que recojan a la mayoría de los que permanecemos en el muelle.

—Aunque tengamos que ir hacinados en las bodegas o de pie en la cubierta.

Durante unos minutos en el puerto, vuelve a reinar el optimismo y la esperanza. No sólo en la zona acotada, sino en todo él las gentes se llaman a gritos o preparan sus equipajes para subir a bordo con la mayor rapidez posible. Yo no acabo de creérmelo porque tengo vivo en la mente lo sucedido veinticuatro horas antes.

—Un nuevo chasco sería catastrófico.

El chasco se produce en forma semejante a la noche anterior. El supuesto crucero o destructor francés que marcha en cabeza, llegando a trescientos metros del rompeolas, para sus máquinas, primero, y da marcha atrás después. Lo mismo hacen los dos mercantes que le siguen. La única diferencia es que ahora no se alejan hasta perderse

de vista en el horizonte, sino que se limitan a regresar al punto en que se encontraban minutos antes.

—¡Qué me aspen si lo entiendo! ¡Esto es ya para morirse...!

Es terrible la decepción general. Si a muchos no los quedan fuerzas ni para expresar su rabia, son más los que parecen haberse vuelto locos. El muelle entero estalla en gritos y maldiciones. Aunque todavía quedan algunos optimistas delirantes, la mayoría acusa el nuevo y terrible mazazo. De poco sirve que haya barcos supuestamente amigos en las inmediaciones, si ninguno se decide a entrar.

—Están jugando con nosotros como el gato con el ratón. Y el final inevitable es que el ratón acaba devorado.

Abandono el muro donde siguen muchos con los ojos clavados en las luces lejanas en espera aún de que algunas de las embarcaciones acudan en nuestra ayuda. Siento la angustia no sólo de mi propia situación, sino la de tantos millares de personas que parecen condenadas a un trágico final.

—En cierto modo y manera —digo a Mancebo, que, tan deprimido como yo, viene a sentarse a mi lado—, acaso sea un bien acabar cuanto antes. ¿No sería una vergüenza insoportable seguir vivo cuando tantas cosas perecen a nuestro alrededor?

—¿También tú piensas en el suicidio? —afirma, más que pregunta.

Muevo la cabeza en gesto negativo. No soy partidario del suicidio ni siquiera en circunstancias tan extremas como las que atravesamos. Puede ser en determinados casos una solución de tipo personal, pero nada más. Hablo de la probable muerte que a todos nos amenaza en este lugar y momento y que hay instantes que miro sin el menor temor, como corolario lógico de la derrota para quienes no preparamos anticipadamente la fuga y estuvimos en nuestros

puestos hasta el último segundo.

—A mí tampoco me asusta —responde Mancebo—. Lo prueba que, perfectamente enterado de la situación, tuve cien veces ocasiones y medios para huir y preferí seguir en mi puesto. Únicamente me dolería no morir como un revolucionario.

—¿En lucha abierta con el enemigo y manejando el fusil o la pistola?

—Así. O ejecutado, como tantos anarquistas que murieron en el curso de la historia: con la cabeza muy alta y pregonando frente a sus verdugos la fe en el ideal. Pero...

—¿Qué? —lo animo a seguir, sin acabar de comprender dónde quiere ir a parar.

—Eso constituye hoy un sueño para mí. Durante toda mi vida he tenido la convicción de morir de esta forma, orgulloso de mi labor, escupiendo mi desprecio a los jueces burgueses que me condenasen. Sin embargo...

Hace una pausa como si le costara trabajo decir lo que tiene en los labios. Tras ligera vacilación, añade:

—La revolución no se hace con agua de rosas. Tiene, como obligada contrapartida de su grandeza idealista, una parte fea y sucia que alguien tiene que realizar. Para defenderla de sus enemigos es preciso mancharse las manos. En nuestro caso, he tenido que manchármelas yo. Mi papel era menos heroico del que peleaba en las trincheras y menos brillante del que hablaba en las tribunas; pero tan necesario como el primero y más eficaz que el segundo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Lo comprendo y siento un íntimo escozor. No sé quién dijo que en la confesión todos buscan un cirineo sobre cuyos hombros arrojar parte del peso de su cruz. Con sólo unas palabras, Benigno Mancebo me ha hecho comprender que hay cargas infinitamente más pesadas que las que a otros parecen ya insoportables; que la vida, con valer tanto, puede

ser el mínimo que la revolución nos exija sacrificarla.

—Nosotros nos vamos. Es probable que nos maten. Pero preferimos morir luchando en campo abierto a dejarnos exterminar aquí como ratas acorraladas.

Un grupo de militantes, jóvenes y decididos, han resuelto salir del puerto y de Alicante antes del amanecer. Son en su mayoría campesinos aragoneses y castellanos. Conocen bien las montañas y se han infiltrado muchas veces a espaldas de las líneas enemigas. La empresa que ahora se proponen tiene mucho de desesperada. Quieren internarse en tierra con rapidez, ganar el macizo ibérico y subir por él hasta las estribaciones pirenaicas.

—Son cuatrocientos o quinientos kilómetros y es posible que no lleguemos tan lejos. De cualquier manera, vale la pena intentarlo.

Nos gustaría acompañarles, pero seríamos un obstáculo y no una ayuda para ellos. Se necesitan unas piernas de hierro y un entrenamiento adecuado para realizar marchas diarias de cuarenta o cincuenta kilómetros, con el equipaje auestas, generalmente de noche y por intrincados vericuetos. Les deseamos suerte, que es lo único que podemos hacer.

A las seis de la mañana se produce en el puerto una nueva conmoción. Los que siguen vigilando en el rompeolas anuncian a gritos la aproximación de un barco. Aunque muchos corren a verlo y pugnan por encaramarse al muro, no tengo ganas de imitarles, seguro más que simplemente temeroso de una nueva decepción. Sin moverme del lugar en que estoy recostado contra la pared de uno de los tinglados, oigo sus gritos alborozados.

—¡El crucero francés está a punto de entrar!

—¡Otros dos barcos le siguen de cerca...!

Pese a todas las desilusiones sufridas, todavía quedan quienes confían en el milagro. Al otro lado de la dársena y a la luz temblorosa de las hogueras medio apagadas ya, me

parece ver que los que aguardan en la zona reservada corren de un lado para otro agitados y nerviosos. Pero la animación y la esperanza tardan menos de un cuarto de hora en desaparecer. Una vez más se repite la increíble historia: la detención ante la bocana del puerto y el cambio de rumbo para alejarse con rapidez. ¿Cuántas veces ha ocurrido lo mismo ya?

—En cualquier caso, creo que ésta es la definitiva.

Al amanecer parece confirmarse el pesimismo. No sólo los barcos que en dos ocasiones distintas se acercaron, sino los cuatro o cinco más que toda la noche estuvieron en las proximidades del puerto han desaparecido. En toda la extensión marítima que se domina desde el faro o el rompeolas no queda una sola embarcación a la vista.

A las ocho de la mañana empiezan a desfilar, cargados con sus equipajes y cariacontecidos, los ciento cincuenta que habían de embarcar en el crucero francés. Poco a poco van retornando a los lugares que ocupaban la tarde anterior. No acaban de explicarse lo sucedido y parecen más hundidos y desconcertados que nadie.

—¿Qué explicación han dado los cónsules?

Los cónsules no han dado ninguna explicación, probablemente porque no la tienen. Dos de ellos parece que estuvieron buena parte de la noche a la entrada del muelle y se marcharon al amanecer desesperanzados ya de que atracase el crucero anunciado con tanta solemnidad.

—No creo que sirva de nada —dice Rubiera—, pero convendría reanudar el contacto con ellos.

Aunque han podido hacerlo, los italianos no han cortado la comunicación telefónica del puerto con el resto de la ciudad. Se puede hablar con la Comisión Internacional de Evacuación y se concierta una nueva entrevista. La noticia circula con rapidez por el muelle, pero nadie la presta la menor importancia.

—¿Qué van a decir? Lo mismo que ayer o que anteayer: prometer barcos y más barcos sin conseguir que llegue de verdad ninguno.

Cunde y se intensifica la desmoralización. Aumentan con rapidez quienes lo dan todo por definitivamente perdido. Impresiona el aire desolado de la multitud. Impresionan más aún los frecuentes suicidios. Un individuo de cierta edad se tira de cabeza al agua; dos muchachos jóvenes quieren auxiliarlo y el suicida se defiende de ellos con uñas y dientes. Es una pugna breve y angustiosa que muchos presencian desde el borde del muelle. Al final, los jóvenes tienen que desistir y el viejo desaparece bajo el agua.

En la parte exterior del puerto, dos cadáveres flotan junto al rompeolas. Debieron suicidarse al amanecer, sin que nadie se diera cuenta. Otro, que va caminando al parecer con entera tranquilidad, se pega un tiro en la cabeza y cae sobre una mujer tumbada y dormida que se despierta con un grito de horror. Se produce otro hecho más dramático aún: un muchacho joven se dispara un tiro en el pecho y la bala, después de atravesar su cuerpo, va a herir mortalmente a un viejo de pelo blanco. Los dos se derrumban muertos casi al mismo tiempo.

—En dos días más el enemigo no tendrá nada que hacer, porque nos habremos matado todos.

La gente comienza a demostrar una indiferencia increíble ante la muerte. En la parte central del muelle un hombre alto, fornido, que está fumando un buen cigarro puro, se da de pronto un tajo profundo en la garganta. Cuando algunos quieren auxiliarle, los rechaza enérgico. Sentado en el suelo, con el puro en los labios, permanece medio minuto hasta que se derrumba muerto.

—Es el alcalde de Alcira —oigo decir a mi lado.

—En ocasiones excepcionales como ésta —dice el doctor Bajo Mateos—, el suicidio es la más contagiosa de las

enfermedades conocidas.

Con absoluto escepticismo recibimos por enésima vez la noticia de que acuden barcos en nuestro auxilio. La noticia la ha traído hasta el muelle el diputado francés que forma con los cónsules la Comisión de Evacuación.

—Se explicaba que nos resistiéramos a creerlo, pero tiene la seguridad de que vienen.

Incluso parece que ha dado o intentado dar una explicación de lo ocurrido con el crucero francés. Parece que ha estado, en efecto, a pocos pasos del puerto y decidido a entrar en dos ocasiones. En ambas, desistió cuando por radio le advirtieron que todos los que estaban en el muelle teníamos armas, que había gentes dispuestas a tomarlo por asalto en cuanto atracase y que su llegada podía desencadenar una verdadera batalla entre nosotros mismos.

—Y forzoso es convenir, por mucho que nos duela, que probablemente estaban en lo cierto.

Quien me lo dice añade que hace diez minutos han salido Burillo y otros de nuestros representantes para conferenciar con la Comisión de Evacuación porque debe haber asuntos urgentes que tratar. Excitada mi curiosidad, me dirijo al edificio donde funciona el que podríamos denominar comité de enlace de los diferentes partidos y tendencias. Antona, al que dos horas antes he visto regresar de la zona acotada del muelle con gesto de honda preocupación, está más contento y animado.

—Lo de la llegada próxima de buques parece cierto. Como parece que el único obstáculo para que entrasen anoche fue el miedo a que nos matásemos para ser los primeros en embarcar.

Como una confirmación de sus palabras, en el extremo opuesto del muelle empiezan a decir a gritos que varios barcos acaban de aparecer en el horizonte. Un soldado, que provisto de unos gemelos otea el mar desde el tejado de un

edificio medio derruido, lo ratifica a grandes voces.

—Son tres y deben estar a un par de millas. Me atrevería a asegurar que uno de ellos es de guerra.

Algunos dan por seguro que se trata del crucero francés y de los dos mercantes que la noche anterior se acercaron al puerto. Esto basta para que muchos pechos se abran de nuevo a una remota esperanza. Ni siquiera basta para matarla la dolorosa experiencia de lo sucedido y el hecho de que los tres se queden parados a bastante distancia de la costa.

—Eso es precisamente lo que anunció uno de los cónsules. Para que se decidieran a entrar teníamos que darles ciertas garantías de seguridad.

A saber en qué consisten las garantías y a dárselas en cualquier caso —ya que no tenemos posibilidad de opción— han ido a conferenciar con ellos un par de delegados.

—Incluso cabe la posibilidad de que lo hagan con el propio Gambará para mayor seguridad respecto al cumplimiento de los acuerdos.

Media hora más tarde están de regreso nuestros representantes. Vienen con ellos Tillon y varios de los cónsules. A la multitud por entre la que difícilmente consiguen abrirse paso hacia el edificio donde se halla reunido, esperándolo, el resto del comité de enlace, Burillo recomienda sonriente:

—¡Calma y serenidad, muchachos! Todo va bien; todo puede arreglarse.

En el muelle crece la curiosidad por una reunión de la que muchos consideran que depende nuestro destino. La expectación aumenta cuando los reunidos piden que se les unan determinadas personalidades destacadas de los diversos partidos y organizaciones. Todo son comentarios y especulaciones sobre lo que puedan tratar y, pese a la desmoralización y al pesimismo generales, no faltan quienes

empiezan a entrever nuevas y más rosadas esperanzas.

La desconfianza y el pesimismo vuelven a extenderse con vertiginosa rapidez tan pronto como se conoce lo decidido. Hay una parte prometedora, que lo sería más de no tener tan amargas y recientes experiencias. Los barcos que aparecen parados a un par de millas del puerto están dispuestos a entrar para recoger a cuantos se encuentran en los muelles. El general Gambará, con el que han tratado el asunto, está dispuesto a no inmiscuirse en nada ni dificultar de ninguna manera la operación. Textualmente ha dicho:

—A todos nos interesa que puedan marcharse hoy mismo los que todavía se hallan en el puerto.

Pero la entrada de los barcos ansiados y la evacuación tiene como condición *sine qua non* una exigencia terminante: la entrega de armas. No la imponen los italianos ni siquiera la Comisión Internacional de Evacuación, aunque estén conformes con ella, sino el comandante del crucero y los capitanes de los buques mercantes, respaldados firmemente por el Gobierno de París.

—Sin desarme total no llegarán los barcos y no podrá salir ni uno solo de los miles que anhelamos hacerlo.

Aunque al plantearse la cuestión algunos —especialmente libertarios y comunistas— hicieron constar su recelo y desconfianza, la aceptación estaba decidida mucho antes de empezar a discutir. No sólo porque previamente algunos habían dado su conformidad, sino porque no existía a todos los efectos prácticas posibilidades de opción.

—Con armas o sin ellas —dijeron los militares consultados—, en el puerto no tenemos defensa posible. Un bombardeo de aviación del que no podríamos defendernos; el cañoneo de cualquier barco de guerra o unas simples ametralladoras emplazadas en el castillo de Santa Bárbara nos barrerían en un abrir y cerrar de ojos. Nada perdemos con entregarlas, porque ya lo tenemos todo perdido desde el punto de vista

militar.

Contra su entrega teníamos la posibilidad de la evacuación. Era comprensible que los barcos que habían de efectuarla dudaran en trasponer la bocana del puerto sabiendo que en los muelles había quince o veinte mil personas desorganizadas, desesperadas, dispuestas a tomar por asalto la primera embarcación que llegase aunque fuese utilizando las pistolas y las bombas de mano de que disponían.

—Al entregar las armas no sólo facilitamos la evacuación, sino que eliminamos la dolorosa perspectiva de una lucha fratricida en que nos matemos nosotros mismos.

Es posible que tengan razón, pero a la gente no se lo parece. Al anunciarse lo convenido, por doquier se oyen voces de indignación y rabia. Algunos llegan al extremo de afirmar que nuestros propios delegados nos han vendido para entregarnos inermes a los fascistas, que entrarán a degüello en el puerto en cuanto soltemos fusiles y pistolas.

—Yo no entregaré la pistola más que por el cañón y apretando el gatillo —amenazan, vociferantes, muchos.

Cuesta tiempo y trabajo ir venciendo la resistencia de la mayoría. No se logra antes de las once de la mañana y empleando el decisivo argumento de que la vacilación en cumplir las condiciones que nos imponen no sólo retrasará la entrada de los barcos que aguardan a unas millas del puerto, sino que puede inducirlos a marcharse sin preocuparse para nada de nosotros. Al final, cuando se ha conseguido la conformidad de todos, se dispone que numerosos grupos provistos de mantas vayan de un lado para otro recogiendo las armas que se les entreguen para sacarlas fuera del muelle, donde habrá varios camiones para recogerlas.

—¿Crees que debo entregar las que tengo?

—Eres tú quien tiene que decidir si las entregas, las tiras al mar o te quedas con ellas como recuerdo.

En una hora se recogen ametralladoras, metralletas y la totalidad de fusiles y rifles. También muchas pistolas, aunque algunos prefieran esconderlas para conservarlas hasta el último minuto y otros arrojarlas desmontadas al mar. En cualquier caso, a mediodía está terminada la operación y varios camiones se han llevado casi todas las armas y municiones de que disponíamos al llegar al puerto.

—Bueno, ahora pueden entrar los barcos.

—Entrarán tan pronto sepan que hemos cumplido sus exigencias.

Pero los componentes de la Comisión de Evacuación se alejan para realizar las pertinentes gestiones sin que los buques se acerquen. Desde el rompeolas puede vérselos en lontananza. Son tres y llevan varias horas yendo de un extremo a otro de la bahía sin aproximarse demasiado a tierra.

—¿A qué esperan ya? —pregunta impaciente y recelosa la gente.

No hay respuesta lógica capaz de tranquilizarla. En realidad, nadie responde a las preguntas que la mayoría formulan angustiados. A la una de la tarde la tensión ha vuelto a subir peligrosamente. Las esperanzas que algunos quieren mantener en pie se esfuman de nuevo; los argumentos con que se quieren convencer a sí mismos más que aspirar a animar a los demás, empiezan a sonar totalmente falsos en sus propios oídos.

—No debimos entregar las armas —lamentan unos.

—No debimos perder la guerra —replican otros—. De haberla ganado serían ellos los que estuviesen como ahora nosotros.

En todos los grupos o corros se discute con aspereza. Ante nuestros ojos tenemos las mejores demostraciones de una vieja y conocida verdad. La de que si no hay mejor argamasa que el triunfo para mantener unidos a los más diversos

elementos, nada existe tan disgregador como el fracaso. «La revolución es la enfermedad de los vencidos», decía Foch a los plenipotenciarios alemanes que en noviembre de 1918 le urgían la firma del armisticio para contener las revueltas de Kiel. Tenía razón como hemos comprobado a nuestra costa.

—¿Qué crees que puede pasar ahora?

—Todo y nada bueno. Ponte en lo peor y te quedarás corto.

Lo peor empieza a suceder inmediatamente. Quienes continúan expectantes en el rompeolas dan la voz de alarma. En lugar de acercarse como esperábamos los barcos que llevan unas horas a la vista se alejan. Aunque muchos se resisten a creerlo, a las dos de la tarde los tres buques han desaparecido en la lejanía.

—¿Qué dirán ahora los cónsules?

Los cónsules no dicen nada porque no aparecen por el puerto y no hay manera de hablar por teléfono con ellos. Para colmo de males, frente a la salida del muelle en la plaza de Dicenta, en el paseo de los Mártires y en los accesos a la playa contigua de Postiguet, los italianos han establecido unas líneas de vigilancia para impedir el acceso al interior de la ciudad de los refugiados del puerto.

—¡Ahí vuelven los barcos...!

El grito de aviso produce el correspondiente revuelo. Muchos se niegan en un principio a creerlo y tienen que convencerse al asomarse al muro y distinguir tres buques en posiciones muy parecidas a las que ocupaban durante buena parte de la mañana. ¿Por qué se han ido para volver a la media hora?

—No entiendo el juego que se traen entre manos.

—¿Y si estos barcos fueran diferentes a los de antes?

Aunque el hombre que formula la pregunta lo hace perfectamente en serio, varios le contestan en tono burlón que necesita unas buenas gafas o, mejor aún, una camisa de

fuerza. En un principio los tres navíos parecen complacerse en continuar repitiendo sin grandes variaciones lo hecho por la mañana: marchar sin prisas de norte a sur y de sur a norte, sin sobrepasar ninguno de los cabos de Santa Pola y Huertas, pero sin aproximarse al puerto menos de dos o tres millas. De pronto la sorpresa:

—¡Al fin se deciden a venir!

Es cierto, aunque la gente se resista a creerlo. De los tres barcos, uno se desplaza hacia la parte de la Albufereta y los otros dos vienen en línea recta hacia el puerto, separados entre sí por unos doscientos metros. Desconfiamos porque en una serie de ocasiones distintas —aunque nunca en pleno día — hemos presenciado la aproximación de barcos que siempre viraron antes de llegar a entrar. ¿No ocurrirá lo mismo ahora?

—El que viene en cabeza parece un buque de guerra.

—Será el crucero francés.

—¡Con tal que no repita su faena de anoche...!

No parece que se disponga a repetirla porque no aminora la marcha y enfila con su proa la entrada del puerto. En el muelle, siguiendo la aproximación de los buques por los gritos y exclamaciones de quienes llenan la parte del rompeolas, reina una considerable efervescencia. En muchos pechos renace la esperanza, pero sin que hayan desaparecido totalmente desconfianzas y recelos.

—No me lo creeré hasta que esté embarcado —dice, suspirando, una mujer.

—Yo, ni aún entonces. ¡Estaba ya tan convencida de que nos había olvidado todo el mundo!

La gente está en pie, agitada, nerviosa, clavando una vez más los ojos en la entrada del puerto. Muchos preguntan a gritos si no se detiene como el de anoche a media milla de distancia o vira en redondo como los de anteanoche.

—¡No, no...! Esta vez es de verdad...

Pero casi enlazando con estas palabras alborozadas nos llegan otras asombrosas y alarmantes:

—¡Cuidado, compañeros...! ¡No se trata de un buque francés...!

La gente se mira desconcertada sin acabar de comprender la importancia que pueda tener que el buque no sea francés. Muchos preguntan a un tiempo y los denuestos y maldiciones en que estallan quienes lo contemplan desde el rompeolas aumentan su confusión y desconcierto. Al final, sobreponiéndose a todas, una voz grita:

—¡Un buque de guerra fascista...!

—¡Traiciones hasta el final...!

Se arma un terrible alboroto en el que resulta difícil entender nada. De pronto, cuando la proa del barco enfila la bocana, se produce un terrible e impresionante silencio. Parece como si de repente los millares de personas hubieran perdido la voz para concentrar todos sus sentidos en la mirada. Y lo que ven no puede resultar más increíble y amenazante.

Es un buque de guerra, el que, reduciendo su velocidad al límite, traspone con lentitud la entrada del puerto. No es un crucero francés, sino un minador español: el *Vulcano*. La cubierta está atestada de soldados vestidos de caqui; en la popa han desplegado una gran bandera bicolor; apuntando hacia el muelle en que nos apiñamos vemos emplazadas una serie de ametralladoras. En el impresionante silencio en que ha quedado el puerto, llega con claridad hasta nosotros una vieja y conocida canción que los soldados entonan a coro:

«Banderita tú eres roja,
banderita tú eres gualda,
llevas sangre y llevas oro
en el fondo de tu alma...»

Mientras el minador evoluciona lentamente dentro de la dársena exterior para ir a atracar a los muelles de la parte opuesta, la gente mira y escucha con gesto estupefacto, sin acabar de dar crédito a sus sentidos. En un instante en que los soldados callan, llega lejano y débil hasta nosotros un grito:

—¡Viva la República...!

Muchos ojos se vuelven hacia el faro pequeño que señala la entrada del puerto. Un hombre que ha permanecido en él de servicio desde que llegamos agita los brazos en la torreta, lanza otro grito que no logramos percibir con claridad y se lanza de cabeza al vacío. Rebota su cuerpo al chocar contra las piedras del rompeolas para volver a caer de nuevo y quedar ahora en una dramática inmovilidad con el cráneo destrozado.

—¡Un muerto más, fascistas...! —grita un viejo fuera de sí.

Muchas mujeres lloran, no sé si por la entrada del *Vulcano*, por el suicidio que acaban de presenciar o por las dos cosas a la vez. Los hombres, crispados, con los ojos relampagueantes de ira y un gesto de angustiosa impotencia en el rostro, permanecen en una inmovilidad de estatua. Acaba de atracar el minador y los soldados inician el desembarco. Continúan cantando mientras. Ahora entonan el himno de la Legión:

«¡Legionario, legionario,
de bravura sin igual,
si al luchar hallas la muerte,
tendrás siempre por sudario,
legionario,
la bandera nacional!»

De pronto en el muelle, donde millares de personas aguardan un triste destino, también empiezan a cantar. Son

tres o cuatro primero, cincuenta al segundo siguiente, medio millar al minuto. Es el comienzo de *A las barricadas*:

«¡Negras tormentas agitan los aires
nubes oscuras nos impiden ver.
Y aunque no espere el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber...!»

Muchos se asustan al escucharlos y reclaman a voces que se callen. Uno de los que cantan, un muchacho joven manco porque un brazo lo perdió en Teruel, se enfrenta resuelto con quienes les piden que se callen.

—¿Por qué voy a callar? ¿Qué podrán hacer más que matarme...?

En el muelle de enfrente, al otro lado del muelle, los soldados dejan de cantar al formarse. Entre nosotros también cesan los cánticos. La gente está cejijunta, preocupada y rabiosa:

—¡Para esto nos hicieron entregar las armas...!

Nadie ignora lo que significa la entrada del minador, los soldados que están desembarcando, los otros buques que permanecen a la expectativa y las tropas que probablemente habrán llegado por tierra.

—Va a repetirse punto por punto lo sucedido a los vascos en Santoña.

Un general italiano llega a un acuerdo para la evacuación de los que desean salir de España; durante unas horas o unos días hace honor a la palabra empeñada o gana tiempo haciéndoselo creer a sus enemigos. Al final, los italianos desaparecen del primer plano, aparecen tropas españolas y un general o un coronel, tras afirmar no saber nada del acuerdo, apresura a unos adversarios que, desarmados, no pueden ofrecer ninguna resistencia.

—¡Buen timbre de orgullo para Benito Mussolini y sus

camisas negras...!

Vemos perfectamente cómo varias compañías — legionarios según unos, moros en opinión de otros, simples soldados al parecer de los más— se despliegan tomando posiciones en los muelles del otro lado del puerto, en el paseo de los Mártires, a lo largo de la carretera de Valencia y en los edificios de las faldas del monte de Santa Bárbara que miran al mar.

—El final está a la vista.

Nadie se hace ilusiones. Cuando termine el despliegue y hayan emplazado armas automáticas o cañones que dominen el único trozo que debe quedar de la España republicana, empezarán el bombardeo o el asalto precedido de un ultimátum exigiendo una rendición inmediata. ¿Qué podemos hacer? Es urgente decidirlo, porque tendremos que actuar en consonancia dentro de una hora, de media; tal vez un minuto más tarde únicamente.

—¡No rendirnos de ninguna manera! Si de todas maneras vamos a morir...

El teléfono no funciona; los cónsules no aparecen; algunos que atraviesan la improvisada barricada formada con sacos de lentejas para ir en su busca, tienen que retroceder perseguidos por los disparos enemigos. Tiran al aire, desde luego; pero lo harán a dar caso de intentar seguir adelante.

En el muelle continúan los suicidios. Varios hombres se arrojan al agua con intención de ahogarse. Casi todos consiguen su propósito. Uno sólo empieza a bracear con fuerza, arrepentido en el último minuto; pero se hunde antes de que nadie se decida a socorrerlo.

—¿Para qué hacerlo? —comenta uno encogiéndose de hombros—. Apenas le sacásemos volvería a tirarse o se levantaría la tapa de los sesos.

Un grupo de soldados, junto a los que caminan algunos de los miembros de la Comisión Internacional de Evacuación, se

acerca a la entrada del muelle. Yo estoy a cuatrocientos metros de distancia, junto a la dársena exterior, y no puedo acercarme para enterarme de lo que pretenden, porque el pasillo central dejado en la primera noche ha desaparecido y resulta difícil y problemático ir de un lado para otro en medio de la barahúnda existente. Pero cinco minutos después, pasando de boca en boca, llega hasta nosotros noticias de lo que sucede.

—¡Exigen que desalojemos el puerto antes de media hora!

—¿El general Gambará?

—No, un coronel español que se ha hecho cargo del mando en Alicante.

—¿Y los cónsules?

—Muertos de miedo. Han detenido al de Francia y al diputado comunista. Dicen que van a fusilarlos.

Unos compañeros de Barrios Bajos, que se encontraban cerca de la barricada y que ahora tratan de unirse con el resto de militantes de la barriada, nos confirman la noticia en todas sus partes.

—Si a las cinco no hemos levantado bandera blanca entregándonos, empezarán a disparar.

Los treinta minutos siguientes tienen mucho de pesadilla dantesca. Hay quienes sostienen a voces su voluntad de resistir, aun a sabiendas de su inutilidad. Otros propugnan la rendición para evitar víctimas innecesarias. No faltan gentes acometidas por el pánico que no saben que hacer ni dónde meterse, ni los que, tras una breve meditación, llegan a la conclusión de que es preferible morir cuanto antes y sin gestos teatrales de ninguna clase se acercan tranquilamente la pistola a la sien y aprietan el gatillo.

—De no ser por las mujeres, yo sería partidario de dejarnos matar sin movernos.

—No te preocupes por las mujeres —replica una a su lado. También las mujeres sabemos morir cuando es preciso.

Transcurre el plazo fijado sin que se tome ningún acuerdo colectivo. No es posible hacerlo. Apiñados hasta lo inverosímil, estrujados materialmente por las oleadas humanas que se mueven de pronto en las más opuestas direcciones, no hay manera de reunirse, hablarse, ni siquiera verse para cambiar impresiones, aunque fuese con la mirada. Por otro lado, ¿de qué serviría hacerlo? ¿Qué autoridad moral y material tienen ya las organizaciones y partidos barridos por la derrota? ¿Qué representamos todos nosotros en este momento en que cae el telón sobre la gran tragedia de España? Todo es inútil porque nadie llegará a enterarse jamás de los sufrimientos y las torturas de quienes fuimos a concentrarnos en el último trozo de tierra española.

—¡Fijaros, camaradas! ¡Van a disparar ésos...!

El final de la frase se pierde en el estrépito de los disparos. No son tiros sueltos, sino ráfagas de ametralladora. Hacen fuego desde distintas posiciones y ángulos. Disparan alto, como advertencia y aviso, y las balas silban muy por encima de nuestras cabezas. De cualquier forma, algunos balazos rebotan en el muro de piedras del rompeolas, y varias personas resultan alcanzadas, mientras otras caen al agua en el revuelo que se produce en el muelle, donde las gentes se tiran al suelo o buscan algún inexistente medio de protección.

—¡Malditos...!

Rabiosos, algunos muchachos que han conservado sus pistolas avanzan hacia el borde del muelle, dispuestos a contestar al fuego. Es más que dudoso que sus armas tengan alcance suficiente, y muchos temen que la réplica que provoquen haga bajar la puntería a los que disparan. Muchos tratan de impedirles manejar las pistolas.

—¡Calma, calma, compañeros...! Han dejado de tirar.

Es cierto. Lenta, recelosamente, van levantándose muchos de los que se tiraron al suelo, tras comprobar que el tiroteo

ha cesado. Todo el mundo da por descontado que se trata sólo de una breve tregua para dar tiempo a que nos pleguemos a sus condiciones. La gente mira a su alrededor, buscando una posible protección contra nuevos tiros, que no sólo sean de advertencia y aviso. No hay donde nadie puede sentirse seguro.

Mientras unos se ocupan de ayudar a salir del agua a los que se cayeron o se tiraron en el momento de confusión, otros se preocupan de convencer a los que hicieron ademán de manejar las pistolas, que resultaría catastrófico para todos que lo hicieran.

—Sólo conseguiríais que nos matasen a todos.

Una mayoría discute a voces lo que debemos hacer. Aunque continúan siendo muchos los que insisten en una negativa a las exigencias del enemigo, abundan ahora los partidarios de la rendición.

—No podemos hacer nada.

—Hay varios millares de mujeres que no podemos sacrificar.

—Ellas son las primeras decididas a resistir.

—¿Para qué, si todo está perdido?

La discusión se halla en su punto álgido cuando de nuevo hablan las ametralladoras. También ahora tiran alto, porque de no hacerlo cada balazo alcanzaría a cinco o seis personas, dado el apiñamiento del muelle y la imposibilidad absoluta de fallar el blanco. Pero, aun apuntando alto, las balas silban más próximas, y son más los rebotes contra la piedra del rompeolas. Durante un par de minutos, que a muchos se les antojan horas, la gente ha de permanecer tumbada en el suelo. Se oyen gemidos, quejas, expresiones de cólera y de temor.

—¡Así no podemos seguir...!

—¡Nos matarán a todos de no rendirnos...!

De pronto, un hombre, cuya mujer parece presa de un

ataque de histeria, se pone en pie, agitando con gesto desesperado un pañuelo blanco. Otros le imitan aquí y allá.

—¡Cobardes...! ¡Merecían que nosotros mismos...!

—¿Qué otro remedio quedaba...?

Aunque todavía se oyen algunos disparos, las balas silban todavía más altas, y ya no rebotan en el muro, que era el mayor peligro. Al poderse incorporar con menores riesgos, aumenta rápidamente el número de los que agitan trapos blancos en señal de rendición. Al cabo de un rato los disparos cesan por completo.

—Todo ha concluido —dice Aselo, incorporándose con gesto desolado.

—Sí —replico—, y la frase de Breno tiene más dolorosa actualidad que nunca para nosotros: ¡*Vae victis!*

Siento una íntima amargura, un peso abrumador en el pecho, una terrible vergüenza. Muchas veces he pensado en la derrota durante los últimos meses; más veces la di por inevitable desde que salí de Madrid y me la representé mentalmente. Pero la derrota completa y total no llega hasta este momento, y de pronto advierto la enorme diferencia entre lo imaginado y lo real. Por un instante, a la angustiosa incertidumbre de mi propio futuro, se sobrepone la tragedia de un pueblo.

—Y todos tenemos en lo sucedido nuestra parte de culpa.

La gente calla abrumada. Durante unos minutos apenas nos atrevemos a hablar, a mirarnos siquiera, avergonzados de nuestra impotencia y vencimiento. Creo que en estos momentos a todos nos duele más que la desgracia personal la pérdida colectiva de un ideal con tanta pasión defendido a lo largo de nuestras vidas. A muchos les tortura de tal manera, que renuncian a seguir viviendo.

—Acaso sea la solución —vacilo, contagiado por la racha de suicidios, viendo cómo un hombre cae de bruces luego de dispararse un tiro a la entrada del cercano almacén.

Reacciono con un esfuerzo. Matarse no resuelve más que un problema personal y lo decisivo de cuanto sucede es de tipo colectivo. Habrá que aguantar, aunque lo que nos espera sea peor que la propia muerte que haya de coronarlo.

—Mientras hay vida, hay esperanza —murmura Esplandiú.

—No —rectifico— cuando la esperanza ha muerto. Lleva muerta en realidad cinco días.

A mi mente acuden en estos momentos unos versos del romancero español con frecuencia evocados en estos años de guerra. Son los del caudillo moro que, cercado por un enemigo superior en número, arenga a sus hombres diciéndoles que «la salida está en vencer —y en el luchar la esperanza».

—La nuestra murió el domingo cuando dejamos de luchar.

Un grupo de soldados, mandados por un capitán, se acercan a la entrada del muelle. Piden, exigen mejor, hablar con los militares de más alta graduación entre nosotros. Como más tarde sabremos —estamos en este momento demasiado lejos para poder presenciarlo—, salen a su encuentro algunos militares profesionales. En forma clara y enérgica el capitán da sus órdenes para la inmediata evacuación del puerto. Debemos salir todos de forma paulatina y ordenada para constituirnos en prisioneros. Seremos conducidos entre una doble fila enemiga hasta un campo de los alrededores, al pie del monte de Santa Bárbara, fuera ya del casco urbano. Las mujeres tendrán que separarse de los hombres para ser recluidas en los diversos cines y teatros de Alicante.

—Aplastaremos sin contemplaciones cualquier intento de resistencia, barriendo con ráfagas de ametralladora a los que vacilen en cumplir lo mandado.

Da media vuelta para alejarse sin admitir la menor objeción. A los pocos pasos retrocede para añadir una última advertencia.

—Si alguno intenta ocultar un arma o esgrimirla contra la tropa, será fusilado en el acto.

Sus palabras circulan con rapidez por el interior del puerto, llegando hasta sus últimos rincones. Vemos cruzar por el paseo de los Mártires numerosos camiones cargados de soldados que van a tomar posiciones en las estribaciones del monte, en el comienzo de la carretera de Valencia y en la plaza de Dicenta. Aunque quienes han hablado con el capitán afirman que pertenece al regimiento de San Quintín, la gente asegura que los ocupantes de algunos de los camiones son legionarios y moros. Los únicos que de momento no aparecen a la vista son los italianos de la Littorio.

—La salida del puerto comenzará dentro de diez minutos.

Han derribado una parte de la barricada levantada con sacos de lentejas veinticuatro horas antes, a fin de que podamos salir con mayor rapidez. Hay individuos que desean ser los primeros y colaboran sin que nadie se lo pida en su demolición. Advierto que muchos son los mismos que esta madrugada alardeaban de heroísmos imaginarios y barbaries incalificables en su intento por conseguir una de las ciento cincuenta plazas del crucero francés. Cuando algunos se lo recuerdan, replican con desparpajo y cinismo:

—Mentí para intentar largarme. Pero como no he hecho nada ni tengo la menor responsabilidad...

—¡Cobardes...!

Lo son y tienen prisa en salir pensando que los últimos en abandonar el muelle serán los más comprometidos. No quieren, claro está, que les confundan con ellos y esperan ser mejor tratados y pasar más desapercibidos entregándose los primeros. Antes, sin embargo, tienen algunos de ellos la precaución de tirar al mar cuanto pueda comprometerles. Muchos se indignan viéndoles arrojar al agua el contenido de sus maletas e incluso las maletas mismas.

—¡Qué pena no haber ajustado todas las cuentas a estos

indeseables...!

Pero los indeseables son insignificantes en número, aunque precisamente por su escasez llamen más la atención. Sus miedos y sus cambios camaleónicos de color serían cómicos y risibles en otro momento. En esto forman un violento contraste con la tragedia general y la actitud entera y digna con que la afrontan el noventa y nueve por ciento restante.

Son instantes de intenso dramatismo. Todo el mundo sabe lo que le espera y encara su destino sin debilidades ni claudicaciones. Se abrazan muchos en gesto de despedida. Las mujeres frenan la expresión de sus sentimientos y procuran mantener firme el ánimo de sus familiares cercanos. Ni siquiera lloran cuando alguno anuncia una decisión trágica e incluso la pone en práctica ante su vista. Arrodilladas junto a su deudo, le cierran los ojos mientras se muerden rabiosas los labios.

—¡Ya están saliendo...!

Empiezan a salir los primeros grupos. A quince o veinte pasos de distancia los soldados separan a las mujeres de los hombres y los obligan a continuar en direcciones distintas. Entre una doble fila de soldados, los hombres marchan por la carretera de Valencia, bordeando el monte de Santa Bárbara; las mujeres, también entre doble hilera de vigilantes, son internadas en el casco de la ciudad.

Aunque forman una doble columna de tres o cuatro en fondo, apenas se advierte al principio el vacío que dejan en el muelle. Nos damos cuenta ahora de que estábamos muchos más apiñados de lo que creíamos y que nuestro número era mayor del que suponíamos. ¿Cuántos seríamos en total? No lo sabemos ni lo sabremos nunca. Sólo sabemos que allí nos juntamos, llevados por el oleaje de la guerra, arrastrados por el naufragio de la derrota, millares de hombres y mujeres de todos los partidos, defensores de las más diversas ideas,

luchadores de todos los frentes.

Impresiona el espectáculo del puerto en estas horas en que, pese a la gente que está saliendo, no parece disminuir sensiblemente el número de los que aún nos encontramos dentro. Difícil describir lo que a cada instante sucede a nuestro alrededor. Aunque grabado a fuego en las retinas de todos los que lo presenciamos, es más que problemático que nadie llegue a creernos si algún día lo contamos.

Despedimos a muchos compañeros que se marchan; encontramos a cada instante a otros que no habíamos visto en la terrible aglomeración de estos días. A muchos decimos adiós convencidos de no volverlos a ver; otros muchos nos lo dicen a nosotros pensando lo mismo. En distintas circunstancias emocionarían encuentros y despedidas; en éstas, no. Todo queda limitado a un apretón de manos y una palabra, dos cómo máximo. Incluso el simple desear suerte o salud a uno parece en este trance una burla sangrienta.

Cae la tarde y las primeras sombras de la noche empiezan a cubrir la tierra. Continúa ininterrumpido el desalojo del puerto que ya dura varias horas. Empiezan a advertirse grandes claros en el muelle, pero todavía quedamos varios millares de personas. La marcha de los que caminan hacia un improvisado campo de concentración es lenta y se interrumpe con frecuencia. Al principio no sabemos a qué atribuirlo. Más tarde nos enteramos que obedecen a los frecuentes registros a que son sometidos aquí y allá los que salen. Los registros tienen como finalidad buscar las armas que puedan llevar escondidas.

—Desde el muro del rompeolas —afirma uno— vi matar a dos que se resistieron.

Es posible que sea verdad; también que sea fruto de la imaginación excitada del que lo cuenta. En cualquier caso ni sorprende ni impresiona a quienes lo oímos, acaso porque ya no hay nada que pueda impresionarnos. Estoy yo, y me

figuro que a los demás les sucede lo mismo, en un estado de ánimo extraño y sorprendente. Repentinamente parece que ha dejado de interesarme cuanto suceda o pueda suceder.

He ido a sentarme, cansado de estar de pie, en torno a una hoguera encendida en el centro del muelle. Alrededor hay muchos compañeros y amigos. Apenas si hablamos ninguno, dejando transcurrir los minutos y las horas. No tenemos prisa en salir y no porque supongamos que pueda derivarse alguna ventaja de permanecer aquí el mayor tiempo posible, sino de una manera maquinal e instintiva. Aparentemente estamos sumidos en graves meditaciones; en realidad, creo que ni siquiera nos molestamos en pensar.

En contraste con la ansiedad y zozobra de los días precedentes, me siento invadido por una inexplicable paz interior. Acaso la esperanza, por remota que sea, constituya la más insoportable de las torturas y al perderla por completo renace la tranquilidad del espíritu. Cuando ya no se espera nada, deja uno de agitarse y sufrir. Debe ser algo parecido lo que expresa el gesto sereno de muchos muertos cuando, tras muchas horas de agónica lucha, dejan de aferrarse a la vida con desesperadas energías.

—Voy a salir —oigo decir a Mancebo. Quiero aprovechar la oscuridad para intentar huir.

—Haces bien —respondo sin abrir los ojos, sin moverme, sin el menor deseo de imitarlo.

Se marcha. Diez minutos después llegan a nuestros oídos el ruido de varias descargas. Proceden de las estribaciones del monte. Probablemente las hacen contra alguien que pretendió escapar. ¿Lo conseguiría?

No he comido en todo el día, pero no tengo hambre. Agradezco, sin embargo, un trocito de pan y dos rodajas de salchichón que me tocan en el reparto que de sus últimos víveres hacen los compañeros de una colectividad manchega. Aunque es noche cerrada, continúa el desalojo del puerto. El

camino que siguen los que salen está alumbrado por los faros de varios camiones y coches colocados a lo largo de su ruta. Pero cada vez deben ser más los que intentan fugarse a juzgar por la creciente frecuencia de los disparos.

Todavía quedamos en el muelle alrededor de mil personas cuando los soldados comunican a voces una orden de sus jefes: suspendida la salida hasta la mañana. Están cansados también y quieren tomarse un pequeño descanso. No obstante habrá una fila cerrando la salida del muelle para que no pueda escapar nadie.

—Y no soñéis despiertos —advierte uno—. Los barcos que hay por aquí son todos nacionales. Franchutes e ingleses se largaron hace muchas horas para no volver.

Tiene razón, desde luego. Aunque no fuera así y un buque entrara esta noche en el puerto, no podríamos embarcar. No hay cuidado, porque no entrará ninguno. Si no lo hicieron anoche cuando el puerto estaba libre, no van a hacerlo hoy con el *Vulcano* vigilando en la dársena exterior.

—Por lo menos serán unas horas más de libertad. Si es que podemos llamar libertad a esto.

—Y posiblemente unas horas más de vida. Acaso las últimas.

V

SÁBADO, 1 DE ABRIL

La tranquilidad de esta última noche que pasaremos en el puerto contrasta con la inquietud y zozobra de las dos precedentes. No es tanto que las quince o veinte mil personas de hace veinticuatro horas hayan quedado reducidas a menos de mil, como la mudanza de nuestro estado de ánimo. Ahora no estamos pendientes de las luces que se mueven en la lejanía ni aguardamos un barco que nos conduzca a tierras libres de la amenaza enemiga. Hemos dejado de esperar, y al darlo todo por definitivamente perdido, recuperamos la calma que ayer nos faltaba.

Por un regalo inesperado del adversario tenemos una noche a nuestra disposición. Una noche en que podemos hablar libremente, exponer pensamientos e ideas sin el menor disfraz, sentirnos y actuar como hombres libres. Nada importa que hayamos de movernos entre los fusiles que guardan la entrada del muelle y las aguas del Mediterráneo vigiladas por embarcaciones hostiles. Dentro de los límites del puerto y por unas breves horas volvemos a ser lo que

siempre fuimos, lo que no podremos continuar siendo apenas amanezca.

—¿Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que en un rincón cualquiera de España otros hombres —liberales, republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas— puedan alzar sus voces sin temor a las consecuencias?

La pregunta tiene muchas respuestas hipotéticas, pero ninguna que ofrezca garantía alguna de acierto. Discrepan los opinantes y sólo hay una relativa coincidencia en un punto concreto: que probablemente ninguno de nosotros vivirá lo suficiente para presenciarlo.

—Que nosotros no lo veamos es una cosa y que pueda retrasarse muchos años otra muy distinta —protesta uno—. El fascismo no es una panacea que solucione todos los problemas, y el amor del hombre a la libertad acabará aplastándolo.

Llevamos varias horas hablando mientras transcurre rápida esta noche que puede ser la última para muchos, que lo serán para algunos por decisión irrevocable y propia. Las discusiones giran inevitablemente en torno a la revolución y la guerra, a los motivos de la derrota y a las repercusiones que habrá de tener no sólo sobre el pueblo español, sino en las ansias humanas de transformación de una sociedad que ya ha cumplido su ciclo en la historia.

Difieren los pareceres porque quienes los exponen pertenecen a las más diversas tendencias. Aunque hasta ayer hemos podido estar enfrentados por motivos secundarios, ahora parecen borradas las pasadas rencillas para debatir amistosamente las causas que nos han conducido a la situación actual. La derrota común quita importancia a nuestras discrepancias cuando incluso la suerte personal de cada uno carece de trascendencia comparada con el fracaso o triunfo de unos ideales largamente acariciados.

—En España los regímenes son transitorios y fugaces.

Primo de Rivera, que tenía el respaldo de la Corona, el apoyo del Ejército, las bendiciones de la Iglesia y el visto bueno de la gran burguesía, duró sólo seis años. La República que trajo el pueblo con sus votos, cumpliría ocho el próximo día catorce, si para entonces no estuviera muerta y enterrada. Nuestra revolución...

—Está tan muerta y enterrada como la República y con menos esperanzas de resurrección.

—Te equivocas. Aplastado por la fuerza de las armas, el ideal de un pueblo renace presto de sus propias cenizas para emprender de nuevo...

Se habla y discute en veinte puntos distintos del muelle que ahora parece casi vacío en comparación de ayer tarde. En torno a cada hoguera hay varias personas que opinan y el doble, como mínimo, que escuchan mostrando con leves gestos su conformidad o discrepancia con lo que unos u otros dicen. Al comienzo estábamos un poco separados por grupos políticos o amistades personales. Luego han ido mezclándose todos. En cualquier sitio hay republicanos, comunistas, libertarios y socialistas; junto a un catedrático está un albañil; un periodista, en medio de abogados, metalúrgicos o ferroviarios; diputados y secretarios de sindicatos con campesinos; militares profesionales con labriegos manchegos o gráficos madrileños.

Acaso el asunto más debatido y polémico sean las causas de la derrota. Procuran todos tratarlo con cierta elevación para no herir la susceptibilidad de sus oyentes y enfocarlo en sus líneas generales y no limitarse a los aspectos episódicos. Para una mayoría, la derrota se debe a la traición y olvido de las democracias, cuyas últimas manifestaciones nos ha tocado sufrir personalmente. Para otros, a la superioridad del material suministrado a nuestros enemigos por Alemania e Italia y a la baja calidad del que nos vendieron a nosotros. No faltan los que la atribuyen a nuestra desunión en acusado

contraste con la unidad de las fuerzas adversarias.

—Todos esos factores han contribuido indudablemente a nuestro vencimiento —interviene Antona—, pero creo que olvidáis otro fundamental y básico a mi parecer: el miedo a la revolución.

Habla de quienes el 18 de julio negaban armas al pueblo porque temían mucho más a los trabajadores que a la reacción; que son los mismos que después han puesto mayores energías y entusiasmos en frenar la revolución que en ganar la guerra.

—Y no lo hacían por miedo de asustar a las democracias como decían a todas horas, sino porque eran ellos los que de verdad estaban ya más que asustados.

Son muchos los que no están conformes y se entabla una larga discusión. Si no se llega a ningún acuerdo general se consigue por lo menos que el tiempo vuele. Aunque ninguno ha dormido mucho las noches precedentes, nadie tiene interés en hacerlo ésta.

—Tiempo nos sobrará para dormir cuando estemos muertos.

Como una obsesión, la idea de la muerte surge a cada instante en nuestro pensamiento y aflora a nuestras palabras. No hablamos con temor, no sé si porque los años de guerra nos han familiarizado con ella o porque cuando la sentimos muy próxima y la consideramos ineludible dejamos de temerla.

Empieza a clarear la amanecida cuando la suerte de cada uno se plantea de lleno como cuestión fundamental. Mariano Viñuales, comisario de la 28 División, maestro de escuela al comenzar la guerra, expone crudamente, sin medias tintas, con brutal sinceridad, lo que haremos cuando, apenas amanezca por completo, pretendan obligarnos a abandonar el puerto:

—Yo me mataré antes de salir. ¿Qué pensáis hacer

vosotros?

—Yo me mataré también —sostiene un viejo luchador anarquista andaluz—. Me prometí a mí mismo no caer vivo en manos del fascismo y cumpliré mi promesa.

—Yo no —afirma Manuel Amil—. Si me quieren muerto, tendrán que matarme.

La discusión se generaliza. Cada uno va dando su opinión, razonándola. Todos partimos, naturalmente, de nuestra situación actual y de las perspectivas que se abren ante nosotros. Nadie sueña despierto ni espera nada agradable en un futuro inmediato.

—Es tan lóbrega la suerte que nos espera, que la muerte es una liberación.

Hay muchos opuestos al suicidio por diferentes razones. El coronel Burillo expone con claridad las suyas, semejantes en un todo a la de varios militares profesionales presentes.

—Un militar puede suicidarse —afirma— cuando su honor se lo exige. Es decir, cuando su torpeza ha conducido a la derrota y a la muerte a los hombres que manda, o ha huido por cobardía del sitio de peligro. También cuando falta a sus compromisos, traiciona la palabra empeñada o comete cualquier felonía. Cuando su honor no está en entredicho, debe tener la hombría de afrontar cara a cara sus responsabilidades.

—Y al final ser fusilado, ¿no?

—Si le fusilan debe morir como un hombre. Pero ¿por qué van a fusilarle? A los prisioneros de guerra no se les fusila en los países civilizados.

Alude a la famosa Convención de Ginebra, repitiendo palabras semejantes a las que hube de escuchar de labios del coronel Navarro en nuestro viaje de Valencia a Alicante. Con arreglo a sus normas, los prisioneros deben ser respetados, con prohibición expresa de que jefes y oficiales sean sometidos a tareas humillantes. También dispone que una

vez terminada la guerra, los prisioneros recobren su libertad.

—¿Cree usted que le considerarán prisionero de guerra?

—Indudablemente. Soy militar que ha cumplido con su deber obedeciendo a un Gobierno legítimo que había prometido solemnemente defender. Ni he cometido ningún delito ni tengo las manos manchadas de sangre.

—Mis razones para oponerme al suicidio son muy distintas —interviene Juan Ortega, viejo luchador obrero—. No soy más que un trabajador que jamás ocupó puestos de relumbrón. Pero creo que faltaría a mi deber moral si me pegase un tiro ahora.

No espera salvarse y da por descontado que las semanas o meses que viva serán una sucesión ininterrumpida de dolores y angustias. Aun así, no se suicidará. Habrá otros muchos en los campos, en las comisarias o en las cárceles por donde pasen menos formados que él, con una conciencia proletaria más débil que sientan vacilar sus convicciones en los últimos instantes.

—Quiero servirles de ayuda con mi ejemplo —concluye.

—Disiento del compañero Ortega —habla Máximo Franco, comandante de Brigada—. Creo que el mejor ejemplo que podemos dar a los demás es no doblegarnos ante el enemigo ni sufrir con resignación injurias y torturas. El hombre sólo es verdaderamente libre cuando por la libertad propia y la de los otros sacrifica sin vacilaciones su existencia.

—Yo recuerdo la opinión de un instructor de milicias —interviene Molina, jefe de División en el Jarama—. Montó en cólera cuando al preguntarme qué haría en una situación desesperada respondí que volarme la tapa de los sesos. Dijo que el suicidio no era digno de un revolucionario.

—¿Por qué?

—Porque aun a sabiendas de que va a ser fusilado, debe dejarse prender como último servicio a la causa para engañar con sus respuestas, fruto aparente de una debilidad que no

siente, al enemigo respecto a nuestros planes y efectivos.

—¡Lástima que en este caso no tengamos efectivos ni planes para poder engañar a los fascistas! —contesta Viñuales.

Coincidimos varios en las líneas generales de una respuesta, contraria también al suicidio. Sin pretender ninguno pasar por personaje importante, plenamente conscientes de nuestro modesto papel, creemos que vivos durante algún tiempo podemos ser más útiles que muertos. En los campos y las cárceles hay millares de trabajadores que pusieron sus ilusiones en un alto ideal y a los que se pretenderá desmoralizar con una propaganda insistente y machacona de que han sido engañados y traicionados por sus jefes, que han huido cargados de millones al extranjero, mientras los han dejado a ellos totalmente abandonados.

—Cuando nos vean, sabrán que por lo menos hubo unos luchadores, todo lo modestos que se quiera, pero que estuvieron en su puesto hasta el último minuto y comparten su misma suerte.

Son las ocho de la mañana y un sol brillante inicia su recorrido por un cielo sin nubes. La noche ha quedado atrás, pero las tinieblas empiezan para nosotros. Va a concluir la evacuación del muelle. Vemos allá lejos que los soldados forman como la noche anterior dos filas paralelas dejando en medio un ancho pasillo por donde habremos de pasar. Inician la salida quienes se encuentran cerca de la plaza de Joaquín Dicenta.

—¡Ha llegado el momento, compañeros!

Oímos unos tiros detrás de uno de los barracones y nos estremecemos sabiendo lo que significan. A cuatro pasos de nosotros Mariano Viñuales y Máximo Franco, comisario de la 28 División y comandante de la 127 Brigada, se estrechan con fuerza la mano izquierda mientras levantan las pistolas que sostienen con la derecha a la altura de su sien.

—¡Nuestra última protesta contra el fascismo...!

Suenan a un tiempo los dos disparos. Un instante permanecen en pie ambos. Luego se hunden verticalmente como si les hubiesen fallado a un tiempo músculos y huesos. Quedan tendidos, inmóviles en el suelo, con los ojos abiertos mirando sin ver, con las pistolas humeantes al lado y unidas aún sus manos izquierdas.

Un momento los contemplamos en silencio. Luego echamos a andar lentamente hacia la salida. Camino maquinalmente, sin ver siquiera dónde piso. Frente a mí veo a los soldados que nos aguardan. Pienso en las ilusiones desvanecidas, en el ejemplo de cuantos cayeron en largo camino recorrido. Alguien murmura a mi lado:

—Pronto envidiaremos a los muertos.

Asiento sin palabras.

Es el primero de abril de mil novecientos treinta y nueve.

¡La guerra ha terminado!